

Marxismo Vivo

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional

Nueva
Época



San Pablo - 2010

Marxismo Vivo Nueva Época

es una publicación de Editora Lorca S.A.

CNPJ: 04.904693/0001-06

Rua Doutor Paulo Dias, 53

CEP: 04109-060

+ 55 -11 5083 3343

editoralorca@gmail.com

Aclimação, São Paulo, SP, Brasil

Impresión

Graphium Gráfica e Editora

Rua José dos Reis, 84

CEP: 03139-040,

Vila Prudente, São Paulo, SP, Brasil

Periodista responsable

Maria Cecília Garcia

MTb 12.471

Editor

Martín Hernández

Tapa

Martín S. Garcia

Diagramación

Natalia Estrada

Traducciones

Helena Fuenzalida

Natalia Estrada

Roberto Ricupero

Valerio Torre

ISSN: 2185-2281



Marxismo Vivo Nueva Época

es una revista al servicio de la investigación, elaboración y debate de la teoría revolucionaria.

El contenido de los artículos es de entera responsabilidad de los respectivos autores.

A nuestros lectores

En el mes de junio del año 2000 apareció el primer número de la Revista de Teoría y Política *Marxismo Vivo*.

Diez años después presentamos esta Revista, ahora sólo de teoría, llamada *Marxismo Vivo Nueva Época*.

Recordamos que hace 10 años, cuando la revista *Marxismo Vivo* N.º 1 estuvo terminada, una enorme alegría tomó cuenta del equipo que fue responsable por su elaboración. Pero esa alegría fue seguida por una enorme preocupación: ¿seríamos capaces de garantizar el segundo número de la revista? ¿Y el tercero?

Esta duda era pertinente, pues los revolucionarios, con frecuencia, habíamos mostrado capacidad de elaborar revistas políticas pero no había ocurrido lo mismo en relación con las teórico-políticas.

Sin embargo, a pesar de nuestras dudas sobre nuestra capacidad de elaborar una revista de ese carácter, encaramos ese desafío pues, como lo señalábamos en la presentación de ese primer número, ésta era una exigencia del mundo en que vivíamos, sacudido por grandes acontecimientos como los procesos del Este europeo.

El desafío fue cumplido. En estos años aparecieron 23 ediciones (22 “normales” y una especial) de *Marxismo Vivo*, en donde se abordaron –en forma de ensayos, polémicas o reportajes– los más variados temas: la cuestión de los estados, las nuevas guerras, los gobiernos de frente popular en América Latina, la recolonización imperialista, la reorganización del movimiento obrero, la cuestión de la mujer... Y fue a partir de ese éxito que llegamos a la conclusión de que era posible dar un salto en nuestro proyecto.

Surgió, así, la idea de lanzar *Marxismo Vivo Nueva Época* que, a diferencia de la anterior, sea una revista de mayor tamaño, que permita abordar temas con mayor profundidad, y dedicada, integralmente, a la teoría revolucionaria, no porque no consideremos la importancia de la política sino porque estamos convencidos de que Lenin tenía razón cuando decía: “No hay política revolucionaria sin teoría revolucionaria”.

Es ésta una nueva batalla, que esperamos sea tan exitosa como la anterior.
Saludos revolucionarios.

Los editores

Índice

Cuba en debate

Cuba: Una polémica actual	5
Balance cubano (Socialist Workers Party, EE.UU.)	7
Dos métodos frente a la Revolución Latinoamericana (Nahuel Moreno)	21
Actualización del Programa de Transición (Nahuel Moreno)	45
Una breve historia de la economía cubana (Nahuel Moreno)	53
Revolución y contrarrevolución en Cuba (Martín Hernández)	67

La cuestión nacional

Actualidad del debate sobre la cuestión nacional	91
La cuestión nacional: recuperar el patrimonio teórico para responder a los conflictos actuales con una política de clase (José Moreno Pau)	93
El marxismo y la cuestión nacional (Josef Stalin)	107
Balance de la discusión sobre la autodeterminación (V. I. Lenin)	155
Carta a los obreros y campesinos de Ucrania... (N. Lenin)	159
Los trabajadores y la patria según el Manifiesto Comunista (Román Rosdolsky)	165
La cuestión nacional en Cataluña (Carta al S.I.) (León Trotsky)	173
Tesis XXVIII. El derecho a la autodeterminación nacional... (Nahuel Moreno)	177

El partido revolucionario

La organización política del partido revolucionario	179
La organización política en Marx, Engels y Lenin (Jerónimo Castro)	181
El partido (Nahuel Moreno)	209
El partido revolucionario en la Comuna de París (Francesco Ricci)	241

El centrismo y la Internacional

La construcción de la Internacional y la política frente al centrismo (Flor Neves)	255
¿Qué es el centrismo? (León Trotsky)	267
El centrismo y la IV Internacional (León Trotsky)	271
Chovinismo muerto y socialismo vivo (cómo reconstituir la Internacional) (V. I. Lenin)	273
El socialismo y la guerra (Actitud del POSDR ante la guerra) (V. I. Lenin)	275
El primer paso (V. I. Lenin)	281
Proposición del Comité Central del POSDR a la Segunda Conferencia Socialista (V. I. Lenin)	287
Borrador de proyecto de tesis para un mensaje a la Comisión Socialista Internacional y a todos los Partidos Socialistas (V. I. Lenin)	295
Las tareas del proletariado en nuestra revolución (V. I. Lenin)	299
¿Diplomacia o política revolucionaria? Carta a un camarada checoslovaco (León Trotsky)	303
Las organizaciones socialistas de izquierda y nuestras tareas (León Trotsky)	309
La Declaración de los Cuatro (León Trotsky)	313

Libros

El Partido y la Revolución (Nahuel Moreno)	317
--	-----

CUBA: UNA POLÉMICA ACTUAL

Pocas veces la situación de un determinado país, en este caso Cuba, le ha planteado a las organizaciones marxistas revolucionarias tantas exigencias en el terreno del análisis, de la teoría y de la política. Son exigencias tan decisivas que una respuesta correcta, o equivocada, a cada una de ellas, podrá determinar el futuro de esas organizaciones.

La restauración del capitalismo en el Este europeo y la destrucción del aparato stalinista nos obliga a estudiar la realidad cubana, su proceso revolucionario y su dirección, en nuevo marco. Un marco que no pudo ser analizado por los maestros del marxismo, porque no existía. Sin embargo, el hecho de que estemos ante problemas inéditos no nos hace llegar a la conclusión, a la que muchos llegaron, de que la realidad actual no es “más de lo mismo” ni que debemos “comenzar de cero”, o que hay que “reconstruir el programa de la revolución”.

Para nosotros, el papel del imperialismo, de la burguesía, de la burocracia, de la clase obrera o de la lucha de clases, es “más de lo mismo”. Por eso, no se trata de reconstruir el programa revolucionario, se trata, por el contrario, de actualizarlo a la luz de los grandes y nuevos acontecimientos. Por eso, a la hora de analizar la realidad cubana, no partimos de cero. Partimos de las elaboraciones de Marx, Engels, Lenin y Trotsky sobre la economía mundial, sobre la lucha de clases, sobre el papel del estado, sobre el carácter y rol de la burocracia, y también partimos de las elaboraciones de los marxistas contemporáneos a la propia Revolución Cubana.

En este sentido, para encarar un estudio sobre Cuba, hemos querido rescatar las elaboraciones del fundador de nuestra corriente –la LIT (Liga Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional)–, el argentino Nahuel Moreno, pues es de esas elaboraciones que partimos para tratar de entender la Cuba actual. Con este criterio publicamos en esta revista una serie de extractos de diferentes trabajos de Moreno, que muestran la evolución de su pensamiento y que muestran, además, cómo este dirigente trotskista, con errores y aciertos, se fue aproximando, como nadie, a un análisis marxista del proceso cubano en su conjunto, tarea que no consiguió culminar dada su prematura muerte, hace 23 años.

También publicamos un documento de 1960, del SWP de EE.UU –que era en ese momento la principal organización trotskista del mundo–, que fue reivindicado por Moreno. Para finalizar, incluimos un texto de uno de los dirigentes de la LIT, Martín Hernández, quien partiendo de las elaboraciones de Moreno intenta responder a algunas de las principales polémicas que se dan a nivel de la izquierda sobre la situación actual de Cuba.

CONTENIDOS

Balance cubano (Socialist Workers Party, EE.UU., 1960)	7
Ventajas inmediatas	7
Aumento de la ocupación	8
La jefatura castrista	9
Wall Street se moviliza	10
Tendencia democrática	11
Consejos de obreros	13
Contra la “caza de brujas”	14
Los trotskistas atacados	15
Sentido común	16
Ahora reaparece	17
Redoblemos la defensa	18
Dos métodos frente a la Revolución Latinoamericana (Nahuel Moreno, 1964)	21
¿Lucha guerrillera o lucha obrera y de masas?	21
¿Es la guerra de guerrillas el único método viable?	22
Ignorancia de la realidades nacionales	25
La experiencia brasileña	26
El dogma del campesinado	27
Los convidados de piedra	29
Los sindicatos obreros y campesinos	31
La experiencia cubana y el futuro de América Latina	34
Cuba, una excepción	37
El carácter de clase del guevarismo	38
El porqué de los fracasos	40
Dos métodos	41
El stalinismo y el castrismo son agentes contrarrevolucionarios...	45
Tesis XIII de la <i>Actualización del Programa de Transición</i> , 1980 (Nahuel Moreno)	45
Los estados obreros burocratizados. El caso Cuba	50
Tesis xx de la <i>Actualización del Programa de Transición</i> , 1980 (Nahuel Moreno)	50
Una breve historia de la economía cubana	53
Los primeros años	53
La entrada al COMECON	54
El primer plan quinquenal	56
Dependencia de la URSS y endeudamiento con el imperialismo	57
Crecimiento cero	57
Frenan ayuda y préstamos	58
Los Castro reconocen el fracaso	59
Mercado y “superexplotación”	59
Un gran desarrollo del mercado	60
Los cambios políticos	61
Alentando las inversiones imperialistas	62
El imperialismo al acecho	63
Anexo - Dos políticas para Cuba y los estados obreros	65
Revolución y contrarrevolución en Cuba (Martín Hernández)	67
La importancia de este debate	69
¿Por qué demoramos tanto...?	71
La restauración del capitalismo: un proceso internacional... ..	74
¿Qué ocurrió en Cuba?	79
El debate con las organizaciones castristas	83
Un debate en el campo del movimiento trotskista	84
Una vez más, sobre el carácter del estado cubano	87
La cuestión del programa	88

BALANCE CUBANO

Texto del SWP de los Estados Unidos, de 1960, que expresaba también la posición de Nahuel Moreno sobre Cuba en esa época.

Aparecido en *The Militant*, periódico del SWP (Partido Socialista Obrero) de los Estados Unidos, el trabajo tiene un doble mérito: por ser obra de la única organización revolucionaria de ese país que apoya a la revolución como resultado de un balance desapasionado de sus realizaciones y, además, por haberse publicado en el centro mundial de la reacción, los Estados Unidos, capital del imperialismo.

Aclaración:

Al traducir el documento de los compañeros yanquis, sólo hemos querido reproducir sus posiciones respecto de la Revolución Cubana. Esto no significa que estemos de acuerdo con todas las apreciaciones vertidas, aunque en general coincidamos. Este *Balance cubano* está impreso especialmente para los compañeros militantes y simpatizantes allegados, para su mayor documentación. Así hay que tomar esta impresión y las que sigan saliendo (si no hacemos una aclaración previa).

Un millón de cubanos –más de un séptimo de la población entera de la Isla– se reunieron en La Habana el 26 de julio para celebrar el octavo aniversario del intento de asalto al Cuartel Moncada de Santiago de Cuba. El fervor de la enorme multitud que escuchó el discurso de Fidel Castro fue el mayor desde la caída de Batista, cuando comenzaron los profundos cambios que han llevado a Cuba al camino del socialismo.

Las razones de este entusiasmo merecen cuidadoso estudio, especialmente por parte de los yanquis, quienes, les guste o no, están íntimamente relacionados con lo que ocurre en la pequeña República, situada a sólo noventa millas de sus costas. La celebración del 26 de julio ofrece una ocasión apropiada para trazar un balance sobre los éxitos y los defectos de dos años y medio de la Revolución Cubana, y estimar las perspectivas sobre los peligros que afronta.

Ventajas inmediatas

Los cubanos fueron capaces de lograr un significativo e importante aumento en su nivel de vida después de su victoria política. Los alquileres se rebajaron a la mitad, las tarifas eléctricas fueron reducidas, el costo de muchos alimentos de primera necesidad fue rebajado, también. Los campesinos comenzaron a recibir el título de propiedad de la tierra que ocupaban.

Se organizaron cooperativas en las grandes plantaciones; éstas, por medio de la diversificación de los cultivos, trajeron una ocupación total durante el año entero. La profunda reforma agraria en las altamente favorables condiciones climáticas agrícolas que Cuba disfruta, aumentó rápidamente la cantidad de alimentos disponibles. El país estuvo rápidamente en condiciones de cultivar sus propias plantaciones de alimentos básicos, mientras que retuvo todavía el primer lugar en la producción mundial de azúcar. La reforma agraria ha sido igualada el año pasado por la "Reforma Urbana". Bajo esta ley revolucionaria, el alquiler es tomado como pago; así, cada inquilino, simplemente por continuar pagando el bajo alquiler ya establecido, llega a ser automáticamente dueño de su casa dentro de cinco a veinte años, de acuerdo con la antigüedad del edificio.

Los dueños de las casas son compensados por una pensión vitalicia del gobierno, que llega hasta 600 pesos cubanos por mes (1 peso cubano = 1 dólar).

Los proyectos de vivienda se concretaron inmediatamente después de la victoria revolucionaria para reemplazar a los barrios miserables de las ciudades y los insalubres bohíos de la campaña, con modernas y cómodas casas.

El notable progreso de este programa se ve a través de toda Cuba. En la Cuba pre-revolucionaria más de un tercio de la población adulta no podía leer ni escribir. Una campaña a lo largo de toda la nación para erradicar el analfabetismo está ahora cercana a ser exitosamente concluida. En dos años y medio, con un estrepitoso programa de construcción de escuelas, el gobierno revolucionario ha hecho más en instrucción pública que todos los anteriores regímenes en los 60 años de dominación yanqui. Cuba será el primer país latinoamericano que liquide el analfabetismo; el primero que establezca la educación común como derecho natural de cualquier niño. Éste es un acontecimiento de importancia histórica.

Aumento de la ocupación

Uno de los peores males sociales de Cuba, el desempleo permanente de aproximadamente un tercio de la fuerza de trabajo (un promedio comparable a aquel de la crisis del año '30 en los Estados Unidos) ha sido grandemente mejorado. En realidad, en algunas áreas, signos de esa disminución han hecho ya su aparición. Este gran cambio se hizo posible al terminar el control capitalista sobre los empleos y por la iniciación de un gran programa de obras públicas, incluyendo ambiciosos proyectos para industrializar Cuba y mecanizar su agricultura, y por el establecimiento, sobre todo, de una economía planificada que permite la utilización racional del más precioso bien de la nación, su fuerza de trabajo.

Junto con esta mejora de la sociedad cubana, la revolución terminó con la discriminación debida a los prejuicios raciales, sexuales o de edad, estableciendo la

entera igualdad, de inmediato, sin ninguna cláusula. Hoy todas las razas en Cuba tienen los mismos derechos; la igualdad de las mujeres es reconocida en todos los campos de la vida pública; la juventud ocupa posiciones de gran responsabilidad. Ahora los escolares pueden aspirar a una educación superior gratuita y a un futuro de oportunidades crecientes, en cualquier carrera que elijan. Estos pasos verdaderamente gigantes para construir una Cuba mejor fueron dados mientras se defendía al pequeño país de la salvaje presión de la más poderosa potencia industrial, financiera y militar del mundo. La presión incluyó el aislamiento diplomático; el cierre del mayor mercado de colocación de los productos cubanos (EE.UU.); la negativa a venderles mercaderías esenciales proveídas a la Isla durante décadas con “bonitas” ganancias; la financiación y la provisión de terroristas y saboteadores que se dieron a los atentados indiscriminados, a los tiroteos y a los incendios intencionados; una campaña que envolvió a toda la clase media con la diseminación de propaganda anticubana; la bajada de una “cortina de hierro” para evitar que los ciudadanos yanquis visitaran Cuba para ver por sí mismos cuál era la verdad; despliegues provocativos de la Marina yanqui y amenazas de bloqueo naval; finalmente, aún a riesgo de precipitar una guerra mundial, el lanzamiento de una invasión contrarrevolucionaria.

Las intenciones hostiles de los Estados Unidos contra Cuba, desde la caída de la dictadura de Batista, sostenidas y organizadas por los demócratas y republicanos en combinación con sus amos de Wall Street, constituyen una de las más vergonzosas manchas en las páginas de la historia yanqui; la resistencia cubana contra tales formidables desventajas, queda como uno de los más inspirados ejemplos de coraje y heroísmo humanos.

La jefatura castrista

El elemento decisivo que hizo posible que el cubano saliera adelante a pesar de tales presiones y peligros, ha sido la jefatura del equipo reunido alrededor de Fidel Castro. Comenzando con un grupo pequeño-burgués, desarrollaron su capacidad de aprendizaje y de crecimiento desde sus posiciones originales; no importa cuánto se hayan anticipado a la lógica de la revolución que los llevó al poder. Esto fue concluyentemente demostrado por la forma en que ellos respondieron a la necesidad objetiva de hacer progresar la revolución del estado de democracia burguesa en los comienzos del socialismo.

Al voltear la dictadura de Batista, los líderes del Movimiento 26 de Julio participaron en un gobierno de coalición con figuras burguesas. Pero, a través de tres medidas altamente democráticas, ellos aseguraron el bloqueo de una fácil victoria de la contrarrevolución.

Ellos destruyeron el antiguo ejército de generales corruptos que eran leales en primer término a los embajadores y a las misiones militares yanquis; 2) Ellos disolvieron la policía de Batista; 3) Ellos aumentaron la base de las fuerzas armadas rebeldes, organizando milicias y distribuyendo armas al pueblo. Esto le dio poder a toda la población para expresar lo que quería del gobierno, en la forma más directa posible.

Los jefes del Movimiento 26 de Julio habían prometido elecciones burguesas, pero ellos estaban dedicados a una medida democrática de carácter mucho más fundamental: la profunda reforma agraria, esto es, liberar a los campesinos de los grandes terratenientes, cubanos o extranjeros, que ejercían virtualmente privilegios feudales en Cuba. Los terratenientes cubanos se opusieron a la reforma agraria; los yanquis, también. En solidaridad con estos reaccionarios estaban poderosos intereses capitalistas de los Estados Unidos, con grandes explotaciones en Cuba, además de la tierra. Estas fuerzas pedían elecciones democráticas de tipo burgués. Lo que ellos realmente querían, sin embargo, era la continuación de las relaciones de propiedad burguesa. Por haber conservado este anticuado sistema de propiedad, ellos habían abierto el camino para la restauración de la dictadura de tipo batistiano. La dirección castrista no vaciló en elegir la alternativa democrática por la cual los campesinos y Cuba entera iban a ganar más. Ellos realizaron la más profunda reforma agraria que cualquier país americano haya experimentado, y rompieron el gobierno de coalición.

Wall Street se moviliza

Como respuesta, Wall Street comenzó a movilizar la contrarrevolución en gran escala, mientras el Departamento de Estado, la Casa Blanca y el Congreso tomaron represalias que no le dejaron otra alternativa al gobierno castrista que retroceder, o avanzar con medidas todavía más drásticas.

Otra vez la jefatura no vaciló. A cada golpe contra los cubanos, el gobierno de Castro respondió con un contragolpe a los intereses de la propiedad capitalista. El proceso que comenzó con “intervenciones”, luego nacionalizaciones de las propiedades de los más notorios sostenedores de Batista, culminó en octubre de 1960 con la nacionalización de los sectores claves de la economía del país. El control sobre el comercio exterior llevó a que el gobierno lo monopolizara. La supervisión gubernamental de la reforma agraria condujo a la economía planificada, dejando a la “iniciativa privada” solamente las empresas y negocios pequeños.

A través de esta medida, la jefatura castrista estableció un estado obrero, sacando a Cuba del capitalismo y abriendo la etapa de transición que posiblemente llevará al socialismo.

El último significado de esos cambios tan profundamente progresivos todavía no puede estar completamente claro para la mayoría del pueblo cubano. Lo que es claro para ellos, ya que lo experimentan todos los días, es el contraste favorable del gobierno de Castro con todas las cosas previamente conocidas en la historia cubana.

En lugar del gobierno de una rica minoría sirviente de los intereses imperialistas, ellos tienen ahora un gobierno que ellos sienten *suyo*. En lugar de un gobierno de corrupción, de costumbres tiránicas, de opresión férrea, ellos tienen ahora un gobierno que es honesto, que responde a sus deseos, dedicado al establecimiento de la democracia económica. En lugar de desempleo, miedo, desesperación, futuro indeciso, ellos tienen ahora trabajo, un mejor nivel de vida, un sentimiento de libertad genuina, esperanza en el futuro, e inmenso orgullo por el lugar importante que Cuba ha ganado en la política mundial.

Tendencia democrática

La principal tendencia de la dirección castrista es democrática. Esto surge del hecho de que su acción principal ha sido desplazar la opresión tiránica de los terratenientes, capitalistas, imperialistas, armar al pueblo y establecer las condiciones económicas y culturales para el florecimiento de la democracia proletaria.

Medidas centralizadas y aun dictatoriales se hicieron necesarias para seguir este curso, primero, a consecuencia de la tiranía batistiana y luego por la necesidad de poner al país en pie de guerra para hacer frente a los violentos esfuerzos del imperialismo yanqui para destruir la revolución. El uso de tales medidas se ha hecho necesario en todas las revoluciones y guerras de independencia, incluyendo la propia Revolución estadounidense. Un precedente bien conocido que se puede citar es la Proclamación de la Emancipación, por Lincoln, en 1863, y el uso de la fuerza armada para llevarla a cabo.

La principal tendencia democrática no es contradicha por los errores y excesos tales como los admitidos francamente por Fidel Castro y que incluyen el arresto de gente inocente y partidarios de la revolución durante las operaciones de limpieza de sospechosos contrarrevolucionarios en el período tremendamente peligroso en que el Departamento de Estado, el Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia organizó la invasión del 17 de abril. La culpa de tales hechos cae enteramente en las fuerzas imperialistas que buscaban la destrucción del gobierno castrista.

Así como la tendencia principal del castrismo es en dirección a la democracia y al socialismo, así el principal peligro de la Revolución Cubana es el imperialismo yanqui. Al haber fracasado en la invasión del 17 de abril, los burócratas yanquis

puede que intenten un golpe mejor organizado y equipado, y más masivo, cuando las condiciones de la situación internacional sean favorables a tal guerra.

Mientras esperan una ocasión favorable a un nuevo intento contrarrevolucionario, los imperialistas yanquis no aflojarán su presión en Cuba ni un solo momento. Ellos seguirán su campaña para aislar la Revolución Cubana, para aislarla especialmente de América Latina, para bloquearla económicamente, para contenerla políticamente, para minarla, dividirla y debilitarla. Cuba, que está sólo a noventa millas de Florida y ya bajo la penetración militar a través de la Base Naval de Guantánamo, está expuesta, más que cualquier otro estado obrero existente, a peligros enormes originados en el principal centro de poder del capitalismo mundial.

La defensa de Cuba, por esa razón, coloca a la vanguardia de la clase obrera norteamericana ante una responsabilidad excepcional, así como ante un reto.

En la misma Cuba, la defensa de la Revolución coincide con la lucha para superar al capitalismo y desarrollar las nuevas instituciones de tipo socialista, dando un óptimo paso. Respecto de esto, la dirección castrista ha tenido mucho éxito. No ha querido sacrificar el bienestar inmediato de los trabajadores y de los campesinos para construir la industria pesada a un ritmo irracional; tampoco ha promovido el crecimiento anormal de una burocracia parasitaria. El aumento en el consumo per cápita de un artículo básico como el arroz habla mucho del balance que el gobierno está buscando en el crecimiento de la productividad nacional y en el aumento del nivel de vida de los trabajadores y campesinos.

La dirección castrista ha tenido un notable éxito en el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas. Los principales medios para esto han sido la televisión y la radio, la campaña contra el analfabetismo y los cursos de adoctrinamiento que acompañaron la organización de las instituciones revolucionarias, los gremios, las cooperativas, las organizaciones agrarias, los consejos de defensa revolucionarios, las asociaciones culturales y las organizaciones especiales para mujeres, para la juventud, para la niñez, están jugando un papel creciente y vital en la vida de la nación.

Si alguna debilidad se nota en este campo es en la organización de un partido socialista revolucionario de masas directamente conducido por la dirección castrista. No se ha dado ningún paso, aparentemente, para remediar esto. La proyectada formación, a su debido tiempo, de un Partido Único de la Revolución Socialista Cubana, ha sido anunciada por Fidel Castro. Tal partido, si abre sus filas a todas las tendencias obreras y garantiza una vida democrática interna, fortalecerá enormemente la defensa de la Revolución Cubana.

Consejos de obreros

El establecimiento de formas de control proletario democrático, es decir, consejos de obreros como base del poder estatal, sería otro paso muy favorable en la misma dirección. En esto también se ha empezado a hacer algo. Experimentos realizados en varios lugares con la Junta de Coordinación, Ejecución e Inspección (JUCEI) llevaron a la extensión de los “Consejos Unidos” creados hacia un organismo nacional llamado 26 de Julio.

Las juntas, en las cuales hay representantes de todas las otras organizaciones, surgieron de la necesidad práctica de coordinar actividades. Ellas están organizadas ahora como órganos locales del gobierno estatal. Raúl Castro, que tiene a su cargo la JUCEI, ha expresado que los consejos están en transición y que en el futuro ellos tendrán que colocarse naturalmente sobre una base electoral, con representantes sujetos a reelección.

Para combatir los esfuerzos del imperialismo yanqui por aislar la Revolución Cubana, el gobierno castrista ha buscado establecer relaciones diplomáticas y comerciales con otros gobiernos, cualquiera sea su base económica y social. Él ha mostrado correctamente la nación cubana a otros pueblos, sobre todo a los latinoamericanos, como modelo que enseña cómo cumplir una reforma agraria, que hace frente al imperialismo yanqui, y que se dirige hacia el socialismo. El ejemplo que Cuba da, al inspirar a otros países a seguir el mismo camino, puede redundar en defensa de su revolución.

Cuando los organismos de los republicanos y de los demócratas utilizaron el poder gubernamental para cortar las relaciones comerciales yanquis con Cuba, como parte del esfuerzo para estrangular la Revolución Cubana, el gobierno castrista no tuvo otra alternativa que buscar entablar relaciones comerciales con cualquier país.

La Unión Soviética y la República Popular China respondieron suministrando créditos a Cuba para las mercaderías esenciales y se comprometieron a comprar el azúcar que el gobierno de los Estados Unidos retiró del mercado yanqui.

Esta ayuda reforzó enormemente la Revolución Cubana mientras, al mismo tiempo, sirvió a los verdaderos intereses del Pueblo de la Unión Soviética y de China.

El ejemplo nuevo y brillante de la Revolución Cubana mostró cómo la defensa real de esos países (China y Rusia) en su batalla contra el imperialismo es dada por la extensión de la revolución socialista.

La inmensa gratitud del pueblo cubano a la Unión Soviética y sus aliados por esta asistencia “a tiempo” es tan natural y comprensible como la gratitud del pueblo norteamericano por la ayuda que le dio Francia contra los ingleses en la lucha

por la independencia. Acusar al gobierno castrista de “venderse a Rusia” porque aceptó la ayuda soviética es tan ilógico como acusar a los primeros revolucionarios estadounidenses de “venderse a Francia” porque aceptaron su ayuda económica y militar. La hipocresía de la acusación puede ser medida por el hecho de que los propagandistas yanquis no lanzan similares acusaciones contra Gran Bretaña u otros aliados de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) por comerciar con los países soviéticos.

La gran popularidad de la Unión Soviética en Cuba ha llevado, sin embargo, a un problema especial. Éste es el fraccionalismo practicado por el Partido Comunista Cubano (el Partido Socialista Popular), un sectarismo que hace peligrar la unidad de las fuerzas revolucionarias y amenaza el desarrollo normal de la democracia proletaria, y por este motivo debilita la Revolución delante de sus enemigos imperialistas.

Contra “la caza de brujas”

Cuando los propagandistas de Wall Street buscaron confundir y dividir las diversas tendencias revolucionarias levantando la bandera de “anticomunismo”, el gobierno castrista respondió vigorosamente denunciando cualquier “caza de brujas” política como contrarrevolucionaria.

Esta correcta base de principios, otra evidencia del panorama esencialmente democrático de la dirección castrista, se enfrenta en bienvenido contraste con el macarthismo, que ha lanzado una maldición sobre la vida política de los Estados Unidos desde 1947. Un ataque a los derechos democráticos de todos los partidos políticos. Sin importarle las diferencias que se puedan tener con las posiciones o las políticas del Partido Comunista, cualquiera que crea genuinamente en las libertades civiles lo defenderá contra los **cazadores de brujas**.

En Cuba, esta base de principios tenía una especial importancia porque despejaba el camino para la defensa unida de todos los sostenedores de la revolución, sin tener en cuenta **sus diferencias programáticas o doctrinales**.

Algunos dirigentes del Partido Comunista, sin embargo, educados durante décadas en la escuela del stalinismo, defienden este principio sólo cuando afecta sus derechos. Cuando afecta los derechos democráticos de otras tendencias políticas de la clase obrera, no han vacilado en unirse a los cazadores de brujas, o en improvisar una “caza de brujas” propia. A través de tales tácticas ellos buscan ventaja propia a pesar de la herida a la causa del socialismo y de todo el movimiento obrero.

El eslogan general bajo el cual los dirigentes del Partido Comunista Cubano conducen su disgregador y antidemocrático sectarismo es “antitrotskismo”.

El secretario general, Blas Roca, hizo esto absolutamente inequívoco en su discurso al Octavo Congreso Nacional del Partido Socialista Popular, en agosto de 1960.

“El verdadero papel de los trotskistas en el mundo entero es bien conocido”, declaró. “En su impaciencia para combatir a la Unión Soviética ellos fueron a las filas del aparato de espionaje y provocación hitleriano, y a las de los imperialistas yanquis. Hoy ellos son los aliados de los revisionistas titistas en todas las cosas que van contra el socialismo. Donde quiera que los grupos trotskistas estén trabajando, su sola y verdadera misión es confundir a los movimientos populares, promover la división, dar argumentos para la campaña antisoviética y anticomunista de los imperialistas yanquis, y alentar el palabrerío estéril que aísla los movimientos revolucionarios de las masas”.

Este conjunto de difamaciones contradictorias, que repiten algunos de los hace tiempo explotados cargos preparados de antemano de los famosos juicios de Moscú y las calumnias de Stalin contra los líderes de Yugoslavia, con los cuales Cuba tiene relaciones amistosas, parecerían indicar que Blas Roca no está enterado todavía de las revelaciones sobre los crímenes de Stalin, hechas por Kruschchev en el Vigésimo Congreso. Pero Blas Roca no tiene nada de ignorante. Él está utilizando simplemente una vieja fórmula stalinista, al tachar a oponentes políticos obreros como contrarrevolucionarios para crear prejuicios contra sus ideas y, si es posible, destruirlos. En otras palabras, los líderes del Partido Comunista Cubano tienen su propia versión de una “caza de brujas anticomunista”.

El epíteto de “trotskistas” en esta “caza de brujas” incluye cientos de revolucionarios que murieron en campos de concentración y en las cámaras de gas nazis, y a los líderes del Partido Socialista de los Obreros, que fueron las primeras víctimas a quienes se sentenció a prisión bajo la infame ley Smith.

Los trotskistas atacados

Esta no es solamente una campaña propagandística de la prensa del Partido Comunista. Informaciones recibidas de Cuba dicen que el 26 de mayo pasado un funcionario de la Oficina Impresora Nacional ordenó el secuestro de un número de *Voz Proletaria*, un periódico trotskista de La Habana, y la destrucción de los tipos que habían sido instalados para la publicación del libro de León Trotsky, “La revolución permanente” (crónicas del incidente en la Argentina y en Inglaterra catalogaron erróneamente el libro como *La revolución traicionada*).

El cabecilla de la patrulla que llevó a cabo el secuestro dijo que estaba actuando de acuerdo con las órdenes de su superior, Octavio Cabrera, órdenes que decían que el diario y el libro eran contrarrevolucionarios. Más tarde, la misma noche,

debido a órdenes del Ministro de Trabajo, la pequeña imprenta fue intervenida bajo la acusación de “publicar propaganda contrarrevolucionaria”.

Voz proletaria es un leal defensor de la Revolución Cubana. Para la edición que fue secuestrada, los editores estaban preparando un conjunto de pruebas para ilustrar cómo los trotskistas del mundo entero habían estado defendiendo la Revolución Cubana en su prensa, en la radio y en la televisión, en las campañas electorales, en los piquetes de huelga y en las demostraciones.

El libro de Trotsky, escrito en 1928, doce años antes de su muerte, es una exposición de la teoría que predijo exitosamente el curso de la Revolución Rusa. La comprensión que ofrece sobre todas las revoluciones proletarias modernas en los países subdesarrollados, lo ha hecho un libro clásico del pensamiento marxista. La luz que arroja sobre el desarrollo de la Revolución Cubana le da una actualidad excepcional.

Al suprimir un diario como *Voz proletaria* y destruir los tipos de un libro como *La revolución permanente*, los líderes del Partido Comunista dieron un duro golpe a la Revolución Cubana.

Esto nos hace recordar los incendios de libros en la época de Hitler y la supresión de la oposición proletaria y del pensamiento independiente, por Stalin.

Tales actos, al hacer dudar sobre el carácter democrático de la Revolución Cubana, pueden fácilmente conducir a una declinación grave y a una disminución del apoyo activo entre los independientes. Así, el destructor sectarismo de los líderes del Partido Comunista Cubano, echa a andar un proceso que facilita la política del Departamento de Estado, de tratar de aislar la Revolución Cubana. También sirve a la contrarrevolución al darle base a la argumentación de que el pueblo cubano no tienen otra cosa que elegir que el stalinismo o la dominación del imperialismo yanqui.

Sentido común

Nosotros creemos que los defensores de la Revolución Cubana no podían cometer peor error que perder su sentido común y dar la revolución por perdida, porque los dirigentes del Partido Comunista, por su propensión a abusarse de las posiciones de confianza, han llegado a un extremo indebido.

Nuestra oposición es que no es posible que ellos puedan adueñarse de la Revolución Cubana y hacerla descarrilar. Hay valederas razones que apoyan esta opinión.

Primeramente, la Revolución Cubana superó en su origen al Partido Comunista y creó una dirección enteramente nueva. Esta dirección, con su inherente honestidad, radicalismo, confianza en la acción revolucionaria, resolución polí-

tica y capacidad de aprendizaje, se ubica en la principal corriente histórica de la revolución, no en la retaguardia del stalinismo. Representa el resurgimiento de la revolución mundial, no su declinación.

En segundo término, la Revolución Cubana es profunda. Ha conmovido enormemente a las masas. Esta poderosa fuerza no puede ser contenida por un viejo grupo stalinista cuyas referencias incluyen el apoyo a Batista; no será mientras la dirección castrista permanezca en el comando. En tercer término, el curso natural de la Revolución Cubana es cruzar las fronteras nacionales y hacer estallar revoluciones en toda Latinoamérica.

Realmente, constituye la iniciación de la Revolución Latinoamericana y puede ser debidamente apreciada sólo en este contexto más amplio. Algunos de los países latinoamericanos están tan maduros para la revolución, que ellos tomarán seguramente la senda socialista mucho antes que la Revolución Cubana comience a perder su dinamismo. Otra revolución en cualquier parte de Latinoamérica reforzaría enormemente la defensa de la Revolución Cubana y haría todavía más improbable la usurpación del poder por los Blas Roca.

También se nota que la posición de Cuba es tal, que la cristalización de una robusta burocracia parasitaria de molde stalinista debilitaría tanto la defensa de la Revolución, cuando aún está en el principio del proceso, como para hacerla presa fácil para la reconquista por el imperialismo yanqui. La Revolución Cubana no tiene otra alternativa más que continuar por la senda del socialismo y la democracia en su casa, y extenderse a los otros países de América Latina o ser masacrada por el coloso del Norte.

Ahora reaparece

Finalmente, el Partido Comunista Cubano no está herméticamente cerrado. El extremo fraccionalismo de los viejos dirigentes stalinistas es debido en parte a su angustia por la penetración de modelos revolucionarios de pensamiento entre la base.

“Nada se había oído de los trotskistas en Cuba desde el fin de la década del ’30... Ahora reaparece” –así se queja Blas Roca.

“¿Por qué?” El secretario general responde imputándolo a la “necesidad” de “agentes” de los “imperialistas yanquis”.

Pero en la década de 1930 y en los años que siguieron, ayudar a preparar o propiciar una revolución como la ocurrida en Cuba era, en el diccionario stalinista: “trotskismo”. La propia revolución, al crear su conciencia, engendra, inevitablemente, la ideología que Blas Roca ha estado combatiendo desde la década de 1930.

La Revolución engendra esta ideología aun en las filas del Partido Comunista Cubano, como lo ha hecho en las filas de los partidos comunistas de otras áreas del mundo, donde la presiones revolucionarias están en alza. Los de la base quieren que la revolución avance para que sea tomada como ejemplo en otros países. Ellos no quieren más frustraciones como la de Guatemala; ellos quieren victorias como la de Cuba.

Los burócratas más altos del Partido Comunista, que representan un tendencia conservadora, tienen puestos sus ojos, entre otras cosas, en su base. A ellos les gustaría que la Revolución se frenara y eliminara las “posiciones extremistas”, como lo dice Blas Roca. Lo que entiende por “posiciones extremistas” fue indicado en el Congreso de la Juventud, en La Habana, en julio del año pasado. Un grupo de delegados juveniles latinoamericanos se adhirió con los puntos de vista trotskistas; distribuyeron un planfeto propiciando la extensión de las nacionalizaciones, la devolución de Guantánamo al pueblo cubano, y el combate contra el capitalismo nativo. Los stalinistas tacharon estas propuestas de “frases izquierdistas” destinadas “a provocar la agresión del imperialismo yanqui, dividir la unidad de la juventud latinoamericana y confundir al Congreso”.

Dos días después, en un discurso al Congreso de la Juventud, Fidel Castro anunció la nacionalización de propiedades yanquis por valor de 800 millones de pesos cubanos; una “posición extremista” a la cual la base del Partido Comunista respondió con el mejor entusiasmo, cualquiera hayan sido las reservas de Blas Roca.

Sumada al impacto de la Revolución Cubana en las filas del PC, otra fuerza que puede tener creciente peso en Cuba está operando. La destrucción del culto de Stalin es irreversible. El viejo monolitismo staliniano ha sido destruido. Hoy han surgido repetidamente importantes diferencias sobre sus políticas entre Pekín y Moscú.

A largo plazo, las diferencias no pueden ser resueltas o aun discutidas sin tomar en cuenta Belgrado, Varsovia, quienes tienen sus opiniones, también, como Budapest y Tirana. La Habana puede ser considerada como participante. De una u otra manera, estas diferencias tienen que ser consideradas por sus méritos.

Pero esto no puede ser hecho sin considerar los puntos de vista revolucionarios como “comunistas”, “extremistas”, “trotskistas” o “castristas”.

Redoblemos la defensa

Al pasar revista al curso principal de la Revolución Cubana y a las principales fuerzas que la atañen, se hace evidente su vigor. Los que sirven de corazón a los intereses del socialismo o del pueblo cubano no podrían cometer error más grave

que abandonar la defensa de la revolución porque el PC cubano ha invadido muchas ramas del aparato de la revolución y está utilizando sus posiciones para disgregadores propósitos fraccionales.

Contra la política promotora de división, contra la política de “antitrotskismo”, promotora de división, es necesario presionar lo más que se pueda para lograr un movimiento unido que dé lugar a la participación de todas las tendencias de la clase obrera y radicales independientes que apoyan la Revolución.

La verdad exige que los excesos, errores y tácticas injuriosas se hagan públicas y sean libremente criticadas. Pero los intereses de la propia Revolución Cubana exigen que los pongamos en claro. La misma necesidad hace que sea nuestro deber redoblar nuestra defensa de la Revolución. No hay otro camino para ayudar a asegurar las brillantes perspectivas que ahora se abren para el avance de la Revolución Cubana.



DOS MÉTODOS FRENTE A LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA

Nahuel Moreno, 1964

¿Lucha guerrillera o lucha obrera y de masas?

La revolución cubana es el acontecimiento latinoamericano más importante en lo que va del siglo [xx], por marcar el comienzo de la revolución socialista en nuestro continente, Estados Unidos y el mundo occidental, y por haber dado origen también a una nueva generación y tendencia revolucionaria a escala continental: el castrismo. Son sus dirigentes los líderes indiscutidos de la Revolución Cubana, Fidel Castro y el “Che” Guevara. Éste es el único que ha hecho esfuerzos por trasladar al campo teórico, programático, las experiencias de esa nueva tendencia revolucionaria. Lo mismo ha intentado hacer con otro aspecto del quehacer revolucionario, la construcción de una economía socialista, al promover la discusión sobre la aplicación de la ley del valor en la economía cubana. No podemos menos que felicitarlo por ese magnífico ejemplo. Pero no sólo esto, sino que también queremos intervenir de lleno en la polémica sobre la estrategia revolucionaria para América Latina.

Trotsky, al comentar incidentalmente las polémicas de Bujarin con Lenin, señalaba que las hacía de rodillas, como pidiendo perdón, del mismo modo que un hijo discute con su padre o un alumno con su maestro: como si fuera una desgracia. Nosotros nos ubicamos frente a Guevara o Fidel Castro en una posición similar. Nuestra admiración, respeto, reconocimiento hacia ellos como jefes del proceso revolucionario latinoamericano, no tienen límites. En el caso de Fidel Castro no hemos dudado en considerarlo junto con Lenin y Trotsky, uno de los más grandes genios revolucionarios de este siglo.

Esta posición no es un “saludo a la bandera”, como dicen los chilenos, o entre nosotros, “una mandada de parte”. Fidel y el “Che” han demostrado en los hechos y han popularizado varias cuestiones políticas y teóricas de fundamental importancia, que hacen que de ellos se pueda decir, parafraseando lo que Sartre dice de la filosofía de Marx: “que no hay hoy día otra corriente revolucionaria en Latinoamérica que el castrismo”.

Dos son las principales conclusiones teórico-políticas del castrismo. Primero, que no hay otro camino para el triunfo de la revolución latinoamericana y mundial que el de la lucha de clases, con su corolario inevitable, la lucha armada, para destruir el aparato de represión estatal del régimen. Segundo, que este proceso de

lucha armada es el comienzo de una revolución en permanencia, o como dice Guevara, que cada vez se profundiza más. Dejamos de lado el hecho de que estas dos conclusiones son la razón de ser del trotskismo.

Estas dos ideas cardinales del castrismo nos hacen considerarnos sus discípulos, en contra de las variantes reformistas de todo tipo, desde la kruschevita hasta la nacional reformista, que creen justamente lo contrario: que no es imprescindible la lucha de clases y armada y que la revolución democrático-burguesa no debe profundizarse más y más, y que se puede llevar a cabo en grandes etapas históricas.

Nuestro acuerdo principista con el castrismo no nos impide, sin embargo, advertir que desde la revolución cubana el movimiento revolucionario latinoamericano ha sufrido una serie de derrotas colosales, empezando por el fracaso total y aplastante de la guerrilla paraguaya, apoyada en el entusiasmo y la movilización apasionada de una impresionante vanguardia, y terminando con el de las guerrillas venezolanas al querer impedir las elecciones y la posterior asunción del mando por Leoni. A estos fracasos se ha sumado la caída de Goulart y Brizzola, colosal derrota de los trabajadores latinoamericanos en su conjunto.

Esto nos obliga a un análisis cuidadoso de las posiciones y la práctica de los más ortodoxos guevaristas, ya que los líderes de varios de esos fracasos se han declarado guevaristas fanáticos. Es decir, nuestro análisis crítico de las posiciones de Guevara no tiene un mero interés teórico sino, por el contrario, práctico. ¿Qué responden a esto los guevaristas? “¿Para qué discutir un método, la guerra de guerrillas, que ha demostrado su corrección absoluta con el triunfo en Cuba?” Nosotros estamos en contra del método de aceptación y generalización pasiva de los triunfos revolucionarios. Estamos por la defensa incondicional de ellos, pero en cuanto a métodos seguimos reivindicando el crítico-teórico que nos caracteriza.

Esto nos obliga a estudiar críticamente, tanto los éxitos como los fracasos, y elevar ambos a un plano de generalización teórica. La crítica debe ser implacable. Ésa es la única forma de superar los éxitos y evitar los fracasos. Ese será el marco de nuestro análisis de la teoría y práctica guevaristas.

¿Es la guerra de guerrillas el único método viable?

Guevara habla de la guerra de guerrillas como de un método para tomar el poder. Pero este no es para él un método entre otros, sino el único que nos puede llevar al triunfo, *“porque estimamos que en las condiciones actuales de América, la guerra de guerrillas es la vía correcta. Hay argumentos fundamentales, que, en nuestro concepto, determinan la necesidad de la acción guerrillera en América como eje central de la lucha”*.¹

El autor demuestra su categórica y peligrosa afirmación, a consecuencia de la cual han muerto y siguen muriendo los mejores luchadores de vanguardia pequeño-burgueses latinoamericanos, en forma por demás esquemática y abstracta. Los “*argumentos fundamentales*” son tres: uno técnico y otros dos que tienen algo que ver con la realidad de nuestro continente.

Primero, la guerra de guerrillas es la única posibilidad técnica de esconder a la dirección revolucionaria, ya que si lo hace en la ciudad casi seguro cae en manos de la reacción. “(...) *en cambio el mando guerrillero, asentado en terreno favorable a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario*”.²

Segundo, “la situación general del campesinado latinoamericano y el carácter cada vez más explosivo de su lucha contra las estructuras feudales, en el marco de una situación social de alianza entre explotadores locales y extranjeros”.³

Y tercero, el “carácter continental de la lucha”.⁴

Estudemos cada uno de esos argumentos, empezando por el primero, o sea, la mejor forma de esconder a la dirección revolucionaria.

Éste nos parece infantil. Para nosotros, el esconder bien a la dirección revolucionaria no es una tarea técnica sino político-social. No se trata de buscar el mejor lugar geográfico para esconderse sino el mejor sector político-social. Fidel Castro se cobijó en el oriente de Cuba porque allí se encontraban los núcleos burgueses y terratenientes que lo apoyaban y estaban en oposición a Batista. Todo el oriente simpatizaba con el “26 de Julio” y con Fidel Castro. Esa ley es general: la dirección revolucionaria tiene que esconderse en el medio social que le sea incondicional y lo apoye políticamente, ya sea urbano o rural. Hay centenares de ejemplos de luchadores urbanos que no han caído en manos de la represión viviendo en las ciudades. Toda la Gestapo nazi no pudo detener ni descubrir a la dirección de la resistencia francesa ni a Camus, director del periódico clandestino, aunque se escondían en París. Eso se debió a que la amplia mayoría del pueblo francés los apoyaba. Entre los años 1943 y 1945 en la Argentina fue imposible detener a Gerónimo Arnedo Álvarez, que se escondía en Buenos Aires, gracias a que en esa época el Partido Comunista Argentino se apoyaba en importantes sectores del movimiento obrero e intelectual. En cambio, dirigentes guerrilleros han sido liquidados o apresados a pesar de lo perfecto de su escondite, por no contar desde el principio con el apoyo de la población (Paraguay, Venezuela, España y los guerrilleros de Salta, últimamente, en nuestro país [Argentina]). Es que el esconder a una dirección revolucionaria requiere una organización y un sólido apoyo social, no una mera técnica de escondite.

Continuemos con su segundo “*argumento fundamental*”: “*el carácter explosivo de la lucha campesina*”. Que no se diga que rebelión campesina contra feudalismo

significa automáticamente “guerra de guerrillas”, porque los ejemplos boliviano, peruano, brasileño, señalan justamente lo contrario: grandes luchas campesinas, entre ellas la boliviana, triunfante, sin guerra de guerrillas. La Revolución Rusa, por otra parte, se apoyó en una colosal movilización campesina sin necesidad de apelar a la guerra de guerrillas para liberarse del feudalismo. Es decir, Guevara da un elemento que por sí solo no demuestra nada, al señalar un hecho indiscutible: que los campesinos latinoamericanos se movilizan contra las estructuras arcaicas que los oprimen. De ese hecho cierto no surge ni puede surgir que la guerra de guerrillas sea la “*vía correcta*” o el “*eje central de la lucha*”. El campesinado en Brasil o en Perú se ha inclinado por la sindicalización y las ocupaciones masivas de tierra, y no ha tenido ninguna tendencia a hacer guerrillas. ¿De dónde saca Guevara su conclusión si la experiencia histórica y latinoamericana no la avalan? No puede ser de otra fuente que de su propia voluntad y deseo. Pero la voluntad y el deseo son malos consejeros si no se asientan en un estudio responsable de la realidad. El campesinado, como toda clase oprimida, va superando sus medios de lucha de acuerdo con su experiencia. ¿Por qué Guevara quiere suprimir esa experiencia de los campesinos reemplazándola por un esquema? ¿Por qué aspira a que utilicen sólo un método? ¿Por qué niega de antemano toda otra forma de lucha armada o de combinación de métodos? ¿No es mucho más correcto acompañar la experiencia campesina en lugar de tratar de imponerle una forma de lucha armada?

Dejamos de lado el argumento subordinado de la “*alianza entre los explotadores locales y extranjeros*” porque ya nos detendremos ampliamente en él, en el capítulo correspondiente.

El tercer “*argumento fundamental*”, y el más débil, es casi inexplicable en labios de un revolucionario serio como Guevara. No entendemos por qué del “*carácter continental de la lucha*” se desprende que el único método posible en cada uno de nuestros países es la guerra de guerrillas. El carácter continental de la lucha pone en contacto las distintas luchas nacionales de los trabajadores, los enfrenta a un mismo enemigo, el imperialismo yanqui, y les da un objetivo común, la unidad latinoamericana (que Guevara no plantea explícitamente), pero nunca podrá por sí solo indicar el carácter y las modalidades que esa lucha adquirirá en cada uno de nuestros países.

El saldo es verdaderamente desolador: Guevara no da un solo argumento digno de tomarse en cuenta para justificar su tremenda conclusión.

Pero seríamos injustos con nuestro “Che” si no reconociéramos que de sus trabajos se desprende una armazón un poco más sólida y amplia para demostrar su teoría.

Vamos a ver entonces que la guerra de guerrillas es el “*eje central de la lucha*”

por tres razones que se desprenden de sus escritos: un análisis de la realidad latinoamericana, un estudio de la experiencia histórica, principalmente de Cuba, y el decisivo, de carácter técnico, las ventajas militares de la guerra de guerrillas y las desventajas de los otros métodos. El que los argumentos técnicos sean los decisivos (como lo demuestra, entre otras cosas, el hecho de que su primer argumento favorable a la guerrilla sea el de esconder a la dirección revolucionaria) invalida de por sí toda su estructura teórica, desde el punto de vista marxista.

Para el marxismo lo esencial es justamente lo contrario: el análisis de la realidad latinoamericana y la experiencia histórica. Sólo esto nos puede permitir encontrar la estrategia correcta, y no generalidades técnicas súper abstractas, como que la guerra de guerrillas es el único método de destrucción del ejército oligárquico.

Ignorancia de las realidades nacionales

Al pensar y demostrar así, Guevara niega lo esencial del marxismo, que siempre parte de la realidad, de lo concreto, para volver a él, modificándolo. Sólo un estudio profundo, exhaustivo, de la realidad latinoamericana y de cada uno de nuestros países, puede permitirnos llegar a la conclusión de que la guerra de guerrillas es el único método viable de hacer la revolución en esta etapa.

Ese estudio tiene que ser un estudio profundo, total, de la historia y la tradición de cada país, principalmente del movimiento de masas (no es lo mismo el proletariado argentino con su colosal experiencia anarquista, comunista y peronista, que el cubano o el brasileño), de la economía, de la sociedad con sus relaciones y sectores de clases, de la política de los explotadores con su Estado y partidos políticos y, por último, [de] los sindicatos y partidos obreros y campesinos con sus dirigentes. Sólo así podremos encontrar la política y los métodos revolucionarios correctos.

Sin embargo, la miopía guevarista sobre las distintas características de cada país latinoamericano no podía ser tan grande. Guevara reconoce, por ejemplo, que hay problemas con el movimiento de masas: *“Los países que, aún sin hablar de una efectiva industrialización, han desarrollado una industria media y ligera, o simplemente han sufrido procesos de concentración de su población en grandes centros, encuentran muy difícil preparar guerrillas”*.⁵ En forma muy, pero muy discreta, casi desapercibida, nos dice que nada menos que en Brasil, México, Chile, Argentina, Uruguay, es decir en el 80% de Latinoamérica, que ha desarrollado “su industria media y ligera”, es “muy difícil preparar guerrillas”. Esta confesión no inmuta a Guevara ni le hace sacar conclusiones políticas. Parte de la premisa de que el único método viable es la guerrilla, entonces hay que hacerla aunque

“sea muy difícil”. A nosotros se nos ocurren unas preguntas: Si en esos países es “muy difícil preparar guerrillas”, ¿no podremos encontrar otras formas de lucha armada más fáciles? ¿La resistencia del pueblo trabajador a la guerrilla no es un alerta a los esquemáticos que no toman para nada en cuenta las realidades nacionales? ¿No es más fácil encarar la lucha armada de acuerdo con los métodos y en los lugares que se den los trabajadores y su vanguardia? Si la realidad del país hace muy difícil la guerrilla, ¿por qué se insiste en ella? ¿No será por razones meramente técnicas y por la obsesión de que no hay otro método? ¿Y aceptar un solo método no es condenarse al fracaso más total?

La experiencia brasileña

Para Guevara estas preguntas no tienen ninguna importancia o por lo menos no parece dársela. Es por eso que no se plantea explícitamente el gran problema de Latinoamérica en esta etapa: la revolución brasileña.

Si en Brasil hubiéramos hecho un estudio serio de la realidad habríamos llegado a la conclusión de que la **principal tarea revolucionaria en toda América Latina era mucho más modesta que preparar la guerra de guerrillas: había que impedir que triunfara el *putsch* reaccionario gorila que se estaba preparando.** (Subrayado nuestro.)

La situación latinoamericana, incluso la del país hermano, con su historia, economía, relaciones sociales, política y carácter del gobierno indicaba que era inevitable un golpe de estado reaccionario. La gran tarea, entonces, era movilizar al movimiento de masas brasileño para frenar [el golpe] o aplastarlo, sin depositar la más mínima confianza en el gobierno de Goulart o Brizzola. Ese solo análisis concreto le hubiera valido mucho más a la revolución y a la Cuba revolucionaria que todos los trabajos teóricos del Che, porque significaba una política y una estrategia precisa para la mitad de América Latina.

Porque no nos debemos engañar: la de Brasil ha sido la más trágica derrota del movimiento de masas latinoamericano en los últimos veinte años. Esa derrota se va a reflejar en todo nuestro continente, incluso en Cuba, donde los gusanos comenzarán a levantar cabeza. Fidel y el Che, dirección indiscutida de la revolución latinoamericana, deben mostrar ante la historia, y autocriticarse si es necesario, cuál fue la política que aconsejaron para Brasil. De los trabajos del Che se desprende que fue la guerra de guerrillas. En este caso ha sido un crimen político, porque la gran tarea era impedir el golpe reaccionario, desde las ciudades, con los sindicatos de obreros y suboficiales. Si por el contrario fue la de enfrentar el golpe reaccionario, todos los trabajos teóricos de Guevara no sirven para nada, ya que en este caso “*la posibilidad del triunfo de las masas populares de Amé-*

rica Latina” no estaba “claramente expresada por el camino de la lucha guerrillera” para la mitad del continente.

El afán polémico puede llevar a encontrar otra respuesta: el guevarismo planteaba la lucha contra el golpe preparando guerrillas. Aún se puede encontrar otro argumento: los hechos han demostrado que no hay otra salida que la guerrilla, ya que las masas urbanas fueron incapaces de hacer nada por Goulart. Esos no son más que argumentos polémicos para poder salvar la ropa. Lo concreto es qué se le aconsejaba a un castrista en Brasil: preparar la guerrilla o defender a Goulart desarrollando la movilización del movimiento de masas con las organizaciones que se habían dado (sindicatos de suboficiales, campesinos y obreros). El dilema es de hierro y no hay argumento polémico que lo pueda evitar. Si preparábamos la guerrilla no hacíamos lo otro, y si movilizábamos desde las organizaciones sindicales no preparábamos la guerrilla.

Brasil es un alerta trágico y nos exige que digamos de una vez por todas: ¡Basta de recetas y generalidades! ¡Basta de consejos técnicos! ¡Empecemos a estudiar la realidad latinoamericana y de cada uno de nuestros países en especial, para darnos una política concreta y correcta, y así encontrar el método de lucha armada ajustado a esa política!

(...)

El dogma del campesinado

Para Guevara, en todos los países latinoamericanos la clase de vanguardia es el campesinado, y las clases urbanas o el proletariado agrícola juegan el papel de acompañantes en las dos primeras etapas de la lucha armada. “(...) es el campo y que, desde el campo, un ejército campesino que persiga los grandes objetivos por los que debe luchar el campesinado (el primero de los cuales es la justa distribución de la tierra) tomará las ciudades (...) la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro, como lo dio ya en Cuba.”⁶

“La posibilidad del triunfo de las masas populares de América Latina está claramente expresada por el camino de la lucha guerrillera, basada en el ejército campesino, en la derrota del ejército en lucha frontal, en la toma de la ciudad desde el campo, etcétera.”⁷

Ni el campesinado argentino deja de tener su papel de vanguardia. La única variante que reconoce son las diferentes mentalidades campesinas: “Claro que en América hay particularidades; un campesino argentino no tiene la misma mentalidad que un campesino comunal del Perú, Bolivia o Ecuador, pero el hambre de tierra, permanentemente presente en los campesinos, da la tónica general de América

*y, como en general están más explotados aún de lo que habían sido en Cuba, aumentan las posibilidades de que esta clase se levante en armas.*²⁸

Pero la conclusión general, sin excepciones, es la misma: el campesinado es la clase social a la vanguardia en todos los países latinoamericanos. Nunca se plantea la menor posibilidad de que esa situación pueda variar de país en país y que las distintas mentalidades campesinas provoquen distintas relaciones entre el proletariado, la pequeña burguesía y el campesinado.

No sólo no es lo mismo un campesino peruano que uno argentino, sino que no hay la misma relación de clases revolucionarias en Perú y Argentina. Ésas son las diferencias fundamentales y específicas que varían de país en país y de etapa en etapa, y no las mentalidades campesinas. El único argumento que da, y muy a la pasada, es que en algunos países latinoamericanos el campesinado ha iniciado un proceso de ascenso revolucionario. El verdadero argumento guevarista es técnico y no social. Él apela al campesinado y al campo por ser la clase y la zona ideales para la guerrilla. Es decir, la guerrilla y la lucha armada no están al servicio del movimiento de masas del país, de su dinámica, sino por el contrario, el movimiento de masas y los lugares geográficos, al servicio de la guerra de guerrillas. El campesinado es la clase de vanguardia, porque eso será mejor para el desarrollo de la guerrilla y no porque lo sea en realidad.

En Uruguay, al igual que en Argentina, el campesinado es el baluarte de la reacción. Esto, Guevara ni lo advierte. Siempre los dogmáticos se estrellan contra la realidad en la misma forma. Por eso Guevara analiza tan mal la Revolución Cubana y su composición de clase. Nadie ha probado hasta la fecha que en Cuba el sector de vanguardia fuese el campesinado y no el proletariado agrícola y la pequeña burguesía urbana. Ya nos detendremos en este aspecto del problema.

Nosotros creemos que la clase explotada a la vanguardia de la revolución latinoamericana cambia de país en país y de etapa en etapa. Hemos superado el esquema trotskista de que sólo el proletariado es la vanguardia de la revolución, pero no para caer en otro tan funesto como aquél. Por el contrario, como nuestros trabajos teóricos y prácticos lo demuestran, fuimos los primeros en señalar que en Perú la vanguardia era el campesinado del Cuzco. En Bolivia, en los últimos meses llegamos a creer que la clase de vanguardia podía ser el campesinado de La Paz y que el proletariado minero pasaba a un segundo plano. Los hechos han demostrado categóricamente que estábamos equivocados, ya que el proletariado minero sigue siendo la vanguardia. Y no estamos dispuestos a sacrificar nuestro método por ningún dogma campesino. Tomamos la realidad, incluida la relación de las clases explotadas, tal como se da. Lo mismo hacemos con los métodos revolucionarios y de lucha armada: adoptamos no uno solo sino aquel que se adecua a la clase de vanguardia y a su experiencia.

Los convidados de piedra

Clawsewitz, el gran teórico de la guerra, citado por Lenin, Mao y Trotsky, hace ya más de un siglo que dijo: “La guerra es la continuación de la política por otros medios.” Mao, de quien Guevara se considera discípulo, dijo que “*la guerra es una política cruenta y la política una guerra incruenta.*” Estos grandes maestros de la guerra no han hecho mella en Guevara, quien nunca se detiene en sus trabajos a analizar, o meramente señalar, la necesidad de una política revolucionaria.

Mejor dicho, tiene un objetivo político revolucionario: la toma del poder por los trabajadores, previa destrucción de las fuerzas armadas o de la reacción, pero eso solo no puede llamarse una política científicamente revolucionaria. Antes que nada porque una política tiene medios y objetivos parciales, ligados unos a otros, que se sintetizan en un programa. Pero un programa revolucionario no actúa en el vacío, no es una nube intelectual; lo ejecuta alguien sobre algo. Aquí es donde aparecen los dos términos fundamentales de la elaboración y [el] desarrollo del programa. Éste es ejecutado y elaborado por un partido revolucionario para educar, elevar a los trabajadores con su grado de conciencia y organización, a las tareas revolucionarias. Tenemos entonces que el objetivo revolucionario es liquidar el régimen oligárquico-imperialista burgués, pero eso sólo lo podremos hacer mediante la conquista del movimiento de masas con sus organizaciones para esa tarea. El conquistar al movimiento de masas se transforma, entonces, en un fin decisivo, porque sólo así derrotaremos al régimen.

El programa como síntesis de la política revolucionaria tiene como objeto, justamente, ganar al movimiento de masas para los objetivos revolucionarios del partido. Es el intermediario entre el partido y el movimiento de masas. Este programa, para ser correcto, no puede dejar de tomar en cuenta las necesidades, tradición, formas de organización y aspiraciones del movimiento de las masas trabajadoras. Las relaciones entre el partido y el movimiento de masas no pueden ser un diálogo de sordos; por ejemplo, un campesino peruano o brasileño que dice “quiero organizar un sindicato para conseguir agua”, o un obrero argentino que dice “quiero el salario mínimo, vital y móvil”, y un revolucionario que les contesta “no seas *come mierda*, hagamos la insurrección”, jamás se entenderán. Si por el contrario el revolucionario parte de lo que el campesino o el obrero quieren (el sindicato, el agua, o el salario mínimo), logrará elevar a ese trabajador con su organización a la lucha por el poder. Ahora, supongamos que el campesino o el obrero tienen su sindicato. En ese caso, el revolucionario no podrá ignorar no sólo las aspiraciones actuales de ese trabajador, sino tampoco esa conquista ya lograda que es su organización sindical.

Para Guevara los únicos factores que existen son dos, que se complementan y que a su vez se van profundizando en el transcurso de la lucha: *“la conciencia de la necesidad del cambio y la certeza de la posibilidad de este cambio revolucionario (...)”*. Para que no queden dudas insiste en que: *“la primera es la posibilidad del triunfo, pues ahora se sabe perfectamente la capacidad de coronar con éxito una empresa como la acometida por aquel grupo de ilusos expedicionarios del Granma en su lucha de dos años en la Sierra Maestra (...)”*⁹

Ni una palabra del partido, la política o el programa revolucionario y el movimiento de masas. Veamos más detenidamente el razonamiento del autor para ver si nos encontramos en algún lugar.

Nada hay más importante para una organización revolucionaria que el momento histórico en que se resuelve iniciar la lucha armada, la guerra civil contra el régimen. ¿Cómo ve Guevara esa iniciación de la lucha armada en su relación con el programa, el partido y el movimiento de masas?

*“Al inicio hay un grupo mas o menos armado, más o menos homogéneo, que se dedica casi exclusivamente a esconderse en los lugares más agrestes, más intrincados, manteniéndose en escaso contacto con los campesinos.”*¹⁰

Así se expresa Guevara, generalizando, como él mismo dice, la experiencia cubana. *“Debe contarse con una base de 30 a 50 hombres; esta cifra es suficiente para iniciar una lucha armada en cualquier país del mundo americano, con las situaciones de buen territorio para prosperar, hambre de tierras, ataques reiterados a la justicia (...) en general una lucha guerrillera se inicia por alguna voluntad ya elaborada; algún jefe de prestigio la levanta para salvación de su pueblo y este hombre debe trabajar en condiciones difíciles en algún otro país extranjero. Es obvio que debe iniciarse con una tarea conspirativa, alejado del pueblo y reducido a un pequeño núcleo de iniciados, si realmente se pretende iniciar esta guerra desde algún otro país o desde regiones distintas y lejanas dentro del mismo país. Pensemos cómo podría empezar un foco guerrillero. Núcleos relativamente pequeños de personas eligen lugares favorables para la guerra de guerrillas.”*¹¹

Para muestra es suficiente: “un pequeño núcleo de 30 a 50 personas” que se mantenga “en escaso contacto con los campesinos” y que en su preparación haya estado “alejado de la acción del pueblo” es lo necesario para iniciar la lucha guerrillera, la guerra civil que nos llevará a la derrota del régimen ¡Más sencillo imposible! ¡Con casi nada se puede empezar! Tenemos el comienzo de la derrota de la oligarquía al alcance de la mano, siempre que nos mantengamos “en escaso contacto con los campesinos” y “alejados de la acción del pueblo”. ¿Partido, programa o política revolucionaria hacia el campesinado y el pueblo para qué? Por el contrario, lo que necesitamos es una abstención, una falta de programa político, ya que la mejor forma de mantenernos “en escaso contacto con los campe-

sinos” y “alejados de la acción del pueblo”, en un país limítrofe o en “una provincia alejada”, es no tener política o programa de ninguna clase que nos pueden obligar a intervenir en las acciones del movimiento de masas, lo que no conviene si se quiere organizar la guerrilla.

Por otra parte, Guevara no se cansa de señalar que es suficiente un grupo, sólo un grupo y un jefe, para iniciar la lucha guerrillera, sin ningún tipo de apoyo social ni político, campesino o popular previo. Tampoco deja de ignorar sistemáticamente la necesidad del partido revolucionario, con su programa y política revolucionaria hacia el movimiento de masas con sus organizaciones.

¿Tienen algo de raro entonces los fracasos guerrilleros en Perú o en nuestro país? ¿Qué tiene de misterioso que caigan heroicos militantes revolucionarios contrabandeando armas y organizando la guerrilla en Salta? ¿Acaso no lo han hecho de acuerdo con la ortodoxia de Guevara, alejados del pueblo, sin contacto con los campesinos y los obreros, y sin el apoyo de ningún partido?

La existencia de esa política revolucionaria, de las consignas que siente el movimiento de masas, sintetizadas en un programa revolucionario, junto con el partido que las vaya llevando a cabo en íntima ligazón con los trabajadores y sus organizaciones, es la condición previa a toda acción revolucionaria, principalmente a la lucha armada. De lo contrario, cualquier acción, por pequeña que sea, se transforma en una aventura.

El partido y el programa revolucionarios son el puente entre las ansias subjetivas de la vanguardia revolucionaria y las necesidades objetivas del movimiento de masas, sin las cuales no hay acción revolucionaria con posibilidades de éxito. El olvidarse de esas condiciones es característica de las corrientes sectarias y del guevarismo.

Los sindicatos obreros y campesinos

Todo militante de izquierda ligeramente informado por la lectura de los periódicos está acostumbrado a leer que “las ligas camponesas de Juliaio» o “los sindicatos mineros paulistanos” o “los sindicatos de suboficiales o bancarios de Brasil”, “han planteado tal o cual reivindicación”, que “los sindicatos mineros de Oruro, Siglo XX, Catavi, se han rebelado contra el gobierno y han tomado rehenes”, que la “CUT chilena ha iniciado un paro en favor de Cuba, contra la invasión yanqui a la primera patria socialista de América”, que “los sindicatos argentinos o uruguayos” “declararon un plan de lucha” o “iniciaron la huelga general”, que “los sindicatos campesinos del Cuzco se han trabado en lucha con la reacción militar o policial”.

Guevara, en ninguno de sus trabajos teóricos, al referirse a la situación latino-

americana, se detiene en la consideración de estos hechos tan evidentes, que conforman el panorama actual de nuestro continente: la existencia de grandes organizaciones de masas sindicales trabadas en lucha contra el régimen de los explotadores. La CUT chilena, la COB boliviana, los sindicatos campesinos peruanos, es decir, las organizaciones que agrupan a las tres cuartas partes de los trabajadores latinoamericanos no existen en el análisis, en la estrategia ni en el método de Guevara. Nosotros hacemos nuestra una frase de Toscanini a la orquesta del Colón: “Señores, el silencio también es música”, asegurando que, en política, el silencio “también es política”.

Aunque, mejor dicho, hay un comentario que el autor hace ligeramente sobre esas organizaciones, en donde su existencia es considerada como un síntoma negativo, una desgracia: *“Además, la influencia ideológica de los centros poblados inhibe la lucha guerrillera y da vuelo a luchas de masas organizadas pacíficamente”*.¹² Sobre el colosal esfuerzo de organización y lucha de los trabajadores por desarrollar esas organizaciones, ni una sola palabra. Nosotros discrepamos en un todo con Guevara, a excepción de que estamos de acuerdo con que la existencia de grandes organizaciones “inhibe la lucha guerrillera”. No creemos, en cambio, que los centros poblados originen “luchas de masas organizadas pacíficamente”. ¿Y Bolivia? ¿Acaso Guevara no reconoce que ahí el ejército oligárquico fue liquidado por los sindicatos obreros? ¿Y las grandes luchas insurreccionales del movimiento obrero argentino, chileno o uruguayo? ¿Y las luchas sindicales del campesinado y el proletariado peruano o brasileño fueron siempre pacíficas?

Lo que ocurre es que Guevara no se da cuenta de que la creación de esas organizaciones sindicales masivas es el más importante avance llevado a cabo por las masas trabajadoras sudamericanas.

Él comete hacia las organizaciones sindicales el mismo crimen que los ultrazquierdistas latinoamericanos con Cuba socialista: la ignoran porque no es perfecta como ellos la quieren. Por los defectos (institucionalidad) de las grandes organizaciones sindicales, no se debe cometer el crimen político, militar, revolucionario de ignorarlas. Ellas son a la revolución latinoamericana algo tan importante como la existencia de Cuba, y la misma importancia tiene para nosotros la defensa de ambas. Las organizaciones de los trabajadores son, al igual que Cuba, grandes conquistas arrancadas al imperialismo y a la oligarquía por las masas trabajadoras. Cada organización sindical obrera o campesina latinoamericana es, a escala nacional, lo que es Cuba a escala continental: una isla socialista en medio de un continente hostil.

Este crimen sectario, de ignorar la única patria socialista, proletaria, que cada trabajador reconoce como suya en su país (las organizaciones sindicales), es acompañado por Guevara por una ignorancia enciclopédica sobre el futuro de esas or-

ganizaciones. Ese futuro es el mismo que el de Cuba: el imperialismo y la oligarquía no quieren, no pueden y no admitirán nunca ni una Cuba socialista ni sindicatos masivos obreros y campesinos. No hay institucionalidad que valga, como no hay ni habrá acuerdo verdadero entre Cuba y el imperialismo. La suerte de Cuba y las organizaciones sindicales latinoamericanas son paralelas, están ligadas porque son lo mismo: grandes, fabulosas conquistas de los trabajadores latinoamericanos. Por eso es criminal el desprecio, la ignorancia y la falta de política de Guevara hacia las islas institucionales que preanuncian el futuro poder obrero. Son esas instituciones sindicales las que impidieron hasta la fecha que todos los países latinoamericanos se alinearan junto a los yanquis para fundir a Cuba.

Indudablemente, Guevara tiene razón en dos sentidos. Estas organizaciones masivas sirven para incubar tendencias reformistas, negociaciones y acuerdos con el Estado y los explotadores, como así también para desarrollar las burocracias obreras. De la misma forma, el desarrollo de la medicina moderna en equipos técnicos burocratiza a la medicina, pero nadie niega que es un progreso. Lo mismo que las grandes organizaciones sindicales: son un progreso y conquista colosal, aunque tienen el peligro de burocratizarse.

Por otra parte, donde estas organizaciones existen es muy difícil convencer a un trabajador organizado de que haga guerrillas. Ese trabajador quiere defender y desarrollar su organización, y no quiere separarse de sus compañeros de trabajo. Lo mismo ocurre hoy día en Cuba, como veremos más adelante. Si hay ataque imperialista, la defensa de Cuba se hará desde lo conquistado, desde los lugares de trabajo y por medio de las organizaciones obreras y no con guerrillas. El mismo criterio tiene todo activista sindical: quiere defenderse y atacar desde su organización, a la que considera su gran conquista frente a la burguesía y el imperialismo, y no hay Guevara que lo convenza de que abandone lo conquistado.

Esa situación nos obliga a contemplar toda la lucha revolucionaria, inclusive la armada, desde otro ángulo: la existencia de grandes organizaciones de masas es una bendición revolucionaria, no una desgracia como para Guevara (“inhibe la lucha guerrillera”). Pero a esa bendición debemos tenerla muy en cuenta no para institucionalizar el régimen sino para ver cómo lo derrotamos. ¡Loada sea la potencialidad revolucionaria del Brasil y la crisis de sus explotadores que permitió el surgimiento de sindicatos de suboficiales y campesinos! Ése debe ser nuestro grito de batalla y no la queja guevarista. Esto no nos exime de tener una política revolucionaria frente a esas organizaciones de masas sino que, por el contrario, nos exige que perentoriamente la tengamos. Lo único que no podemos decir o hacer es lo de Guevara (*¡qué desgracia!*) o encogernos de hombros.

(...)

La experiencia cubana y el futuro de América Latina

La Revolución Cubana no es una excepción a las leyes generales que han caracterizado a todos los países que se liberaron a través de la guerra de guerrillas. Al igual que en Yugoslavia, China, Indochina y Argelia, en Cuba tenemos: primero, un ejército mercenario odiado por todo el pueblo; segundo, un líder y el movimiento de las masas pequeño-burguesas, Fidel Castro y el 26 de Julio; tercero, un colosal apoyo directo o indirecto de las naciones más próximas: Venezuela, Puerto Rico, Costa Rica y un importante sector del propio imperialismo yanqui. Aclaremos que Guevara acepta casi todos los factores que nosotros señalamos, a los que considera lo excepcional de la Revolución Cubana, pero les da una importancia mínima o directamente distinta a la que le damos nosotros. Detengámonos un poco en este punto. Para el Che Guevara el hecho de que el ejército cubano haya sido mercenario fue un impedimento al proceso revolucionario. Sin embargo, esto tuvo y tiene para Latinoamérica una consecuencia contradictoria. Es mucho más difícil enfrentar a un ejército nacional que a uno mercenario. A ningún trabajador le gusta hacer atentados y matar un ejército formado por sus hermanos. De modo que para iniciar la lucha armada de frente es mucho mejor que sea mercenario, enemigo en su totalidad del pueblo trabajador.

En el segundo punto es donde nuestras discrepancias con Guevara son mucho más grandes. El le da una importancia fundamental a la existencia de Fidel Castro; insiste en que fue un triunfo dirigido por un genio. Nosotros concordamos con Guevara en que Fidel fue un genio, pero discrepamos totalmente en la crítica que le hace: haber anunciado la época aproximada de iniciación de la lucha guerrillera, en contra de la principal norma técnica que es la sorpresa. La frase de Fidel que el Che critica es: “*en el año 1956 seremos libres o seremos mártires*”. Nosotros la consideramos una consigna formidable, que ponía de pie a la pequeña burguesía cubana contra el régimen. Al igual que los otros “errores técnicos”, éste respondía a profundas razones y necesidades políticas: movilizar, entusiasmar a las masas que lo apoyaban. Ahí está justamente la genialidad de Fidel: haber dado siempre con la fórmula, la consigna adecuada al fin político, aunque ella estuviera en oposición a las normas guerrilleras.

La revolución fue hecha por un frente único de todas las clases, instituciones y partidos no ligados directamente al régimen batistiano. Insistimos: todas las clases, instituciones y partidos. La vanguardia de esta revolución fueron un gran partido, líder de las masas pequeño-burguesas, el 26 de Julio, y Fidel Castro, heredero y discípulo a su vez de otro gran movimiento y líder pequeño-burgués, el movimiento de Chibás. El genio político inigualado de Fidel hunde sus raíces en la riquísima experiencia política de una clase cubana: la pequeña burguesía ur-

vana, de la cual Chibás y Fidel fueron sus máximas expresiones. Guevara o Baran reconocen, por ejemplo, que los terratenientes apoyaron la guerrilla o fueron neutrales frente a ella. Pero se olvidan de los partidos burgueses que los apoyaron con todo en un principio, y también de dos colosales instituciones: la iglesia católica y la masonería. Baran admite solamente la oposición de la iglesia católica a Batista y olvida que no sólo se opuso sino que apoyó a Fidel, al igual que el *Rotary Club*. Si a Guevara se le queda en el tintero la mayor parte de las instituciones o partidos políticos burgueses, pierde francamente el paso cuando se refiere a las instituciones o clases populares que apoyaron la guerrilla. No se cansa de decir que el ejemplo cubano o extranjero indican que la guerrilla o el guerrillero desde su comienzo son campesinos revolucionarios agrarios “(...) *pero que, en la lucha primera, el campesino, centro y médula del Ejército Rebelde, es el mismo que está hoy en la sierra, orgullosamente dueño de su parcela (...)*”.¹³

Todo indica, aun el mismo Guevara, que no es así. Baran, por ejemplo, cree que el baluarte del proceso guerrillero fue el proletariado de los grandes ingenios azucareros. Pero tanto Guevara como Baran se “pisan” cuando reconocen que los terratenientes apoyaban o eran neutrales frente a la guerrilla. No creemos, aunque Guevara lo jure, que los terratenientes apoyaron o miraron con simpatía a sus explotados, los campesinos, empuñando las armas por la revolución agraria. No creemos, repetimos, que se hayan equivocado tanto. Como todo esquemático, dogmático, Guevara se contradice cuando pasa a actuar o a relatar lo que hizo. Entonces, los esquemas se hacen trizas ante la realidad. Veamos qué nos dice con respecto a cómo hicieron la escuela de capacitación en Cuba: “*La parte importante que nunca se debe descuidar en la escuela de reclutas es el adoctrinamiento, importante porque los hombres llegan a ingresar sin una concepción clara de por qué vienen, solamente con conceptos difusos sobre la libertad, la libertad de prensa, etc., sin fundamento lógico alguno*”.¹⁴

En estas pocas líneas, dichas a la pasada, hay un análisis mucho más profundo, serio, responsable, sobre la experiencia histórico-social revolucionaria cubana que en todos los trabajos del Che Guevara juntos. ¿Qué clase nutre a esos reclutas de la guerrilla cubana que “ingresan sin una concepción clara”, “con conceptos totalmente confusos sobre la libertad (...)” ? No puede haber ninguna duda: es la juventud burguesa terrateniente y la pequeña burguesía, y no el campesinado ni el proletariado agrícola, que si algo los caracteriza no es precisamente el tener conceptos difusos sobre la libertad, sino bien concretos sobre lo que quieren, principalmente el campesino, que sabe perfectamente que lo que quiere es tierra y alimentos. Guevara tiró abajo toda su interpretación con una sola frase.

Además, no es cierto que esos sectores de clase ingresaran a la guerrilla “sin fundamento lógico alguno”, sino que respondían a una profunda lógica que era

el programa básico del movimiento de Fidel: ¡Abajo Batista!, ¡Obtengamos las libertades democráticas para el pueblo! Una vez más tenemos que referimos al genio de Fidel, que en este caso supo crear un fabuloso frente único guerrillero de todas las clases antibatistianas aplicando el principio de que en toda etapa del movimiento de masas hay que precisar las principales consignas políticas de transición que movilicen a las clases de vanguardia.

Respecto del tercer punto, estamos de acuerdo con Guevara sobre que el imperialismo yanqui apoyó o hizo la vista gorda frente al movimiento guerrillero. Lo que Guevara no dice es que varios países próximos (Venezuela, Costa Rica, Puerto Rico) apoyaban también al 26 de Julio y a Fidel Castro.

En su conjunto, el análisis a fondo de la Revolución Cubana, de la gran Revolución Cubana, no puede llevar nunca a sacar las conclusiones que saca Guevara para Latinoamérica. En Cuba tuvimos un frente único formado por los terratenientes, la burguesía, la pequeña burguesía, el pueblo trabajador en su conjunto, el imperialismo yanqui, los países próximos, la masonería, la iglesia católica, y los más grandes partidos burgueses.

Supongamos en la Argentina de Frondizi una guerrilla en Tucumán, apoyada en el peronismo, y con Perón o Coocke dirigiéndola en la montaña, con el apoyo de Brasil, Chile y Bolivia, de Kennedy, la iglesia católica, la masonería, la UCR del pueblo, el socialismo argentino y democrático, y los conservadores. O, por ejemplo, una guerrilla en Brasil hoy día, contra Castello Branco, con Goulart o Brizola en la montaña, con el apoyo del PTB, el PSD y Kubistcheb, la iglesia, la masonería, Johnson, Argentina, Uruguay y Venezuela, los terratenientes del noroeste y la burguesía paulistana. Eso es lo que ocurrió en Cuba y lo que nunca, jamás, se volverá a repetir.

Eso es lo que hay que decirle a todo joven guevarista que arriesgue su vida: nunca más se volverá a repetir la experiencia cubana, nunca volverán a darse esas excepcionales condiciones. Es decir, Cuba confirma la experiencia histórica de todos los países en que triunfó la guerra de guerrillas y al mismo tiempo la imposibilidad de repetir esa experiencia. Esto no quiere decir que en Latinoamérica no se den guerrillas y luchas armadas en el futuro, pero ellas seguirán pautas total y absolutamente distintas de las de Cuba.

Para encontrar la forma específica de lucha armada que requiere cada uno de los países se hará necesario un estudio exhaustivo de la etapa que vive cada uno de ellos y, siguiendo el ejemplo genial de Fidel, en Cuba deberemos, antes que nada, sintetizar ese análisis en un claro programa político revolucionario nacional. Esto es lo que el ejemplo de Cuba nos exige, y no meras copias de algo que nada tiene que ver con nuestras realidades nacionales.

(...)

Cuba, una excepción

Lo curioso del Che es que opina que hay un país excepcional donde no se debe aplicar ni el método de guerra de guerrillas ni sus etapas. Ese país es Cuba. Nuestro autor encara la defensa de Cuba ante un supuesto ataque del imperialismo, de la siguiente forma: “(...) *cada campesino durante el día será un pacífico cultivador de su tierra, y en la noche será el temible guerrillero, azote de las fuerzas enemigas. Algo semejante ocurrirá con los obreros; también los mejores entre ellos se prepararán (...). Cada tipo social, sin embargo, tendrá tareas distintas; el campesino hará la lucha típica del guerrillero (...) el obrero, en cambio, tiene a su favor, el hecho de estar dentro de una fortaleza de enormes dimensiones y eficacia, como es una ciudad moderna, y al mismo tiempo la dificultad de no tener movilidad (...)*”.¹⁵

Guevara se contradice frase tras frase. Antes que nada nos da *gato por liebre*, ya que “un campesino que durante el día es un pacífico cultivador de su tierra” es cualquier cosa menos un guerrillero, según él mismo ha explicado. Ese campesino puede ser parte de la milicia campesina, de los comités de defensa, o miembro de un ejército clandestino, pero lo que nunca será, mientras siga atado a su trabajo, es guerrillero.

Lo que salta a primera vista es que el plan de Guevara para defender a Cuba va contra todos los argumentos guevaristas.

Antes que nada, se piensa enfrentar a un ejército todavía no derrotado, recién desembarcado, en las ciudades, en contra de todo lo que se dice sobre la imposibilidad de derrotarlo en las ciudades si antes no ha sido derrotado en el campo. A esto se podrá argumentar que se hace así porque la clase obrera ya está armada por el gobierno revolucionario. Nosotros respondemos a esta objeción haciendo una pregunta que es la quintaesencia de esta polémica: si la clase obrera de cualquier país latinoamericano para defender sus conquistas o para conseguir otras nuevas logra armarse, ¿puede enfrentar desde la ciudad al débil ejército nacional, como la clase obrera cubana podrá enfrentar al colosal ejército de invasión? Hecha de otra forma: ¿podrá repetirse la experiencia boliviana? Si no creemos que la clase obrera cubana por razones telúricas es diferente del resto de la clase obrera latinoamericana, la respuesta no puede ser otra cosa que sí, puede encararse la derrota de los ejércitos nacionales desde las ciudades, y el único problema es cómo armar a la clase obrera y debilitar y anarquizar a las fuerzas de represión. No hay razones técnicas que valgan, como que en las ciudades no se puede combatir a un ejército que no haya sido derrotado anteriormente en el campo.

Falta agregar que nosotros creemos que para armar a la clase obrera sólo se necesita una política correcta.

Guevara, como siempre que no teoriza, que tiene que enfrentar una experiencia concreta, se contradice. Enfrentando a las organizaciones actuales de las masas trabajadoras cubanas, y a la posibilidad de invasión, no las ignora, como nos aconseja a nosotros, hasta que derrotemos al ejército invasor, en el campo, por medio de la guerra de guerrillas. Por el contrario, se apoya en ellas para encarar la nueva lucha armada de las masas cubanas. Hace muy bien; hace lo que nosotros insistimos que hay que hacer en toda Latinoamérica: tomar en cuenta el pasado de combatividad y organización del movimiento de masas, sea urbano o rural, sin “fetichizar” ningún sector social o geográfico ni ninguna etapa o forma de lucha armada.

Pero tampoco concordamos con Guevara en abandonar un esquema para caer en otro. No estamos seguros, si las fuerzas de invasión son numerosísimas, más de medio millón de soldados yanquis, por ejemplo, sobre cuál debería ser la táctica de lucha armada correcta. Quizás la guerra de guerrillas hecha por un colosal ejército de masas guerrillero, y no la defensa de las ciudades. Sólo el estudio de la realidad y los cambios de ella nos podrán indicar el método correcto, ya que no hay dogma que valga a la lucha de clases ni a su máxima expresión, la lucha armada.

El carácter de clase del guevarismo

Para fortificar sus posiciones, Guevara cita sistemáticamente a Lenin respecto del problema del Estado. Nos lo presenta de perfil. El genio de Lenin –decía Trotsky– no se refleja sólo en el hecho de que dirigió la Revolución de Octubre, sino también en que supo retroceder en Brest-Litovsk. Lo mismo tenemos que decirle a los guevaristas: el genio de Lenin no se refleja sólo en sus trabajos teóricos contra los oportunistas, sobre el papel del Estado burgués y sus fuerzas armadas, sino en su despiadada crítica a los sectarios.

El sectarismo es una de las peores plagas del movimiento revolucionario, y es un colosal mérito histórico del leninismo haberlo combatido sin piedad como la otra cara del oportunismo.

Poco después de la Revolución Rusa surgió dentro del movimiento comunista mundial una corriente denominada comunista de izquierda, sectaria, que opinaba que como la Revolución Rusa había triunfado a través de la consigna de “*todo el poder a los soviets*”, lo mismo había que hacer en otros países, como Italia, Alemania, Francia, España, Argentina, y no trabajar en las organizaciones reconocidas de los trabajadores. Nada más fácil. ¿Para qué el estudio de la realidad y el trabajo en el movimiento obrero, si teníamos la fórmula perfecta? ¿Acaso los bolcheviques no habían tomado el poder con esa consigna?

La sorpresa fue que Trotsky y Lenin iniciaron una violenta polémica contra estos comunistas de izquierda, exigiéndoles que ajustaran sus consignas y programa a la realidad de cada país y de los trabajadores. “En Alemania no había tiempo de construir soviets y lo que había que hacer era unirse a los socialistas para tareas comunes frente a la patronal y desarrollar los comités de fábrica, los organismos que los obreros alemanes conocían. Los comunistas de izquierda no salían de su asombro: Lenin y Trotsky, que habían tomado el poder, que habían hecho la revolución con la consigna *“todo el poder a los soviets”*, se negaban a extender y aplicar esa consigna indiscriminadamente, y exigían un estudio exhaustivo de cada realidad nacional. La conclusión de los comunistas de izquierda fue que Lenin y Trotsky eran oportunistas, reformistas sin remedio. Ellos señalaron cómo el ultra izquierdismo es producto de la desesperación pequeño-burguesa, del intento de reemplazar la realidad por la voluntad revolucionaria.

Hoy día nos encontramos en Latinoamérica con un fenómeno político-social parecido: el guevarismo, la corriente sectaria, ultra izquierdista del movimiento castrista latinoamericano. Como en Cuba el poder se tomó a través de la guerra de guerrillas y la formación de un ejército guerrillero, esta nueva corriente ultra izquierdista levanta como bandera la guerrilla en lugar de los soviets, y se empeña en ignorar el trabajo en el movimiento de masas organizado. Al igual que los comunistas de izquierda tratan de eximirse de estudiar la realidad de cada país, y trabajar en el movimiento de masas aplicando mecánicamente el método con el que ya se triunfó en Cuba. Con un agravante: los dirigentes de esta nueva corriente sectaria, ultra izquierdista, son los mismos del proceso revolucionario latinoamericano. No es casual que Guevara sea el líder o el teórico de esta corriente y que Fidel lo apoye. Todo el pasado de ellos explica ese rol. En Cuba, las organizaciones sindicales fueron una colateral del régimen batistiano, y el movimiento revolucionario pequeño-burgués tenía que verlo justificadamente con profundo odio. Fidel, obligado por las circunstancias, ha ignorado el trabajo en las organizaciones obreras, aunque intentó uno directo sobre la clase obrera desde el 26 de Julio. Esto no fue grave por las razones ya apuntadas: el gran movimiento de masas era el propio 26 de Julio y las organizaciones obreras estaban encadenadas al régimen. Guevara hizo su primer aprendizaje político como “contrera” en nuestro país, como enemigo mortal de las organizaciones y el movimiento obrero tal cual se dio: como peronismo. Es decir, el pasado de ellos los lleva a ignorar totalmente el formidable rol de las organizaciones del movimiento obrero y campesino latinoamericano. Aquí también generalizan una experiencia única, que no se repite en el resto de Latinoamérica, en donde las organizaciones sindicales no son las correas de transmisión del régimen oligárquico sino, por el contrario, sus enemigos mortales, en contraposición a lo que ocurrió en Cuba.

Toda analogía es muy peligrosa, porque nunca dos fenómenos humanos se dan de la misma forma. La ventaja del guevarismo es que la pequeña burguesía desesperada, y los desclasados, base social del sectarismo guevarista, son relativamente positivos en el proceso revolucionario latinoamericano, y en algunos países pueden llegar a cumplir un rol de vanguardia; pero, desgraciadamente, en Latinoamérica la guerrilla se está transformando, en muchos países, en un medio seguro de aislar a la vanguardia pequeño-burguesa y desclasada del movimiento y de las organizaciones de masas. El ejemplo de Hugo Blanco o de Julião vienen al caso. Estos dos dirigentes, provenientes de la clase media, han sido mucho más útiles que centenares de pequeño-burgueses de sus países que se aislaron durante meses o años para poder preparar la guerrilla, uniéndose al movimiento de masas, ayudándolo a organizarse, penetrando y cumpliendo un rol dirigente. Todo revolucionario pequeño-burgués puede ser un Hugo Blanco o un Julião, en la medida en que se unan al movimiento de masas. Si son capaces de esto y, posteriormente, de encontrar la táctica correcta, que no puede ser otra que la feliz combinación específica de lucha armada y organización de masas que corresponda a su país, el futuro personal de ese pequeño-burgués revolucionario, y lo que es más importante, del país y de Latinoamérica, estará asegurado. Si no, éste será negro, plagado de desastres, por ignorar al movimiento de masas y la realidad de nuestros países.

(...)

El porqué de los fracasos

Ha llegado el momento de explicar de una vez por todas, y de la mano de Lenin, las causas sociales y políticas de los graves desastres y derrotas de todos los intentos guerrilleros latinoamericanos: son la consecuencia inevitable de una tendencia ultra izquierdista, sectaria, que ignora la necesidad de un partido y una política revolucionaria hacia el movimiento de masas, y reemplaza esa ignorancia con una enorme voluntad revolucionaria, una aplicación mecánica y caricaturesca de la experiencia cubana (a veces hasta del lenguaje cubano).

¿Qué tiene de raro entonces que esas realidades nacionales que ellos ignoran se les vengán encima y les destruyan los planes?

Si los guerrilleros caen o si las armas les son interceptadas en la frontera, para nosotros eso es una consecuencia más de no tener un partido revolucionario y de darle la espalda al movimiento de masas. Ellos seguirán diciendo que son fallas subjetivas, técnicas: alguien se lavó en el río, algún “chivato” habló, o fueron demasiados guerrilleros para la cantidad de alimentos depositados.

Nosotros, al buscar la causa de los fracasos en profundas razones objetivas (es-

tado del país y de las organizaciones de masas), somos consecuentes con Lenin y el marxismo. Ellos, con sus explicaciones técnicas, son idealistas, metafísicos, ven un solo lado y el menos importante.

Este método de Guevara explica que jamás se haya detenido a analizar las experiencias negativas de la guerra de guerrillas latinoamericana, es decir, de sus colosales y trágicos fracasos. Consecuente hasta el fin, da por adelantado una explicación de los fracasos en su libro, en su único comentario conocido sobre el tema, cuando dice: *“Casi todos los movimientos populares que se han intentado en los últimos tiempos contra los dictadores han adolecido de la misma falla fundamental: de una inadecuada preparación. Es que las reglas conspirativas, que exigen un trabajo sumamente secreto y delicado, no se cumplen por lo general en estos casos que hemos citado”*.¹⁶

En buen romance: fracasan por inadecuada preparación técnica. No es tampoco que nuestro autor, con la honestidad intelectual y revolucionaria que lo caracteriza, reconozca que los héroes de la Sierra Maestra, entre ellos Fidel Castro, fallaron justamente en uno de los aspectos fundamentales de la preparación técnica de la guerrilla y no se plantee por qué triunfaron a pesar de esos errores.

Nosotros creemos que la concepción guevarista es la verdadera causa teórica de los fracasos, aunque hay razones de clase para ello: reflejan la desesperación y la incapacidad para trabajar dentro del movimiento de masas, de los mejores cuadros revolucionarios de la pequeña burguesía y [los] lumpenes de Latinoamérica.

Dos métodos

Ahora nos proponemos sintetizar las diferencias y sacar conclusiones. El revolucionario que nos lee se dirá: *“Todo está muy bien. Guevara nos da un método que tendrá todos los defectos que se quiera, pero es mejor que nada. Con él empezamos la batalla contra este régimen de oprobio y lo más que nos puede pasar es que nos maten”*.

Nosotros queremos responder categóricamente por qué son dos métodos distintos y cómo el nuestro es el único práctico, efectivo, que de verdad llevará a la derrota de la oligarquía y el imperialismo.

Precisemos ahora los acuerdos y las diferencias entre Guevara y nosotros:

- 1) Entre Guevara y nosotros hay un acuerdo de principio y de hecho. De principio, porque estamos contra el oportunismo kruschevita y nacionalista burgués o pequeño-burgués, que reivindica los caminos pacíficos hacia el socialismo y la colaboración con la burguesía, y a favor de la revolución en permanencia y de la lucha armada para destruir los aparatos de represión del régimen, como

- imprescindibles e inevitables. De hecho, porque nos reivindicamos del mismo movimiento político-social de Guevara: el castrismo.
- 2) Este acuerdo no nos impide discrepar con Guevara en todo, o en casi todo:
 - a) No aceptamos que haya un solo método de derrotar a los explotadores de América Latina, que es la guerra de guerrillas.
 - b) Tampoco creemos en la técnica de ese método (las tres etapas inexorables).
 - c) No concordamos en que la guerra de guerrillas sea la única forma de lucha armada viable.
 - d) Nos parece muy peligroso el juzgar, como Guevara, que los explotadores con sus instituciones principales (gobierno, fuerzas armadas), forman una estructura monolítica sin graves crisis. Creemos lo contrario, que viven de crisis en crisis y que ellas deben ser utilizadas en profundidad con una hábil política revolucionaria.
 - e) Consideramos francamente criminal la ignorancia de Guevara, en su análisis y estrategia, sobre las grandes organizaciones de masas latinoamericanas, los sindicatos obreros y campesinos, como de las preocupaciones y acciones del movimiento de masas.
 - f) Tan grave como el anterior, e íntimamente ligado a ese olvido, es el del programa, partido y política revolucionarios.
 - g) No creemos, por lo tanto, en el mito de que un grupo de valientes, alejado del pueblo trabajador, sin programa, política, ni partido revolucionario, pueda iniciar la lucha armada y la guerra de guerrillas, pese a su valentía y sus ansias de voltear a los explotadores.
 - 3) Nuestro método es radicalmente opuesto al de Guevara y se basa en esas críticas.
 - a) Antes que nada, creemos que la vanguardia revolucionaria de cada país latinoamericano, organizada en un sólido partido revolucionario e íntimamente ligada al movimiento de masas, debe darse su programa revolucionario, así como su forma y momento de iniciar la lucha armada.
 - b) Esto significa, en un sentido, que nuestro método es no tener un método fijo, inamovible para todos los países sino, por el contrario, una serie de principios generales a aplicar en cada país. El primero, justamente, es que no hay método fijo, ya que éste debe ajustarse a la realidad de cada país, que es distinta en cada uno de ellos y en cada etapa del proceso revolucionario. El segundo, que la forma de lucha armada, que es inevitable, insistimos, inevitable, está supeeditada al análisis y al programa político para el país dado, y no éstos a aquélla. El tercero, que el programa y el análisis deben partir esencialmente de lo que las masas trabajadoras quieren y hayan logrado organizativa y políticamente, y en grado de conciencia.

c) Estos principios obligan a que la vanguardia pequeño-burguesa o desclasada, baluarte de la política guevarista, le dé importancia al trabajo en el seno del movimiento de las masas trabajadoras, a la construcción del partido revolucionario, al programa, evitando así su separación del proceso real revolucionario por el que atraviesan los trabajadores latinoamericanos y sus trágicas y heroicas aventuras.

El estudiante revolucionario que nos lea se desesperará e insistirá: “*Todo está muy bien, pero ¿qué hacemos?*”. Llevada a ese plano la pregunta, no podemos menos que decir lo contrario que nuestro autor [Guevara]: unirse todos los revolucionarios en un partido único en cada país, para adoptar un programa revolucionario que nos permita trabajar dentro de las organizaciones de los trabajadores para, desde ahí, organizar la toma del poder con los métodos de lucha armada adecuados al grado de desarrollo y conciencia del movimiento de masas de ese país.

Y por si no nos entiende, le podemos decir qué es lo que no hay que hacer: aceptar el honesto pero criminal consejo de Guevara, de organizar un grupo guerrillero alejado del pueblo trabajador, y [sí] exigir, como mínimo, el derecho a elaborar la línea para su país, unido en un mismo organismo a los otros revolucionarios, sin aceptar recetas de ninguna clase. Si hace así, estará con el método de Lenin, Trotsky y Fidel Castro, que dirigió la gran Revolución Cubana, y en contra de los ultra izquierdistas que están sembrando el camino de derrotas.

■ ■ ■ ■
¹ *Estrategia*, número 1, tercera época, marzo de 1964, pág. 45.

² *Estrategia*, número 1, tercera época, marzo de 1964, pág. 45.

³ *Estrategia*, número 1, tercera época, marzo de 1964, pág. 46.

⁴ *Estrategia*, número 1, tercera época, marzo de 1964, pág. 46.

⁵ *Monthly Review*, número 3, año 1, octubre de 1963, pág. 23.

⁶ *Monthly Review*, ob. cit., pág. 21.

⁷ *Monthly Review*, ob. cit., pág. 26.

⁸ *Monthly Review*, ob. cit., pág. 27.

⁹ *Monthly Review*, ob. cit., pág. 26.

¹⁰ “La guerra de guerrillas”, ob. cit., pág. 102.

¹¹ *Estrategia*, ob. cit., pág. 48.

¹² *Monthly Review*, ob. cit., pág. 23.

¹³ *Monthly Review*, ob. cit., pág. 27.

¹⁴ “La guerra de guerrilla”, ob. cit., pág. 148.

¹⁵ *Monthly Review*, ob. cit., pág. 26.

¹⁶ *Estrategia*, ob. cit.



El stalinismo y el castrismo son agentes contrarrevolucionarios por su política y por el sector de clase que reflejan

Tesis XIII de la Actualización del Programa de Transición, 1980

Nahuel Moreno

Para justificar su apoyo a las direcciones burocráticas y pequeño-burguesas del movimiento de masas, el revisionismo ha elaborado la teoría de la doble naturaleza: esas direcciones serían burguesas en un sentido, proletarias en otro. Con respecto al castrismo, este razonamiento se amplía con una consideración política: por no ser stalinismo tiene garantizado un curso revolucionario, o lo es directamente. Esta argumentación de carácter negativo –toda dirección que no tenga origen stalinista y expropie a la burguesía es revolucionaria– no toma en cuenta nada menos que el hecho de que el castrismo se transformó en un partido stalinista.

Esta teoría, además de ser revisionista, se niega a hacer el análisis marxista, de clase, de los fenómenos políticos. Las corrientes pequeño-burguesas y burocráticas del movimiento obrero reflejan un sector privilegiado del movimiento de masas que se ha dado en la época imperialista y que es antagónico a la base obrera y popular. Aunque Engels señaló el problema, ni él ni Marx pudieron estudiar a fondo la estratificación de la clase obrera provocada por el desarrollo capitalista de fines de siglo pasado [XIX], es decir el surgimiento de una aristocracia obrera. Mucho menos pudieron estudiar el fenómeno que ellos no alcanzaron ni a vislumbrar, que fue el surgimiento de una poderosa burocracia obrera. El capitalismo, en su etapa imperialista, en su etapa final, sigue utilizando los métodos que lo caracterizaron durante toda su existencia y que hacen a su carácter de comerciante, de negociador. Se ha caracterizado y se caracteriza por negociar con sectores de las clases que le son adversas, por tratar de corromperlas y de incorporarlas a su sistema. Así hizo con el feudalismo, logrando señores feudales o monarcas absolutos que le servían, con lo cual dividió a la clase feudal. Lo mismo ha hecho con la clase obrera: logró que, a pesar de ser la clase más homogénea de la sociedad contemporánea –mucho más que la burguesía y que la pequeño-burguesía–, no sea monolítica, tenga distintos sectores. *Grosso modo* podemos decir que ligados a la clase obrera hay tres sectores claramente delimitados que han surgido en la etapa imperialista: la burocracia, la aristocracia y la base obrera. Tanto la aristocracia como la base son parte de la clase obrera, trabajan en las empresas capitalistas. La burocracia, en cambio, no trabaja en las empresas capitalistas, no es parte estructural de la clase obrera sino de la moderna clase media, de acuerdo con la definición de Trotsky. De cualquier manera, como vive de su sueldo, de su salario, de acuerdo con Marx la podemos definir como un sector *sui*

generis de la clase obrera. Lo importante no es esto, sino señalar el papel de la burocracia, su función en la sociedad contemporánea.

No hay que confundir la naturaleza y la función de la burocracia con su ubicación social. Ni creer que las contradicciones que le provocan su origen y su ubicación hagan que cambie su verdadera naturaleza. La burocracia es el agente de la contrarrevolución dentro de una institución obrera, de la cual se hace dueña para tener una vida privilegiada, separada de la base obrera. Veamos este proceso más de cerca.

Los grandes monopolios no pueden gobernar ningún país ni ningún sector social directamente. Son una ínfima parte de la humanidad y, por lo tanto, sus personeros directos no pueden abarcar toda la sociedad. Para controlar sus empresas, los gobiernos, los parlamentos, los partidos, los sindicatos, los ejércitos, las policías, el aparato judicial y cultural, el imperialismo y los grandes monopolios se ven obligados a apelar a sectores especializados de la moderna clase media, que le hacen de correa de transmisión, por ejemplo, los parlamentarios, los tecnócratas y ejecutivos, los militares, los políticos y los burócratas. Entre esos agentes del imperialismo y de los monopolios puede haber luchas, graves contradicciones entre ellos mismos o con el propio capitalismo. Por ejemplo, los políticos burgueses parlamentarios son, en los parlamentos, agentes de los monopolios, pero tienen graves roces que los llevan hasta enfrentarse incluso en una guerra civil, como en España, con los agentes extraparlamentarios, fascistas de los monopolios. No obstante, de este hecho no podemos sacar la conclusión de que los agentes pequeño-burgueses parlamentarios del imperialismo tienen una doble naturaleza. Su naturaleza sigue siendo, a pesar de estas contradicciones, la de ser agentes de los monopolios en el parlamento y, como tales, defienden el parlamento de los fascistas y de los propios monopolios si éstos han resuelto prescindir del parlamento. De igual manera, un gerente de fábrica es agente del capitalismo, igual que los capataces: es el agente pequeño-burgués que defiende los intereses capitalistas dentro de la producción capitalista. Su naturaleza es distinta de la de un general, que es agente militar del capitalismo y del imperialismo. El uno es agente económico y el otro, militar. Entre ellos puede haber muchas contradicciones, incluso que los gerentes no quieran los aumentos de impuestos para aumentar la producción armamentista. De igual manera, un rompehuelgas es un agente del capitalismo especializado en romper huelgas y sindicatos. No es igual a un burócrata sindical que es agente del capitalismo dentro de los sindicatos y de las huelgas. Mientras el primero tiene como tarea destruir el sindicato o toda huelga que se presente, el segundo está obligado a defender “su” sindicato y en determinado momento puede estar a favor de una huelga que defienda a su sindicato o que lo fortalezca, entrando en contradicción con el agente rompehuelgas o con el gerente.

La burguesía nacional de los países semicoloniales, por ejemplo, históricamente es agente del imperialismo dentro de las fronteras nacionales, aunque en determinado momento pueda tener roces profundos con el propio imperialismo, cuando éste atenta contra su privilegiada vida.

La burocracia obrera es agente del imperialismo dentro del movimiento obrero, por eso tiene roces con los otros agentes del imperialismo e incluso con el propio imperialismo, cuando éste trata de destruir las instituciones obreras cuyo control y monopolio le permiten tener una vida privilegiada. Pero esto no significa que la burocracia posea una doble naturaleza, sino, justamente, que responde a su naturaleza de agente del imperialismo en el seno del movimiento obrero y sus organizaciones. Como todo sector de clase media, agente del imperialismo, tiene una contradicción entre la defensa de su ubicación, fuente de sus privilegios, y su naturaleza de agente del imperialismo.

Estas características generales son típicas tanto de la burocracia socialdemócrata como de la burocracia stalinista.

La diferencia tiene que ver con la mayor fuerza de la burocracia stalinista y las fuentes de sus fuerzas, las instituciones en las que están ubicadas cada una. La burocracia socialdemócrata está ubicada dentro de cada estado nacional en grandes organizaciones obreras, pero no ha llegado a dirigir ningún estado obrero. A la stalinista, en cambio, la caracteriza el dominio privilegiado de los estados obreros, una institución infinitamente más poderosa que la más poderosa de las organizaciones socialdemócratas. Pero en cuanto a su naturaleza no hay ninguna diferencia cualitativa: ambas son agentes de la contrarrevolución imperialista dentro de las organizaciones obreras. Su diferencia es que son agentes en distintos tipos de organizaciones obreras.

Algo parecido ocurre con las corrientes pequeño-burguesas como el castrismo, que llegan a dirigir un movimiento revolucionario de masas y hasta expropiar a la burguesía nacional y el imperialismo. Son un sector social distinto de la clase obrera que, al igual que la burocracia, forman parte de la moderna clase media. Nada lo demuestra mejor que el hecho de que tan pronto toman el poder se transforman en tecnócratas o burócratas –estatales o políticos– sin mayores sobresaltos. Si antes de la toma del poder eran una corriente de la moderna clase media que dirigía el movimiento de masas, después de la toma del poder se transforman, automáticamente, por su diferenciación específica con la clase obrera, en burocracia.

El revisionismo asegura que estas corrientes pequeño-burguesas, principalmente la castrista, pueden transformarse en obreras revolucionarias como consecuencia de haber expropiado a la burguesía nacional y el imperialismo. Nosotros creemos exactamente lo contrario. Por razones sociales no pueden transformarse

jamás en una corriente revolucionaria que refleje los intereses de las bases obreras, de los sectores más pobres y explotados de ella. Esta imposibilidad obedece a la más elemental de las leyes marxistas. Ningún sector socialmente privilegiado acepta perder sus privilegios o transformarse de conjunto, como sector social, en otro sector social inferior, distinto. Por el contrario, todo sector social con privilegios tiende a aumentarlos. Todo sector privilegiado puede, obligado por circunstancias objetivas, ir más allá de lo que quiere en el terreno político, para defender sus privilegios y para acrecentarlos cuando se ve amenazado con perderlos. Pero nunca combatiría sus propios privilegios uniéndose a los sectores más explotados que van contra ellos. Jamás en el proceso histórico, que se mueve justamente por esta lucha de intereses, hemos visto que un sector privilegiado abandone por su propia voluntad sus propios privilegios, es decir, que se suicide como sector de clase. Si así fuera, tendría razón el reformismo.

Esos intereses distintos y privilegiados en relación con los de la clase obrera, hacen que tanto la burocracia como la pequeño-burguesía que dirige los movimientos de masas sean parte histórica de la contrarrevolución mundial, enemigos declarados de la movilización permanente del movimiento obrero y de masas, de la revolución permanente dentro y fuera de sus países. De ahí que todo sector privilegiado defienda la fuente de sus privilegios contra todo ataque o todo peligro potencial de ataque por la movilización de la clase obrera. Todo burócrata sindical defiende su sindicato y no sólo lo defiende, trata de que su sindicato progrese, pero en el sentido de “suyo”, de sindicato dominado por él, no de sindicato dominado por la base obrera que cada vez se moviliza más y más. Por eso, todos estos sectores están unidos políticamente con el imperialismo y con los sectores privilegiados que existen en el mundo, para frenar el proceso de movilización permanente de las masas, de la base obrera, campesina y popular, de los sectores más miserables y explotados. La naturaleza de agente de la contrarrevolución de esta burocracia está dada por esa lucha mortal de todos los sectores burocráticos y pequeño-burgueses –sin excepción– contra la revolución permanente y su expresión política, el trotskismo, a los que considera sus enemigos fundamentales.

Nada demuestra mejor el carácter contrarrevolucionario de la burocracia que su papel en el proceso económico. Dentro de los países capitalistas siempre está a favor, directa o indirectamente, de la explotación de la clase obrera y de las masas trabajadoras. La socialdemocracia le garantizaba al imperialismo de principios del siglo xx la explotación de las colonias y de la propia clase obrera metropolitana. Ha seguido en esa política desde entonces. El stalinismo siempre le ha garantizado lo mismo a los imperios amigos. Este carácter de la burocracia muestra su verdadera naturaleza cuando hay una situación crítica, ya que cuando

hay *boom* puede disfrazarse negociando migajas. Es en esos momentos críticos cuando la burocracia, incluida y muchas veces preferencialmente la stalinista, apoya o le hace el juego a los planes de superexplotación de los capitalistas “amigos”, con los que incluso llega a elaborar planes conjuntos para superar las crisis. ¿Y qué es, si no, por dar un solo ejemplo, el apoyo sin tapujos de Castro al gobierno de Videla, que está aplicando el más terrible plan de superexplotación que se haya conocido en la historia argentina?

En la economía de los estados obreros burocratizados, el papel de la burocracia stalinista es tanto más funesto que el que desempeña en los países capitalistas. El *boom* económico imperialista, la reconstrucción de una economía devastada por la guerra en la URSS y en los primeros estados obreros de esta posguerra, así como las colosales ventajas derivadas de la expropiación de la burguesía y la nacionalización de la industria y el comercio exterior, le permitieron a la burocracia cumplir un rol coyuntural y relativamente progresivo durante un cierto período. Pero a medida que la economía del estado obrero burocratizado comenzó a desarrollarse, los privilegios y la conducción totalitaria de la burocracia se volvieron cada vez más una traba absoluta, junto con “su” estado nacional, al desarrollo de las fuerzas productivas y el aumento del bienestar de los trabajadores. Llegado ese punto, que se comenzó a dar a partir del año 1974, la burocracia comenzó a elaborar e intentar aplicar planes de austeridad para superexplotar a los trabajadores. Aumentó la producción armamentista para defender sus privilegios del ataque posible del imperialismo o de otros estados obreros burocratizados, pero principalmente para defenderse de la movilización de los trabajadores. Son las únicas soluciones que encaró la burocracia para superar la crisis sin salida de su economía. A este nivel, salvando coyunturas excepcionales, la burocracia es parte indisoluble de la contrarrevolución mundial, como freno absoluto al desarrollo de las fuerzas productivas y como expoliador cada vez más terrible de los trabajadores.

La aristocracia obrera es la correa de transmisión de la burocracia hacia el movimiento obrero. A través de ella, la burocracia trata de imponer un régimen burocrático y totalitario en las organizaciones obreras, que le permita manipularlas y acrecentar sus privilegios. Para lograr esto crea –junto con el imperialismo– la aristocracia obrera, como la mejor forma de frenar la movilización de la base obrera, de negociar permanentemente y de practicar la colaboración de clases a nivel nacional y la coexistencia pacífica a nivel internacional.

Por eso, el socialismo en un solo país, el sindicalismo en un solo sindicato, la colaboración de clases a nivel de un país y la coexistencia pacífica a nivel internacional son los ejes centrales de la política de la burocracia y de la pequeño-burguesía.

Los estados obreros burocratizados El caso Cuba

Tesis XX de la Actualización del Programa de Transición, 1980
Nahuel Moreno

Los estados obreros burocratizados que surgieron en los países periféricos a los grandes centros imperialistas han sido el resultado de una combinación nacional excepcional de cuatro fenómenos mundiales: la crisis aguda del imperialismo, un colosal ascenso revolucionario, el tremendo poderío de los aparatos burocráticos pequeño-burgueses y la debilidad de nuestra Internacional.

La guerra de guerrillas que llevaron adelante las direcciones pequeño-burguesas oportunistas originó el triunfo de la revolución de febrero; después, un gobierno obrero y campesino que llegó a expropiar a la burguesía y que transformó al país en estado obrero burocratizado. En el ejército guerrillero oportunista se dan todas las condiciones del futuro estado obrero burocratizado: el movimiento de masas es disciplinado militarmente por la burocracia. La expropiación de la burguesía transformará ese movimiento burocrático en estado obrero, pero sin cambiar su carácter. Por el contrario, es el movimiento guerrillero burocrático el que tiñe con sus características este nuevo estado obrero. Por culpa de sus direcciones pequeño-burguesas, las revoluciones se hicieron sin que las masas se dieran organismos democráticos revolucionarios que les permitieran seguir desarrollando su movilización.

Cuba no ha sido una excepción. Al igual que todos los nuevos estados obreros, ha sido producto de un ejército burocrático hasta los tuétanos, el Movimiento 26 de Julio. El hecho de que el partido de Fidel Castro no fuera stalinista no cambia su carácter de ejército que controlaba militar y políticamente al movimiento de masas sin dejar el menor resquicio para que se organizara independientemente, en forma democrática, y para que tuviera iniciativas revolucionarias.

Este carácter ha hecho que Cuba, desde sus inicios, sea un estado obrero burocrático, al igual que los estados obreros controlados por los partidos stalinistas.

Esto no quiere decir que no haya diferencias coyunturales y específicas entre unos y otros. Las diferencias radican en que el movimiento castrista era pequeño-burgués, nacionalista, antiimperialista y democrático en sus inicios y, en ese sentido, tendía a apoyar al movimiento nacionalista y democrático latinoamericano aunque con métodos pequeño-burgueses, a través de la guerrilla foquista, alejada del movimiento de masas. Desde su propio comienzo, Cuba fue un estado obrero dirigido por una corriente pequeño-burguesa que controlaba burocráticamente a los trabajadores a través de su ejército.

El voluntarismo guevarista en relación con la economía cubana está emparentado con el voluntarismo maoísta y con el stalinista de los años del tercer período: era un típico voluntarismo pequeño-burgués. Su concepción del “hombre nuevo” era un típico planteo humanista pequeño-burgués, que no creía en la clase obrera, sus luchas y sus iniciativas.

El hecho de haber dirigido una revolución obrera triunfante y de no ser stalinista no le cambia al partido castrista su carácter de clase pequeño-burgués. Es ese carácter de la dirección cubana lo que explica por qué pudo transformarse posteriormente, sin mayores sobresaltos y sin ningún salto cualitativo, en un partido stalinista: porque su carácter de clase la unía al stalinismo mundial.

Tanto los que sostienen que la dirección cubana es revolucionaria como los que dicen –hoy en día– que es una dirección burocrática pero que en un momento fue revolucionaria y que hay que buscar el momento en que se transformó, atentan contra nuestro método y contra el análisis de la realidad. La dirección cubana permanentemente ha sido una dirección pequeño-burguesa, que se transformó de nacionalista revolucionaria a directamente burocrática, conservando siempre el mismo carácter pequeño-burgués y sin mayores sobresaltos, como ocurre con todas las corrientes pequeño-burguesas que dirigen el movimiento de masas.

El desarrollo económico orientado por la burocracia y aristocracia obreras hacia el desarrollo nacional lleva a una crisis crónica de la economía en los estados obreros deformados y los aproxima a la contrarrevolución burguesa. El desarrollo económico nacional no los independiza sino que, por el contrario, los liga cada vez más al imperialismo mundial. En otras palabras, mientras el imperialismo siga siendo dominante a escala de la economía mundial, los estados obreros nacionales estarán supeditados y serán parte, aunque contradictoria, de esta economía y de este mundo capitalista.

Hoy día vemos con toda claridad que la situación económica de los estados obreros deformados o burocratizados está íntimamente ligada al desarrollo de la economía capitalista mundial. Si observamos las distintas etapas de los estados obreros, veremos que la URSS se desarrolla en forma autárquica justamente cuando los distintos imperialismos entran en una etapa de autarquía. Posteriormente, cuando se produce la reconstrucción de la economía capitalista e imperialista mundial, paralelamente se produce la reconstrucción de la economía de los estados obreros. A medida que avanza el proceso de extraordinario desarrollo capitalista, de fantástica acumulación capitalista en los países más avanzados, comienzan a desarrollarse lazos cada vez más estrechos entre la economía de los estados obreros y la economía capitalista mundial. Y, a partir de 1974, cuando comienza una crisis creciente de los países capitalistas más avanzados, este fenó-

meno se refleja en la economía de los estados obreros, que también entran en una crisis económica creciente, habiendo superado la etapa de la reconstrucción de la economía y de acompañamiento del extraordinario desarrollo del capitalismo mundial.

Respecto de los estados obreros podemos señalar que tanto la política burocrática como la revolucionaria han originado y originan dos orientaciones económicas diametralmente opuestas. La de la burocracia es una economía de supeditación cada vez más grande al imperialismo. Cada etapa del desarrollo provoca crisis y contradicciones cada vez más agudas de sus economías, y las acerca a una situación de crisis crónica y de miseria agravada de los trabajadores. Esto plantea un dilema de hierro para que esa economía funcione: o se incorpora al mercado y a la producción capitalista mundial o se avanza hacia la revolución política para hacer que el movimiento obrero, democráticamente, acomode sus planes económicos al desarrollo de la revolución mundial.

La política de la burocracia, de construir el socialismo en un solo país, lleva, por consiguiente, a una crisis crónica de la economía de los estados obreros, a agudas contradicciones, y al planteo de la posibilidad de la contrarrevolución burguesa, en oposición con la política revolucionaria de Lenin y Trotsky, de extender la revolución socialista mundial como única garantía de lograr una economía socialista en expansión. Sólo la política de desarrollar la revolución puede solucionar los problemas de las economías de los estados obreros, equilibrar su desarrollo supeditándolo a los triunfos de la revolución socialista mundial.

UNA BREVE HISTORIA DE LA ECONOMÍA CUBANA

Extractos del artículo “¿Por qué Fidel negocia en secreto con Reagan?”,
de *Nahuel Moreno*

Los primeros años

A mediados del año 1959, el gobierno fidelista hace la primera reforma agraria. En febrero de 1960 vende por primera vez azúcar a la URSS, a pagar 20% en divisas y el resto en petróleo. Cuando el petróleo llega, en junio de 1960, las refinerías yanquis se niegan a procesarlo. Son requisadas y Estados Unidos baja la cuota de azúcar a 700.000 toneladas.

Fidel reacciona ante este atropello del imperialismo nacionalizando las refinerías de petróleo a fines de junio. Un mes después sigue expropiando las empresas yanquis y Estados Unidos vuelve a bajar la cuota de azúcar. Castro, entonces, nacionaliza todos los ingenios azucareros, bancos y compañías de electricidad yanquis. Estados Unidos responde, en octubre, embargando a Cuba e iniciando el bloqueo.

Esta es la prehistoria de la economía obrera cubana –llamémosla así– porque todas estas medidas revolucionarias serán las que transformarán a Cuba en el primer estado obrero de América y de Occidente. La expropiación de la burguesía y el imperialismo va a permitir a los trabajadores cubanos y al gobierno castrista superar los problemas de la salud y del analfabetismo. Cuba ha ganado el primer lugar en Latinoamérica a ese respecto.

En el año 1961 Fidel Castro y el Che Guevara –que es quien comanda la economía– fijan un plan de desarrollo industrial de cinco años, hasta 1965, que es interrumpido en 1963. Con ese plan se busca diversificar la agricultura y acrecentar, mediante la industrialización acelerada, el grado de autosuficiencia. En ese sentido, se sigue la vieja política stalinista de desarrollo del socialismo en un solo país, de la diversificación industrial y de la sustitución de las importaciones en oposición al monocultivo.

En 1963, la economía está en una situación crítica como consecuencia de la baja de los precios del azúcar, de la desorganización, y del bloqueo imperialista. Debido a esto se interrumpe el plan sin ninguna discusión previa ni consulta democrática con la clase obrera y el pueblo.

Se vuelve al monocultivo

A partir de 1963 y hasta 1972 se elabora una nueva estrategia de desarrollo ante el fracaso de la política anterior: vuelta al monocultivo de azúcar, como con Batista. Esta nueva política económica también es adoptada burocráticamente, sin consultar ni discutir con el movimiento obrero. Es provocada y coincide con el compromiso de la URSS de comprar cantidades importantes de azúcar a precio fijo. Fidel viaja a Moscú y sigue adelante con la reforma agraria. De 1964 a 1970 se recupera y expande la producción azucarera. Entre 1968 y 1970 se elimina prácticamente el comercio independiente y se reduce el sector privado de la agricultura. La dirección castrista denomina esta campaña como “ofensiva revolucionaria”. La otra cara de esa “ofensiva” es el apoyo incondicional de Castro a la invasión de Checoslovaquia por parte de la URSS. El cambio es una consecuencia de la estrecha ligazón económica que se establece con la URSS, que obliga a Castro a plegarse incondicionalmente a las leyes del mercado mundial; ese mercado exige que Cuba produzca primordialmente azúcar, y Castro ordena producir sólo azúcar. Tomar en cuenta el mercado mundial es necesario; adaptarse completamente a él es capitular al dominio imperialista, justamente lo que hace Castro. Es así como se levanta la consigna económica de lograr una zafra de diez millones de toneladas para el año 1970. Se lleva a toda la población urbana, empezando por la propia burocracia estatal y del PC, a las zafras; se vuelca toda la mano de obra existente a lograr ese objetivo. Este plan fracasa estrepitosamente ya que no se llegó ni de cerca al objetivo fijado. El fracaso desorganizó la economía. *Les Temps Modernes*, correctamente, critica que “los dirigentes cubanos habían justificado la política de desarrollo acelerado de la producción de azúcar basándose en las características del país: Cuba podría producir azúcar mejor y menos caro que cualquier otro país del mundo y de esto se deducía que el país podría desarrollar su producción de azúcar rápidamente. Cuba fue incapaz económicamente y socialmente de aumentar y de mantener un nivel elevado de la producción. En otros sectores, por el contrario, donde Cuba no se beneficiaba con ventajas particulares, como la pesca y la producción industrial de huevos, fue posible obtener un aumento continuo y regular de la producción.”

La entrada al COMECON

En 1972, Cuba entra al Consejo Económico para la Asistencia Mutua. Es el más importante paso de política internacional que la dirección castrista haya efectuado. Se liga así estrechamente al submercado mundial controlado por la burocracia stalinista. Esto significa aceptar el monocultivo, el desarrollo de aque-

llas producciones que entran en la división del trabajo impuesta por la burocracia moscovita. Concretamente, la entrada al Comecon refuerza la tendencia al monocultivo o a la especialización con referencia al mercado mundial. Esto sin mengua de que la URSS, indiscutiblemente, le haya dado una espectacular ayuda a la economía castrista, sobre todo a partir de dicho ingreso. La revista que estamos comentando señala: “este acuerdo hace una excepción sin precedentes de las reglas de funcionamiento del Comecon, y prevé la compra del azúcar cubano a 40 centavos la libra, precio varias veces superior al curso mundial. Aun más, el 25% del precio será pagado en divisas, a fin de permitir que las importaciones cubanas de Occidente no caigan muy bruscamente. Este precio elevado es el que explica el excedente en la balanza comercial con la URSS a partir de 1975”.

La misma revista señala: “Desde 1973 se observa un aumento significativo y regular de las entregas soviéticas de petróleo. El valor total de las importaciones que provenían de la URSS va a crecer, entre 1971 y 1978, a un ritmo del 25% por año. Paradójicamente, la dependencia total hacia la Unión Soviética va a tardar un poco en manifestarse. En efecto, el alza vertiginosa del precio del azúcar en el mercado mundial, que coincide con la entrada de Cuba en el Comecon, permitirá aumentar en forma significativa la entrada de divisas. El comercio con el mundo capitalista va, por lo tanto, a aumentar rápidamente... como mínimo hasta 1975”.

Pero esto no significa que no haya una dependencia mayor de la economía cubana respecto de la URSS. En este caso no estamos haciendo ninguna crítica, porque el bloqueo yanqui obligaba a la economía cubana a esa dependencia.

Es así como “después de su entrada en el Comecon, ese porcentaje (del comercio de Cuba con la URSS por un 40%, aproximadamente) va a aumentar regularmente para llegar al 63% en 1977/1978. Calculado en valor, esta parte es aún más elevada; llega al orden del 85%”.

Pero esta relación privilegiada y, diremos más, obligada por la criminal política de bloqueo del imperialismo yanqui, desarrolla cada vez más el monocultivo. “La concentración del esfuerzo principal en la expansión de la producción de tres o cuatro productos para la exportación: azúcar no refinada, minerales de níquel, frutas tropicales, ocasiona en contrapartida una producción insuficiente de cereales, de algodón y de acero. Cuba está obligada a importar el 75% de sus cereales, el 68% de su acero y prácticamente el 100% del algodón que ella utiliza.”

La misma revista señala, en relación con la política monocultivadora que el Kremlin exige a los países del Comecon, que “ni los resultados de los países del Comecon, ni los resultados obtenidos por Cuba permiten considerar como válida esta interpretación simplista de la teoría de las ‘ventajas comparativas de la división internacional del trabajo’, sobre todo si uno recuerda que esta interpre-

tación abusiva ha sido desde hace 150 años el fundamento teórico de la hegemonía industrial y comercial de la Gran Bretaña primero y de los Estados Unidos después.”

A partir de los años '70 se produce una colosal recuperación de la economía cubana que no es debida a la nueva orientación económica, es decir, a la entrada al Comecon y a la intensificación del monocultivo, sino a que hubo un aumento espectacular del precio internacional del azúcar, que comenzó a caer a mediados de la misma década. A partir de la caída de los precios del azúcar la economía cubana entra en una crisis aguda.

El primer plan quinquenal

En el primer congreso del PC cubano se fijan las principales tareas económicas para el período 1976/1980, es decir, se elabora el primer plan quinquenal del gobierno castrista.

El objetivo de éste es consolidar los medios necesarios para la industrialización. Para lograr este objetivo se buscó una tasa de crecimiento que fuera compatible con las previsiones generales de los países del Comecon y con la coyuntura económica internacional. Es así como se fija una tasa de crecimiento de 6% del producto social global, un porcentaje inferior al de los proyectos económicos anteriores.

Este primer plan quinquenal fue acompañado por resoluciones que cambiaron la orientación castrista de conducción de la economía. Este cambio se inspiraba en las reformas económicas que se venían llevando a cabo en los países de Europa del Este, principalmente la URSS, desde 1965. La economía cubana hasta el año 1975 fue conducida a la manera stalinista clásica, es decir, en forma súper centralizada. El tremendo fracaso de la zafra (de 10 millones de toneladas del año 1970) y los posteriores, que se manifestaron en el ausentismo y la baja en la producción, a pesar de los altos precios del azúcar en el mercado mundial, llevaron a la dirección castrista a adoptar orientaciones de la burocracia post-stalinista. Estas nuevas orientaciones, teorizadas por economistas soviéticos, de los cuales el más conocido fue Liberman, tendían a descentralizar la conducción económica dándole autonomía a las empresas, introduciendo el cálculo económico por establecimiento y aplicando las leyes mercantiles. Dicho de otra forma, en lugar de dirigir la economía en forma súper centralizada, a través de un solo órgano de planificación nacional y de los ministerios, se alentó la autonomía financiera, productiva y comercial de las empresas.

Al mismo tiempo se intentó que los trabajadores tuvieran una mayor participación en los planes de los establecimientos.

A partir de 1975 la caída de los precios del azúcar en el mercado mundial fue muy intensa. Esta caída fue un factor negativo de importancia en el fracaso del primer plan quinquenal. Una eventual disminución de los precios fue tomada en cuenta por el gobierno cubano pero, según el vicepresidente de la oficina central de planeamiento, Gilberto Díaz, “la caída de los precios superó todas las expectativas”.

Debido a esta caída de los precios, Cuba corrió el riesgo de una catástrofe económica, ya que su nivel de divisas pasó bruscamente de 1.500 a 500 millones de dólares. Gracias a una ayuda masiva de la URSS se evitó el desastre total. En 1976-1978 la ayuda soviética va a llegar a la suma inusitada de 2.400 millones de dólares por año, el equivalente a 75% de las exportaciones cubanas. Esta ayuda fue otorgada en virtud del acuerdo comercial soviético-cubano 1976-1980.

Dependencia de la URSS y endeudamiento con el imperialismo

Les Temps Modernes de diciembre de 1980 decía: “que la deuda cubana en relación con la URSS es otro aspecto de la dependencia de la Isla: si se adicionan los déficits sucesivos de la balanza comercial con la URSS y se le agregan los diferentes préstamos acordados a Cuba, sobre todo a partir de 1972, la deuda cubana alcanza a 7 u 8.000 millones de dólares, es decir, a 800 dólares por cabeza”.

A estos préstamos de la URSS hay que sumarles los que el castrismo ha conseguido del propio imperialismo.

Business Week de junio de 1981 señalaba que La Habana debe ahora a los bancos comerciales occidentales 1.900 millones de dólares, la mayor parte de los cuales vencen antes de un año y algunos en no más de tres meses, y un adicional de 1.000 millones de dólares que se le deben a las instituciones que financian las exportaciones occidentales.

Crecimiento cero

La explicación económica, no política, de esta crisis persistente no tiene que ver con la caída coyuntural de los precios del azúcar o con el endeudamiento externo sino con la baja sistemática de la producción. *O Estado de São Paulo* comentaba con razón: “La más obvia derrota a largo plazo del gobierno (cubano) fue el fracaso en conseguir un real crecimiento económico. Cuba es uno de los pocos estados comunistas que no tuvo altos índices de crecimiento económico real durante un largo período. Exceptuando la primera mitad de la década del '70, el crecimiento económico cubano fue muy pequeño”. Las propias estadísticas cubanas de los últimos años confirman esta afirmación:

“Según los índices oficiales, el ‘producto social bruto’ en precio se elevó un 4,51% en los años 1977, 1979 y 1980; 1% en 1976 y 11% en 1978, con una proyección del 3,9% en 1981”. Si se rebajan los precios de acuerdo con la inflación, lo que las estadísticas cubanas no hacen, se “reduciría drásticamente el índice de crecimiento real en cuatro de los últimos cinco años”. El crecimiento estaría próximo a cero en los años 1976, 1977, 1979, 1980 y 1981. Sólo en el año 1978 debe haber habido un crecimiento más bien mezquino, el que nos indicaría el ajuste del 11% de crecimiento en los precios a su valor real, de acuerdo con la inflación.

Castro no quiere reconocer que este colosal fracaso económico se debe, como ya hemos dicho, a una razón última, política: la conducción burocrática. Es así como toda consulta a los trabajadores es frenada, distorsionada y aplastada por la burocracia castrista. Nada lo demuestra mejor que ese tímido intento de consultar a los obreros en las fábricas, que ya hemos citado. De acuerdo con la revista oficial *Bohemia*: “en 1978, 34% de las empresas dejaron de discutir sus planes con los trabajadores, 58% lo hicieron pero no aceptaron las sugerencias de ellos, y apenas el 8% cumplió con los requisitos de la ley” que exige esa consulta a los trabajadores. El gobierno cubano no podrá decir que esta tímidsima medida de consulta a los obreros a nivel de empresa ha fracasado contra su propia voluntad. Todo lo contrario, el método totalitario y burocrático de conducir la economía se refleja en todos los terrenos y más que en ningún otro a nivel de las empresas.

Frenan ayuda y préstamos

El *New York Times* señalaba que: “quizá Moscú, que provee 3.000 millones de dólares de ayuda a la economía cubana al año -1/4 del producto nacional bruto de Cuba- no puede mantener este nivel de apoyo cuando tiene que pagar su propio presupuesto en la URSS, tanto como en Polonia y Afganistán”.

Les Temps Modernes insiste con que: “numerosos indicios demuestran que la generosidad soviética toca a su fin. Las importaciones que provienen de la URSS han aumentando en 1979 solamente en un 8,5% (en rublos corrientes) y han disminuido en volumen. Esto puede ser interpretado como una disminución de su valor real. Los términos de intercambio se han deteriorado netamente en 1979, en detrimento de Cuba. Según las estadísticas soviéticas, el azúcar (95,4% de las exportaciones cubanas hacia la URSS) habría sido comprado a 550 rublos la tonelada, contra 558 rublos en 1978. El valor de la tonelada de petróleo vendido a Cuba, por el contrario, habría aumentado cerca de 15,71. El excedente del comercio con la URSS, que ese país paga en divisas, casi ha desaparecido, pasando de 432 millones de dólares en 1978 a 36 millones en 1979. Todo pasa como si la subvención de la URSS al comercio de Cuba con los países capitalistas se hubiera

interrumpido. Las importaciones que provienen de Occidente, de 1.900 millones de dólares en 1978, después de haber caído en 1977 a 1.600 millones de dólares, no habrían sido más que 1.000 millones de dólares en 1979”.

Algo parecido ocurre con el imperialismo. Según el *Business Week* (22/6/81), “La deuda, buena parte de la cual es con bancos franceses y canadienses, se está volviendo tan grande que los esfuerzos recientes para refinanciarla, en parte, han fracasado. En 1979, la emisión de bonos convertibles fue retirada cuando los periódicos financieros suizos cuestionaron el crédito cubano y un consorcio de bancos franceses y alemanes se negó esta vez a preparar su paquete financiero anual para Cuba.”

Los Castro reconocen el fracaso

Le Temps Modernes, en diciembre de 1980 recordaba que Fidel, en diciembre de 1977, “se vio obligado a solicitar nuevos sacrificios a un pueblo cuyo entusiasmo estaba en plena decadencia”. Citaba el discurso de Fidel:

“Aun si el precio del azúcar subiera, no deberíamos dejarnos llevar por la tentación de mejorar un poco el consumo, ya que nos debemos proponer, durante un período de 7 a 8 años, trabajar fundamentalmente en la consolidación y en el desarrollo de nuestra economía. Siempre hay una generación a la cual le corresponde el trabajo más duro.

“Pensad en la URSS, pensad en los años de los primeros bolcheviques, cuando las cantidades de cemento producido eran insignificantes y la del acero, ridículas. Hoy día los apartamentos son construidos por millones...”

La misma revista recordaba que el 20 de enero de 1980, Raúl Castro, hermano de Fidel y número dos del régimen, trazó una perspectiva más sombría: “Cuba está enfrentada al espectro del desastre económico y de la bancarrota, con sus secuelas de hambre y centenas de miles de desocupados”.

La revista *Business Week*, a mediados de 1981 recordaba que Castro y su hermano Raúl habían alertado que no había perspectiva de que la economía mejorara pronto. La producción corriente de azúcar había caído a 5,5 millones de toneladas, bien abajo de los 7 millones que se producían en los años anteriores al ascenso de Castro al poder.

Mercado y “superexplotación”

Ante la crisis, Castro impuso nuevas reformas. Éstas se sintetizan en dos conjuntos de medidas: un stajanovismo descarado para aumentar enormemente el tiempo de trabajo, lo que bajo el capitalismo se llama **aumento de la explotación**,

y una NEP corregida y aumentada, ya que el mercado capitalista es ampliado al máximo. De acuerdo con *U.S. News and World Report* (30/8/81), se tomaron las siguientes medidas.

Con respecto a la prolongación de la jornada laboral y la intensificación de la opresión obrera: “Los gerentes de las fábricas ofrecen garantías a quienes realizan un trabajo ejemplar, los salarios pagos por las granjas estatales están vinculados a la producción global y no a gratificaciones a quienes realizan un trabajo ejemplar; los salarios pagos por las granjas estatales están vinculados a la producción global y no al tiempo que los trabajadores permanecen en los campos; se evalúa el rendimiento del trabajo individual. Los que rinden por debajo del promedio son degradados o echados; los trabajadores de la industria de servicios ahora pueden buscar un segundo empleo en la empresa privada”.

Con referencia al desarrollo del mercado libre: “Se han abierto más de 200 mercados donde los agricultores pueden vender su producción excedente por encima de las cuotas prefijadas por el Estado. Ellos cobran los precios que los compradores están dispuestos a pagar; quienes se dedican a la industria casera están autorizados a producir ropas en casa para venderlas a clientes que procuran artículos de mejor calidad a un precio relativamente elevado”.

Según la misma revista: “un obrero postulante a la afiliación al PC comentó (sobre las reformas del año 1980): ‘Durante 20 años cometimos el error de rechazar todo lo que fuera capitalista. Actualmente sabemos que el pueblo no trabajará con empeño si no recibe algún incentivo.’”

Un gran desarrollo del mercado

Las reformas condujeron ya a un desarrollo verdaderamente impresionante del mercado capitalista. La revista antes citada señala cómo “en el sector del consumo, la iniciativa privada está operando abiertamente. Los mercados de alimentos y otros establecimientos comerciales proporcionan bocas de expendio donde los cubanos, trabajando por cuenta propia, ofrecen una gama más amplia de mercaderías de las que generalmente están disponibles en establecimientos estatales. (...) Aunque muchos cubanos son escépticos en cuanto a la duración de las reformas, un funcionario de la cúpula gubernamental niega que la restauración de alguna iniciativa privada sea una mera táctica para reanimar una economía estancada. El mercado libre hará una contribución de amplio efecto para el socialismo cubano –insiste–. Después de todo, esto se asemeja mucho a lo que se está haciendo en la Unión Soviética y en Hungría”.

“Los mercados ya han producido un impacto sorprendente sobre la vida cubana. Ellos están repletos de habitantes de las ciudades siempre que los campesi-

nos ofrecen excedentes de carne o vegetales para la venta. Y como los incentivos dan ánimo a la producción, los precios del mercado libre tienden a caer”.

“En un mercado en las afueras de La Habana, los pollos llegan a ser vendidos a 16 pesos cada uno, contra 25 cuando el mercado abrió por primera vez. (...) La calidad del vestuario femenino ha mejorado. Vestidos elegantes se ven en los restaurantes en lugar de los vestidos y blusas baratos y producidos en serie que hasta hace poco eran la vestimenta nocturna standard”.

“Los cubanos están contentísimos con tener dinero para gastar. Pero más importante es la oportunidad de comprar artículos de calidad de Canadá, Japón y Europa occidental. Las importaciones fueron pagadas por el inesperado excedente de 400 millones de dólares resultante del elevado precio del azúcar en el mercado mundial”.

“El dinero tiene valor desde que ahora hay cosas para comprar, dice una autoridad cubana. Y como la única forma de obtener más dinero es trabajando, el ausentismo laboral del pasado virtualmente desapareció”.

Los cambios políticos

La otra cara de este cambio económico fueron los cambios políticos que se dieron entre 1979 y 1980 en la cúpula del gobierno cubano y, en menor grado, en el PC.

O Estado de São Paulo comentaba que: “esas modificaciones fueron hechas con el objetivo de lograr una dirección capaz de resolver los problemas económicos. Pero hay otros aspectos de los cambios. El primero es que el poder fue nuevamente centralizado en las manos de un pequeño grupo”. Efectivamente, “tres ministros fueron sustituidos en diciembre de 1979. Un mes después, once ministros fueron separados y nueve más dejaron el Consejo de Ministros porque sus departamentos fueron incluidos en otros.

“Nueve, de esos veintitrés, eran miembros del comité central del partido y seis de ellos fueron separados del CC en el segundo congreso del PC, en diciembre de 1980 (...).

“En vez de designar nuevos ministros para sustituir a los echados, la cúpula gubernamental se asignó a sí misma nuevas responsabilidades. Ninguno de los trece vicepresidentes del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros fue separado y, además de eso, diez de ellos pasaron a tener cargos ministeriales además de ser vicepresidentes. Esa centralización se ve ilustrada también por el hecho de que el 78,7% de los miembros del comité central electos en el primer congreso del partido, en 1975, fueron reelectos en el segundo congreso, en 1980, a pesar de que el número de integrantes del comité había sido aumentado de 112 a 148”.

El objetivo de esta centralización refleja el intento de la burocracia castrista de controlar las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas alentadas por la apertura y desarrollo del mercado capitalista. Como siempre ese control es burocrático, sin la movilización democrática de la clase obrera. Todo se resuelve en las oficinas de los hermanos Castro. Por eso no es difícil vaticinar que habrá graves problemas con las fuerzas burguesas que se están desarrollando al amparo del mercado, ya que la burocracia castrista, con sus métodos totalitarios, es incapaz de ver y analizar este problema y darse una verdadera política obrera para enfrentarlo. Le ocurrirá lo mismo que con la inmoralidad administrativa: con sus métodos será incapaz de erradicarla.

Alentando las inversiones imperialistas

Ante el fracaso de las reformas del año 1980, Castro se ha visto obligado a continuar con sus concesiones económicas al capitalismo. En lugar de ahora hacérselas a través del mercado interno a los embrionarios capitalistas internos, se orientó directamente a hacerle todo tipo de concesiones al imperialismo. Con esta política no se hace más que seguir los pasos, como siempre, de otros gobiernos burocráticos y totalitarios, como el polaco, el chino, el yugoslavo y el de la URSS, que promulgan leyes parecidas de protección a los capitales imperialistas.

The Economist del 17 de abril de este año señalaba cómo, “sin hacer alharaca, Cuba ha promulgado una ley de inversiones extranjeras que permite a los capitalistas occidentales tomar un 49% del capital en *joint venture* con las compañías estatales, y la repatriación total, después de pagar los impuestos, de los beneficios y dividendos. El gobierno afirma que no interferirá en los precios o en la producción. La ley, promulgada en febrero, también da a las compañías el derecho de contratar y despedir a los obreros, y el de elegir a sus propios ejecutivos y directores. Pero los salarios serán controlados. Y los ejecutivos cubanos ganarán tanto como sus compañeros extranjeros.

“En algunas *joint ventures*, Cuba permitirá a las compañías extranjeras tener mayoría en las acciones y se reserva el derecho de otorgar exenciones impositivas.

“El gobierno del presidente Castro está estudiando si establece una zona industrial de libre comercio”.

A Folha de São Paulo informaba el 2 de mayo, con referencia a estas concesiones del gobierno castrista, que: “algunas compañías, probablemente aquellas dedicadas a la industria del turismo, estarán exentas de impuestos, así como de tasa de importación, y podrán importar el *know how* administrativo y técnico que necesiten”.

El mismo periódico agregaba que estos “esfuerzos para atraer a los inversores extranjeros, después de un cambio de enfoque económico por parte del gobierno cubano, se iniciaron hace cinco años, para aumentar el nivel de su comercio con la economía occidental y reducir su dependencia en relación a los miembros del Comecon”.

“Es así como el gobierno cubano, actualmente intenta aumentar la producción de níquel en un 50%, lo que es muy importante, dado que Cuba es el cuarto productor mundial. Esto significaría llegar casi a la producción de 80 mil toneladas, ya que el año pasado produjo 38 mil toneladas. Intenta también aumentar las exportaciones de frutas cítricas y desarrollar la productividad de la industria azucarera. Igualmente, tiene el objetivo de desarrollar las plantas de montaje de la industria automotriz. Y hay indicaciones de que existen campos petrolíferos que han llevado al gobierno de La Habana a solicitar socios para su prospección y exploración.”

El imperialismo al acecho

Las publicaciones y los funcionarios gubernamentales imperialistas siguen con creciente atención y alegría esta crisis crónica de la economía cubana. Es así como el *US News and World Report* comentaba que el deterioro económico había obligado al propio Castro a estudiar la posibilidad de imponer varias reformas cuando en el año 1980 “descubrió tardíamente que el pueblo, que aceptó pasivamente por dos décadas las promesas comunistas no cumplidas, se estaba rebelando secretamente contra la obligación moral de trabajar y sacrificarse por la revolución”.

“Esa rebelión interna, señalada por el ausentismo y la producción deficiente, explotó abiertamente en 1980 cuando Castro ofreció la visa de salida al que deseara emigrar. Centenares de miles de cubanos corrieron a las oficinas de emigración. Un observador no cubano, que estaba en La Habana en esa época, dijo: Castro, obviamente, había subestimado la profundidad y extensión de la insatisfacción de su propio pueblo”.

“Para colmo de males, varios desastres naturales sobrecogieron a la economía cubana recientemente. Los más conocidos fueron las plagas que atacaron la caña de azúcar y el tabaco. Otro sector de la agricultura también enfrenta calamidades”.

Business Week relataba cómo “para los estrategas políticos norteamericanos, el problema es saber si los crecientes infortunios económicos de Cuba detendrán la ola de desestabilización que Castro ha estimulado en el Caribe y Centroamérica”.

Y agregaba que “algunos funcionarios de Estados Unidos sostienen en los debates internos del gobierno que La Habana no tiene otra opción que la de tomar rápidas medidas para frenar la carencia crónica nacional de alimento y de artículos de necesidad diaria”.

The Economist hacía un análisis parecido, escribiendo hace pocas semanas que “un estudio publicado a principios de abril para el comité económico del Congreso (de Estados Unidos) dijo que el cierre de los mercados americanos a Cuba había restringido el comercio con otras naciones occidentales y las posibilidades de invertir en Cuba, cuya economía está en mala situación, y va cada vez peor. Los funcionarios cubanos reconocen que Estados Unidos es su socio comercial natural” (17/4/82).

El imperialismo yanqui, con la complicidad de los imperialistas europeos, de la II Internacional, del gobierno mexicano de López Portillo, como de los gobiernos panameño y canadiense, trata de utilizar la grave crisis económica del régimen castrista para el logro de dos objetivos políticos internacionales de trascendental importancia para todo el régimen capitalista-imperialista mundial: distanciar a Cuba de la URSS, tratando de lograr algo parecido a lo que obtuvo con Yugoslavia y China, y hacer que Castro se transforme en un agente incondicional para desviar, frenar y, en última instancia, aplastar la revolución centroamericana.

En esta etapa, ni el imperialismo ni el capitalismo tienen como objetivo central de su política lograr que la economía cubana se transforme en forma inmediata en una economía capitalista. Su objetivo esencial e inmediato es de carácter político, es decir, sumar a la dirección castrista como agente seguro de la política contrarrevolucionaria.

Para lograr estos objetivos políticos, Reagan cuenta no sólo con la crisis económica cubana sino con el carácter stalinista de la política castrista, es decir, con la política de construcción del socialismo en un solo país y de coexistencia pacífica con el imperialismo. Algo parecido intenta lograr el imperialismo yanqui respecto del FSLN nicaragüense, que tiene concepciones nacionalistas estrechas, pequeño-burguesas, que lo acercan al stalinismo, a pesar de que Nicaragua sigue siendo un estado burgués, no obrero.

Dicho de otra forma, el imperialismo no quiere llegar a acuerdos económicos con Castro para que éste supere su crisis con el objetivo inmediato de volver al capitalismo en Cuba. Éste es un objetivo histórico pero de carácter secundario en este momento. El gran objetivo inmediato del imperialismo es lograr el apoyo político de Castro y el FSLN para aplastar la revolución centroamericana y frenar la africana.

Anexo

DOS POLÍTICAS PARA CUBA Y LOS ESTADOS OBREROS

La economía cubana sufre de los mismos males que los otros estados obreros totalitarios. Es una crisis aguda, crónica y cada día más grave. Ha llegado la hora del balance de las dos políticas que se enfrentaron en Cuba y en todos los estados obreros: la stalinista y la trotskista.

El stalinismo y muchos admiradores intelectuales de sus realizaciones nos han atacado a los trotskistas por utópicos, idealistas, y que no partimos de la realidad ni logramos proyectar planes reales. En contraposición, el stalinismo era realista, lograba lo que se podía lograr: el socialismo en un solo país, contemporizando con la burguesía mundial.

Nada de desarrollar la revolución mundial, eso era infantilismo de izquierda, trotskismo, un delirio que sólo servía a la contrarrevolución.

A estos argumentos nacionalistas y falsamente realistas los trotskistas hemos opuesto la política de la revolución permanente, internacional, como la única verdaderamente realista. Para nosotros, lo utópico es querer construir el socialismo en un solo país y para colmo atrasado o muy atrasado. Los planes económicos hechos en la perspectiva de décadas y décadas de desarrollo dentro de fronteras nacionales llevarían inevitablemente a una crisis aguda de esas economías, aunque se haya expropiado a los explotadores nacionales.

Por unos años, la economía nacionalizada cumple un rol muy progresivo, la dirija quien la dirija, por el solo hecho de haber sacado a los explotadores. Es así como la Cuba castrista, igual que los otros estados obreros, logró superar el problema de la salud y el analfabetismo. Pero a medida que se desarrolla la economía nacional, ésta entra en crisis, porque la economía hoy día es mundial y no cabe dentro de ninguna frontera nacional, por más obrera que sea.

Los trotskistas, durante décadas dijimos que cuanto más se desarrollaran las economías nacionales obreras, mayor sería su crisis. El stalinismo y el castrismo nos decían lo contrario: cuanto más desarrollemos la economía nacional, mejor estaremos. Kruschew llegó a decir que en el año 1980 Rusia llegaría al comunismo y superaría de lejos a la economía yanqui. Al llegar el año 1980, la economía rusa sufre una crisis más aguda que nunca y su dependencia de los granos y de la tecnología imperialista es más grande que nunca.

La otra cara de esta crisis mundial es el desarrollo de la producción armamentista provocado por la subsistencia de las fronteras nacionales: todos los países sin excepción se arman hasta los dientes.

Es que la verdadera solución económica es política: desarrollar la revolución mundial, movilizar a los trabajadores del mundo para hacer la revolución, logrando que cada país donde ella triunfe se una indisolublemente, liquidando las fronteras, a los otros donde se expropió a la burguesía.

Si esta política trotskista se llevara a cabo hoy día tendríamos un solo país socialista obrero, sin fronteras, desde China a Cuba pasando por la URSS. La unidad político-económica provocaría un colosal desarrollo económico.

Un solo ejemplo: Siberia está prácticamente deshabitada; China, que limita con Siberia, está superpoblada. Si no hubiera fronteras entre Rusia y China, cien, doscientos millones de chinos colonizarían Siberia y transformarían al único estado obrero dos veces más poderoso que Estados Unidos al cabo de pocos años.

Esta política realista, al alcance de la mano, no se puede llevar a cabo porque tanto la burocracia moscovita como la pequinesa están por el desarrollo y control totalitario de su estado nacional y en contra de la revolución permanente.

¡Cuánto mejor estaría hoy día la economía cubana si Fidel y el Che hubieran desarrollado la construcción de partidos marxistas revolucionarios con influencia de masas cuando estaban en su apogeo, para que tomaran el poder y se unieran esos países a Cuba en una sola Federación de Repúblicas Socialistas!

El crimen de la burocracia gobernante, en este caso de Cuba, no sólo es imponer un régimen totalitario a los trabajadores cubanos sino, tanto o más grave, es el de no desarrollar la revolución mundial, limitándose a desarrollar el socialismo en un solo país. Es la otra cara de una política pequeño-burguesa, burocrática.

Los hechos están ahí como balance final: la política stalinista es la responsable de la crisis económica crónica. La trotskista hubiera evitado esa crisis o, como mínimo, hubiera de verdad mejorado la economía de los estados obreros, debido a dos fenómenos que combinados serían la única solución: democracia interna para desarrollar la iniciativa de los trabajadores en todos los niveles, y desarrollo de la revolución mundial para unir indisolublemente, en una sola nación o federación, a todos los países que expropiaron a la burguesía.

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN CUBA

Martín Hernández

En el interior de La LIT, desde hace algunos años venimos estudiando la situación cubana y debatiendo sobre el carácter de ese Estado, así como sobre el programa que se desprendería de dicho carácter. La LIT aún no ha tomado una posición definitiva (lo hará en su próximo Congreso Mundial a realizarse en el año 2011), sin embargo, varias de sus organizaciones y dirigentes (entre ellos el autor de este trabajo), por medio de intervenciones orales y/o escritas se han pronunciado, en forma categórica, afirmando que en Cuba, al igual que en el resto de los ex estados obreros, el capitalismo ya fue restaurado.

La anterior afirmación no significa poner un signo igual entre Cuba y el resto de los países latinoamericanos ya que, en este país, a pesar de la restauración del capitalismo, por haberse dado una revolución socialista triunfante (la única en todo el continente), sobreviven una serie de conquistas sociales que no existen en los otros países.

Sin embargo, la diferencia fundamental entre Cuba y el resto de esos países no es ésta. La diferencia fundamental es que, en el resto de los países de la región, las masas derrumbaron las diferentes dictaduras y, aunque la clase obrera y el pueblo no consiguieron tomar el poder, conquistaron importantes libertades democráticas. En Cuba, por el contrario, después de la restauración del capitalismo lo que existe es una dictadura, pero no una dictadura del proletariado contra la burguesía, como existía anteriormente, sino una dictadura capitalista, contra la clase obrera y el pueblo.

¿Por qué ésta es la diferencia fundamental con el resto de los países y no las conquistas sociales que aún perduran? Porque esas conquistas sociales, bajo el capitalismo, inevitablemente, se irán perdiendo. En realidad ya se están perdiendo, como lo demuestra, entre otras cosas, el hecho de que el pleno empleo no existe más. Frente a esa realidad, de pérdidas de las conquistas de la revolución, más tarde o más temprano, los trabajadores se verán obligados a salir a luchar en defensa de ellas pero, cuando lo intenten hacer, se encontrarán con una triste realidad: ellos no tendrán las más mínimas libertades para organizar esa lucha. Pues a diferencia de sus hermanos del resto del continente, no tendrán derecho a organizar una huelga ni un sindicato libre de la tutela del Estado (ni siquiera una asociación de trabajadores), ni un partido político diferente del partido gobernante ni tendrán derecho a editar un periódico o a realizar un acto contra el gobierno.

¿Cuál es, por lo tanto, la gran tarea planteada para la clase obrera y el pueblo cubanos? La misma que en su momento estuvo planteada en los otros países de la región: derribar esa dictadura, para conquistar las más amplias libertades democráticas y para avanzar en dirección a una nueva revolución socialista triunfante que, al igual que la de 1959, expropie a la burguesía, nacional e internacional.

Esta es, en síntesis, la posición del sector de la LIT a la que nos referíamos anteriormente.

Esta posición ha provocado una furiosa reacción de un sinnúmero de dirigentes y organizaciones de izquierda, en especial de los partidos comunistas o de aquellas organizaciones que tienen origen en esos partidos. Por ejemplo en el Brasil, en el mes de abril de este año, el Comité Central del Partido Comunista Brasileño, publicó una declaración titulada *La mano izquierda de la derecha* en la que, entre otras cosas, señala: (...) *esta internacional de fachada* (la LIT-CI) *se asocia al imperialismo para combatir la Revolución Socialista Cubana (...) sus pronunciamientos son al servicio del imperialismo (...) clasificar a la Revolución Cubana de "dictadura capitalista" es hacer el juego de la contrarrevolución.*

Por otra parte, una serie de organizaciones que dicen ser trotskistas pero que a su vez son defensoras de los gobiernos de Cuba y de Venezuela, como no podía ser de otra forma, llevan adelante el mismo tipo de ataque que los partidos comunistas sólo que, normalmente, con mayor vehemencia.

Pero quizá lo más curioso es que existen otras organizaciones que no son castristas, como es el caso del Nuevo MAS y del PTS de Argentina, que también nos atacan duramente con epítetos muy similares a los de las corrientes stalinistas.

Decimos que es curioso porque estas corrientes no sólo dicen que el capitalismo fue restaurado en prácticamente todos los ex estados obreros, sino que opinan que la dirección castrista quiere la restauración del capitalismo en Cuba. Entonces no se entiende por qué nos atacan con tanta furia. Porque si ellos estuviesen realmente convencidos de que la dirección cubana quiere la restauración del capitalismo, ¿qué tendría de extraño que esa dirección, al igual que las de los restantes estados obreros, hubiese conseguido su objetivo?

Antes de terminar esta introducción se hace necesaria una aclaración sobre el título de este artículo: *Revolución y contrarrevolución en Cuba.*

Desde que León Trotsky escribió su famoso trabajo, "Revolución y Contrarrevolución en Alemania", varios autores se inspiraron en ese título para referirse a otros países: "Revolución y Contrarrevolución en España" (Félix Morrow); "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina" (Abelardo Ramos); "Revolución y Contrarrevolución en Cataluña" (Jorge Semprun).

Nuestra corriente no fue ajena a esta tradición. Así, Nahuel Moreno, en el año 1975 escribió un extenso trabajo titulado “Revolución y Contrarrevolución en Portugal”.

Ese reiterado “plagio” sobre Trotsky nos hizo dudar sobre la conveniencia de usar el mismo título para un trabajo sobre Cuba pero, al final, después de leer la declaración que hemos citado del Partido Comunista Brasileño, nos pareció que difícilmente podríamos encontrar un título más apropiado para abordar la actual problemática cubana.

La declaración del PCB no da un solo argumento para demostrar que en Cuba no se restauró el capitalismo. En lugar de hacer eso, siguiendo fielmente la vieja y repugnante tradición del stalinismo responde a los que sí damos argumentos para demostrar lo que decimos, acusándonos de agentes del imperialismo. Sin embargo, queremos destacar algo positivo de la declaración del PCB. Ella comienza con la siguiente frase: *Defender la Revolución Cubana es una cuestión de principios*. Sin duda, una bella frase, que todo revolucionario debería apoyar, sólo que, en la actual situación cubana, es necesario llenar esa frase de contenido, pues se trata de saber: **¿Dónde está la revolución y donde está la contrarrevolución en Cuba?** Esta es la gran discusión y, en ese sentido, aunque la declaración del PCB dé una respuesta opuesta a la nuestra, ella tiene el mérito de entrar en el debate sobre este tema, que acabó inspirando nuestro título.

La importancia de este debate

Creemos que este debate sobre Cuba, además de ser importante, puede llegar a ser decisivo para el presente y el futuro del conjunto de las organizaciones de izquierda, en especial de América Latina.

Existe una tradición en la izquierda, a nivel mundial, en lo que se refiere a su postura frente a las dictaduras. Salvo raras excepciones (como fue el caso del Partido Comunista de Argentina que apoyó al dictador Videla, o el gobierno chino que apoyó a la dictadura de Pinochet), la izquierda, normalmente ha estado en contra de las dictaduras capitalistas y ha luchado, de una u otra forma, por su derrocamiento. Sin embargo, esta vieja y buena tradición de la izquierda puede estar llegando a su fin.

Si es correcto lo que nosotros afirmamos, que en Cuba hace tiempo que el capitalismo fue restaurado y que no existe un régimen democrático burgués sino que, al igual que en China, existe una dictadura sustentada en el Partido Comunista y en las Fuerzas Armadas, y que en Cuba no existen las más mínimas libertades democráticas, es decir, si es correcto que Cuba es actualmente una de las

pocas dictaduras capitalistas que restan a nivel mundial y **prácticamente la única que resta en América Latina**, la postura de la izquierda, frente a esta dictadura, no es una cuestión de detalle.

La izquierda que apoya al gobierno cubano, hasta ahora está relativamente tranquila porque, para su suerte, los trabajadores cubanos aún no han manifestado, públicamente, su descontento con las medidas restauracionistas del gobierno. Sin embargo, el gobierno no parece estar tan tranquilo. Eso es lo que explica que Raúl Castro haya concurrido, el último 31 de octubre, al Pleno Ampliado del Consejo Nacional de la CTC (Confederación de Trabajadores Cubanos) para pedirles a los dirigentes sindicales que les expliquen a sus bases las bondades de las nuevas reformas económicas.

Raúl afirmó que “Cuba va para el precipicio” si no aplica esas reformas económicas (entre ellas, el despido de 1.000.000 de trabajadores del Estado) y, a partir de allí, les hizo el siguiente llamado: *Corresponde a ustedes, desde el Secretariado de la CTC hasta el más modesto dirigente, jugar el mismo papel que en su momento desempeñara Lázaro Peña¹, que con sabiduría y experiencia, solicitó en el histórico XIII Congreso de la CTC, en 1973, renunciar a conquistas arrancadas a la burguesía, pues la situación había cambiado y los obreros eran los dueños de los medios de producción. Por ejemplo, propuso derogar una ley que, llena de buenas intenciones, pero incorrecta y por tanto insostenible desde el punto de vista económico, pagaba el 100% del salario a quien se jubilara con una conducta ejemplar en su vida laboral.*

¿Podrán los hermanos Castro, y los dirigentes de la central sindical estatal, convencer a los trabajadores de que tienen que dejar de lado las conquistas arrancadas a la burguesía? ¿Podrán convencer a los trabajadores de que no tienen que defender sus puestos de trabajo? ¿Podrán convencerlos sobre la importancia de aumentar en forma cualitativa los precios de la luz? ¿Podrán convencer al millón de nuevos desempleados sobre que es posible transformarse en prósperos comerciantes, trabajando por cuenta propia, como peluqueros, sastres o jardineros?

Puede ser que lo consigan, dado que la dirección castrista, en función de su pasado, aún tiene mucho prestigio, pero también puede ser que no lo consigan y que en Cuba, al igual que lo que ocurrió en la mayoría de los otros ex estados obreros, los trabajadores y el pueblo se levanten contra las consecuencias de las medidas restauracionistas y comiencen a movilizarse, a hacer huelgas, a organizar comisiones de lucha, nuevos sindicatos e, incluso, a apelar a la violencia para defender sus derechos. Y si surge un movimiento de este tipo, como es muy probable que ocurra, ¿de qué lado se va a colocar la izquierda que hoy apoya al gobierno cubano?

¿Se van a colocar del lado de los trabajadores o van a sustentar al gobierno que en el pasado expropió a la burguesía pero que en el presente está restaurando el capitalismo?

Todo indica que esa “izquierda” va a continuar sustentando al gobierno (posiblemente con el argumento de que ese movimiento de los trabajadores es controlado por la CIA y por los gusanos). Sólo que apoyar y/o sustentar a una dictadura de este tipo, en especial en América Latina, donde las masas tienen una larga tradición de lucha antidictatorial, inevitablemente llevará a las organizaciones que así lo hagan a cambiar su carácter convirtiéndose, objetivamente, en organizaciones de derecha, o directamente a desaparecer.

Este pronóstico puede parecer exagerado, pero sería bueno recordar lo que pasó con las organizaciones pro soviéticas o maoístas que sustentaron hasta último momento a la ex URSS, a Alemania Oriental o a China cuando en esos países ya se había restaurado el capitalismo y las masas se habían insurreccionado contra las dictaduras “comunistas”. La mayoría de esas organizaciones, que dirigían o codirigían a la clase obrera de sus países y tenían influencia de masas, hoy no existen más, están reducidas a pequeños grupos o se han transformado en partidos burgueses.

¿Por qué demoramos tanto en darnos cuenta de que en la Ex URSS, en el Este europeo y en China el capitalismo había sido restaurado?

Aunque en nuestra opinión hace bastante tiempo que el capitalismo fue restaurado en Cuba, recién en este último año se está iniciando el debate, a nivel de la izquierda, sobre la existencia o no de ese hecho.

No es algo novedoso que surjan este tipo de dudas y polémicas. Lo mismo ocurrió con la restauración en los otros estados obreros.

Por ejemplo, hoy en día no hay ningún sector de la izquierda, mínimamente seria, que puede dejar de reconocer que el capitalismo fue restaurado en la ex URSS, en el resto del Este europeo y en China. Sin embargo, fue necesario que pasaran muchos años para que la mayoría de la izquierda comenzase a preguntarse si el capitalismo había sido restaurado o no, y muchos más años para que se reconociese que ese hecho había ocurrido.

Por ejemplo, el capitalismo fue restaurado en la ex URSS a partir del año 1986; sin embargo, el gran debate en la izquierda sobre la existencia de este hecho comenzó cuatro o cinco años después, y el reconocimiento de la restauración, por la mayoría de la izquierda, sólo se dio en los inicios del nuevo siglo, es decir, 14 años después de que se produjo.

Con China, la desorientación fue mayor aún. La restauración se dio a partir del año 1978 y ella recién fue reconocida, por la mayoría de la izquierda, en los últimos tiempos, es decir, prácticamente 30 años después de ocurrida.

Hay una serie de factores para explicar esta generalizada incompreensión sobre lo que había ocurrido en los estados obreros burocratizados, pero el factor fundamental tiene que ver con la forma en que se dio la restauración.

Si durante la Segunda Guerra Mundial las tropas de Hitler hubiesen vencido a la Unión Soviética, habrían restaurado el capitalismo. Si esto hubiese ocurrido, la izquierda no habría tenido la más mínima duda de que el capitalismo había sido restaurado en el exacto momento en que este hecho se producía.

Pero no fue de esta forma que se restauró el capitalismo en los ex estados obreros. No fueron sectores de la burguesía internacional ni los antiguos burgueses nacionales quienes llevaron adelante esa tarea. Estos fueron los grandes beneficiados pero, quienes restauraron el capitalismo fueron los dirigentes de los Partidos Comunistas que estaban al frente de esos estados, y esto creó una gran confusión, fundamentalmente por hecho de que estos partidos, restauraron el capitalismo en nombre del socialismo y, más aún, atacando al propio capitalismo.

Por ejemplo, Gorbachov, el padre de la restauración del capitalismo en la ex URSS, decía en 1987 (un año después de que hubiera comenzado la restauración en su país): *Hubo una opinión, por ejemplo, de que deberíamos desistir de la economía planificada y sancionar el desempleo. Pero no podemos permitir eso, dado que nuestro objetivo es fortalecer el socialismo y no sustituirlo por un sistema diferente. Lo que nos ofrece Occidente, en términos de economía, es inaceptable para nosotros (...).*²

Esta doble cara de los burócratas de los partidos comunistas en el poder puede parecer sorprendente por su grado de hipocresía pero, en realidad, ella no tiene nada de sorprendente, pues tiene que ver con la propia naturaleza social de toda burocracia. Ni la burguesía ni la clase obrera tienen motivos para ocultar sus propósitos, pero la burocracia, por no ser una clase social sino un parásito de la clase obrera, sí los tiene. Pues, tal como decía Trotsky: *Ella esconde sus ingresos. Disimula o finge no existir como grupo social* (L. Trotsky, *La Revolución Traicionada*, p. 248).

Por ejemplo, un obrero no oculta que quiere ganar un sueldo mayor, y lucha abiertamente por eso. Un patrón no oculta ni precisa ocultar que quiere aumentar las ganancias de su empresa y, más aún, cuando lo consigue, lo hace público.

Con el burócrata ocurre lo opuesto. Él lucha con todas sus fuerzas para mantener y ampliar sus privilegios, pero no puede decirlo abiertamente porque esos privilegios surgen de la usurpación que hace del trabajo de los obreros y de las migajas que recibe del patrón y del Estado. Por eso, siempre, para mantener y ampliar sus privilegios tiene que ocultar sus verdaderas intenciones.

Las burocracias gobernantes en esos estados en los que se restauró el capitalismo no podían informar sobre sus planes a los trabajadores y al pueblo. No podían decirles que iba a restaurar el capitalismo y con eso iban a acabar con el pleno empleo, con la salud y la educación públicas y, mucho menos, les podían decir que su objetivo era convertirse en nuevos burgueses para explotar a esos mismos trabajadores.

Esas burocracias gobernantes restauraron el capitalismo diciendo todo lo contrario. Así, cada vez que tomaban una nueva medida para desmontar el antiguo estado obrero, decían que era para fortalecer el socialismo, y cuando no podían ocultar el carácter pro capitalista de una determinada medida, afirmaban que se inspiraban en Lenin, quien también, con la NEP, había hecho concesiones al capitalismo. Alexandr Yákovlev, un importante intelectual y dirigente del PC ruso, que fue el principal asesor de Gorbachov y el redactor de la Perestroika, confesó: *Si hoy en día seguimos citando a Lenin es para tener una cierta credibilidad ante la opinión pública.*³

Pero a esta confusión, provocada por el papel siniestro de las burocracias gobernantes, se agregó otro problema. La restauración del capitalismo fue un hecho inédito en la historia de la humanidad, que las nuevas generaciones de marxistas tuvimos que intentar descifrar. No obstante, nadie sabía, anticipadamente, cuáles serían las características centrales de ese proceso.

En general había la idea de que se podría hablar de restauración del capitalismo sólo cuando el grueso de los medios de producción y de cambio (fábricas, bancos y tierras) dejasen de ser del estado y pasasen a manos privadas, y cuando el grueso de los trabajadores fuesen asalariados de esas empresas privadas.

Sin embargo, en ninguno de los ex estados obreros, después que se dio la restauración, sobrevino la privatización generalizada de las empresas estatales, de las tierras, de los bancos y ni siquiera de la vivienda. Por ejemplo, en Rusia, en el año 1989 (tres años después de la restauración del capitalismo) sólo existían 10.000 viviendas particulares en todo el país, y en el año 1992 (seis años después de la restauración), de las más de 200.000 empresas existentes sólo 1.352 (la mayoría pequeñas) habían sido privatizadas.

Estos números nos confundieron completamente, de tal forma que, en los primeros años de la restauración, analizando las estadísticas, llegábamos a la conclusión de que no había habido restauración o de que ese proceso estaba empantanado.

En realidad, nadie tomó en consideración lo previsto por Trotsky en relación con cómo sería la restauración del capitalismo en sus primeros años. Él decía que si se diese la restauración, ésta se daría, en los primeros años, en el marco de la propiedad estatizada, que fue lo que acabó sucediendo.

Pero además de estos factores, que crearon confusión y nos impidieron ver en su momento que las burocracias gobernantes de esos estados habían restaurado el capitalismo, hubo dos factores más, aunque diferentes, en lo que se refiere a las corrientes políticas.

Las corrientes que tenían referencia en los países del Este, en la URSS o en China, se resistieron, hasta último momento, en reconocer la restauración del capitalismo, pues hacerlo significaba aceptar que ellos habían traicionado todas las revoluciones, lo que era lo mismo que aceptar que, históricamente, el trotskismo tenía razón.

Sin embargo, contradictoriamente, también la mayoría de las organizaciones trotskistas se resistieron a reconocer que la restauración había triunfado. Algunos por la pesada influencia del stalinismo y otros, la mayoría, porque en lugar de analizar la realidad tal cual era la analizaban a partir de uno de los pronósticos de Trotsky (aquel que decía que la restauración sólo podría imponerse por medio de una contrarrevolución sangrienta), y dejaban de lado el pronóstico fundamental de Trotsky, que era el que decía que si la burocracia seguía al frente de la URSS la restauración era inevitable.

La restauración del capitalismo: un proceso internacional del cual ningún estado obrero burocratizado pudo ni podía escapar

Como decíamos anteriormente la amplia mayoría de la izquierda resistió a aceptar que el capitalismo había sido restaurado en los ex estados obreros.

Se aceptaba que el capitalismo había sido restaurado en Alemania Oriental (después de la unificación con Alemania Occidental) pero no en el resto del Este europeo. Después, no hubo cómo negar que también allí se había impuesto la restauración pero se decía que eso no había ocurrido en la ex URSS, y cuando se aceptó que también en la ex URSS había triunfado la restauración, China y Cuba fueron alzadas como los “bastiones del socialismo”.

Esa idea que corría, y que corre en la izquierda, de que en un determinado país se podría restaurar el capitalismo y en otros no, muestra una incomprensión sobre lo que fue este proceso.

Lo que no se ha entendido es que, por el carácter de la economía mundial y, fundamentalmente, por el carácter de esos estados, ellos no tuvieron, especialmente los más débiles, otra alternativa que ir en dirección hacia el capitalismo, y esto que durante varios años fue una tendencia, se tornó una imposición a partir del triunfo de la restauración en la ex URSS.

Para entender este proceso, en términos teóricos, es necesario remontarnos a una polémica que se dio a partir del año 1924 en la ex URSS.

Los marxistas habían previsto que con el desarrollo del capitalismo también se desarrollarían sus propias contradicciones, a partir de las cuales llegaría un momento en que el sistema capitalista trabaría, en forma absoluta, el desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando eso ocurriese estaría planteado superar el régimen capitalista por medio del comunismo, un régimen en el cual no habría explotadores ni explotados y en el cual todos sus componentes recibirían de acuerdo con su necesidad y aportarían de acuerdo con su capacidad, lo que permitiría que las fuerzas productivas se desarrollasen en forma indefinida. Pero los marxistas también habían previsto que no se podría pasar, en forma inmediata, del capitalismo al comunismo. Que sería necesario pasar por una fase intermedia, que Marx denominó “primera fase del comunismo”, y a la que posteriormente se la denominó “socialista”.

Esta primera fase del comunismo daría origen a una sociedad que, desde su nacimiento, sería superior, desde el punto de vista económico y cultural, a las más avanzadas de las sociedades capitalistas.

Partiendo de esta visión, la dirección del Partido Bolchevique –que había dirigido la toma del poder por los obreros– nunca entendió que su revolución era un objetivo en sí mismo. Por el contrario, al ser conscientes de que esa revolución (que contra lo que había previsto Marx fue hecha en un país sumamente atrasado) no podría triunfar si no se extendía a nivel mundial, principalmente a los países más avanzados, veían a su propia revolución sólo como una palanca para la revolución mundial. Eso es lo que explica que, después de la toma del poder y en medio de la guerra civil, la tarea central de esa dirección haya sido la construcción de la III Internacional, el partido mundial de la revolución.

Esta postura del Partido Bolchevique no era producto de un internacionalismo en abstracto o de una postura moral. Tenía que ver con una comprensión profunda del carácter de la economía mundial y de la imposibilidad de llegar al socialismo a nivel nacional, especialmente en Rusia, un país poblado mayoritariamente por campesinos analfabetos.

Esta era, como decíamos antes, la visión de toda la dirección del Partido Bolchevique. Por ejemplo, unos pocos meses después de la muerte de Lenin, en abril de 1924, Stalin escribió: *Bastan los esfuerzos de un país para derrumbar a la burguesía, ésa es la enseñanza de la historia de nuestra revolución. Pero para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo si él es rural como el nuestro, son insuficientes; se precisa de los esfuerzos reunidos de los proletariados de varios países avanzados.*⁴

Sin embargo, esta visión sobre el carácter de la revolución y sobre el papel de la URSS en el plano internacional comenzó a ser cuestionada por Stalin pocos meses después de haber escrito ese texto.

A partir de las derrotas del proletariado europeo y de los primeros éxitos de la economía soviética, Stalin comenzó a defender su famosa teoría del “socialismo en un solo país”. Esa teoría, tal como lo señaló Trotsky: *exprimía el inicio de la degeneración de la III Internacional*.

La nueva teoría de Stalin afirmaba que la URSS podría llegar al socialismo, es decir, podría construir una sociedad más avanzada que los países más avanzados del capitalismo, prescindiendo de la revolución mundial.

Esta elaboración teórica de Stalin, que negaba toda la tradición del marxismo, va dar origen a una dura polémica con la Oposición de Izquierda, al frente de la cual se colocó León Trotsky.

En el año 1926 la Oposición de Izquierda presentó un texto en una asamblea plenaria del Comité Central del Partido Bolchevique que decía: *Sería radicalmente equivocado creer que se puede marchar para el socialismo a un ritmo arbitrariamente decidido cuando nos encontramos cercados por el capitalismo. La progresión para el socialismo sólo será garantizada si la distancia que separa a nuestra industria de la industria capitalista avanzada, disminuye manifiesta y concretamente en vez de aumentar.*

En ese CC, Stalin consiguió que se vote en contra de las propuestas de la Oposición con el siguiente argumento: *Quien quiera que haga intervenir aquí el factor internacional ni siquiera comprende cómo se formula el problema y confunde todas las nociones, sea por incomprensión o por un deseo consciente de sembrar la confusión.*

En la década de 1930 ese debate cobró mucha fuerza. Stalin, analizando el crecimiento de la economía de la URSS, afirmaba que ésta ya había llegado al socialismo y caminaba rumbo al comunismo.

Si bien Stalin estaba completamente equivocado al afirmar que la URSS ya era socialista, pues desde el punto de vista económico y cultural ella estaba muy lejos de alcanzar a los países capitalistas más avanzados, no estaba equivocado al resaltar el espectacular crecimiento de la economía soviética. Este crecimiento era tan importante que Trotsky, después de analizar las estadísticas económicas, en su libro *La Revolución Traicionada*, señalaba: *Aún en el caso de que la URSS, por culpa de sus dirigentes, sucumbiera a los golpes del exterior –cosa que esperamos firmemente no ver– quedaría, como prenda del porvenir, el hecho indestructible de que la revolución proletaria fue lo único que permitió a un país atrasado obtener en menos de veinte años resultados sin precedentes en la historia...*

Sin embargo, en ese mismo libro, Trotsky destacaba que era necesario observar que la economía soviética crecía mucho pero partiendo de niveles muy bajos y que ese crecimiento espectacular, provocado por la expropiación a la burguesía, no se mantendría en forma indefinida, ya que el dominio de la economía

mundial por parte del capital imperialista se lo impediría. Más aún, él señalaba: *Cuanto más tiempo esté la URSS cercada del capitalismo tanto más profunda será la degeneración de sus tejidos sociales. Un aislamiento indefinido debería traer indefectiblemente, no el establecimiento de un comunismo nacional, sino la restauración del capitalismo (...) la clase obrera tendrá, en su lucha por el socialismo, que expropiar a la burocracia y sobre su sepultura podría colocar este epitafio: Aquí yace la teoría del socialismo en un solo país.*⁵

Como es sabido, a pesar de sus varios intentos, en Alemania Oriental, en Hungría, en Checoslovaquia, en Polonia, la clase obrera no pudo expropiar a la burocracia, y Stalin y sus seguidores, por medio de un verdadero genocidio, contra los revolucionarios y los combatientes obreros, se consolidaron. Esto, tal como lo previó Trotsky, llevó a que lo que eran estados de transición al socialismo se transformasen en estados en transición al capitalismo.

Bajo la conducción de la burocracia stalinista, después de la guerra civil, la economía rusa, en función de la expropiación de la burguesía, tuvo un crecimiento que llegó a ser espectacular, pero eso, en la medida en que no triunfaba la revolución en los países más avanzados, no se mantuvo en forma permanente.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con la expropiación de la burguesía en el Este europeo y con el triunfo de la revolución China, la URSS dejó de estar tan aislada desde el punto de vista económico y eso le permitió, aun sin llevar adelante la revolución a nivel mundial, una sobrevida mayor de la que se podía esperar.

Sin embargo, ya en los inicios de la década de 1950 aparecieron varios síntomas de una crisis importante, no sólo en la URSS sino en el conjunto de los estados obreros.

A finales de la década de 1950 hubo una discusión, en todos esos países, sobre la necesidad de hacer importantes cambios, ya que, en ese momento, en todas esas economías, si bien continuaban creciendo, ya se podía detectar una importante disminución de ese crecimiento.

En los inicios de la década de 1960 la situación se tornó aún más crítica y las autoridades se vieron obligadas a hacer importantes reformas, que se aplicaron en todo el Este europeo entre los años 1963 y 1968.

Una parte importante de esas reformas, para intentar salir de la crisis que se iniciaba, suponía la necesaria relación comercial con los países más avanzados del mundo. Esas relaciones se desarrollaron enormemente, a punto tal que esa etapa fue conocida como “La Edad de Oro del Comercio Este-Oeste”.

Pero en ninguno de esos países, en función de la orientación de Stalin, había triunfado la revolución, y eso hizo que el comercio con ellos fuera completamente desigual, de forma tal que la importación de tecnología occidental acabó

desequilibrando la balanza comercial de esos países e hizo que, a finales de la década de 1960, el conjunto de las economías viviesen una situación crítica.

Para salir de la crisis, las burocracias gobernantes sólo tenían una salida estratégica: retomar la lucha de los bolcheviques para la revolución mundial, camino éste que no estaban dispuestos a seguir. Peor aún, las burocracias, en función de la defensa de sus intereses nacionales, se mostraban cada vez más incapaces de estrechar las relaciones entre los diferentes estados obreros, a punto tal que, con el correr del tiempo, nos íbamos a encontrar no sólo con roces sino con guerras entre ese tipo de estados.

En ese marco, el siguiente paso de las burocracias gobernantes fue, una vez más, apelar al imperialismo, esta vez en busca de créditos baratos, y los consiguieron, sólo que, una vez más, en función del dominio del imperialismo sobre la economía mundial, esos créditos baratos se transformaron en caros y los ex estados obreros quedaron presos de una deuda externa que, al igual que la deuda externa de las colonias y semicolonias, se tornó impagable. De esta forma, el conjunto de los ex estados obreros marchaban rumbo al abismo.

De todos los estados obreros, la URSS, en función de su economía más desarrollada y por ser gran productor de petróleo y gas, fue la menos afectada por la crisis; sin embargo, aún así, los números mostraban una situación desesperante. Entre 1971 y 1985 la tasa de crecimiento se redujo en dos veces y media. La burocracia, sin otra salida, descargaba la crisis que ella había generado sobre las espaldas de los trabajadores. Así, el dinero destinado a la educación, que en 1950 ascendía a 10 % de la renta nacional, a inicios de los años '80 era sólo de 6%; el aumento del consumo per cápita que había sido de 5,1% entre los años 1966 y 1970, a inicios de los años '80 era nulo, y lo más trágico, la expectativa de vida, que en 1972 era de 70 años, diez años después había caído a 60 años.

Fue respondiendo a esta crisis económica que Gorbachov –llevado a la secretaría general del PCUS por la siniestra KGB– elabora en el año 1985 su plan de restauración del capitalismo. Ese plan se vota en el XXVII Congreso del PCUS, realizado en el mes de febrero de 1986. En ese congreso también se vota una nueva dirección, integrada mayoritariamente por los restauradores (los “renovadores”, como eran conocidos en la época). A partir de allí, semana a semana y mes a mes, la burocracia del PCUS fue desmontado lo que quedaba del antiguo estado obrero. En agosto de 1986 se abre la economía para las empresas extranjeras. En el mes de setiembre se vota la Ley sobre actividades individuales con la que se legaliza el trabajo privado; en junio de 1987, mediante la aprobación de la Ley de empresas del Estado se acaba con la planificación económica central y con el monopolio del comercio exterior. En mayo de 1988 se aprueba la Ley sobre cooperativas, lo que posibilita que un año después existan 200.000 empresas de este tipo. En diciem-

bre de 1988 se aprueba un decreto que permite la venta de las casas... y este proceso restauracionista no se detuvo más.

Como se puede ver, la burocracia gobernante de la URSS no tuvo otra alternativa, frente a la crisis económica sin salida, que orientarse en dirección al capitalismo. En el resto de Europa del Este, como no podía ser de otra forma, pues se trataba de economías mucho más débiles y más en crisis que la de la URSS, ocurrió exactamente lo mismo.

Mucho se ha hablado de dos modelos opuestos de restauración, el de la ex URSS y el resto del Este europeo, por un lado, y el de China, por otro.

Es verdad que hubo diferentes formas de avanzar en dirección a la restauración. No sólo entre la URSS y China sino entre todos los países entre sí. Pero las diferencias fueron de forma y no de contenido.

Por ejemplo, normalmente se dice que la principal diferencia entre el modelo chino y el de la URSS es que en el primero la restauración se llevó a cabo por medio del control absoluto del Partido Comunista; sin embargo, en relación con esto no hay una diferencia de modelos. En la URSS y en todos los otros países el modelo era el mismo: restaurar en el marco del régimen de partido único de los partidos comunistas, sólo que, en estos países, las masas enfrentaron y derrumbaron a esos regímenes y eso hizo que se afectara todo el proceso de restauración, en lo que se refiere a su forma. No obstante, de contenido, todos los procesos de restauración fueron prácticamente idénticos, ya que en todos ellos fue necesario desmontar la estructura económica de los antiguos estados obreros. Por eso, en todos ellos, las medidas estuvieron dirigidas a acabar con el monopolio del comercio exterior, con la economía nacionalizada y con la planificación económica central. Más aún, incluso en lo que se refiere a problemas de formas, los procesos fueron muy parecidos (las empresas mixtas con capital extranjero, las cooperativas, las desestatización y/o el aumento de los servicios públicos, la privatización de las viviendas, el inicio de privatización de la educación y de la salud, el fin de los restaurantes públicos y/o las libretas de racionamiento, la privatización de la tierra o de la producción agrícola, la liberalización paulatina de la banca).

¿Qué ocurrió en Cuba?

Los estados obreros, en función de los intereses de la burocracia, nunca fueron palancas para la revolución mundial sino que todos ellos, siguiendo a Stalin, intentaron construir el “socialismo en un solo país”. Por eso, ninguno de esos estados pudo escapar de la crisis económica sin salida y, por eso, ninguno de ellos, para responder a esa crisis, pudo hacer otra cosa que no sea restaurar el capitalismo.

En ese marco, Cuba no fue ni podía ser una excepción, porque en este país la crisis económica, estructural y coyuntural (que fue el motor de todos los procesos de restauración) era mucho más profunda que en la mayoría de los otros estados.

Mucho se ha escrito y hablado también, y con razón, del salto impresionante que dio Cuba después de la revolución, fundamentalmente en el terreno de la educación y la salud, pero la realidad es que Cuba, después de la revolución, siguió siendo un país económicamente muy atrasado, a punto tal que no vivió un proceso de industrialización y su economía continuó basada en el monocultivo de azúcar, como en la época de Batista.

Pero, justamente porque Cuba tenía esa debilidad estructural en su economía (monocultivo de azúcar), tuvo muchas más dificultades que el resto de los estados obreros para soportar la crisis económica de la que hablamos. Por ejemplo, a partir del año 1975, la crisis crónica de Cuba se agudizó en función de la brutal caída del precio del azúcar en el mercado mundial.

Respecto de este tema es bueno recordar un análisis hecho en el año 1982: (...) *el castrismo enfrenta, al igual que todos los estados burocratizados y totalitarios del Este europeo y de Asia, una impresionante crisis económica, aparentemente sin salida.*⁶

Hay una serie de datos que demuestran que ese análisis no era exagerado. Por ejemplo, en ese período, las reservas cubanas bajaron de 1.500 millones de dólares a 500 millones. Por otra parte, al basar su economía en el monocultivo de azúcar, importaba 75% de los cereales que consumía, 68% del acero y 100% del algodón.

Para intentar salir de esta situación, Cuba apeló a los préstamos externos, de la URSS, de Francia y de Canadá, y, en poco tiempo, creó una deuda que llegó a los 10.000 millones de dólares –una de las mayores del mundo, en términos proporcionales a la cantidad de habitantes–.

Este análisis sobre la situación económica de Cuba en los años previos a la restauración es muy importante, porque es necesario entender que los primeros estados obreros en sucumbir frente al capitalismo fueron, como no podía ser de otra forma, los que eran económicamente más débiles.

La restauración no comenzó por la ex URSS sino por Yugoslavia, a partir del año 1965, y no fue por casualidad sino por el hecho de que esa economía quedó mucho más aislada y por lo tanto mucho más debilitada que las otras, en función de la crisis con la URSS. Con este caso, una vez más se pudo comprobar cómo la utopía reaccionaria de la teoría del “socialismo en un solo país” cobraba sus víctimas. Yugoslavia, aislada, sucumbía al capitalismo mientras el resto de los estados obreros, aunque en crisis, consiguieron sobrevivir un tiempo más por formar parte de un bloque económico.

Tampoco fue por casualidad que el Estado chino fuese el que siguiera a Yugoslavia rumbo a la restauración. En este país, este proceso se inicia partir del año 1978 con las llamadas “Cuatro Modernizaciones”. La restauración del capitalismo en China, a partir de ese año, fue un subproducto de la crisis chino-soviética, en la cual la gran perjudicada, desde el punto de vista económico, fue justamente China.

En ese marco, a partir de 1975 Cuba era la candidata natural a anticiparse a China en su marcha rumbo a la restauración. Sin embargo, esto no se dio porque la URSS salió en su ayuda, para salvarla del desastre inevitable. Así, entre los años 1976 y 1980, le dio un subsidio de 2.400 millones de dólares anuales (lo que equivalía a 75% de las exportaciones cubanas) y, además de eso, la URSS intensificó el comercio con Cuba a punto tal que, entre los años 1977 y 1978, el comercio internacional de Cuba con la URSS, desde el punto de vista del valor, representaba 85% del total de su comercio internacional. Sin embargo, toda esta ayuda, si bien actuó como paliativo, no superó la crisis estructural de la economía cubana. Porque, por un lado, esa ayuda mantuvo la debilidad crónica de la economía cubana al perpetuar el monocultivo del azúcar y, por otro, aumentó, cualitativamente, su dependencia en relación con la URSS.

Estos dos factores hicieron que, poco tiempo después, la economía cubana explotase, cuando la crisis económica de la URSS obligó a este país a disminuir los subsidios y, fundamentalmente, cuando con la restauración del capitalismo y la disolución de la URSS los subsidios fueron eliminados y el comercio fue reducido en forma sustancial.

Así, entre los años 1989 y 1994 el PIB cubano cayó 34,3% y las exportaciones, que llegaban a 5.300 millones de dólares, bajaron a 1.500. Había llegado la hora, también para la burocracia gobernante del Estado cubano, de intentar salir de la crisis restaurando el capitalismo. Había que seguir el ejemplo de los otros estados obreros burocratizados, y así lo hicieron. Para ello, en Cuba fueron tomadas exactamente las mismas medidas que se tomaron en los restantes estados.

Fue eliminado el monopolio del comercio exterior que antiguamente era controlado por el MINCEX (Ministerio del Comercio Exterior), y el comercio exterior pasó a ser hecho, como en cualquier país capitalista, por las diferentes empresas y no por el Estado.

Por otra parte, en julio de 1992, se reformó la Constitución Nacional para legalizar el fin de la economía centralmente planificada (a partir de allí se disolvió la Junta Nacional de Planificación), y también se estableció el derecho a construir varios tipos de nuevas empresas. En el año 1995, por medio de la Ley de Inversiones Extranjeras, se legalizó la propiedad privada de los medios de producción.

Por tratarse de una dictadura, el gobierno cubano no divulga muchos datos sobre el proceso de privatización de las antiguas empresas del Estado. Por ejemplo, no existe un informe sobre quienes son los nuevos empresarios cubanos, aunque hay sí bastantes informes sobre las nuevas cooperativas. El gobierno cubano, siguiendo el ejemplo de lo realizado en los otros ex estados obreros, a partir del año 1993 creó las UBPC (Unidades Básicas de Producción Cooperativa). Esas cooperativas se establecieron con mucha fuerza en las áreas de producción de azúcar (recordemos que Cuba es un país basado en el monocultivo), de forma tal que ya en 1994 había 1.555 cooperativas en el sector, que cubrían 100% de la antigua propiedad estatal. Los productores asociados en esas cooperativas, igual que como ocurre en muchos países capitalistas con la propiedad del suelo, no tienen la propiedad jurídica de la tierra pero **son los dueños del producto y consecuentemente se reparten las ganancias.**

Esas cooperativas también se desarrollaron en otras áreas. Así, ya en el año 1994, ocupaban 76% de la superficie estatal dedicada al cultivo del café, 48% de la de arroz y 42% de la superficie estatal para la ganadería.

Actualmente, en el marco de todas las medidas anteriores, es decir, en el marco de una economía de mercado, se han ido tomando o se estudian tomar (en el próximo congreso del Partido Comunista Cubano) nuevas y pesadas medidas, la mayoría de ellas directamente contra los intereses inmediatos de los trabajadores. Entre éstas se destacan el despido, en el próximo período, de un millón de trabajadores del Estado, de los cuales 500.000 serán echados en los próximos seis meses; la construcción de campos de golf y de departamentos de alto padrón; la liberación del mercado inmobiliario; la apertura de créditos bancarios para las empresas; el fin de la libreta de racionamiento (por la cual todos los cubanos reciben gratuitamente una serie de productos de primera necesidad); el aumento del precio de la luz. A la vez, existen una serie de rumores, de los que la prensa internacional se ha hecho eco (no confirmados ni desmentidos por el gobierno cubano), que indican que sería iniciada la privatización de la asistencia médica y de la enseñanza.

■ ■ ■ ■
¹ Lázaro Peña Gonzalez (1911/1974) líder sindical del stalinismo cubano. Fundador de la CTC en el año 1939 (fue su primer secretario general) y de la FSM (Federación Sindical Mundial).

² Gorbachov, Mijail, *Perestroika, nuevas ideas para mi país y el mundo.*

³ Yákovlev, Alexandr, *Lo que queremos hacer con La Unión Soviética.*

⁴ Stalin, Josef., "Bases del leninismo", citado por Trotsky en su apéndice de la *Revolución Traicionada.*

⁵ Trotsky, León, *La Revolución Traicionada.*

⁶ Moreno, Nahuel, "¿Por qué Fidel negocia en secreto con Reagan?", *Correo Internacional*, N.º 6, mayo de 1982.

EL DEBATE CON LAS ORGANIZACIONES CASTRISTAS

En el mes de agosto del año pasado, Raúl Castro pronunció un discurso frente a los diputados cubanos en el que señaló: *...yo no fui electo presidente para restaurar el capitalismo en Cuba, ni para entregar la revolución, fui electo para defender, mantener, continuar y perfeccionar el socialismo, no para destruirlo...* “. Este no es un discurso original en Cuba. Es el mismo discurso que vienen haciendo, desde hace muchos años, en forma reiterada, tanto Fidel Castro como todos los jefes del gobierno y del Partido Comunista.

Después de todos los datos que hemos presentado sobre la restauración del capitalismo (ninguno de los cuales son negados por el gobierno cubano) parece mentira que la dirección castrista intente convencer a la opinión pública de que, mandando a la calle a un millón de trabajadores (en un país de 10 millones de habitantes) y construyendo campos de golf y condominios de alto padrón, se fortalece y se “perfecciona” el socialismo. O que lo mismo ocurre acabando con las libretas de racionamiento, privatizando la producción del azúcar o dejando en manos de los empresarios el control del comercio exterior.

Sin embargo, toda esta hipocresía de la dirección castrista no nos puede sorprender, pues esa táctica, de restaurar el capitalismo en nombre del socialismo, como ya hemos visto, es la misma que fue aplicada por todas las burocracias restauracionistas, a punto tal que hasta hoy el partido gobernante de China se continúa llamando Partido Comunista y sus dirigentes aseguran que el sistema que impera en ese país es socialista (“Socialismo de mercado”).

Por otra parte, esa táctica le ha dado un resultado extraordinario a la dirección castrista a punto tal que existen millones de personas, en todo el mundo, que repiten, con fervor, lo que dice esa dirección, y eso tiene una explicación.

No podemos olvidar que esa dirección fue la que estuvo al frente de la revolución del año 1959, que expropió al capitalismo nacional y al imperialismo y, a partir de ese hecho, la vida de los cubanos cambió completamente y por eso esa dirección se transformó en una referencia, a nivel nacional e internacional.

Por otra parte es necesario entender que, siguiendo la tradición impuesta por Stalin, en Cuba se llevó adelante un impresionante culto a la personalidad, de Fidel Castro en este caso, y ese culto, como cualquier otro, pone en un segundo plano a la razón. Para las personas que adhieren a ese culto las medidas restauracionistas –por ejemplo, echar a un millón de trabajadores– pueden llegar a parecerles malas pero piensan que si es Fidel quien las impulsa, ellas deben ser buenas, o pueden ser malas, pero necesarias, porque así lo dijo el Comandante.

Justamente porque se trata de un culto a la personalidad y no de algo racional, muchos de los defensores de los hermanos Castro rehúyen a los debates o nos responden, a quienes decimos que los hermanos Castro han restaurado el capitalismo, con grititos histéricos, de “gusanos” o “contrarrevolucionarios”, como hace el Partido Comunista Brasileiro, al que ya hemos citado.

Pero todo culto, por ser completamente irracional, no dura eternamente. En este sentido será necesario ver si él se mantiene, por mucho tiempo, no ya entre las personas que viven distantes de Cuba, en España, Argentina, Colombia o Brasil, sino entre el millón de nuevos trabajadores cubanos desempleados y sus familias.

Un debate en el campo del movimiento trotskista

El respaldo a la dirección castrista no viene sólo de los sectores que defienden a esa dirección sino, contradictoriamente, de los que dicen combatirla, como es el caso de algunas organizaciones que se reivindican trotskistas o tienen origen en el trotskismo, como son las ya citadas PTS y Nuevo MAS, de Argentina.

Impresiona ver cómo estas organizaciones realizan todo tipo de malabares, políticos y teóricos, para intentar demostrar lo indemostrable: que en Cuba no se restauró el capitalismo. De esta forma, la burocracia restauracionista (así la definen) de los hermanos Castro se habría mostrado incapaz de conseguir lo que todas las burocracias restauracionistas del mundo consiguieron: la vuelta al capitalismo.

¿Cómo explican esta situación excepcional? ¿Cómo explican que Cuba haya conseguido sobrevivir a pesar de su brutal crisis económica?

El PTS se limita a dar algunos “argumentos” para mostrar que el capitalismo no fue restaurado, pero no explica el porqué de esa situación excepcional.

Ya el Nuevo MAS es diferente. Ellos intentan dar una explicación sobre la excepcionalidad cubana.

En un trabajo de Roberto Ramírez (uno de los principales dirigentes del Nuevo MAS), titulado *Un debate crucial en la izquierda. Cuba en una encrucijada*, el autor explica: *Cuba logró resistir en medio de la debacle de los “ex países socialistas”. Valiosamente, la isla permaneció como una excepción.* Y, partir de allí, el autor señala que, para entender la actual excepcionalidad cubana, hay que remontarse al siglo XIX pues Cuba por ser, junto con Puerto Rico, uno de los dos únicos países que no se independizaron de España, habría tenido un curso excepcional. Dentro de esto, también el Movimiento 26 de Julio, que dirigió la revolución de 1959, sería excepcional, ya que no respondería a ninguna clase social. No sería un movimiento pequeño burgués, como siempre afirmó el trotskismo,

ni un movimiento de carácter obrero ni burgués. Según el autor, el movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro, era “sin clase”.

También para Ramírez, el estado cubano que surgió de la expropiación de la burguesía sería algo excepcional, ya que no sería ni burgués ni obrero. Sería un “estado burocrático”. De esta forma, el autor llega a la conclusión de que tantas situaciones excepcionales dieron origen a una nueva situación excepcional: *En Cuba, por un conjunto de factores excepcionales, este lamentable final de la restauración capitalista se aplazó.*

Es una explicación, desde el punto de vista teórico, muy poco sólida. De cualquier manera tiene el mérito de intentar dar una explicación a lo inexplicable.

Veamos ahora los argumentos de estas corrientes, para demostrar que en Cuba no se restauró el capitalismo. El principal argumento que utiliza el Nuevo MAS (que también es usado por el PTS) es que en Cuba no existiría una burguesía nacional.

Sobre esto, Roberto Ramírez dice: *Porque éste es el punto crucial que –no por casualidad– se les escapa a los “teóricos” del PSTU-LIT. El problema no es hacer la suma y resta de medidas económicas aisladas (que efectivamente en manos de la burocracia son peligrosísimas), sino responder a una simple pregunta: ¿dónde está la “nueva burguesía cubana”? ¿Vive en la clandestinidad? ¿Reside en Canadá o en Europa? Por eso, poner ya un signo igual entre Cuba y China es un despropósito... ¿O sería el primer caso de un país semicolonial cuya burguesía no es nativa, sino europea o canadiense?*

Dejemos por ahora de lado la afirmación de Roberto Ramírez de que todas las medidas restauracionistas que ha tomado el gobierno son “medidas económicas aisladas” y vamos a su principal argumento: (...) *sería el primer caso de un país colonial cuya burguesía no es nativa, sino europea o canadiense.* Resulta difícil creer que un dirigente como Roberto Ramírez, que ha leído tanto a los autores marxistas, diga semejante disparate para intentar justificar su teoría de la “excepcionalidad” de Cuba y de su dirigente Fidel Castro. Porque si hay algo que caracteriza a las semicolonias y colonias (y ése es el camino de Cuba) es justamente que su burguesía nativa es sumamente débil y muchas veces prácticamente inexistente.

Pero ése no es el principal problema del texto de Ramírez. El principal problema es que él está convencido de que no existe burguesía nativa en Cuba.

Trotsky, analizando a la burocracia de la URSS, decía: *La evolución de las relaciones sociales no cesa. No se podrá pensar, evidentemente, que la burocracia abdicara en favor de la igualdad socialista... será pues, inevitablemente necesario, que busque apoyo en las relaciones de propiedad... No basta ser director del trust, es necesario ser accionista¹ (...)*.

En todos los procesos de restauración sucedió lo que Trotsky decía. La burocracia quería ser accionista de las empresas y un gran porcentaje de ella se transformó en los nuevos burgueses. Hay un dato sobre China, bastante divulgado (que el propio Ramírez cita) que dice que, de los 3.220 chinos con una fortuna mayor a 10 millones de dólares, 2.932 son o eran funcionarios de alto rango del Partido Comunista.

En Cuba, aunque aún no disponemos de los datos suficientes, todo indica que ocurrió lo mismo que en China y en los restantes ex estados obreros.

En el año 1992 la burocracia cambia la Constitución Nacional para permitir la existencia de otros tipos de propiedad de las empresas, además de la estatal.

En el año 1995 la burocracia aprueba la Ley de Inversiones Extranjeras con la cual legalizó tres tipos de nuevas formas de propiedad de las empresas: la extranjera, la mixta y la asociación económica internacional.

En los tres casos se legaliza la existencia de empresarios nacionales, ya que se establece que los inversores de las empresas extranjeras podrán vender sus acciones al estado o a empresarios cubanos. Por su vez, de las empresas mixtas y de la asociación económica internacional, además de participar empresarios extranjeros, pueden participar, como socios, empresas estatales o empresarios cubanos.

Un detalle importante es que estas empresas no se pueden construir libremente. Todas ellas, e incluso la venta de acciones de empresas extranjeras a empresas o empresarios cubanos, tienen que ser autorizadas por el gobierno, es decir, por la burocracia que controla todo el proceso de privatización.

Hay que ser muy ingenuos para pensar que la burocracia restauracionista hizo todo este andamiaje jurídico (reforma de la Constitución, Ley de Inversiones Extranjeras...) para no aprovecharse de él. Sería una burocracia muy especial. Ahí sí estaríamos frente a un caso excepcional, tan excepcional que nos obligaría a revisar el materialismo histórico.

En lo que sí tanto el Nuevo MAS como el PTS tienen razón es en que la nueva burguesía no está apareciendo a la luz del día (ella permanece escondida detrás de las empresas estatales y las empresas extranjeras), y es lógico que así sea. Es difícil imaginar a Fidel o a Raúl Castro, o cualquier otro dirigente del PCC, llamando a una conferencia de prensa para anunciar que han comprado tal o cual empresa. No debemos olvidar que toda la burocracia castrista está haciendo la restauración del capitalismo en nombre del socialismo.

Una vez más, sobre el carácter del estado cubano

El PTS, en un texto titulado *Defender las conquistas de la revolución contra el bloqueo imperialista y los planes de restauración de la burocracia*, no minimiza, como hace Roberto Ramírez, las medidas restauracionistas. Así, señala que: *La reforma de la constitución de 1992 legalizó las empresas mixtas (asociadas al capital extranjero) y la pequeña propiedad, debilitó los mecanismos de planificación económica y prácticamente desmanteló el monopolio del comercio exterior (...)*. Y, después señala que: *(...) la propia burocracia, en particular las FAR², constituye la principal fuerza interna de la restauración del capitalismo*. Sin embargo, después de dar estos importantes datos, llega a la misma conclusión que el Nuevo MAS: *(...) sería un error pensar que el capitalismo ya fue restaurado en la Isla (...)*.

Aquí el PTS hace una buena aunque bastante incompleta descripción de la realidad, pero la caracterización a que llega (Cuba sigue siendo un estado obrero) entra en total contradicción con ese análisis.

Trotsky, a quien el PTS siempre reivindica, no sólo en sus aciertos sino en sus pocos errores, decía que, a pesar de la burocracia, la URSS continuaba siendo un estado obrero porque Stalin no había conseguido revertir las principales conquistas de la revolución: la propiedad estatal de los medios de producción, el monopolio del comercio exterior y la planificación económica central.

Sin embargo, en la citación que hemos hecho, el PTS dice que estas conquistas prácticamente no existen más. Entonces no se entiende por qué afirman, con tanta seguridad, que Cuba es un estado obrero.

Por otra parte, Trotsky afirmaba: *(...) la naturaleza de clase del estado se define, no por sus formas políticas, sino por su contenido social, o sea, por el carácter de las formas de propiedad y de las relaciones de producción que el estado en cuestión protege y defiende (...)*.³

El PTS dice, con mucha razón: *(...) la propia burocracia, en particular las FAR, constituye la principal fuerza interna de la restauración del capitalismo*. Entonces, volviendo a Trotsky, ¿cuáles son las formas de propiedad y las relaciones de producción que el estado cubano protege y defiende?

El PTS dice que la burocracia, que está al frente del Estado y, en especial, las Fuerzas Armadas (que es la principal institución del Estado) quieren la restauración del capitalismo, y tienen razón, está demostrado por el conjunto de medidas restauracionistas tomadas por esa misma la burocracia.

Por lo tanto, según el análisis y la caracterización del PTS y, llevando en consideración el criterio de Trotsky, no tendría que haber dudas sobre el carácter capitalista del estado cubano. Sin embargo, el PTS repite, una y otra vez, que Cuba es un estado obrero.

La cuestión del programa

El PTS dice: *sería un error pensar que el capitalismo ya fue restaurado en la isla y que no queda ninguna conquista por defender*. Por su parte, Roberto Ramírez, en su texto, dice algo similar: (...) *el error del PSTU-LIT (decir que en Cuba se restauró el capitalismo) lleva inevitablemente a la conclusión de que hay poco o nada que defender en Cuba, y que de la revolución de 1959 no queda prácticamente nada*.

En cualquier país capitalista, que en el pasado fue un estado obrero, sobreviven importantes conquistas de la clase obrera y el pueblo, que hay que defender. Más aún, en cualquier país capitalista, que nunca fue un estado obrero, también hay importantes conquistas de los trabajadores que hay que defender, pero lo que no se puede defender son las conquistas que ya se perdieron. En ese caso, de lo que se trata es de reconquistarlas.

Por ejemplo, en el caso de Cuba es necesario defender la salud y la educación públicas, porque aún se mantienen. También es necesario defender las empresas que continúan siendo estatales, pero no se puede defender el monopolio del comercio exterior o la planificación económica central, porque eso, desde hace más de una década, ya no existe.

Entonces, es verdad que quedan muchas conquistas que defender, que se originaron a partir de la revolución de 1959, pero las conquistas fundamentales del '59, las estructurales, las que transformaron el estado capitalista cubano en un estado obrero, la expropiación de la burguesía nacional e imperialista, el monopolio del comercio exterior, la economía centralmente planificada, esas conquistas no existen más, y aquí está planteada la cuestión del programa.

Tanto el PTS como el nuevo MAS dicen que en Cuba no se precisa hacer una revolución social, sino solamente una revolución política.

Respecto de la revolución política, Trotsky señalaba que si un partido revolucionario dirigiese una revolución de este tipo contra la burocracia gobernante (...) *No tendría que recurrir a medidas revolucionarias en materia de propiedad. Continuaría desarrollando a fondo la experiencia de la economía planificada. Después de la revolución política y después del derrumbe de la burocracia el proletariado tendría que hacer, en la economía, reformas bastante importantes, pero no tendría que hacer una revolución social.*⁴

Este programa, el de la revolución política, es inaplicable para Cuba, porque él parte de algo que ya no existe en la Isla: **la economía planificada** y, por otra parte, si se aplicase, sería un programa de derecha, porque no tendría como objetivo hacer una revolución en materia de propiedad sino sólo de reformas. Por lo tanto, una revolución política significaría mantener la actual estructura económica.

Por el contrario, una revolución social significaría retomar las conquistas estructurales del '59 que hoy no existen más: la nueva expropiación de la burguesía, nacional e internacional; la recuperación del monopolio del comercio exterior; la reconstrucción de la economía centralmente planificada.

Cuba precisa de una revolución que no puede ser sólo política, sino que tiene que ser social, porque tendrá que enfrentar a los viejos y nuevos explotadores. Una revolución social que necesariamente tendría que comenzar por derrumbar a la dictadura actual.

Entonces, para finalizar, volvamos al inicio de este texto y a la frase del PCB: *Defender revolución cubana es una cuestión de principios*. Pero, ¿de qué revolución cubana estamos hablando? De la Revolución del '59. Y, ¿cómo la defendemos? Construyendo una nueva revolución, contra el gobierno y el Estado cubanos que la está traicionando.

■■■■
¹ Trotsky, León, *La Revolución Traicionada*, pág. 251.

² Fuerzas Armadas de Cuba.

³ Trotsky, León, *En defensa del marxismo*.

⁵ Trotsky, León, *La Revolución Traicionada*, pág. 250.



ACTUALIDAD DEL DEBATE SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL

En los inicios del siglo XX, un tema ocupaba el centro de los estudios y debates de los marxistas: la cuestión nacional. Hoy en día no es así, pero esto no se debe a que la cuestión nacional haya perdido importancia sino que es resultado de varias décadas de dominio oscurantista del stalinismo.

El capitalismo, en toda su existencia, se ha mostrado incapaz de dar solución a este problema, lo que se hace evidente frente al recrudecimiento de los enfrentamientos y guerras por la cuestión nacional a partir de la restauración del capitalismo en los ex estados obreros. En realidad, actualmente, son pocos los países que no están atravesados por la cuestión nacional, en las diversas formas en que este problema se presenta.

Para intentar dar respuesta a este hecho, normalmente se presentan programas burgueses o, en el mejor de los casos, pequeño-burgueses, los cuales, históricamente, han fracasado.

Con este dossier pretendemos recuperar la tradición marxista sobre la cuestión nacional para, a partir de allí, intentar actualizar el programa revolucionario sobre este tema.

CONTENIDOS

La cuestión nacional: recuperar el patrimonio teórico para responder a los conflictos actuales con una política de clase (José Moreno Pau)	93
Introducción	93
La posición de Lenin	95
El nacionalismo es una ideología burguesa	97
Fronteras, derecho a la autodeterminación y lucha por la independencia	100
El internacionalismo	102
Sobre el País Vasco	104
El marxismo y la cuestión nacional (Josef Stalin)	107
1-La nación	108
2-El movimiento nacional	114
3-Planteamiento de la cuestión	120
4-La autonomía cultural-nacional	125
5-El Bund, su nacionalismo y su separatismo	132
6-Los caucasianos, la conferencia de los liquidadores	140
7-La cuestión nacional en Rusia	149
Balance de la discusión sobre la autodeterminación (V. I. Lenin)	155
7-¿Marxismo o Proudhonismo?	155
Carta a los obreros y campesinos de Ucrania... (V.I. Lenin)	159
Los trabajadores y la patria según el <i>Manifiesto Comunista</i> (Román Rosdolsky)	165
La cuestión nacional en Cataluña (Carta al S.I.) (León Trotsky)	173
Tesis XXVIII. El derecho a la autodeterminación nacional... (Nahuel Moreno)	177

RECUPERAR EL PATRIMONIO TEÓRICO PARA RESPONDER A LOS CONFLICTOS ACTUALES CON UNA POLÍTICA DE CLASE

José Moreno Pau

Introducción

La cuestión nacional es hoy en día un tema de profunda actualidad. Si nos fijamos con atención vemos que atraviesa la mayoría de los conflictos que se han desarrollado en los últimos años.

La restauración del capitalismo potenció los conflictos nacionales en los estados del Este, donde la guerra desgarró y dividió a la antigua Yugoslavia pero también pacíficamente ha producido la separación de naciones que formaban un mismo estado, como Checoslovaquia. Vimos la disgregación de la URSS y las guerras y conflictos que siguen vivos hasta el día de hoy como el de Chechenia, Ingusetia... por la independencia de Rusia, o el caso de Osetia del Sur que quiere unirse a Rusia separándose definitivamente de Georgia y que dio lugar a un nuevo conflicto armado en el Cáucaso.

En Medio Oriente, el problema de la liberación de la nación Palestina pasa por conseguir la destrucción del Estado de Israel. Centenares de miles de palestinos se encuentra separados en territorios y campos de refugiados de diversos países árabes que no les conceden la nacionalidad, convirtiéndolos en ciudadanos sin derechos y sobreexplotados por las burguesías locales. El proyecto de nación árabe se encontró con el muro que representó el enclave sionista de Israel y la propia incapacidad de las burguesías árabes para construirlo. La opresión y las agresiones a sectores de la población de Irak, como los kurdos o los seguidores de la vertiente chiíta del Islam, por parte de Sadam Husein, facilitaron la derrota militar frente a EEUU y la división del país.

En África, las fronteras fueron trazadas a escuadra y cartabón por el imperialismo, sin tener en cuenta ni pueblos ni lenguas. Esta división sirvió para mantener en el atraso económico a los nuevos estados africanos y, por supuesto, bajo el control de las antiguas y nuevas metrópolis imperialistas. Estas son las razones de fondo para los continuos estallidos de conflictos, a veces entre las fronteras estatales y otras atravesando esas líneas artificiales. Éstos tienen siempre profundas razones económicas aunque se presenten bajo la forma de conflictos interétnicos o religiosos, y han tenido resultados terribles, como el genocidio producido en Ruanda hace unos años atrás.

También en América Latina la cuestión nacional está presente. A nivel histórico podemos ver la reivindicación de la nación latinoamericana de Bolívar y San Martín, que apareció como aspiración contra la dominación del Imperio español. La reacción a los años de recolonización imperialista ha recobrado los lazos solidarios de los pueblos latinoamericanos contra el enemigo común. Por ello, estos sentimientos son utilizados en los discursos del chavismo, que se presenta heredero del pensamiento bolivariano. Las reivindicaciones de los pueblos originarios (indígenas) en ese continente dieron un salto a partir del levantamiento indígena ecuatoriano de 1990, que años después fueron el sector de vanguardia en la revolución que tumbó al gobierno de Mahuad y que tomó el poder por unas horas. La lucha de los mapuches del sur chileno contra la destrucción de sus territorios por las multinacionales, con el beneplácito del gobierno, tienen un claro carácter antiimperialista. En Ecuador y Bolivia se presentan constituciones que declaran a sus estados como plurinacionales mientras reverdecen las concepciones indigenistas en sectores de la izquierda.

En Europa occidental hay varios conflictos abiertos, algunos de ellos muy conocidos en todo el mundo como el de Irlanda del Norte y el de Euskadi (País Vasco). En el Estado Español, además, el recorte a la ley que regula la autonomía de Cataluña (*El Estatut*) por parte del tribunal constitucional español ha dado lugar a una enorme movilización nacionalista, y una de las mayores movilizaciones de las últimas décadas en Barcelona. El problema nacional en el Estado Español está en el centro de la crisis del régimen monárquico, al que ahora se suma la brutal crisis económica.

Esta somera visión de algunos conflictos que recorren el mundo nos plantea que no puede haber política revolucionaria sin tener en cuenta la política sobre la cuestión nacional.

El tema de las nacionalidades abarca muchos aspectos que hay que ir analizando y ajustando a nivel general y particular. Esto se debe a que tanto la formación como la desaparición de naciones es un proceso que se sigue desarrollando en la actualidad. Hay nacionalidades oprimidas que tienen una relativa independencia política (los países semicoloniales) y otras que son parte directa de otros estados, bien dentro de las fronteras geográficas (País Vasco, Quebec) o como restos del imperio colonial (Martinica, Guadalupe...). Podemos empezar diciendo, a pesar de lo que quisieran muchos nacionalistas, que las naciones no han existido siempre ni son eternas desde su formación.

Se dan en la izquierda diversas respuestas a los conflictos que existen en el mundo. Incluso en nuestras filas el problema nacional ha creado controversias, y en el pasado uno de los puntos que produjo la crisis de la LIT(CI) fue el conflicto yugoslavo.

Por lo tanto nuestra intención es en primer lugar recuperar el interés por los textos clásicos del marxismo sobre este tema, para a partir de ahí tratar de entender y, si fuera necesario, actualizar el punto de vista que sobre él tiene el marxismo.

Este artículo no pretende responder a todos los aspectos que surgen del problema nacional. En primer lugar porque cada conflicto nacional debe, como decía Lenin, analizarse concretamente. Y segundo lugar porque si avanzamos en el estudio teórico veremos que hay la necesidad de profundizar y responder a problemas teóricos pasados y nuevos, y para ello es necesario, primero, valga la redundancia, empezar por el principio: ¿desde qué punto de vista y en interés de qué clase analizamos la cuestión nacional? La respuesta a esto que para los marxistas puede parecer una verdad de perogrullo vemos que, en realidad, ha sido abandonada u olvidada por gran parte de la izquierda. **Podemos decir que en general hay dos visiones: una, que analiza la cuestión nacional e incluso la lucha de clases desde el punto de vista de la nación o nacionalidad oprimida, y otra, que lo analiza desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera del Estado en el que se encuentra la nacionalidad oprimida o incluso la clase obrera internacional.**

La posición de Lenin

Mientras muchos autores plantean que la posición clásica de Lenin sobre la cuestión nacional o bien estaba equivocada o era parcial, nosotros compartimos la opinión de Trotsky sobre las elaboraciones de Lenin: “el mérito por el desarrollo de una estrategia revolucionaria para las nacionalidades oprimidas le corresponde primordialmente a Lenin” (*A 90 años del Manifiesto Comunista*).

La cuestión nacional fue un tema que Lenin estudió y sobre el que intervino durante la mayor parte de su vida militante, a tal punto que fue un aspecto central de su “testamento” y de su diario en los últimos días de su vida. Lenin dio una larga batalla para defender el derecho de autodeterminación de las nacionalidades. Su posición sobre las nacionalidades oprimidas la llevó no sólo sobre las nacionalidades que eran parte del Imperio zarista o sobre las de Europa del Este sino que le sirvió de punto de partida para el problema colonial. **Siempre ligó la defensa de la autodeterminación nacional a la necesidad estratégica de la unión del proletariado, fuera de la nación que fuera, y a la del apoyo del proletariado a la lucha por la liberación nacional de las colonias. Frente al nacionalismo, Lenin defendía el internacionalismo proletario y, para superar los recelos que produce entre los trabajadores la opresión nacional, defendía el derecho de autodeterminación y la condena de todo chovinismo.**

Para reiniciar esta vieja discusión en el marxismo nos pareció que lo mejor era recomendar el texto que fue considerado por Lenin un excelente trabajo y que desde entonces fue la posición clásica del marxismo. El texto al que nos referimos, aunque a algunos les pueda sorprender, es el de Stalin: “El marxismo y la cuestión nacional”.

Nos parece importante recuperar ese texto porque a partir de éste podremos ver cómo analizaba el bolchevismo la cuestión nacional y cómo resulta evidente que el propio Stalin, pocos años después, fue el que abandonó la posición marxista, y con él fueron alejándose del marxismo los partidos comunistas dirigidos por Moscú y gran parte de la izquierda, en uno u otro aspecto.

Hemos de decir que Stalin no hizo ese texto sin ayuda. En realidad, como demuestra Trotsky en la biografía que escribió sobre Stalin, lo hizo bajo el impulso y la supervisión de Lenin.

En el texto al que nos referimos analiza primero las condiciones que tienen que darse para que podamos hablar de una nación. “*Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.*” Stalin insiste en que si uno de los cuatro aspectos no está presente deja de ser una nacionalidad. Esto fue importante en aquellos años por la discusión con el socialismo austríaco, con teóricos como Bauer y con la dirección del Bund (organización de socialistas judíos de Rusia), reivindicados hoy en día, en parte, por teóricos del SU y el “anticapitalismo”, como Michael Löwy.

A principios del siglo XX había muchas nacionalidades dentro de los imperios ruso y austrohúngaro. Dentro de estos imperios había poblaciones de unas nacionalidades dispersas en el territorio donde otras eran mayoritarias. Además, existían los judíos, a los que el Bund consideraba una nacionalidad sin territorio. La propuesta a la que combatía el bolchevismo era la que planteaba organizar nacionalmente a los ciudadanos de un Estado no por el territorio en el que vivían sino por la nacionalidad a la que se adscribían. Así, por ejemplo, los alemanes (que hablaban lengua alemana), que representaban un 10% de la población de Hungría, deberían tener sus propias instituciones estatales junto con el resto de los alemanes que vivían en el Imperio austrohúngaro. Esta propuesta era denunciada por los bolcheviques porque dividía a los trabajadores que vivían en una misma ciudad e incluso que trabajaban en una misma fábrica. Hoy en día se da una aplicación parecida en países como el Líbano, donde las instituciones estatales se dividen no por el lugar de residencia sino por las cuotas que tienen pactadas para los ciudadanos de cada religión.

El nacionalismo es una ideología burguesa

El que organizaciones de izquierda hayan tomado el programa nacionalista en las naciones oprimidas ha hecho perder de vista que ésta es una ideología burguesa. Hoy en día, muchos movimientos nacionalistas no son encabezados por organizaciones burguesas sino por organizaciones pequeño-burguesas o incluso organizaciones que se reclaman obreras.

Es una ideología burguesa porque el nacionalismo presupone la unidad nacional por encima de las clases sociales. O sea, unir a todos los de una nación contra las demás. Esto, en algunos momentos es progresivo: cuando se plantea contra la metrópoli imperialista que domina a la colonia o semicolonia.

Recordemos, además, que la III Internacional se fundó contra los “socialpatriotas” de la II Internacional, que apoyaron a cada uno de sus gobiernos (burgueses) en la Primera Guerra Mundial. La III Internacional se fundó para unir a todos los trabajadores del mundo contra sus burguesías y para apoyar la lucha de las colonias y semicolonias contra el sistema imperialista mundial.

Stalin, poco después, cuando se abrió una etapa reaccionaria a nivel europeo, renunció al programa internacionalista que expuso en 1913 para pasar a un programa nacionalista. Algunos dirán que la diferencia está en que se puso a defender la patria socialista y por eso estaba justificado el nacionalismo, el patriotismo. Vamos a ver que esto no es cierto. Nosotros defendemos el patriotismo en relación con los estados obreros contra los ataques del imperialismo. Esto es distinto de defender el patriotismo gran ruso contra las nacionalidades que formaron parte de la Unión Soviética. Y esto, en realidad, no quedó sólo en relación con la URSS sino que fue incorporado al programa de la III internacional y con más fuerza cuando Stalin disuelve esta organización en los programas de los partidos comunistas que siguieron siendo sus satélites. El objetivo de ser bien vistos por sectores de la burguesía hizo que los partidos “comunistas” se volvieran nacionalistas en todos los países. Esto es: no sólo en los países coloniales o semicoloniales donde el nacionalismo si es antiimperialista es progresivo, sino en todos los países burgueses, incluidos los imperialistas. Así lo vimos tras la Segunda Guerra Mundial en los países de la Europa occidental, donde los PCs llamaron a los trabajadores a realizar el esfuerzo por la reconstrucción nacional, o sea, a renunciar a la lucha por la toma del poder, a aceptar sacrificios, a dejarse explotar, para que se volvieran a levantar las empresas de los capitalistas y para que se reconstruyera el Estado, el Estado burgués. Los PCs se volvieron los mayores defensores de su propio país burgués, e incluso esto ocurrió en el caso de algunos PCs en relación con las colonias de sus estados imperialistas. Esto hizo que entraran en crisis varios de los partidos “comunistas” en las colonias, al ver cómo actuaban al lado de sus go-

biernos los PCs de las metrópolis (en Francia, el Partido Comunista se opuso a la independencia de Argelia).

Para poder hacer ese giro nacionalista, el stalinismo, como en otros terrenos, siguió el camino del revisionismo socialdemócrata. En el *Manifiesto Comunista* Marx y Engels plantean que los trabajadores no tienen patria, en el sentido de que no tienen Estado (el Estado es de la burguesía), y a la vez explican que para elevar la lucha de los trabajadores a la lucha política, ésta tiene que “centralizar las numerosas luchas locales, todas del mismo carácter, en una lucha nacional entre clases, o sea una lucha a nivel, en primer lugar, de todo el Estado al que pertenezcan, para ajustarle las cuentas a su propia burguesía”. Como demuestra Román Rosdolsky, el *Manifiesto Comunista*: afirma que al principio el proletariado debe guiarse por las fronteras existentes, llegar a ser la clase dirigente dentro de los estados existentes. Es por eso que al principio será “hasta ese punto, nacional...”, aunque “no en el sentido burgués de la palabra”; porque el objetivo que se impone la burguesía es la separación entre los pueblos y la explotación de las naciones extranjeras por la propia. Por otro lado, la clase trabajadora victoriosa laborará desde el principio por la eliminación de las hostilidades y antagonismos nacionales entre los pueblos. Ejerciendo su hegemonía, creará las condiciones bajo las cuales “en la medida que el antagonismo de clases dentro de la nación se desvanezca, llegará a su fin la hostilidad de una nación a otra. Para la socialdemocracia y el stalinismo, por el contrario, se trataba de que el proletariado se convirtiera en nación. Veamos la interpretación del ideólogo de la socialdemocracia, Cunow, recogido en el texto de Rosdolsky: Hoy (1848), el trabajador no tiene país, no forma parte de la vida de la nación, no tiene participación en su riqueza material y espiritual. Pero llegará el día en que los trabajadores obtengan el poder político y adquieran una posición dominante en el estado y la nación; y entonces, cuando por así decir [?] se hayan constituido en la nación, también serán nacionales y se sentirán nacionales, aun cuando su nacionalismo será [!] tipo diferente al de la burguesía. Para llegar al nacionalismo stalinista, como se aprecia en la introducción al *Manifiesto Comunista* del año 1946, en Austria, que recoge el mismo autor: Cuando en el *Manifiesto Comunista* Marx afirma: ‘Dado que, ante todo, el proletariado debe obtener la supremacía política, transformarse en la clase dirigente de la nación, constituirse a sí mismo en nación, es, hasta este punto, nacional en sí mismo’, debemos entender que en nuestra época la clase trabajadora actúa como clase nacional, como columna vertebral de la nación en el combate contra el fascismo y por la democracia. La clase trabajadora de Austria lucha hoy para ganar su patria austriaca, para crear una Austria independiente, libre y democrática.

La consecuencia de esto no sólo fue el aislamiento entre sí de las organizaciones que provienen del stalinismo, sino que se reforzó en cada país el discurso na-

cionalista, chovinista. Se plantea, como lo hace el PC portugués, uno de los más patrioteros, la defensa de la producción nacional, sin advertir que esa producción no está en manos del Estado ni bajo el control de los trabajadores sino en manos de los capitalistas que son los que deciden dónde les conviene invertir.

Decíamos que el nacionalismo si es antiimperialista es progresivo. Queremos insistir en este concepto: sólo en cuanto sea antiimperialista es progresivo. Y sólo en ese sentido podemos llegar a unidades de acción, a acuerdos en relación con el enfrentamiento con el imperialismo y sólo mientras dure o exista ese enfrentamiento. Es importante señalar esto porque gran parte de la izquierda le capitula a gobiernos “nacionalistas burgueses” o toma como enemigo principal al imperialismo y no a su propio gobierno. El imperialismo se vuelve el enemigo principal en el momento en que agrade a una nación, mientras tanto, el enemigo es el gobierno, agente del imperialismo, que defiende los intereses de su propia burguesía aliada o sumisa al imperialismo, porque es el que ataca todos los días a los trabajadores y a las masas populares.

La burguesía absolutiza la noción de independencia nacional. En realidad, las naciones existen y sólo pueden existir como parte de lo que los diplomáticos burgueses llaman la *comunidad de naciones* y el marxismo llama la *cadena de dominación imperialista*. En esa cadena, cada país, sea imperialista, semicolonial, dependiente o independiente, ocupa su lugar. Y cada gobierno burgués, aun con una relativa independencia, tiene que sostener el lugar de su país en esa cadena de naciones dominadas por el imperialismo, en primer lugar contra su propia clase obrera y su propio pueblo (por ejemplo, pagando su deuda externa a los monopolios financieros o aplicando planes de ajuste como ahora hacen Grecia y otros países europeos) y, en segundo lugar, en la competencia con las burguesías de otros países. Nuestra política siempre enfrenta ese rol de todos los gobiernos burgueses de imponer a la clase obrera y el pueblo las medidas necesarias para mantener al país en el lugar que le corresponde dentro de la cadena imperialista.

Esa política tiene un ajuste especial cuando por el motivo que sea el gobierno burgués de un país es agredido por el imperialismo. En ese caso, la política pasa a ser de unidad de acción circunstancial con el gobierno agredido contra el imperialismo agresor.

Un ejemplo de esto que decimos es lo sucedido durante el intento de golpe de 2002 impulsado por Bush contra el gobierno de Chávez, en Venezuela. En ese momento no se suspendió (tampoco antes o después) el suministro de petróleo a EEUU, que es lo que, principalmente, da a Venezuela su lugar en la cadena imperialista (y que según distintas versiones es alrededor de un cuarto del que se consume en ese país). En el momento del golpe (ante el cual, por otra parte, Chávez se sometió casi sin chistar, y estaba dispuesto a exiliarse hasta que los obreros lo

rescataron de las manos de sus captores) había, obviamente, que enfrentar el ataque orquestado por el imperialismo.

La lucha por la liberación nacional de las colonias y semicolonias o por el derecho de autodeterminación de las nacionalidades es una lucha democrático-burguesa, que la clase obrera debe tomar para que no sea utilizada por las direcciones burguesas para dividir a los trabajadores, sino que esta lucha debe servir para debilitar y derrotar al imperialismo. En primer lugar, porque desde el punto de vista de clase estamos en contra de toda opresión a los trabajadores y los pueblos. En segundo lugar, porque la acción del imperialismo sobre las colonias y semicolonias significa la explotación de riquezas tanto materiales como de la fuerza de trabajo (explotación de mano de obra) y, por tanto, peor calidad de vida para las masas que son las que pagan las consecuencias.

Fronteras, derecho a la autodeterminación y lucha por la Independencia

Las multinacionales se llaman así porque actúan en más de un país pero todas tienen su propia nacionalidad. La burguesía necesita de estados, de sus leyes y de sus fronteras, para proteger sus intereses. Los países imperialistas quieren acabar con las fronteras comerciales de los demás, de los países semicoloniales, para facilitar sus exportaciones, pero cuando estalla una crisis, como la de estos últimos años, levantan medidas proteccionistas para sus productos y ponen el dinero que haga falta para salvar a sus propios bancos y empresas, a su propia burguesía. Las fronteras les sirven, además, para regular el mercado de trabajo y para dividir a los trabajadores. Cuando necesitan mano de obra abundante y barata, los países imperialistas abren las puertas a la inmigración. Cuando la crisis arrecia encuentran en los trabajadores inmigrantes el chivo expiatorio. Las fronteras son una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas pero el capitalismo, que ha dejado de desarrollarlas, necesita de las fronteras para sobrevivir.

Un hecho que divide a los trabajadores es la opresión nacional que ejerce la nación que domina un Estado sobre una nacionalidad o nacionalidades que forman parte de ese Estado. A la explotación que sufren los trabajadores y el pueblo de una nacionalidad se le suma la opresión nacional de diversas formas: contra su lengua y su cultura, contra la autonomía política, por la explotación de recursos en beneficio de la nacionalidad dominante, privilegios de los trabajadores de la nacionalidad dominante sobre los trabajadores de la oprimida... Eso no significa que en todos los casos se dan todas las formas de opresión ni con la misma intensidad. Por ello, en cada caso particular hay que ver cómo se muestra dicha opresión y, a partir de ahí, levantar un programa de reivindicaciones acorde con la situación.

Por otra parte, también queremos profundizar en el hecho de que no toda nacionalidad espera o lucha por su independencia.

En este último aspecto hay que ver cuál es la postura revolucionaria ante la independencia *en sí* de una nacionalidad. Nos referimos no a la lucha por el derecho de autodeterminación, que es parte del programa revolucionario, no socialista sino democrático, sino a si debe apoyar o no la independencia.

Para tomar partido en cualquiera de los aspectos sobre la cuestión nacional, Lenin planteaba que lo fundamental eran los intereses del proletariado. Había que estudiar la realidad concreta, en el momento concreto. Así lo podemos ver en el análisis que hace Lenin de la aparentemente contradictoria posición de Marx sobre la independencia de Polonia, y contra la de los checos y los eslavos del Sur. El texto al que nos referimos pertenece al “Balance de la discusión sobre la autodeterminación”, de julio de 1916.

En general, podemos decir que estamos a favor de la liberación nacional de las colonias. Hoy en día hay colonias en las que su población no está a favor de la independencia sino que prefiere mantenerse en los marcos del Estado imperialista planteando, eso sí, una serie de reivindicaciones económicas. Son los casos de Guayana y Martinica, territorios franceses de ultramar que votaron incluso en contra de la autonomía, temiendo que eso significara el corte de los subsidios que llegan a esas colonias sin desarrollo industrial.

Para nosotros, esto tiene que ver con la inviabilidad de algunos estados pequeños y más hoy en día, en la época del imperialismo. El grado de dependencia económica y atraso económico que tienen estas colonias, las lleva a que si, hoy en día, votaran por la independencia sólo significaría que, a lo sumo, alcanzarían a ser una semicolonias francesa, o bien caerían bajo el dominio de otra potencia imperialista. Guayana y Martinica sólo pueden ser independientes siempre y cuando se planteen ser parte de una federación latinoamericana y caribeña. Lo que no quiere decir que no apoyemos su independencia si luchan por ella, pero hemos visto cómo otras nacionalidades, incluso más fuertes que estas caribeñas, como las repúblicas asiáticas de la ex URSS, rompieron con Rusia y cayeron bajo la influencia de EEUU o son indirectamente dependientes del imperialismo a través del control de la misma Rusia, que ejerce como intermediaria de las potencias imperialistas en la región.

En el caso de las nacionalidades que son parte de Estados dentro de sus fronteras geográficas (no territorios de ultramar) tenemos que tener cuidado para no confundir: una cosa es defender el derecho de autodeterminación, y otra es que nosotros estemos a favor de la independencia. En las opresiones nacionales es distinto; hay que ver, como decía el texto del año 1913, de Stalin, en cada caso concreto, cómo se manifiesta esa opresión y, por tanto, cuál es el centro de las

reivindicaciones que se enmarcan dentro de la exigencia del derecho de autodeterminación: unas veces lo principal es la expoliación de riquezas y el mantenimiento en el atraso en favor de otras zonas del Estado (Galicia en relación con el resto del Estado Español); otras, se manifiesta más como opresión cultural; otras, como recortes democráticos y represión (ilegalización de las organizaciones independentistas en Euskadi).

Pero defender el derecho de autodeterminación no quiere decir que siempre estemos a favor de la independencia de tal o cual nacionalidad. En realidad, generalmente, debemos estar en contra. Primero, por lo que ya explicamos sobre la necesidad de superar las naciones, segundo, porque, en realidad, la formación de pequeños estados es cada vez más inviable, ya que en la etapa imperialista no dan lugar a una real independencia sino a una rápida recolonización por parte de los estados imperialistas más fuertes.

Así lo hemos visto en las ex repúblicas soviéticas: unas dependientes directamente de EEUU y otras de Alemania y de Francia, que capitanean la Unión Europea. En tercer lugar tenemos que tener en cuenta que, a veces, los sectores sociales que defienden la independencia son los de la pequeña burguesía y algún sector minoritario burgués, mientras que la clase obrera o bien es neutral o directamente está en contra de la independencia.

Por último, tenemos que decir que el que podamos estar en contra de la independencia de tal o cual nacionalidad no significa que no defendamos, como hemos señalado antes, su derecho a la independencia o la independencia misma si ese pueblo lo ha decidido. Como decía Trotsky, en una carta sobre Cataluña: *Los sindicalistas –por lo menos algunos de sus jefes– han declarado que lucharán contra el separatismo si es necesario con las armas en la mano. En este caso, comunistas y sindicalistas se encontrarán en diferentes lados de la barricada, porque aunque no compartan las ilusiones separatistas, sino todo lo contrario, criticándolas continuamente, los comunistas deben oponerse tenazmente a los verdugos del imperialismo y a sus lacayos sindicalistas* (*La cuestión nacional en Cataluña*, Trotsky, 1931).

El internacionalismo

Lo que distinguía al “internacionalismo” de los partidos stalinistas, antes del colapso de URSS, era ser la correa de transmisión de la diplomacia de Moscú. Así, todo lo que le venía bien a la burocracia rusa en sus relaciones internacionales era defendido sin críticas por esos partidos (el PC argentino, en lugar de llamar a derrocar la dictadura de Videla, planteaba una convergencia cívico-militar, porque la Argentina le vendía trigo a la URSS).

Algunos de aquellos partidos directamente se aburguesaron, como el Partido Comunista italiano, ahora reciclado en Partido Democrático. Otros partidos que provienen de esa tradición, hoy en día, y en gran parte, sufrieron un proceso de socialdemocratización (Refundación Comunista, Partido Comunista de España), con lo que a veces levantan reivindicaciones internacionalistas, pero acaban siendo soporte de los gobiernos burgueses “progresistas”, lo que los lleva a votar a favor de los créditos de guerra para las intervenciones militares imperialistas de sus países.

Actualmente vemos cómo los movimientos nacionalistas de izquierda, como el independentismo vasco, se consideran internacionalistas. La izquierda abertzale convoca reuniones con representantes de otras nacionalidades y países y declara su apoyo a luchas internacionales. Pero, a la vez, defiende lo que llama el marco autónomo de la lucha de clases, o sea, que los trabajadores vascos deben marcar su propio calendario de movilizaciones sin coincidir con las que convoquen los trabajadores del resto del Estado Español. Eso la llevó a convocar huelgas generales o movilizaciones en días diferentes de las que se convocaban en el resto del Estado, división que evidentemente debilitó las reivindicaciones obreras. Todos tienen en común que ejercen un tipo de “internacionalismo” que, en realidad, se hace desde una postura nacionalista y no de clase. Es, digamos, una especie de solidaridad entre pueblos, los pueblos deben ayudarse mutuamente.

El objetivo de los marxistas revolucionarios es la unión de los trabajadores por encima de las fronteras, así como la superación de las nacionalidades, el facilitar que las nacionalidades se vayan disolviendo, esto es, acabar con lo que es una necesidad de la burguesía: tener su propio territorio. La lucha por la revolución socialista mundial lleva también aparejada la lucha por acabar con las fronteras nacionales.

Partimos de defender que tener como estrategia el acabar con las fronteras no puede ser óbice para no levantar el derecho de autodeterminación y, por tanto, a su separación efectiva, si así lo deciden. Lo contrario llevaría a aumentar los celos de los trabajadores de las nacionalidades oprimidas hacia los trabajadores de la nacionalidad opresora, y, por lo tanto, se convierte en una traba a la lucha por la toma del poder por la clase obrera.

Frente a los “internacionalismos” socialdemócratas y stalinistas necesitamos recuperar el internacionalismo que planteaba Lenin. El de unir a los trabajadores, el de hacer todo lo posible para que no haya nada que entorpezca esa unidad para enfrentar a la burguesía. El internacionalismo que se opuso a que los trabajadores europeos se mataran entre sí en la Primera Guerra Mundial, el internacionalismo que planteaba la necesidad de realizar la revolución socialista mundial, y que para ello era necesario construir un partido mundial de la revolución socia-

lista que agrupara a todos los obreros conscientes del mundo, fueran del país que fueran. Para ello debemos combatir el nacionalismo burgués y, para quitar trabas a la unidad de la clase obrera, defender el derecho de autodeterminación.

SOBRE EL PAÍS VASCO

En el caso vasco, la mayor parte de la burguesía no desea un Estado propio; le basta con tener una amplia autonomía, incluyendo el manejo de los impuestos. Esto se debe a que la burguesía vasca está financiera e industrialmente ligada al resto del Estado Español. El BBVA es el segundo banco español y la industria vasca tiene como su principal mercado el Estado Español. El nacionalismo vasco nació a finales del siglo XIX, ahí sí encabezado por la burguesía vasca que estaba al frente de la industrialización junto con la burguesía catalana, pero, además, desarrollaba su propio sistema financiero, cosa que los catalanes no consiguieron. El nacionalismo vasco fue duramente reprimido por la dictadura franquista desde finales de los años '30. El fascismo español quiso conseguir la unificación (un estado nacional único), que había sido incompleta en el siglo XIX, a partir de la represión. Para ello, además de apoyarse en la Iglesia católica, impuso el castellano como lengua oficial y única en todo el Estado, acabando, además, con la incipiente autonomía que tuvieron o estaban a punto de obtener estas nacionalidades con la II República. Para esta represión contó con el apoyo de las burguesías catalanas y vascas, que preferían el yugo fascista a la revolución obrera que vieron en los primeros días de la guerra civil española. La represión a los sectores populares vascos y catalanes generó un sentimiento de odio hacia el centralismo españolista, en amplias capas de la población. Las burguesías de estas nacionalidades, que seguían siendo las económicamente más desarrolladas del Estado, vieron peligrar nuevamente su dominio con el ascenso de las masas que se dio desde finales de los años '60, y pasaron a apoyar formaciones nominalmente nacionalistas –pero, en realidad, regionalistas, en el sentido de que no pretendían llegar a una independencia política respecto del Estado Español–, para evitar que el descontento con la dictadura pudiera avanzar más y barrerlas por su pasado reciente de sostenedores del régimen. Hoy en día, a pesar de que hay sectores burgueses que consideran un atraso permanecer en las estructuras estatales por el gasto impositivo que les supone tener que mantener a las regiones más atrasadas económicamente, sigue pesando más para ellos la seguridad del mercado y que los ataques a los trabajadores provengan desde el gobierno central, en lugar de tener que imponerlos ellos mismos a sus poblaciones.

Por otro lado, el crecimiento industrial que se mantuvo en los años '60 produjo la llegada de gran cantidad de trabajadores provenientes de otras partes del Estado a estas nacionalidades. Esos trabajadores llegados de regiones más atrasadas y, en general, como un movimiento del campo a la ciudad no fueron, en sus primeras generaciones, asimilados por la población autóctona, que, además, recibía a estos inmigrantes con

epítetos despectivos. Así, nos encontramos con que un sector muy importante de la clase obrera de Cataluña y del País Vasco es la base electoral de partidos contrarios a la independencia nacional y a veces, incluso, de las opciones más de extrema derecha. Así, nos encontramos con que quienes tomaron las banderas del independentismo catalán y vasco fueron los sectores de la pequeña burguesía. Es cierto que en Euskadi los independentistas dirigen una importante central sindical en su territorio LAB. Además, la izquierda abertzale (independentismo vasco) y otras organizaciones independentistas catalanas, plantean que luchan por la Independencia y el Socialismo. Sus teóricos, como Iñaki Gil de San Vicente, afirman que “toda Euskal Herria se mueve y se tensiona entre dos grandes orientaciones: la de seguir bajo la opresión nacional o la de superarla avanzando hacia la independencia y el socialismo” (La dialéctica marxista en el independentismo vasco). Esto no mejora sino que agrava el problema, pues bajo su influencia se profundiza la división entre los trabajadores, que tienen un mismo enemigo: el gobierno de Madrid, el gobierno del conjunto de la burguesía. El “marco autónomo de la lucha de clases” que plantean las organizaciones de la izquierda independentista las lleva a negarse a convocar movilizaciones y huelgas que coincidan con las de las organizaciones sindicales del resto del Estado, mejor dicho, con las que son de ámbito estatal. Esto las lleva, en muchas ocasiones, a convocar jornadas de huelga en días distintos a los que puedan convocar CCOO y UGT, y en estos tiempos de ataque durísimos por parte del gobierno Zapatero contra todos los trabajadores, su propuesta, al convocar la Huelga General en el País Vasco el pasado 29 de Junio, fue que no se aplicaran los recortes en el País Vasco. Peor ha sido que se negaran a convocar la Huelga General del 29 de Septiembre contra la Reforma Laboral. Euskadi fue la única nacionalidad del Estado Español donde la huelga fue más débil por esta causa, al contrario del gran seguimiento que hubo de la huelga en los sectores industriales de Cataluña y Galicia. Con ello, el independentismo vasco le hizo un flaco favor a la lucha de los trabajadores y sectores populares del conjunto del Estado, pues se olvidaron de dos hechos fundamentales: primero, el de la necesidad de luchar por unir a los trabajadores de todo el Estado, puesto que son víctimas de las mismas leyes y dado que sin la lucha conjunta de todos los trabajadores y el pueblo del conjunto del Estado es imposible derrotar los planes de ajuste, los recortes de derechos y las reformas laborales que está implementando el gobierno de Madrid. Y, segundo, que su falta de solidaridad con el resto de los trabajadores no ayuda a que los trabajadores del resto del Estado Español vean con simpatía sus reivindicaciones nacionales, algo necesario para poder conquistar el derecho a la autodeterminación nacional.



EL MARXISMO Y LA CUESTIÓN NACIONAL

Josef Stalin

Digitalización: Aritz.

Esta edición: *Marxists Internet Archive*, año 2002.

El período de la contrarrevolución en Rusia no ha traído solamente “rayos y truenos” sino también desilusión respecto del movimiento, falta de fe en las fuerzas comunes. Cuando creía en un “porvenir luminoso”, la gente luchaba junta, independientemente de su nacionalidad: ¡los problemas comunes ante todo! Pero cuando en el espíritu se insinuaron las dudas, la gente comenzó a dispersarse por barrios nacionales: ¡que cada cual cuente sólo consigo! ¡El “problema nacional” ante todo!

Al mismo tiempo, se producía en el país una seria transformación en la vida económica. El año 1905 no pasó en vano: en el campo, los restos de la servidumbre sufrieron un nuevo golpe. Las cosechas buenas que siguieron a los años de hambre, y el auge industrial que se produjo después, hicieron avanzar al capitalismo. La diferenciación en el campo y el crecimiento de las ciudades, el desarrollo del comercio y de las vías de comunicación dieron un gran paso adelante. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a las regiones de la periferia y no podía menos que acelerar el proceso de consolidación económica de las nacionalidades de Rusia. Estas tenían necesariamente que ponerse en movimiento.

Contribuyó, también, al despertar de las nacionalidades el “régimen constitucional” instaurado durante este período. El aumento de los periódicos y de la literatura en general, cierta libertad de prensa y de las instituciones culturales, el desarrollo de los teatros populares, etc. contribuyeron, sin duda, a fortalecer los “sentimientos nacionales”. La Duma, con su campaña electoral y sus grupos políticos, dio nuevas posibilidades para reavivar las naciones y un nuevo y amplio campo para movilizarlas.

La ola del nacionalismo belicoso levantada desde arriba y las numerosas represiones desencadenadas por los “investidos de poder” para vengarse de la periferia por su “amor a la libertad”, provocaron, como reacción, una ola de nacionalismo desde abajo, que a veces llegaba a ser franco chovinismo. Son hechos conocidos por todos: el fortalecimiento del sionismo entre los judíos; en Polonia, el creciente chovinismo; entre los tártaros, el panislamismo; entre los armenios, los georgianos y los ucranianos, el recrudecimiento del nacionalismo; la propensión general de las gentes de espíritu pequeño-burgués al antisemitismo.

En ese momento difícil, incumbía a la socialdemocracia una alta misión: hacer frente al nacionalismo, proteger a las masas contra la “epidemia” general. Pues la

socialdemocracia, y solamente ella, podía hacerlo contraponiendo al nacionalismo el arma probada del internacionalismo, la unidad y la indivisibilidad de la lucha de clases. Y cuanto más fuerte fuese la oleada de nacionalismo, más potente debía resonar la voz de la socialdemocracia en pro de la fraternidad y de la unidad de los proletarios de todas las nacionalidades de Rusia. En estas circunstancias se requería una firmeza especial por parte de los socialdemócratas de las regiones periféricas, que chocaban directamente con el movimiento nacionalista.

Pero no todos los socialdemócratas, y en primer lugar los de las regiones periféricas, supieron estar a la altura de su misión. El Bund¹, que antes destacaba las tareas comunes, empezó a poner en primer plano sus objetivos particulares, puramente nacionalistas: la cosa llegó a tal extremo, que proclamó como uno de los puntos centrales de su campaña electoral la “celebración del sábado” y el “reconocimiento del yídish”. Tras el Bund siguió el Cáucaso: una parte de los socialdemócratas caucásicos, que antes rechazaba con los demás socialdemócratas caucásicos, la “autonomía cultural-nacional”, la presentaba ahora como reivindicación inmediata. Y no hablemos ya de la conferencia de los liquidadores, que sancionó diplomáticamente las vacilaciones nacionalistas.

De esto se deduce que las concepciones de la socialdemocracia de Rusia en cuanto a la cuestión nacional no están claras aún para todos los socialdemócratas.

Es imprescindible, evidentemente, proceder a un estudio serio y completo de la cuestión nacional. Es necesario un trabajo coordinado e infatigable de los socialdemócratas consecuentes contra la niebla nacionalista, de dondequiera que venga.

1. La nación

¿Qué es una nación?

Una nación es, ante todo, una comunidad, una determinada comunidad de hombres.

Esta comunidad no es de raza ni de tribu. La actual nación italiana fue constituida por romanos, germanos, etruscos, griegos, árabes, etc. La nación francesa fue formada por galos, romanos, bretones, germanos, etc. Y otro tanto cabe decir de los ingleses, alemanes, etc., cuyas naciones fueron formadas por gentes de razas y tribus diversas.

Tenemos, pues, que una nación no es una comunidad racial o tribal, sino una comunidad de hombres históricamente formada.

Por otro lado, es indudable que los grandes Estados de Ciro o de Alejandro no podían ser llamados naciones, aunque se habían formado en el transcurso de la

historia y habían sido integrados por diversas razas y tribus. Esos Estados no eran naciones, sino conglomerados de grupos, accidentales y mal vinculados, que se disgregaban o se unían según los éxitos o derrotas de tal o cual conquistador.

Tenemos, pues, que una nación no es un conglomerado accidental y efímero, sino una comunidad estable de hombres.

Pero no toda comunidad estable constituye una nación. Austria y Rusia son también comunidades estables, y, sin embargo, nadie las llama naciones. ¿Qué es lo que distingue a una comunidad nacional de una comunidad estatal? Entre otras cosas, que una comunidad nacional es inconcebible sin un idioma común, mientras que para un Estado no es obligatorio que haya un idioma común. La nación checa, en Austria, y la polaca, en Rusia, no serían posibles sin un idioma común para cada una de ellas, mientras que para la integridad de Rusia y de Austria no es un obstáculo el que dentro de sus fronteras existan varios idiomas. Y al decir esto nos referimos, naturalmente, a los idiomas que habla el pueblo y no al idioma oficial de cancillería.

Tenemos, pues, la *comunidad de idioma* como uno de los rasgos característicos de la nación.

Esto no quiere decir, como es lógico, que diversas naciones hablen siempre y en todas partes idiomas diversos ni que todos los que hablen uno y el mismo idioma constituyan obligatoriamente una sola nación. Un idioma *común* para cada nación, ¡pero no obligatoriamente diversos idiomas para diversas naciones! No hay nación que hable a la vez diversos idiomas, ¡pero esto no quiere decir que no pueda haber dos naciones que hablen el mismo idioma! Los ingleses y los norteamericanos hablan el mismo idioma, y a pesar de esto no constituyen una sola nación. Otro tanto cabe decir de los noruegos y los daneses, de los ingleses y los irlandeses.

¿Y por qué, por ejemplo, los ingleses y los norteamericanos no forman una sola nación, a pesar de tener un idioma común?

Ante todo, porque no viven conjuntamente, sino en distintos territorios. La nación sólo se forma como resultado de relaciones duraderas y regulares, como resultado de la convivencia de los hombres, de generación en generación. Y esta convivencia prolongada no es posible sin un territorio común. Antes los ingleses y los norteamericanos poblaban un solo territorio, Inglaterra, y constituían una sola nación. Más tarde, una parte de los ingleses emigró de este país a un nuevo territorio, el Norte de América, y aquí, en el nuevo territorio, formó a lo largo del tiempo una nueva nación, la norteamericana. La diversidad de territorios condujo a la formación de naciones diversas.

Tenemos, pues, la *comunidad de territorio* como uno de los rasgos característicos de la nación.

Pero esto no es todo. La comunidad de territorio por sí sola no determina todavía la nación. Ha de concurrir, además, un vínculo económico interno que suelde en un todo único las diversas partes de la nación. Entre Inglaterra y Norteamérica no existe este vínculo; por eso constituyen dos naciones distintas. Y los mismos norteamericanos no merecerían el nombre de nación si los diversos confines de Norteamérica no estuviesen ligados entre sí en una unidad económica gracias a la división del trabajo establecida entre ellos, al desarrollo de las vías de comunicación, etc.

Tomemos, por ejemplo, los georgianos. Los georgianos de los tiempos anteriores a la reforma vivían en un territorio común y hablaban un mismo idioma, pero, con todo, no constituían, estrictamente hablando, una sola nación, pues, divididos en varios principados sin ninguna ligazón entre sí, no podían vivir una vida económica común; se pasaron siglos guerreando y arruinándose mutuamente, azuzando unos contra otros a los persas o a los turcos. La unificación efímera y accidental de estos principados, que a veces conseguía llevar a cabo cualquier rey afortunado, sólo abarcaba, en el mejor de los casos, las esferas superficiales, las esferas administrativas, y pronto saltaba hecha añicos al chocar con los caprichos de los príncipes y la indiferencia de los campesinos. Dada la dispersión económica de Georgia, no podía ser de otro modo: Georgia no se reveló como nación hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando la caída del régimen de servidumbre y el desarrollo de la vida económica del país, el desarrollo de las vías de comunicación y el nacimiento del capitalismo establecieron una división del trabajo entre sus distintas regiones, quebrantaron por completo el aislamiento económico de los principados y los unieron en un todo.

Y lo mismo hay que decir de otras naciones que han pasado por la fase del feudalismo y en cuyo seno se ha desarrollado el capitalismo.

Tenemos, pues, la *comunidad de vida económica*, la *ligazón económica* como una de las particularidades características de la nación.

Pero tampoco esto es todo. Además de lo dicho, hay que tener en cuenta, también, las particularidades de la fisonomía espiritual de los hombres unidos en una nación. Las naciones no sólo se distinguen unas de otras por sus condiciones de vida, sino también por su fisonomía espiritual, que se expresa en las particularidades de la cultura nacional. En el hecho de que Inglaterra, América del Norte e Irlanda, aun hablando el mismo idioma formen no obstante, tres naciones distintas, desempeña un papel de bastante importancia la psicología peculiar que se ha ido formando en cada una de estas naciones, de generación en generación, a consecuencia de condiciones de existencia diferentes.

Claro está que, por sí sola, la psicología, o el “carácter nacional”, como otras veces se la llama, es algo imperceptible para el observador, pero como se expresa

en las peculiaridades de la cultura común a toda la nación, es aprehensible y no puede ser dejada de lado.

Huelga decir que el “carácter nacional” no es algo que exista de una vez para siempre, sino que cambia con las condiciones de vida, pero, por lo mismo que existe en cada momento dado, imprime su sello a la fisonomía de la nación.

Tenemos, pues, la *comunidad de psicología*, reflejada en la comunidad de cultura, como uno de los rasgos característicos de la nación.

Con esto, hemos señalado todos los rasgos distintivos de una nación.

Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.

Además, de suyo se comprende que la nación, como todo fenómeno histórico, se halla sujeta a la ley del cambio, tiene su historia, su comienzo y su fin.

Es necesario subrayar que ninguno de los rasgos indicados, tomado aisladamente, es suficiente para definir la nación. Más aún: basta con que falte aunque sólo sea uno de estos rasgos para que la nación deje de serlo.

Podemos imaginarnos hombres de “carácter nacional” común, y, sin embargo, no podremos decir que forman una nación si están desligados económicamente, si viven en territorios distintos, hablan idiomas distintos, etc. Así, por ejemplo, los *judíos* de Rusia, de Galitzia, de América, de Georgia y de las montañas del Cáucaso no forman, a juicio nuestro, una sola nación.

Podemos imaginarnos hombres con comunidad de territorio y de vida económica, y, no obstante, no formarán una nación si entre ellos no existe comunidad de idioma y de “carácter nacional”. Tal es el caso, por ejemplo, de los alemanes y los letones en la región del Báltico.

Finalmente, los noruegos y los daneses hablan un mismo idioma, pero no forman una sola nación por no reunir los demás rasgos distintivos.

Sólo la presencia conjunta de todos los rasgos distintivos forma la nación.

Podría pensarse que el “carácter nacional” no es uno de los rasgos distintivos, sino el único rasgo esencial de la nación, y que todos los demás constituyen, propiamente hablando, condiciones para el desarrollo de la nación, pero no rasgos de ésta. En este punto de vista se colocan, por ejemplo, los teóricos socialdemócratas de la cuestión nacional, R. Springer y, sobre todo, O. Bauer, conocidos en Austria. Examinemos su teoría de la nación.

Según Springer, “la nación es una unión de hombres que piensan y hablan del mismo modo”. Es “una comunidad cultural de un grupo de hombres contemporáneos, no vinculada con el suelo”.

Así, pues, [es] una “unión” de hombres que piensan y hablan del mismo modo, por muy desunidos que se hallen unos de otros y vivan donde vivan.

Bauer va todavía más allá. “¿Qué es una nación? –pregunta. ¿Es la comunidad de idioma lo que une a los hombres en una nación? Pero los ingleses e irlandeses... hablan la misma lengua y no forman, sin embargo, un solo pueblo; y los judíos no tienen lengua común alguna, y, sin embargo, forman una nación”.

¿Qué es, pues, una nación?

“La nación es una comunidad relativa de carácter”.

Pero ¿qué es el carácter, y aquí, en este caso, el carácter nacional?

El carácter nacional es la “suma de rasgos que distinguen a los hombres de una nacionalidad de los de otra, el conjunto de rasgos físicos y espirituales que distinguen a una nación de otra”.

Bauer sabe, naturalmente, que el carácter nacional no cae del cielo; por eso añade:

“El carácter de los hombres no se determina sino por su destino” (...) “La nación no es más que la comunidad de destino”, determinada a su vez por “las condiciones en que los hombres producen sus medios de existencia y distribuyen los productos de su trabajo”.

De este modo, llegamos a la definición más “completa”, según la expresión de Bauer, de la nación.

“Nación es el conjunto de hombres unidos en una comunidad de carácter sobre la base de una comunidad de destinos”.

Así, pues, [es] una comunidad de carácter nacional sobre la base de una comunidad de destinos, al margen de todo vínculo obligatorio con una comunidad de territorio, de lengua y de vida económica.

Pero, en este caso, ¿qué queda en pie de la nación? ¿De qué comunidad nacional puede hablarse respecto de hombres desligados económicamente unos de otros, que viven en territorios diferentes y que hablan, de generación en generación, idiomas distintos?

Bauer habla de los judíos como de una nación, aunque “no tienen lengua común alguna”; pero ¿qué “comunidad de destinos” y qué vínculos nacionales pueden mediar, por ejemplo, entre judíos georgianos, daguestanos, rusos y norteamericanos, completamente desligados los unos de los otros, que viven en diferentes territorios y hablan distintos idiomas?

Indudablemente, los mencionados judíos viven una vida económica y política común con los georgianos, los daguestanos, los rusos y los norteamericanos, en una atmósfera cultural común, y esto no puede menos que imprimir su sello al carácter nacional de estos judíos. Y si en ellos queda algo de común es la religión, su mismo origen y algunos vestigios del carácter nacional. Todo esto es indudable. Pero ¿cómo se puede sostener seriamente que unos ritos religiosos fosilizados y unos vestigios psicológicos que van esfumándose influyan en el “destino” de los

mencionados judíos con más fuerza que la vida económica, social y cultural que los rodea? Y es que sólo partiendo de este supuesto puede hablarse, en general, de los judíos como de una sola nación.

¿En qué se distingue, entonces, la nación de Bauer de ese “espíritu nacional” místico y que se basta a sí mismo de los espiritualistas?

Bauer establece un límite infranqueable entre el “rasgo distintivo” de la nación (el carácter nacional) y las “condiciones” de su vida, separando el uno de las otras. Pero ¿qué es el carácter nacional sino el reflejo de las condiciones de vida, la condensación de las impresiones recibidas del medio circundante? ¿Cómo es posible limitarse a no ver más que el carácter nacional, aislándolo y separándolo del terreno en que brota?

Además, ¿qué era lo que distinguía concretamente a la nación inglesa de la norteamericana, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, cuando América del Norte se llamaba todavía “Nueva Inglaterra”? No era, por cierto, el carácter nacional, pues los norteamericanos eran oriundos de Inglaterra y habían llevado consigo a América, además de la lengua inglesa, el carácter nacional inglés y, como es lógico, no podían perderlo tan pronto, aunque, bajo la influencia de las nuevas condiciones, se estaba formando en ellos, seguramente, su propio carácter. Y, sin embargo, pese a la mayor o menor comunidad de carácter, ya entonces constituían una nación distinta de Inglaterra. Evidentemente, “Nueva Inglaterra”, como nación, no se diferenciaba entonces de Inglaterra, como nación, por su carácter nacional especial, o no se diferenciaba tanto por su carácter nacional como por el medio, por las condiciones de vida, distintas de las de Inglaterra.

Está, pues, claro que no existe, en realidad, ningún rasgo distintivo único de la nación. Existe sólo una suma de rasgos, de los cuales, comparando unas naciones con otras, se destacan con mayor relieve éste (el carácter nacional), aquel (el idioma) o aquel otro (el territorio, las condiciones económicas). La nación es la combinación de todos los rasgos, tomados en conjunto.

El punto de vista de Bauer, al identificar la nación con el carácter nacional, separa la nación del suelo y la convierte en una especie de fuerza invisible y que se basta a sí misma. El resultado no es una nación viva y que actúa, sino algo místico, imperceptible y de ultratumba. Repito, pues, ¿qué nación judía es ésa, por ejemplo, compuesta por judíos georgianos, daguestanos, rusos, norteamericanos y otros judíos que no se comprenden entre sí (pues hablan idiomas distintos), viven en distintas partes del planeta, no se verán jamás unos a otros y no actuarán jamás conjuntamente, ni en tiempos de paz ni en tiempos de guerra?

No, no es para estas “naciones”, que sólo existen sobre el papel, para las que la socialdemocracia establece su programa nacional. La socialdemocracia sólo

puede tener en cuenta naciones reales, que actúan y se mueven y, por tanto, obligan a que se las tenga en cuenta.

Bauer, evidentemente, confunde la nación, que es una categoría histórica, con la tribu, que es una categoría étnica.

Por lo demás, el mismo Bauer se da cuenta, a lo que parece, de la endeblez de su posición. Después de presentar decididamente, en el comienzo de su libro, a los judíos como nación, al final del mismo se corrige, afirmando que “la sociedad capitalista no les permite en absoluto (a los judíos) subsistir como nación”, asimilándolos a otras naciones. La razón reside, según él, en que “los judíos no poseen un territorio delimitado de colonización”, mientras que los checos, por ejemplo, que según Bauer deben conservarse como nación, tienen ese territorio. En una palabra: la causa está en la ausencia de territorio.

Argumentando así, Bauer quería demostrar que la autonomía nacional no puede ser una reivindicación de los obreros judíos, pero al mismo tiempo ha refutado sin querer su propia teoría, que niega la comunidad de territorio como uno de los rasgos distintivos de la nación.

Pero Bauer va más allá. Al comienzo de su libro declara resueltamente que “los judíos no tienen lengua común alguna, y, sin embargo, forman una nación”. Y apenas al llegar a la página 130 cambia de frente, declarando no menos resueltamente: “Es indudable que no puede existir una nación sin un idioma común”.

Aquí Bauer quería demostrar que “el idioma es el medio más importante de relación entre los hombres”, pero al mismo tiempo ha demostrado, sin darse cuenta, algo que no se proponía demostrar, a saber: la inconsistencia de su propia teoría de la nación, que niega la importancia de la comunidad de idioma.

Así se refuta a sí misma esta teoría, hilvanada con hilos idealistas.

2. El movimiento nacional

La nación no es simplemente una categoría histórica, sino una categoría histórica de una determinada época, de la época del capitalismo ascensional. El proceso de liquidación del feudalismo y de desarrollo del capitalismo es, al mismo tiempo, el proceso en que los hombres se constituyen en naciones. Así sucede, por ejemplo, en la Europa Occidental. Los ingleses, los franceses, los alemanes, los italianos, etc. se constituyeron en naciones bajo la marcha triunfal del capitalismo victorioso sobre el fraccionamiento feudal.

Pero allí, la formación de naciones significaba, al mismo tiempo, su transformación en Estados nacionales independientes. Las naciones inglesa, francesa, etc. son, al mismo tiempo, los Estados inglés, etc. El caso de Irlanda, que queda al margen de este proceso, no cambia el cuadro general.

En la Europa Oriental, las cosas ocurren de un modo algo distinto. Mientras que en el Oeste las naciones se desarrollan en Estados, en el Este se forman Estados multinacionales, Estados integrados por varias nacionalidades. Tal es el caso de Austria-Hungría y de Rusia. En Austria, los más desarrollados en el sentido político resultaron ser los alemanes, y ellos asumieron la tarea de unificar las nacionalidades austriacas en un Estado. En Hungría, los más aptos para la organización estatal resultaron ser los magiares –el núcleo de las nacionalidades húngaras–, y ellos fueron los unificadores de Hungría. En Rusia, asumieron el papel de unificadores de las nacionalidades los grandes rusos, a cuyo frente estaba una potente y organizada burocracia militar aristocrática formada en el transcurso de la historia.

Así ocurrieron las cosas en el Este.

Este modo peculiar de formación de Estados sólo podía tener lugar en las condiciones de un feudalismo todavía sin liquidar, en las condiciones de un capitalismo débilmente desarrollado, en que las nacionalidades relegadas a segundo plano no habían conseguido aún consolidarse económicamente como naciones integrales.

Pero el capitalismo comienza a desarrollarse también en los Estados del Este. Se desarrollan el comercio y las vías de comunicación. Surgen grandes ciudades. Las naciones se consolidan económicamente. Irrumpiendo en la vida apacible de las nacionalidades postergadas, el capitalismo las hace agitarse y las pone en movimiento. El desarrollo de la prensa y el teatro, la actuación del Reichsrat (en Austria) y de la Duma (en Rusia) contribuyen a reforzar los “sentimientos nacionales”. Los intelectuales que surgen en las nacionalidades postergadas se penetran de la “idea nacional” y actúan en la misma dirección.

Pero las naciones postergadas que despiertan a una vida propia ya no se constituyen en Estados nacionales independientes: tropiezan con la poderosísima resistencia que les oponen las capas dirigentes de las naciones dominantes, las cuales se hallan desde hace largo tiempo a la cabeza del Estado. ¡Han llegado tarde!...

Así se constituyeron como nación los checos, los polacos, etc., en Austria; los croatas, etc., en Hungría; los letones, los lituanos, los ucranianos, los georgianos, los armenios, etc., en Rusia. Lo que en la Europa Occidental era una excepción (Irlanda) se convierte en regla en el Este.

En el Oeste, Irlanda contestó a su situación excepcional con un movimiento nacional. En el Este, las naciones que habían despertado tenían que hacer lo mismo.

Así fueron creándose las circunstancias que empujaron a la lucha a las naciones jóvenes de la Europa Oriental.

La lucha comenzó y se extendió, en rigor, no entre las naciones en su conjunto, sino entre las clases dominantes de las naciones dominadoras y de las naciones postergadas. La lucha la libran, generalmente, la pequeña burguesía urbana de la nación oprimida contra la gran burguesía de la nación dominadora (los checos y los alemanes), o bien la burguesía rural de la nación oprimida contra los terratenientes de la nación dominante (los ucranianos en Polonia), o bien toda la burguesía “nacional” de las naciones oprimidas contra la aristocracia gobernante de la nación dominadora (Polonia, Lituania y Ucrania, en Rusia).

La burguesía es el principal personaje en acción.

El problema fundamental para la joven burguesía es el mercado. Dar salida a sus mercancías y salir vencedora en su competencia con la burguesía de otra nacionalidad: he ahí su objetivo. De aquí su deseo de asegurarse “su” mercado, un mercado “propio”. El mercado es la primera escuela en la que la burguesía aprende el nacionalismo.

Pero, generalmente, la cosa no se limita al mercado. En la lucha se mezcla la burocracia semifeudal-semiburguesa de la nación dominante con sus métodos de “agarrar y no soltar”. La burguesía de la nación dominadora –lo mismo da que se trate de la gran burguesía o de la pequeña– obtiene la posibilidad de deshacerse “más rápida” y “más resueltamente” de su competidor. Las “fuerzas” se unifican, y se empieza a adoptar toda una serie de medidas restrictivas contra la burguesía “alógena”, medidas que se convierten en represiones. La lucha pasa de la esfera económica a la esfera política. Limitación de la libertad de movimiento, trabas al idioma, restricción de los derechos electorales, reducción de escuelas, trabas a la religión, etc., etc. llueven sobre la cabeza del “competidor”. Naturalmente, estas medidas no sirven sólo a los intereses de las clases burguesas de la nación dominadora, sino también a los objetivos específicos de casta, por decirlo así, de la burocracia gobernante. Pero, desde el punto de vista de los resultados, esto es absolutamente igual: las clases burguesas y la burocracia se dan la mano en este caso, ya se trate de Austria-Hungría o de Rusia.

La burguesía de la nación oprimida, que se ve acosada por todas partes, se pone, naturalmente, en movimiento. Apela a “los de abajo de su país” y comienza a clamar acerca de la “patria”, haciendo pasar su propia causa por la causa de todo el pueblo. Recluta para sí un ejército entre sus “compatriotas” en interés... de la “patria”. “Los de abajo” no siempre permanecen sordos a sus llamadas, y se agrupan en torno a su bandera: la represión de arriba les afecta también a ellos, provocando su descontento. Así comienza el movimiento nacional.

La fuerza del movimiento nacional está determinada por el grado en que participan en él las extensas capas de la nación, el proletariado y los campesinos.

Que el proletariado se coloque bajo la bandera del nacionalismo burgués de-

pende del grado de desarrollo de las contradicciones de clase, de la conciencia y de la organización del proletariado. El proletariado consciente tiene su propia bandera, ya probada, y no necesita marchar bajo la bandera de la burguesía.

En cuanto a los campesinos, su participación en el movimiento nacional depende, ante todo, del carácter de la represión. Si la represión afecta a los intereses de la “tierra”, como ocurría en Irlanda, las grandes masas campesinas se colocan inmediatamente bajo la bandera del movimiento nacional.

Por otra parte, si en Georgia, por ejemplo, no existe un nacionalismo anti-ruso más o menos serio, es, sobre todo, porque allí no hay terratenientes rusos ni una gran burguesía rusa que pudieran dar pábulo a este nacionalismo en las masas. En Georgia hay un nacionalismo anti-armenio, pero es porque allí existe, además, una gran burguesía armenia que, al batir a la pequeña burguesía georgiana, aun débil, empuja a ésta al nacionalismo anti-armenio.

Con sujeción a estos factores, el movimiento nacional o asume un carácter de masas, creciendo más y más (Irlanda, Galitzia), o se convierte en una serie de pequeñas colisiones que degeneran en escándalos y en una “lucha” por cuestiones de rótulos (como en algunos pueblos de Bohemia).

El contenido del movimiento nacional no puede, naturalmente, ser el mismo en todas partes: está determinado íntegramente por las distintas reivindicaciones que presenta el movimiento. En Irlanda, este movimiento tiene un carácter agrario; en Bohemia, gira en torno al “idioma”; en unos sitios, reclama igualdad de derechos civiles y libertad de cultos; en otros, “sus propios” funcionarios o su propia Dieta. En las diversas reivindicaciones se traslucen, frecuentemente, los diversos rasgos que caracterizan a una nación en general (el idioma, el territorio, etc.). Merece notarse que no se encuentra en parte alguna la reivindicación de ese “carácter nacional” de Bauer, que lo abarca todo. Y es lógico: *por sí solo*, el “carácter nacional” es inaprehensible, y, como observa acertadamente J. Strasser: “con él no hay nada que hacer en la política”.

Tales son, a grandes rasgos, las formas y el carácter del movimiento nacional.

Por lo expuesto se ve claramente que, bajo el capitalismo *ascensional*, la lucha nacional es una lucha entre las clases burguesas. A veces, la burguesía consigue arrastrar al proletariado hacia el movimiento nacional, y entonces *exteriormente* parece que en la lucha nacional participa “todo el pueblo”, pero eso es sólo exteriormente. *En su esencia*, esta lucha sigue siendo siempre una lucha burguesa, conveniente y grata principalmente para la burguesía.

Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que el proletariado no deba luchar contra la política de opresión de las nacionalidades.

La restricción de la libertad de movimiento, la privación de derechos electorales, las trabas al idioma, la reducción de las escuelas y otras medidas repres-

vas afectan a los obreros en grado no menor, si no es mayor, que a la burguesía. Esta situación no puede menos que frenar el libre desarrollo de las fuerzas espirituales del proletariado de las naciones sometidas. No se puede hablar seriamente del pleno desarrollo de las facultades espirituales del obrero tártaro o judío, cuando no se le permite servirse de su lengua materna en las asambleas o en las conferencias y cuando se le cierran las escuelas.

La política de represión nacionalista es también peligrosa en otro aspecto para la causa del proletariado. Esta política desvía la atención de extensas capas del proletariado sobre las cuestiones sociales, sobre las cuestiones de la lucha de clases, hacia las cuestiones nacionales, las cuestiones “comunes” al proletariado y a la burguesía. Y esto crea un terreno favorable para las prédicas mentirosas sobre la “armonía de intereses”, para velar los intereses de clase del proletariado, para esclavizar moralmente a los obreros. De este modo, se levanta una seria barrera ante la unificación de los obreros de todas las nacionalidades. Si hasta hoy una parte considerable de los obreros polacos permanece bajo la esclavitud moral de los nacionalistas burgueses, si hasta hoy se mantiene al margen del movimiento obrero internacional, es, principalmente, porque la secular política anti-polaca de los “investidos de poder” crea un terreno favorable para esta esclavitud y entorpece la liberación de los obreros de esta esclavitud.

Pero la política de represión no se detiene aquí. Del “sistema” de *opresión* pasa no pocas veces al “sistema” de *azuzamiento* de unas naciones contra otras, al “sistema” de matanzas y pogromos². Naturalmente, este último sistema no es posible siempre ni en todas partes, pero allí donde es posible –cuando no se cuenta con las libertades elementales– toma no pocas veces proporciones terribles, amenazando con ahogar en sangre y en lágrimas la unión de los obreros. El Cáucaso y el sur de Rusia nos dan no pocos ejemplos de esto. “Divide e impera”: he ahí el objetivo de la política de azuzamiento. Y en cuanto esta política tiene éxito, representa un mal tremendo para el proletariado, un obstáculo formidable que se levanta ante la unión de los obreros de todas las nacionalidades que integran el Estado.

Pero los obreros están interesados en la fusión completa de todos sus camaradas en un ejército internacional único, en su rápida y definitiva liberación de la esclavitud moral a que la burguesía los somete, en el pleno y libre desarrollo de las fuerzas espirituales de sus hermanos, cualquiera sea la nación a que pertenezcan.

Por eso, los obreros luchan y lucharán contra todas las formas de la política de opresión de las naciones, desde las más sutiles hasta las más burdas, al igual que contra todas las formas de la política de azuzamiento de unas naciones contra otras.

Por eso, la socialdemocracia de todos los países proclama el derecho de las naciones a la autodeterminación.

El derecho de autodeterminación significa que sólo la propia nación tiene derecho a determinar sus destinos, que nadie tiene derecho a inmiscuirse *por la fuerza* en la vida de una nación, a *destruir* sus escuelas y demás instituciones, a *atentar* contra sus hábitos y costumbres, a *poner trabas* a su idioma, a *restringir* sus derechos.

Esto no quiere decir, naturalmente, que la socialdemocracia vaya a apoyar todas y cada una de las costumbres e instituciones de una nación. Luchando contra la violencia ejercida sobre las naciones, sólo defenderá el derecho de la *nación* a determinar por sí misma sus destinos, emprendiendo al mismo tiempo campañas de agitación contra las costumbres y las instituciones nocivas de esta nación, para dar a las capas trabajadoras de dicha nación la posibilidad de liberarse de ellas.

El derecho de autodeterminación significa que la nación puede organizarse conforme sus deseos. Tiene derecho a organizar su vida según los principios de la autonomía. Tiene derecho a entrar en relaciones federativas con otras naciones. Tiene derecho a separarse por completo. La nación es soberana, y todas las naciones son iguales en derechos.

Eso, naturalmente, no quiere decir que la socialdemocracia vaya a defender todas las reivindicaciones de una nación, sean cuales fueren. La nación tiene derecho incluso a volver al viejo orden de cosas, pero esto no significa que la socialdemocracia haya de suscribir este acuerdo de tal o cual institución de una nación dada. El deber de la socialdemocracia, que defiende los intereses del proletariado, y los derechos de la nación, integrada por diversas clases, son dos cosas distintas.

Luchando por el derecho de autodeterminación de las naciones, la socialdemocracia se propone como objetivo poner fin a la política de opresión de las naciones, hacer imposible esta política y, con ello, minar las bases de la lucha entre las naciones, atenuarla, reducirla al mínimo.

En esto se distingue esencialmente la política del proletariado consciente de la política de la burguesía, que se esfuerza por ahondar y fomentar la lucha nacional, por prolongar y agudizar el movimiento nacional.

Por eso, precisamente, el proletariado consciente no puede colocarse bajo la bandera “nacional” de la burguesía.

Por eso, precisamente, la política llamada “evolutivo-nacional”, propuesta por Bauer, no puede ser la política del proletariado. El intento de Bauer de identificar su política “evolutivo-nacional” con la política “de la clase obrera moderna” es un intento de adaptar la lucha de clase de los obreros a la lucha de las naciones.

Los destinos del movimiento nacional, que es en sustancia un movimiento burgués, están naturalmente vinculados a los destinos de la burguesía. La caída definitiva del movimiento nacional sólo es posible con la caída de la burguesía. Sólo cuando reine el socialismo se podrá instaurar la paz completa. Lo que sí se puede, incluso dentro del marco del capitalismo, es reducir al mínimo la lucha nacional, minarla en su raíz, hacerla lo más inofensiva posible para el proletariado. Así lo atestiguan aunque sólo sean los ejemplos de Suiza y Norteamérica. Para ello es necesario democratizar el país y dar a las naciones la posibilidad de desarrollarse libremente.

3. Planteamiento de la cuestión

La nación tiene derecho a determinar libremente sus destinos. Tiene derecho a organizarse como le plazca, naturalmente, siempre y cuando no menoscabe los derechos de otras naciones. Esto es indiscutible.

Pero, ¿cómo, concretamente, debe organizarse, qué formas debe revestir su futura constitución, si se toman en cuenta los intereses de la mayoría de la nación y, ante todo, los del proletariado?

La nación tiene derecho a organizarse sobre la base de la autonomía. Tiene derecho incluso a separarse. Pero eso no significa que deba hacerlo bajo cualesquiera condiciones, que la autonomía o la separación sean siempre y en todas partes ventajosas para la nación, es decir, para la mayoría de ella, es decir, para las capas trabajadoras. Los tártaros de la Transcaucasia, como nación, pueden reunirse, supongamos, en su Dieta, y, sometándose a la influencia de sus beys y mulhas, restaurar en su país el viejo orden de cosas, decidir su separación del Estado. Conforme el punto de la autodeterminación, tienen perfecto derecho a hacerlo. Pero, ¿iría esto en interés de las capas trabajadoras de la nación tártara? ¿Podrían los socialdemócratas contemplar indiferentes cómo los beys y los mulhas arrastran consigo a las masas en la solución de la cuestión nacional? ¿No debería la socialdemocracia inmiscuirse en el asunto e influir sobre la voluntad de la nación en un determinado sentido? ¿No debería presentar un plan concreto para resolver la cuestión, el plan más ventajoso para las masas tártaras?

Y ¿qué solución sería la más compatible con los intereses de las masas trabajadoras? ¿La autonomía, la federación o la separación?

Todos estos son problemas cuya solución depende de las condiciones históricas concretas que rodean a la nación de que se trate.

Más aún, las condiciones, como todo, cambian, y una solución acertada para un momento dado puede resultar completamente inaceptable para otro momento.

A mediados del siglo XIX, Marx era partidario de la separación de la Polonia rusa, y con razón, pues entonces se planteaba el problema de liberar una cultura superior de otra cultura inferior que la destruía. Y, entonces, el problema no se planteaba solamente en teoría, de un modo académico, sino en la práctica, en la realidad misma...

A finales del siglo XIX, los marxistas polacos se manifestaban ya en contra de la separación de Polonia, y también ellos tenían razón, puesto que en los últimos cincuenta años se habían producido cambios profundos en el sentido de un acercamiento económico y cultural entre Rusia y Polonia. Además, durante ese tiempo, el problema de la separación había dejado de ser un problema práctico para convertirse en un tema de discusiones académicas, que tal vez apasionara sólo a los intelectuales residentes en el extranjero.

Esto no excluye, naturalmente, la posibilidad de ciertas coyunturas interiores y exteriores en las cuales el problema de la separación de Polonia puede estar de nuevo a la orden del día.

De ello se desprende que la solución de la cuestión nacional sólo es posible en conexión con las condiciones históricas, tomadas en su desarrollo.

Las condiciones económicas, políticas y culturales que rodean a una nación dada constituyen la única clave para la solución del problema de cómo debe organizarse concretamente tal o cual nación, de *qué formas* debe revestir su futura constitución. Además, puede ocurrir que cada nación requiera su propia solución del problema. Si hay algún terreno en que sea necesario plantear el problema de manera dialéctica, es precisamente aquí, en la cuestión nacional.

En virtud de esto, debemos declararnos decididamente contra un método muy extendido, pero también muy simplista, de “resolver” la cuestión nacional, que tiene sus orígenes en el Bund. Nos referimos al fácil método de remitirse a la socialdemocracia austriaca y a la sureslava, que, según se dice, han resuelto ya la cuestión nacional y de las que los socialdemócratas rusos deben simplemente tomar prestada su solución. Se parte del supuesto de que todo lo que es acertado para Austria, por ejemplo, lo es también para Rusia. Se pierde de vista lo más importante y decisivo del caso presente: las condiciones históricas concretas de Rusia, en general, y de la vida de cada nación dentro de las fronteras de Rusia, en particular.

Escuchad, por ejemplo, al conocido bundista V. Kossovski:

“Cuando en el IV Congreso del Bund se debatió la cuestión (se refiere a la cuestión nacional., J. St.) desde el punto de vista de los principios, la solución de la misma –propuesta por uno de los miembros del Congreso– en el espíritu de la resolución del Partido Socialdemócrata Sureslavo, encontró la aprobación general.”

En consecuencia, “el Congreso adoptó por unanimidad”... la autonomía nacional.

¡Y eso fue todo! Ni un análisis de la realidad rusa ni un examen de las condiciones de vida de los judíos en Rusia. ¡Lo primero que se hizo fue tomar prestada la solución del Partido Socialdemócrata Sureslavo, luego “aprobarla” y después “adoptarla por unanimidad”! Así plantean y “resuelven” los bundistas la cuestión nacional en Rusia...

Sin embargo, Austria y Rusia presentan condiciones totalmente distintas. Así se explica por qué los socialdemócratas de Austria, al aprobar el programa nacional en Brünn (1899), inspirándose en la resolución del Partido Socialdemócrata Sureslavo (con algunas enmiendas insignificantes, es cierto), abordaron el problema de una manera completamente no rusa, por decirlo así, y lo resolvieron, naturalmente, de una manera no rusa.

Veamos, ante todo, el planteamiento de la cuestión. ¿Cómo plantean la cuestión Springer y Bauer, los teóricos austriacos de la autonomía cultural-nacional, esos intérpretes del programa nacional de Brünn y de la resolución del Partido Socialdemócrata Sureslavo?

“Dejamos sin respuesta aquí –dice Springer– la cuestión de si es posible, en general, un Estado multinacional y de si, en particular, las nacionalidades austriacas están obligadas a formar un todo político; estas cuestiones vamos a darlas por resueltas. Para quien no esté conforme con esta posibilidad y necesidad, nuestra investigación carecerá, ciertamente, de fundamento. Nuestro tema es el siguiente: puesto que dichas naciones están *obligadas* a llevar una existencia conjunta, ¿qué *formas jurídicas* les permitirán convivir mejor?”

Tenemos, pues, la integridad estatal de Austria como punto de partida.

Y lo mismo dice Bauer:

“Partimos del supuesto de que las naciones austriacas permanezcan dentro de la misma unión estatal en que ahora conviven, y preguntamos cuáles serán, dentro de esta unión, las relaciones de las naciones entre sí y de todas ellas con el Estado”.

Nuevamente la integridad de Austria en primer término.

¿Puede la socialdemocracia de Rusia plantear así la cuestión? No, no puede. Y no puede porque se atiene desde el primer momento al punto de vista de la autodeterminación de las naciones, en virtud de la cual la nación tiene derecho a separarse.

Hasta el bundista Goldblat reconoció en el II Congreso de la socialdemocracia de Rusia que ésta no puede renunciar al punto de vista de la autodeterminación.

He aquí lo que dijo entonces Goldblat:

“Contra el derecho de autodeterminación no puede objetarse nada. Si una nación lucha por su independencia, nadie debe oponerse a ello. Si Polonia no quiere

contraer un “matrimonio legal” con Rusia, no somos nosotros quienes hemos de ponerle obstáculos”.

Todo esto es así. Pero de aquí se deduce que los puntos de partida de los socialdemócratas austriacos y rusos, lejos de ser iguales, son, por el contrario, diametralmente opuestos. ¿Puede, después de esto, hablarse de la posibilidad de tomar prestado de los austriacos el programa nacional?

Prosigamos. Los austriacos piensan realizar la “libertad de las nacionalidades” mediante pequeñas reformas a paso lento. Proponiendo la autonomía cultural-nacional como medida práctica, no cuentan para nada con cambios radicales, con un movimiento democrático de liberación, que ellos no tienen en perspectiva. En cambio, los marxistas rusos vinculan el problema de la “libertad de las nacionalidades” con probables cambios radicales, con un movimiento democrático de liberación, no teniendo razones para contar con reformas. Y eso hace cambiar esencialmente la cuestión, en lo que se refiere a los probables destinos de las naciones en Rusia.

“Naturalmente –dice Bauer–, es difícil creer que la autonomía nacional haya de obtenerse como fruto de una gran decisión, de una acción enérgica y audaz. Austria marchará hacia la autonomía nacional paso a paso, por un proceso lento y doloroso, a través de una dura lucha, como resultado de la cual la legislación y la administración se encontrarán en un estado de parálisis crónica. Sí, el nuevo régimen jurídico del Estado no se creará por medio de un gran acto legislativo, sino por una multitud de leyes aisladas, promulgadas para determinados territorios y para comunidades determinadas”.

Y lo mismo dice Springer: Sé muy bien –escribe Springer– que las instituciones de este género (los organismos de la autonomía nacional, J. St.) no se crean en un año ni en diez. La sola reorganización de la administración prusiana exigió largo tiempo. Prusia necesitó dos decenios para establecer definitivamente sus principales instituciones administrativas. Por eso, nadie debe pensar que yo ignoro cuánto tiempo y cuántas dificultades le costará a Austria”.

Todo eso es muy preciso, pero, ¿pueden acaso los marxistas rusos no vincular la cuestión nacional a “acciones enérgicas y audaces”? ¿Pueden ellos contar con reformas parciales, con una “multitud de leyes aisladas”, como medio para conquistar la “libertad de las nacionalidades”? Y si no pueden ni deben hacer esto, ¿no se deduce claramente de aquí que los métodos de lucha y las perspectivas de los austriacos y de los rusos son completamente distintos? ¿Cómo, en esta situación, es posible limitarse a la autonomía cultural-nacional, unilateral y a medias, de los austriacos? Una de dos: o los partidarios de la solución prestada no cuentan con “acciones enérgicas y audaces” en Rusia, o cuentan con ellas, pero “no saben lo que hacen”.

Finalmente, Rusia y Austria se hallan ante tareas inmediatas completamente distintas, razón por la cual también es distinto el método que se impone para la solución de la cuestión nacional. Austria vive bajo las condiciones del parlamentarismo; sin parlamento no sería posible el desarrollo de aquel país, en las circunstancias actuales. Pero en Austria la vida parlamentaria y la legislación se paralizan completamente, no pocas veces, a causa de graves choques entre los partidos nacionales. Así se explica la crisis política crónica que desde hace largo tiempo viene padeciendo. Esto hace que la cuestión nacional sea allí el eje de la vida política, un problema de vida o muerte. No es sorprendente, por tanto, que los políticos socialdemócratas austriacos se esfuercen en resolver, ante todo, de un modo o de otro, el problema de los choques nacionales; en resolverlo, claro está, sobre la base del parlamentarismo existente, por métodos parlamentarios...

No ocurre así en Rusia. En primer lugar, en Rusia “no tenemos, gracias a Dios, parlamento”. En segundo lugar –y esto es lo fundamental–, el eje de la vida política de Rusia no es la cuestión nacional, sino la agraria. Por eso, los destinos del problema ruso, y, por consiguiente, también los de la “liberación” de las naciones, están vinculados en Rusia a la solución de la cuestión agraria, es decir, a la destrucción de los restos feudales, es decir, a la democratización del país. A ello se debe que, en Rusia, la cuestión nacional no se presente como una cuestión independiente y decisiva, sino como parte del problema general y más importante de liberar al país de los restos feudales.

“La esterilidad del parlamento austriaco –escribe Springer– se debe precisamente a que cada reforma engendra dentro de los partidos nacionales contradicciones que destruyen su cohesión; por eso los jefes de los partidos rehuyen cuidadosamente todo lo que huele a reforma. En Austria, el progreso sólo es concebible en el caso de que a las naciones se les concedan posiciones legales imprescriptibles que les releven de la necesidad de mantener en el parlamento destacamentos de lucha permanentes y les permitan entregarse a la solución de los problemas económicos y sociales”.

Y lo mismo dice Bauer:

“La paz nacional es necesaria ante todo para el Estado. El Estado no puede en modo alguno tolerar que la legislación se paralice por una estúpida cuestión de idioma, por la más leve querrela entre las gentes excitadas en cualquier zona plurilingüe, por cada nueva escuela”.

Todo esto es comprensible. Pero no menos comprensible es que en Rusia la cuestión nacional está situada en un plano completamente distinto. No es la cuestión nacional sino la cuestión agraria la que decide el destino del progreso en Rusia; la cuestión nacional es una cuestión subordinada.

Tenemos, pues, un planteamiento distinto de la cuestión, distintas perspecti-

vas y distintos métodos de lucha, distintas tareas inmediatas. ¿Acaso no es evidente que, en esta situación, sólo hombres aficionados al papeleo, que “resuelven” la cuestión nacional fuera del espacio y del tiempo, pueden seguir el ejemplo de Austria y tomar prestado su programa?

Repito: condiciones históricas concretas como punto de partida y planteamiento dialéctico de la cuestión como el único planteamiento acertado: ésta es la clave para la solución del problema nacional.

4. La autonomía cultural-nacional

Más arriba hemos hablado del aspecto formal del programa nacional austriaco, de los fundamentos metodológicos en virtud de los cuales los marxistas rusos no pueden simplemente tomar ejemplo de la socialdemocracia austriaca y hacer suyo el programa de ésta.

Hablemos ahora del programa mismo, en su aspecto sustancial.

Así, pues, ¿cuál es el programa nacional de los socialdemócratas austriacos?

Este programa se expresa con las palabras: autonomía cultural-nacional.

Ello significa, en primer lugar, que la autonomía no se concede, supongamos, a Bohemia o a Polonia, habitadas principalmente por checos y polacos, sino a los checos y polacos en general, independientemente del territorio y sea cual fuere la región de Austria en que habiten.

Es ésta la razón de que tal autonomía se denomine *nacional* y no territorial.

Ello significa, en segundo lugar, que los checos, los polacos, los alemanes, etc., diseminados por los distintos confines de Austria, considerados individualmente, como personas distintas, se organizan en naciones íntegras y entran, como tales, a formar parte del Estado austriaco. Y así Austria no será una unión de regiones autónomas sino una unión de nacionalidades autónomas, constituidas independientemente del territorio.

Ello significa, en tercer lugar, que las instituciones nacionales de tipo general, que han de ser creadas con estos fines para los polacos, los checos, etc., no entenderán en los asuntos “políticos” sino, solamente, en los “culturales”. Las cuestiones específicamente políticas se concentrarán en el parlamento (Reichsrat) de toda Austria.

Por eso, esta autonomía se denomina, además, *cultural*, cultural-nacional.

He aquí el texto del programa aprobado por la socialdemocracia austriaca en el Congreso de Brünn de 1899.

Después de indicar que “las disensiones nacionales en Austria impiden el progreso político”, que “la solución definitiva de la cuestión nacional es, ante todo, una necesidad cultural” y que esta “solución sólo es posible en una sociedad au-

ténticamente democrática, constituida sobre la base del sufragio universal, directo e igual”, el programa continúa:

“La conservación y el desarrollo de las particularidades nacionales de todos los pueblos de Austria sólo es posible sobre la base de la plena igualdad de derechos y de la ausencia de toda clase de opresión. Por tanto, debe ser rechazado, en primer término, todo centralismo burocrático del Estado, lo mismo que los privilegios feudales de los territorios.

En estas condiciones, y solamente en estas condiciones, se podrá establecer en Austria el orden nacional en vez de las disensiones nacionales; precisamente sobre la base de los siguientes principios:

1. Austria debe ser transformada en un Estado que represente una unión democrática de nacionalidades.

2. En lugar de los territorios históricos de la Corona deben formarse corporaciones autónomas nacionalmente delimitadas, en cada una de las cuales la legislación y la administración se confíen a cámaras nacionales elegidas sobre la base del sufragio universal, directo e igual.

3. Todas las regiones autónomas de una y la misma nación forman en conjunto una unión nacional única, que resuelve sus asuntos nacionales de una manera absolutamente autónoma.

4. Los derechos de las minorías nacionales son garantizados por una ley especial promulgada por el Parlamento imperial”.

El programa termina con un llamamiento a la solidaridad de todas las naciones de Austria.

No es difícil advertir que en este programa han quedado algunas huellas de “territorialismo”, pero en términos generales es la formulación de la autonomía nacional. No en vano Springer, el primer agitador en pro de la autonomía cultural-nacional, lo acoge con entusiasmo. Bauer lo aprueba también, calificándolo de “victoria teórica” de la autonomía nacional; únicamente, en interés de una mayor claridad, propone sustituir el punto 4 por una formulación más precisa, que hable de la necesidad de “constituir la minoría nacional dentro de cada región autónoma como una corporación de derecho público”, para regentar los asuntos de las escuelas y otros asuntos culturales.

Tal es el programa nacional de la socialdemocracia austriaca. Examinemos sus fundamentos científicos.

Veamos cómo fundamenta la socialdemocracia austriaca la autonomía cultural-nacional, por la que aboga. Dirijámonos a los teóricos de esta última, a Springer y Bauer. El punto de partida de la autonomía nacional es el concepto de la nación como una unión de personas, independientemente de todo territorio determinado.

“La nacionalidad –según Springer– no guarda la menor relación sustancial con el territorio; la nación es una unión autónoma de personas”.

Bauer habla también de la nación como de una “comunidad de personas”, a la que “no se otorga una dominación exclusiva en ninguna región determinada”.

Pero las personas que componen una nación no siempre viven agrupadas en una masa compacta; frecuentemente se dividen en grupos, y en esta forma se incrustan en organismos nacionales ajenos. Es el capitalismo el que las acucia para ir a diversas regiones y ciudades a ganar su pan. Pero al entrar en territorios nacionales ajenos, formando en ellos minorías, estos grupos sufren a consecuencia de las trabas que las mayorías nacionales del sitio en que residen ponen a su idioma, a sus escuelas, etc. De aquí los conflictos nacionales. De aquí la “inutilidad” de la autonomía territorial. La única salida de esta situación, a juicio de Springer y de Bauer, es organizar las minorías de una nacionalidad dada, dispersas por las diversas regiones del Estado, en una sola unión nacional general, común a todas las clases. Sólo semejante unión podría defender, a juicio de ellos, los intereses culturales de las minorías nacionales, sólo ella sería capaz de poner fin a las discordias nacionales.

“De esto se deduce –dice Springer– la necesidad de constituir las nacionalidades, de dotarlas de derechos y deberes” (...) Por cierto, “una ley se promulga fácilmente, pero ¿tendrá la eficacia que de ella se espera?” (...) “Si queréis crear una ley para las naciones, lo primero que tenéis que hacer es crear estas naciones” (...) “Sin constituir las nacionalidades, es imposible crear el derecho nacional y eliminar las disensiones nacionales”.

Bauer se manifiesta en el mismo sentido cuando formula como una “reivindicación de la clase obrera”: “la constitución de las minorías en corporaciones de derecho público, basadas en el principio personal”.

Pero, ¿cómo han de organizarse las naciones? ¿Cómo ha de determinarse cuándo un individuo pertenece a ésta o a la otra nación?

“La nacionalidad –dice Springer– se determina por medio de certificados nacionales; cada individuo que viva en una región dada estará obligado a declarar a qué nacionalidad pertenece”.

“El principio personal –dice Bauer– presupone que la población se dividirá por nacionalidades, sobre la base de la libre declaración de los ciudadanos adultos”, para lo cual “deben organizarse censos nacionales”.

Y más adelante:

“Todos los alemanes –dice Bauer– domiciliados en regiones nacionalmente homogéneas y todos los alemanes inscritos en los censos nacionales de las regiones mixtas constituirán la nación alemana y elegirán un *consejo nacional*”.

Otro tanto hay que decir de los checos, los polacos, etc.

“El *consejo nacional* es –según Springer– el parlamento cultural-nacional, llamado a fijar los principios y aprobar los medios necesarios para velar por la enseñanza nacional, la literatura nacional, el arte y la ciencia, la organización de academias, museos, galerías, teatros, etc.”.

Tal es la organización de una nación y su institución central.

Formando tales instituciones, comunes a todas las clases, el Partido Socialdemócrata Austriaco aspira, en opinión de Bauer, a “convertir la cultura nacional... en patrimonio de todo el pueblo, y de este modo –el único posible– unir a todos los miembros de la nación en una comunidad nacional-cultural”.

Podría pensarse que todo esto sólo guarda relación con Austria. Pero Bauer no está conforme con ello. Afirma resueltamente que la autonomía nacional es también obligatoria para los demás Estados constituidos, como Austria, por varias nacionalidades.

“A la política nacional de las clases poseedoras, a la política de la conquista del poder en un Estado multinacional, el proletariado de todas las naciones contrapone –según Bauer– su reivindicación de la autonomía nacional”.

Y luego, sustituyendo imperceptiblemente la autodeterminación de las naciones por la autonomía nacional, prosigue:

“Y así, la autonomía nacional, la autodeterminación de las naciones, se convierte inevitablemente en el programa constitucional del proletariado de todas las naciones que viven dentro de un Estado multinacional”.

Pero Bauer va todavía más lejos. Está profundamente convencido de que las “uniones nacionales” comunes a todas las clases, “constituidas” por él y por Springer, habrán de servir de prototipo para la futura sociedad socialista. Pues sabe que “el régimen social socialista... desmembrará a la humanidad en comunidades nacionalmente delimitadas”, que en el socialismo se realizará la “agrupación de la humanidad en comunidades nacionales autónomas”, que, “de este modo, la sociedad socialista presentará, indudablemente, un cuadro abigarrado de uniones nacionales de personas y de corporaciones territoriales” y que, por tanto, “el principio socialista de la nacionalidad es la síntesis suprema del principio nacional y de la autonomía nacional”.

Creemos que es suficiente...

Tal es la fundamentación de la autonomía cultural-nacional en las obras de Bauer y Springer.

Ante todo, salta a la vista la sustitución absolutamente incomprensible y no justificada, en modo alguno, de la autodeterminación de las naciones por la autonomía nacional. Una de dos: o Bauer no comprende lo que es autodeterminación o lo comprende y, por una u otra razón, restringe deliberadamente este concepto. Pues es indudable: a) que la autonomía cultural-nacional implica la in-

tegridad del Estado compuesto por varias nacionalidades, mientras que la autodeterminación se sale del marco de esta integridad; b) que la autodeterminación da a la nación toda la plenitud de derechos, mientras que la autonomía nacional sólo le da derechos “culturales”. Esto, en primer lugar.

En segundo lugar, cabe perfectamente dentro de lo posible que en el futuro concurren tales circunstancias interiores y exteriores, que esta o la otra nacionalidad se decida a salirse del Estado multinacional de que forma parte, por ejemplo, de Austria (¿acaso en el Congreso de Brünn los socialdemócratas rutenos no se declararon dispuestos a unir en un todo las “dos partes” de su pueblo?). ¿Qué hacer, en tal caso, con la autonomía nacional *“inevitable para el proletariado de todas las naciones”*? ¿Qué “solución” del problema es ésta, que encaja mecánicamente a las naciones en el lecho de Procusto³ de la integridad de un Estado?

Prosigamos. La autonomía nacional está en contradicción con todo el curso del desarrollo de las naciones. Da la consigna de organizar las naciones. Pero ¿pueden las naciones soldarse artificialmente, si la vida, si el desarrollo económico desgaja de ellas a grupos enteros y los dispersa por diversos territorios? No cabe duda de que en las primeras fases del capitalismo las naciones se cohesionan. Pero, asimismo, es indudable que en las fases superiores del capitalismo comienza un proceso de dispersión de las naciones, un proceso en el que se separa de las naciones toda una serie de grupos que salen a ganarse el pan y que acaban asentándose definitivamente en otros territorios del Estado. De este modo, los grupos que cambian de residencia pierden los viejos vínculos y adquieren otros nuevos en los nuevos sitios, asimilan, de generación en generación, nuevos hábitos y nuevos gustos, y, tal vez, también, un nuevo idioma. Y se pregunta: ¿es posible fundir en una sola unión nacional a estos grupos, disociados unos de otros? ¿Dónde están los aros mágicos con los cuales pudiera unirse lo que no tiene unión posible? ¿Sería concebible “cohesionar en una nación”, por ejemplo, a los alemanes del Báltico y a los alemanes de la Transcaucasia? Y si todo esto es inconcebible e imposible, ¿en qué se distingue, en este caso, la autonomía nacional de la utopía de los viejos nacionalistas que se esforzaban en volver atrás el carro de la historia?

Pero la unidad de una nación no se desmorona solamente por efecto de las migraciones. Se desmorona también por causas internas, por efecto de la agudización de la lucha de clases. En las primeras fases del capitalismo aún podía hablarse de la “comunidad cultural” del proletariado y la burguesía. Pero, con el desarrollo de la gran industria y con la agudización de la lucha de clases, esta “comunidad” comienza a esfumarse. No es posible hablar seriamente de “comunidad cultural”, de una nación, cuando los patronos y los obreros de la misma

nación dejan de entenderse unos a otros. ¿De qué “comunidad de destinos” puede hablarse cuando la burguesía está sedienta de guerra y el proletariado declara la “guerra a la guerra”? ¿Se puede, con estos elementos antagónicos, organizar una unión nacional única y común a todas las clases? ¿Es posible, después de esto, hablar de la “unión de todos los miembros de la nación en una comunidad nacional-cultural”? ¿No se desprende claramente de aquí que la autonomía nacional se contradice con toda la marcha de la lucha de clases?

Pero admitamos por un momento que la consigna de “¡organizad la nación!” sea una consigna viable. Todavía podría uno comprender a los parlamentarios nacionalistas burgueses, que se esfuerzan en “organizar” la nación con objeto de obtener más votos. Pero, ¿desde cuándo los socialdemócratas se dedican a “organizar” naciones, a “constituir” naciones, a “crear” naciones?

¿Qué socialdemócratas son esos que, en una época de la más intensa agudización de la lucha de clases, se ponen a organizar uniones nacionales comunes a todas las clases? Hasta ahora, la socialdemocracia austriaca, como todas las demás, tenía una sola misión: organizar al proletariado. Pero, por lo visto, esta misión está “anticuada”. Ahora Springer y Bauer señalan una misión “nueva”, más sugestiva: la de “crear”, la de “organizar” la nación.

Por lo demás, la lógica obliga: quien acepta la autonomía nacional tiene que aceptar también esta “nueva” misión; pero eso equivale a abandonar las posiciones de clase, a pisar la senda del nacionalismo.

La autonomía cultural-nacional de Springer y Bauer es una sutil variedad del nacionalismo.

Y no es, ni mucho menos, fortuito que el programa nacional de los socialdemócratas austriacos imponga la obligación de velar por “la conservación y el desarrollo de las particularidades nacionales de los pueblos”. ¡Fijaos bien en lo que significaría “conservar” tales “particularidades nacionales” de los tártaros de la Transcaucasia, como la autoflagelación en la fiesta del “Shajsei-Vajsei”, o “desarrollar” tales “peculiaridades nacionales” de los georgianos, como el “derecho de venganza”!

Este punto estaría muy en su lugar en un programa rabiosamente burgués-nacionalista, y si figura en el programa de los socialdemócratas austriacos es porque la autonomía nacional tolera puntos semejantes y no está en contradicción con ellos.

Pero la autonomía nacional, inservible para la sociedad presente, lo es todavía más para la futura, para la sociedad socialista.

La profecía de Bauer de “la desmembración de la humanidad en comunidades nacionalmente delimitadas” queda refutada por toda la trayectoria del desarrollo de la humanidad moderna. Las barreras nacionales, lejos de reforzarse, se des-

moronan y caen. Ya en la década de 1840, Marx decía que “el aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día” y que “el dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. El desarrollo ulterior de la humanidad, con el crecimiento gigantesco de la producción capitalista, con la mezcla de nacionalidades y la unificación de los individuos en territorios cada vez más vastos, confirma rotundamente la idea de Marx.

El deseo de Bauer de presentar la sociedad socialista bajo la forma de “un cuadro abigarrado de uniones nacionales de personas y de corporaciones territoriales” es un tímido intento de suplantar la concepción del socialismo de Marx, por la concepción, reformada, de Bakunin. La historia del socialismo revela que todos los intentos de este género llevan siempre en su seno los elementos de una bancarrota inevitable.

Y no hablemos ya de ese “principio socialista de la nacionalidad” ensalzado por Bauer y que es, a juicio nuestro, la sustitución del principio socialista de la *lucha de clases* por un principio burgués, por el “*principio de la nacionalidad*“. Si la autonomía nacional arranca de un principio tan dudoso, necesario es reconocer que sólo puede inferir daño al movimiento obrero.

Es cierto que este nacionalismo no se transparenta tanto, pues se enmascara hábilmente con frases socialistas; por eso es tanto más dañoso para el proletariado. Al nacionalismo franco siempre se le puede batir, no es difícil discernirlo. Es mucho más difícil luchar contra un nacionalismo enmascarado y no identificable bajo su careta. Protegido con la coraza del socialismo, es menos vulnerable y más vivaz. Como vive entre los obreros, emponzoña la atmósfera, sembrando ideas dañinas de desconfianza mutua y de aislamiento entre los obreros de distintas nacionalidades.

Pero el daño que causa la autonomía nacional no se reduce a esto. No sólo prepara el terreno al aislamiento de las naciones, sino también a la fragmentación del movimiento obrero unido. La idea de la autonomía nacional sienta las premisas psicológicas para la división del partido obrero unido en diversos partidos organizados por nacionalidades. Tras los partidos se fraccionan los sindicatos, y el resultado es un completo aislamiento. Y así, un movimiento de clase unido se desparrama en distintos riachuelos nacionales aislados.

Austria, cuna de la “autonomía nacional”, nos proporciona los más deplorables ejemplos de este fenómeno. El Partido Socialdemócrata Austriaco, en otro tiempo unido, comenzó ya en 1897 (en el Congreso de Wimberg) a fraccionarse en distintos partidos separados. Después del Congreso de Brünn (1899), en el que se aprobó la autonomía nacional, el fraccionamiento se acentuó todavía más. Por último, la cosa ha llegado hasta el punto de que, en vez de un partido internacional unido, hoy existen seis partidos nacionales, de los que uno, el Partido

Socialdemócrata Checo, no quiere incluso tener la menor relación con la socialdemocracia alemana.

A los partidos están vinculados los sindicatos. En Austria, lo mismo en unos que en otros, la labor principal pesa sobre los mismos obreros socialdemócratas. Había, pues, razones para temer que el separatismo en el seno del partido llevase al separatismo dentro de los sindicatos, que éstos se fraccionasen también. Y así ha ocurrido, en efecto: los sindicatos se han dividido también por nacionalidades. Y ahora las cosas llegan no pocas veces al extremo de que los obreros checos rompan una huelga sostenida por los obreros alemanes, o luchen en las elecciones municipales junto a la burguesía checa contra los obreros de nacionalidad alemana.

De lo expuesto se desprende que la autonomía cultural-nacional no resuelve la cuestión nacional. Lejos de ello, la exacerba y la embrolla, abonando el terreno para escindir la unidad del movimiento obrero, para aislar a los obreros por nacionalidades, para acentuar las fricciones entre ellos.

Tales son los frutos de la autonomía nacional.

5. El Bund, su nacionalismo y su separatismo

Hemos dicho más arriba que Bauer, reconociendo que la autonomía nacional es necesaria para los checos, los polacos, etc., se declara, no obstante, contrario a esta autonomía para los judíos. A la pregunta: “¿debe la clase obrera reivindicar la autonomía para el pueblo judío?”, Bauer contesta que “la autonomía nacional no puede ser una reivindicación de los obreros judíos”. La causa reside, a juicio de Bauer, en que “la sociedad capitalista no les permite (a los judíos, J. St.) subsistir como nación”.

Resumiendo: la nación judía está dejando de existir; por tanto, no hay para quién reivindicar la autonomía nacional. Los judíos van siendo asimilados.

Esta opinión acerca de los destinos de los judíos como nación no es nueva. Marx la expresó ya en la década de 1840, refiriéndose, principalmente, a los judíos alemanes. Kautsky la repitió en 1903, refiriéndose a los judíos rusos. Ahora la repite Bauer con relación a los judíos austriacos. Con la diferencia, sin embargo, de que él no niega el presente, sino el futuro de la nación judía.

Bauer explica la imposibilidad de que los judíos subsistan como nación por el hecho de que “los judíos no poseen un territorio delimitado de colonización”. Esta explicación, acertada en principio, no expresa, sin embargo, toda la verdad. La razón estriba, ante todo, en que los judíos no tienen una capa de población extensa y estable ligada a la tierra y que cohesionase de un modo natural a la nación, no sólo como su osamenta, sino también como mercado “nacional”. De los 5 ó 6

millones de judíos rusos, sólo 3 ó 4% se halla vinculado de un modo o de otro a la agricultura. El 96% restante trabaja en el comercio, en la industria, en las instituciones urbanas, y, en general, habita en las ciudades y, además, diseminado por toda Rusia, sin constituir la mayoría ni en una sola provincia.

De este modo, incrustados como minorías nacionales en territorios de otra nacionalidad, los judíos sirven principalmente a naciones “ajenas”, como industriales y comerciantes y, también, ejerciendo profesiones liberales, adaptándose de un modo natural a las “naciones ajenas” en cuanto al idioma, etc. Todo esto, sumado a la creciente mezcolanza de las nacionalidades, peculiar de las formas desarrolladas del capitalismo, conduce a la asimilación de los judíos. La abolición de las “zonas de asentamiento” no hará más que acelerar esta asimilación.

Por esta razón, la cuestión de la autonomía nacional reviste, en lo que a los judíos rusos se refiere, un carácter un tanto peregrino: ¿se propone la autonomía para una nación cuyo futuro se niega y cuya existencia necesita todavía ser demostrada!

No obstante, el Bund se colocó en esta posición peregrina y precaria, al adoptar en su VI Congreso (1905) un “programa nacional” en el espíritu de la autonomía nacional.

Dos circunstancias indujeron al Bund a dar este paso. La primera circunstancia es la existencia del Bund como organización de los obreros socialdemócratas judíos y solamente judíos. Ya antes de 1897 los grupos socialdemócratas que trabajaban entre los obreros judíos se propusieron el objetivo de crear “una organización obrera específicamente judía”. En 1897 crearon esta organización unificándose en el Bund. Ocurrió esto en la época en que, de hecho, la socialdemocracia de Rusia no existía aún como un todo. Desde entonces, el Bund ha ido creciendo y extendiéndose continuamente, destacándose cada vez más sobre el fondo de los días grises de la socialdemocracia de Rusia. Pero he aquí que llegan los años del novecientos. Comienza el movimiento obrero de masas. Crece la socialdemocracia polaca y arrastra a la lucha de masas a los obreros judíos. Crece la socialdemocracia de Rusia y se atrae a los obreros “bundistas”. El marco nacional del Bund, carente de una base territorial, comienza a hacerse estrecho. Ante el Bund se plantea el problema de disolverse en la ola internacional general o defender su existencia independiente, como organización extraterritorial. Y el Bund opta por lo segundo.

Así se crea la “teoría” del Bund, como “único representante del proletariado judío”.

Pero justificar esta extraña “teoría” de una manera más o menos “sencilla” resultaba imposible. Era necesario encontrar una base “de principio”, una justificación “de principio”. La autonomía cultural-nacional resultó ser esta base. Y el

Bund se aferró a ella, tomándola prestada de la socialdemocracia austriaca. Si los austriacos no hubiesen tenido semejante programa, el Bund lo habría inventado para justificar “en el terreno de los principios” su existencia independiente.

De este modo, después del tímido intento hecho en 1901 (IV Congreso), el Bund adopta definitivamente el “programa nacional” en 1905 (VI Congreso).

La segunda circunstancia es la situación especial de los judíos como minorías nacionales en las regiones con mayorías compactas de otras nacionalidades. Ya hemos dicho que esta situación mina la existencia de los judíos como nación, situándolos en el camino de la asimilación. Pero esto es un proceso objetivo. Subjetivamente, en las mentes de los judíos provoca una reacción y plantea el problema de las garantías para los derechos de la minoría nacional, de las garantías contra la asimilación. Predicando la vitalidad de la “nacionalidad” judía, el Bund no podía menos que situarse en el punto de vista de las “garantías”. Y, una vez adoptada esta posición, no podía menos que aceptar la autonomía nacional, pues si el Bund había de acogerse a una autonomía cualquiera, ésta no podía ser otra que la nacional, es decir, *cultural-nacional*: la carencia de un territorio definido e íntegro no permitía ni hablar de una autonomía político-territorial para los judíos.

Es significativo que el Bund subrayase desde el primer momento el carácter de la autonomía nacional como garantía de los derechos de las minorías nacionales, como garantía del “libre desarrollo” de las naciones. Y tampoco es casual que Goldblat, el representante del Bund en el II Congreso de la socialdemocracia de Rusia, formulase la autonomía nacional como “instituciones que les *garanticen* (a las naciones, J. St.) plena libertad de desarrollo cultural”. La misma proposición presentaron a la minoría socialdemócrata de la IV Duma los partidarios de las ideas del Bund.

Así fue como el Bund adoptó la peregrina posición de la autonomía nacional de los judíos.

Más arriba hemos analizado la autonomía nacional, en líneas generales. Este análisis ha puesto de manifiesto que la autonomía nacional conduce al nacionalismo. Más adelante veremos que el Bund ha llegado a ese mismo final. Pero el Bund enfoca, además, la autonomía nacional en un aspecto especial: como *garantía* de los derechos de las minorías nacionales. Examinemos también la cuestión en este aspecto especial. Ello es tanto más necesario por cuanto la cuestión de las minorías nacionales, y no sólo de las judías, encierra para la socialdemocracia una gran importancia.

Tenemos, pues, “instituciones que garanticen” a las naciones “plena libertad de desarrollo cultural”.

Pero, ¿qué “instituciones” son esas “que garantizan”, etc.?

Ante todo, el “consejo nacional” de Springer-Bauer, algo por el estilo de una Dieta para asuntos culturales.

Pero, ¿acaso pueden estas instituciones garantizar la “plena libertad de desarrollo cultural” de la nación. ¿Acaso puede una Dieta para asuntos culturales garantizar a la nación contra las represiones nacionalistas?

El Bund entiende que sí. Pero la historia dice lo contrario.

En la Polonia rusa existió en un tiempo una Dieta, una Dieta política, y ésta, naturalmente, se esforzaba por garantizar la libertad de “desarrollo cultural” de los polacos, pero no sólo no lo consiguió, sino que, por el contrario, ella misma sucumbió en lucha desigual contra las condiciones políticas generales imperantes en Rusia.

En Finlandia existe desde hace largo tiempo una Dieta, que también se esfuerza por defender la nacionalidad finlandesa contra los “atentados”. Pero si puede hacer mucho en este sentido, es cosa que está a la vista de todo el mundo.

Naturalmente, no todas las Dietas son iguales, y con la Dieta democráticamente organizada de Finlandia no es tan fácil arreglárselas como con la Dieta aristocrática polaca. Pero lo *decisivo* no es, sin embargo, la Dieta misma, sino el orden general de cosas reinante en Rusia. Si hoy existiese en Rusia un orden de cosas político-social tan brutalmente asiático como en el pasado, en los años en que fue abolida la Dieta polaca, a la Dieta finlandesa le iría mucho peor. Por otra parte, la política de “atentados” contra Finlandia se acentúa, y no se puede decir que esta política sufra derrotas...

Y si así se presentan las cosas tratándose de instituciones antiguas, formadas en el transcurso de la historia, de Dietas políticas, menos han de poder garantizar el libre desarrollo de las naciones las Dietas jóvenes, instituciones jóvenes y, además, tan débiles como las Dietas “culturales”.

La cuestión no estriba, evidentemente, en las “instituciones”, sino en el orden general imperante en el país. Si en el país no hay democratización, no hay tampoco garantías para la “plena libertad de desarrollo cultural” de las nacionalidades. Con seguridad puede decirse que cuanto más democrático sea el país, menos “atentados” habrá a la “libertad de las nacionalidades” y mayores serán las garantías contra esos “atentados”.

Rusia es un país semiasiático, y por eso la política de “atentados” reviste allí, no pocas veces, las formas más brutales, formas de *pogrom*. Huelga decir que en Rusia las “garantías” han sido reducidas al mínimo.

Alemania es ya Europa, con mayor o menor libertad política. No es de extrañar que allí la política de “atentados” no revista nunca formas de *pogrom*.

En Francia, naturalmente, hay todavía mayores “garantías”, pues Francia es un país más democrático que Alemania.

Y no hablemos ya de Suiza, donde gracias a su elevada democracia, aunque burguesa, las nacionalidades viven libremente, lo mismo si son minoría que mayoría.

El Bund sigue, pues, un camino falso, al afirmar que las “instituciones” pueden por sí solas garantizar el pleno desarrollo cultural de las nacionalidades.

Podrá objetarse que el mismo Bund considera la democratización de Rusia como condición *previa* para la “creación de estas instituciones” y para las garantías de la libertad. Pero eso es falso. Por el “Informe de la VIII Conferencia del Bund” se ve que éste piensa conseguir esas “instituciones” *sobre la base* del actual orden de cosas vigente en Rusia, por medio de una “reforma” de la *comunidad judía*.

“La comunidad –dijo en esta Conferencia uno de los líderes del Bund– puede convertirse en el núcleo de la futura autonomía cultural-nacional. La autonomía cultural-nacional es la forma en que las naciones se sirven a sí mismas, la forma de satisfacer las necesidades nacionales. Bajo la forma de la comunidad se alberga el mismo contenido. Son eslabones de la misma cadena, etapas de la misma evolución”.

Partiendo de esto, la Conferencia acordó que era necesario luchar “por la reforma de la comunidad judía y por transformarla legislativamente en una institución laica”, democráticamente organizada.

Está claro que el Bund no considera como condición y garantía la democratización de Rusia, sino la futura “institución laica” de los judíos, que ha de obtenerse mediante la “reforma de la comunidad judía”, por vía “legislativa”, digámoslo así, a través de la Duma.

Pero ya hemos visto que, por sí solas, sin un orden de cosas democrático vigente en todo el Estado, las “instituciones” no pueden servir de “garantías”.

Ahora bien, ¿qué ocurrirá bajo un futuro régimen democrático? ¿No serán también necesarias, bajo la democracia, instituciones especiales, “instituciones culturales que garanticen”, etc.? ¿Cómo se presentan las cosas, a este respecto, en la democrática Suiza, por ejemplo? ¿Existen allí instituciones culturales especiales por el estilo del “consejo nacional” de Springer? No, *no existen*. Pero, ¿no sufren por ello los intereses culturales de los italianos, por ejemplo, que constituyen allí una minoría?

Al parecer, no. Y la cosa es lógica: la democracia en Suiza hace superfluas todas esas “instituciones” culturales especiales, que, según se pretende, “garantizan”, etc.

Por tanto, impotentes en cuanto al hoy y superfluas en cuanto al mañana, así son las *instituciones* de la autonomía cultural-nacional, así es la autonomía nacional.

Pero esta autonomía resulta aún más perjudicial cuando se le impone a una “nación” cuya existencia y cuyo porvenir están en tela de juicio. En tales casos, los

partidarios de la autonomía nacional están obligados a proteger y conservar todas las particularidades de la “nación”, no sólo las útiles, sino también las perniciosas, con tal de “salvar a la nación” de ser asimilada, con tal de “preservarla”.

El Bund tenía que emprender indefectiblemente este peligroso camino. Y lo emprendió, en efecto. Nos referimos a los conocidos acuerdos de las últimas Conferencias del Bund sobre el “sábado”, sobre el “yídish”, etc.

La socialdemocracia postula el derecho de emplear la lengua materna *para todas las naciones*; pero el Bund no se da por satisfecho con esto y exige que se defiendan, “con especial insistencia”, “los derechos de la lengua judía”. Y el mismo Bund, en las elecciones a la IV Duma, da “preferencia a los (compromisarios⁴) que se obliguen a defender los derechos de la lengua judía”.

¡No es el derecho *general* a emplear la lengua materna, sino el derecho *particular* a emplear la lengua judía, el “yídish”! ¡Que los obreros de cada nacionalidad luchen *ante todo* por su propia lengua: los judíos por el judío, los georgianos por el georgiano, etc. La lucha por los derechos generales de todas las naciones es una cosa secundaria. Podéis incluso no reconocer el derecho a emplear la lengua materna para todas las nacionalidades oprimidas pero, si reconocéis el derecho a emplear el “yídish”, ya sabéis que el Bund votará por vosotros, que el Bund os dará “preferencia”.

¿En qué se distingue, entonces, el Bund de los nacionalistas burgueses?

La socialdemocracia postula el establecimiento de un día obligatorio de descanso a la semana, pero el Bund no se da por satisfecho con esto y exige que se “asegure al proletariado judío, legislativamente, el derecho a celebrar el sábado, relevándole de la obligación de celebrar también otro día”.

Es de esperar que el Bund dará “un paso adelante” y exigirá el derecho a celebrar todas las viejas fiestas judías. Y si, para desgracia del Bund, los obreros judíos se han curado de prejuicios y no desean celebrar esas fiestas, el Bund, con su campaña (de agitación por el “derecho del sábado”, les recordará el sábado, cultivará en ellos, por decirlo así, el “espíritu del sábado”.

Por eso se comprenden perfectamente los “fogosos discursos” pronunciados en la VIII Conferencia del Bund pidiendo “hospitales judíos”, reivindicación ésta que se razonaba diciendo que “el enfermo se siente mejor entre los suyos”, que “el obrero judío se sentirá mal entre obreros polacos y se sentirá bien entre tenderos judíos”.

Conservar todo lo judío, preservar *todas* las peculiaridades nacionales de los judíos, hasta las que se sabe de antemano que son perjudiciales para el proletariado, separar a los judíos de todo lo que no sea judío, llegando hasta construir hospitales especiales: ¡fijaos cuán bajo ha ido a parar el Bund!

El camarada Plejánov tenía una y mil veces razón al decir que el Bund “adapta

el socialismo al nacionalismo”. Naturalmente, V. Kossovski y otros bundistas como él pueden motejar a Plejánov de “demagogo” –el papel lo aguanta todo–, pero conociendo la actuación del Bund, no es difícil comprender que estas bravas gentes temen sencillamente decir la verdad acerca de sí mismas y se escudan en improperios a propósito de la “demagogia”.

Pero, al mantener tal posición en el problema nacional, el Bund, naturalmente, tenía que emprender también en materia de organización la senda del aislamiento de los obreros judíos, la senda de las curias nacionales dentro de la socialdemocracia. ¡Tal es la lógica de la autonomía nacional!

Y, en efecto, de la teoría del “único representante” el Bund pasa a la teoría del “deslindamiento nacional” de los obreros. El Bund exige de la socialdemocracia de Rusia que “introduzca en la estructura de su organización un deslindamiento por nacionalidades”. Y del “deslindamiento” da “un paso adelante” hacia la teoría del “aislamiento”. No en vano en la VIII Conferencia del Bund resollaron discursos sosteniendo que “en el aislamiento es donde reside la existencia nacional”.

El federalismo en la organización alberga en su seno elementos de descomposición y de separatismo. El Bund marcha hacia el separatismo.

Y, en realidad, no le queda otro camino. Ya su misma existencia como organización extraterritorial lo empuja a la senda del separatismo. El Bund no posee un territorio íntegro y definido; opera en territorios “ajenos”, mientras que la socialdemocracia polaca, la letona y la rusa, entre las que se mueve, son colectividades territoriales internacionales. Pero ello hace que cada ampliación de estas colectividades represente para el Bund una “pérdida”, una reducción de su campo de acción. Una de dos: o toda la socialdemocracia de Rusia debe reorganizarse sobre los principios del federalismo nacional, en cuyo caso el Bund obtiene la posibilidad de “asegurarse” el proletariado judío; o se mantiene en vigor el principio territorial internacional de estas colectividades, en cuyo caso el Bund tiene que reorganizarse sobre los principios internacionalistas, como ocurre con la socialdemocracia polaca y la letona.

Esto explica por qué el Bund exige desde el primer momento “la reconstrucción de la socialdemocracia de Rusia sobre principios federativos”.

En 1906, el Bund, cediendo a la ola de unificación nacida en la base, eligió el camino intermedio, ingresando en la socialdemocracia de Rusia. Pero, ¿cómo ingresó? Mientras que la socialdemocracia polaca y la letona ingresaron en ella para trabajar pacífica y conjuntamente, el Bund ingresó con el fin de guerrear por la federación. El líder de los bundistas, Medem, así lo dijo entonces:

“No vamos a un idilio, sino a la lucha. No hay idilio y sólo los Manílov pueden esperar que lo haya en un porvenir próximo. El Bund debe entrar en el Partido armado de pies a cabeza”.

Sería un error ver en esto mala voluntad por parte de Medem. No se trata de mala voluntad sino de la posición especial del Bund, en virtud de la cual éste no puede menos que luchar contra la socialdemocracia de Rusia, organizada sobre los principios del internacionalismo. Ahora bien, luchando contra ella, el Bund, naturalmente, infringía los intereses de la unidad. Por último, la cosa llegó hasta la ruptura formal del Bund con la socialdemocracia de Rusia: el Bund, violando los estatutos, se unió, en las elecciones a la IV Duma, con los nacionalistas de Polonia contra los socialdemócratas polacos.

El Bund encontró, por lo visto, que la ruptura era la mejor manera de asegurar su actuación independiente.

Así fue como el “principio” del “deslindamiento” en el terreno de la organización condujo al separatismo, a la completa ruptura.

Polemizando acerca del federalismo con la vieja “Iskra”, el Bund escribía en cierta época:

“La *Iskra* quiere convencernos de que las relaciones federativas del Bund con la socialdemocracia de Rusia deben debilitar los vínculos entre ellos. No podemos refutar esta opinión remitiéndonos a la experiencia de Rusia, por la sencilla razón de que la socialdemocracia de Rusia no existe como una unión federativa. Pero podemos referirnos a la experiencia extraordinariamente instructiva de la socialdemocracia de Austria, que asumió carácter federativo sobre la base del acuerdo del Congreso del Partido celebrado en 1897”.

Esto fue escrito en 1902.

Pero ahora estamos en 1913. Ahora tenemos tanto la “experiencia” de Rusia como la “experiencia de la socialdemocracia de Austria”.

¿Qué nos dicen estas experiencias?

Comencemos por “la experiencia extraordinariamente instructiva de la socialdemocracia de Austria”. Hasta 1896, aún existía en Austria un partido socialdemócrata único. En ese año, los checos por primera vez reclaman y obtienen en el Congreso Internacional de Londres una representación aparte. En 1897, en el Congreso del Partido celebrado en Viena (en Wimberg), se liquida formalmente el partido único y se constituye en su lugar una unión federativa de seis “grupos socialdemócratas” nacionales. Más adelante, estos “grupos” se convierten en partidos independientes. Poco a poco, los partidos van rompiendo los vínculos entre sí. Tras los partidos se escinde la minoría parlamentaria y se forman “clubes” nacionales. Les siguen los sindicatos, que se fraccionan también por nacionalidades. La cosa llega hasta las cooperativas, para cuyo fraccionamiento los separatistas checos exhortan a los obreros. Y no hablemos ya de cómo la agitación separatista entibia en los obreros el sentimiento de solidaridad, empujándolos no pocas veces a la senda de los rompehuelgas.

Vemos, pues, que “la experiencia extraordinariamente instructiva de la socialdemocracia de Austria” habla *en contra* del Bund y en favor de la vieja *Iskra*. En el partido austriaco, el federalismo condujo al separatismo más vergonzoso y a la destrucción de la unidad del movimiento obrero.

Ya hemos visto más arriba que la “experiencia de Rusia” nos dice lo mismo. Los separatistas bundistas, al igual que los checos, rompieron con la socialdemocracia común, con la socialdemocracia de Rusia. En cuanto a los sindicatos, a los sindicatos bundistas, estuvieron organizados, desde el primer momento, sobre los principios de la nacionalidad, es decir, estaban desligados de los obreros de otras nacionalidades.

Completo aislamiento, completa ruptura: he ahí lo que pone de manifiesto la “experiencia rusa” del federalismo.

No es extraño que este estado de cosas repercuta entre los obreros, entibiando el sentimiento de solidaridad y provocando la desmoralización, la cual penetra también en el Bund. Nos referimos, al decir esto, a los conflictos cada vez más frecuentes entre los obreros judíos y polacos a causa del paro forzoso. He aquí los discursos que resonaron, a este propósito, en la IX Conferencia del Bund.

“Consideramos como pogromistas, como amarillos, a los obreros polacos que nos desalojan del trabajo, y no apoyamos sus huelgas, las rompemos. En segundo lugar, contestamos al desalojamiento con el desalojamiento: como réplica a la no admisión de los obreros judíos en las fábricas, no dejamos que los obreros polacos se acerquen a los bancos de trabajo manual. Si no tomamos este asunto en nuestras manos, los obreros se irán con otros”.

Así es como se habla de la solidaridad en la Conferencia de los bundistas.

No se puede ir más lejos en la senda del “deslindamiento” y del “aislamiento”. El Bund ha alcanzado sus objetivos: deslinda a los obreros de distintas nacionalidades hasta llegar a la pendencia, hasta hacer de ellos rompeshuelgas. Y no puede ser de otro modo: “Si no tomamos este asunto en nuestras manos, *los obreros se irán con otros*“ (...).

Desorganización del movimiento obrero, desmoralización en las filas de la socialdemocracia: he ahí adónde conduce el federalismo bundista.

Así, pues, la idea de la autonomía cultural-nacional y la atmósfera que crea han resultado ser todavía más dañinas en Rusia que en Austria.

6. Los caucasianos, la conferencia de los liquidadores

Más arriba hemos hablado de las vacilaciones de una parte de los socialdemócratas caucasianos, que no pudieron resistir la “epidemia” nacionalista. Estas vacilaciones se expresaron en el hecho de que los mencionados socialdemócratas

siguieron –por extraño que ello parezca– las huellas del Bund, proclamando la autonomía cultural-nacional.

Autonomía regional para todo el Cáucaso y autonomía cultural-nacional para las naciones que viven en el Cáucaso: así es como formulan su reivindicación estos socialdemócratas, que, dicho sea de paso, se han adherido a los liquidadores rusos.

Oigamos a su reconocido líder, el célebre N.:

“De todos es sabido que el Cáucaso se distingue profundamente de las provincias centrales, tanto por la composición racial de su población, como por el territorio y la agricultura. La explotación y el desarrollo material de una región como ésta requieren hombres nacidos en ella, que conozcan las particularidades locales y estén acostumbrados al clima y a la cultura local. Es necesario que todas las leyes que persigan fines de explotación del territorio local sean promulgadas en el país mismo y puestas en práctica por elementos locales. Consiguientemente, será de la competencia del órgano central de la administración autónoma caucasiana la promulgación de leyes sobre problemas locales... De esta manera, las funciones del centro caucasiano consistirán en la promulgación de aquellas leyes que persigan fines de explotación económica del territorio local y la prosperidad material de la región”.

Tenemos, pues, la autonomía regional para el Cáucaso.

Si prescindimos de los argumentos de N., un tanto confusos e incoherentes, hay que reconocer que la conclusión a que llega es exacta. La autonomía regional del Cáucaso, dentro del marco de la constitución general del Estado –cosa que N. no niega– es, en realidad, necesaria, en virtud de las particularidades de su composición y de sus condiciones de vida. Esto ha sido reconocido también por la socialdemocracia de Rusia, que en el II Congreso proclamó “la administración autónoma regional para todos los territorios periféricos que, por sus condiciones de vida y su población, se distinguen de los territorios propiamente rusos”.

Al someter este punto a la discusión del II Congreso, Martov lo razonó diciendo que “la enorme extensión de Rusia y la experiencia de nuestra administración centralizada nos dan motivos para considerar necesaria y conveniente la existencia de una administración autónoma regional para unidades tan grandes como Finlandia, Polonia, Lituania y el Cáucaso”.

De ahí se desprende que por *administración autónoma* regional hay que entender la *autonomía* regional.

Pero N. va más lejos. A su juicio, la autonomía regional del Cáucaso abarca “solamente un aspecto de la cuestión”.

“Hasta aquí hemos hablado solamente del desarrollo material de la vida local. Pero al desarrollo económico de la región contribuye no sólo la actividad económica, sino también la actividad espiritual, cultural” (...) “Una nación cultural-

mente fuerte es también fuerte en el terreno económico” (...) “Pero el desarrollo cultural de las naciones sólo es posible sobre la base del idioma nacional” (...) “Por eso, todos los problemas relacionados con el idioma materno son problemas cultural-nacionales. Tales son los problemas de la enseñanza, del procedimiento judicial, de la iglesia, de la literatura, de las artes, de las ciencias, del teatro, etc. Si el desarrollo material de la región unifica las naciones, los asuntos nacional-culturales las desunen, colocando a cada una de ellas en un palenque distinto. Las actividades del primer género están vinculadas a un determinado territorio” (...) “No sucede así con los asuntos cultural-nacionales. Éstos no están vinculados con un territorio determinado sino con la existencia de una nación determinada. Los destinos del idioma georgiano interesan por igual a los georgianos, dondequiera que éstos vivan. Sería prueba de supina ignorancia decir que la cultura georgiana sólo atañe a los georgianos que viven en Georgia. Tomemos, por ejemplo, la iglesia armenia. En la administración de sus asuntos toman parte armenios de diferentes lugares y Estados. Aquí, el territorio no desempeña papel alguno. O, por ejemplo, en la creación del museo georgiano están igualmente interesados los georgianos de Tiflis y los de Bakú, Kutaís, San Petersburgo, etc. Esto quiere decir que la administración y dirección de todos los asuntos cultural-nacionales deben entregarse a las mismas naciones interesadas. Nosotros proclamamos la autonomía cultural-nacional de las nacionalidades caucásicas”.

Resumiendo: puesto que la cultura no es el territorio ni el territorio es la cultura, es necesaria la autonomía cultural-nacional. Eso es todo lo que en apoyo de ésta nos puede decir N.

No vamos a examinar aquí una vez más la autonomía nacional-cultural en términos generales; ya hemos hablado más arriba de su carácter negativo. Quisiéramos solamente poner de relieve que, si en general resulta inservible, teniendo en cuenta las condiciones del Cáucaso es, además, disparatada y absurda.

He aquí el porqué. La autonomía cultural-nacional presupone unas nacionalidades más o menos desarrolladas, con una cultura y una literatura desarrolladas. Sin estas condiciones, dicha autonomía pierde todo sentido, se convierte en un absurdo. Pero en el Cáucaso viven numerosos pueblos con una cultura primitiva, con su propia lengua, pero sin una literatura propia, pueblos que, además, se hallan en un estado de transición, que en parte van siendo asimilados y en parte continúan desarrollándose. ¿Cómo aplicar a estos pueblos la autonomía cultural-nacional? ¿Qué hacer con ellos? ¿Cómo “organizarlos” en distintas uniones cultural-nacionales, como, indudablemente, presupone la autonomía cultural-nacional?

¿Qué hacer con los mingrelios, abjasianos, adzharianos, svanetos, lesgos, etc., que hablan lenguas diferentes, pero que no poseen su propia literatura? ¿Entre qué

naciones deben ser comprendidos? ¿Es posible “organizarlos” en uniones nacionales? ¿En torno a qué “asuntos culturales” “organizarlos”?

¿Qué hacer con los osetinos, entre los cuales los de la Transcaucasia están siendo asimilados (pero distan mucho todavía de haber sido asimilados) por los georgianos, mientras los de la Ciscaucasia en parte van siendo asimilados por los rusos y en parte siguen desarrollándose, creando su propia literatura? ¿Cómo “organizarlos” en una unión nacional única?

¿En qué unión nacional deben ser comprendidos los adzharianos, que hablan el georgiano pero que viven la cultura turca y profesan el islamismo? ¿No habrá que “organizarlos” aparte de los georgianos *en lo tocante a los asuntos religiosos*, y junto con los georgianos *en lo tocante a otros asuntos culturales*? ¿Y los kobuletes? ¿Y los ingushos? ¿Y los inguilos?

¿Qué autonomía es esa que excluye de la lista a tantos pueblos?

No, ésa no es la solución de la cuestión nacional; eso es el fruto de una fantasía ociosa.

Pero admitamos lo inadmisible y supongamos que la autonomía nacional-cultural de nuestro N. se haya puesto en práctica. ¿Adónde conduce?, ¿a qué resultados? Tomemos, por ejemplo, a los tártaros transcaucasicos, con su porcentaje mínimo de personas que saben leer y escribir, con sus escuelas regentadas por los omnipotentes mulhas, con su cultura impregnada de espíritu religioso. No es difícil comprender que el “organizarlos” en una unión cultural-nacional significaría colocar al frente de ellos a sus mulhas, significaría dejarlos a merced de los reaccionarios mulhas, significaría crear una nueva fortaleza para la esclavización espiritual de las masas tártaras por su más enconado enemigo.

Pero, ¿desde cuándo los socialdemócratas se dedican a llevar el agua al molino de los reaccionarios? ¿No han podido los liquidadores caucasicos “proclamar” otra cosa mejor que la delimitación de los tártaros transcaucasicos en una unión cultural-nacional, que conduciría a la esclavización de las masas por los más enconados reaccionarios?

No, ésa no es la solución de la cuestión nacional.

La cuestión nacional del Cáucaso sólo puede resolverse *en el sentido de llevar a las naciones y pueblos rezagados al cauce común de una cultura superior*. Sólo esta solución puede ser progresiva y aceptable para la socialdemocracia. La autonomía regional del Cáucaso es aceptable, precisamente, porque incorpora a las naciones rezagadas al desarrollo cultural común, les ayuda a romper el cascarón del aislamiento propio de las pequeñas nacionalidades, las impulsa a marchar hacia adelante y les facilita el acceso a los valores de una cultura superior. En cambio, la autonomía cultural-nacional actúa en un sentido diametralmente opuesto, pues recluye a las naciones en sus viejos cascarones, las mantiene en los

grados inferiores del desarrollo de la cultura y les impide elevarse a los grados más altos de la misma.

De este modo, la autonomía nacional paraliza los lados positivos de la autonomía regional y la reduce a la nada.

Por eso, precisamente, no sirve tampoco ese tipo mixto de autonomía que propone N., en el que se combinan la autonomía nacional-cultural y la autonomía regional. Esta combinación antinatural no mejora la cosa, sino que la empeora, pues, además de entorpecer el desarrollo de las naciones rezagadas, convierte la autonomía regional en arena de choques entre las naciones organizadas en uniones nacionales.

De este modo, la autonomía cultural-nacional, inservible en general, se convertiría, en el Cáucaso, en una empresa reaccionaria absurda.

Tal es la autonomía cultural-nacional de N. y de sus correligionarios caucásicos.

¿Darán los liquidadores caucásicos “un paso adelante” y seguirán también al Bund en el terreno de la organización? El futuro lo dirá. Hasta hoy, en la historia de la socialdemocracia, el federalismo en el terreno de la organización ha precedido siempre a la autonomía nacional en el programa. Los socialdemócratas austriacos aplicaron ya en 1897 el federalismo en el terreno de la organización, y sólo a la vuelta de dos años (en 1899) adoptaron la autonomía nacional. Los bundistas hablaron por primera vez de un modo inteligible de la autonomía nacional en 1901, mientras que el federalismo en el terreno de la organización lo practicaban ya desde 1897.

Los liquidadores caucásicos han empezado por el final, por la autonomía nacional. Si siguen marchando sobre las huellas del Bund, tendrán que demoler previamente todo el edificio de la organización actual, levantado ya a finales de la década de 1890 sobre los principios del internacionalismo.

Pero todo lo que ha tenido de fácil aceptar la autonomía nacional, incomprendible todavía para los obreros, lo tendrá de difícil demoler un edificio que ha costado años enteros construir, y que ha sido levantado y cuidado con tanto amor por los obreros de todas las nacionalidades del Cáucaso. Bastará que comience esta empresa de Eróstrato⁵, para que los obreros abran los ojos y comprendan la esencia nacionalista de la autonomía cultural-nacional.

Mientras los caucásicos resuelven la cuestión nacional de una manera común y corriente, por medio de debates verbales y de una discusión literaria, la Conferencia de los liquidadores de toda Rusia ha discurrido un procedimiento completamente desusado. Un procedimiento fácil y sencillo. Escuchad:

“Habiendo oído la comunicación hecha por la delegación caucásica acerca de que... es necesario plantear la reivindicación de la autonomía nacional-cul-

tural, la Conferencia, sin pronunciarse acerca del fondo de esta reivindicación, hace constar que tal interpretación del punto del programa en que se reconoce a cada nacionalidad el derecho de autodeterminación, no va en contra del sentido preciso de dicho programa”.

Así, ante todo, “sin pronunciarse acerca del fondo de esta” cuestión, y luego “hacer constar”. ¡Peregrino método!

¿Qué es lo que “hace constar” esta original Conferencia?

Pues que la “reivindicación” de la autonomía nacional-cultural “no va en contra del sentido preciso” del programa en que se reconoce el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Examinemos esta tesis.

El punto de la autodeterminación habla de los derechos de las naciones. Según este punto, las naciones no sólo tienen derecho a la autonomía, sino también a la separación. Se trata de la autodeterminación *política*. ¿A quién han querido engañar los liquidadores, intentando tergiversar totalmente este derecho de autodeterminación política de las naciones, establecido desde hace largo tiempo en toda la socialdemocracia internacional?

¿O tal vez los liquidadores quieren escurrir el bulto, escudándose tras el sofisma de que la autonomía cultural-nacional “no va en contra” de los derechos de las naciones? Es decir, que si todas las naciones de un Estado determinado se ponen de acuerdo para organizarse según los principios de la autonomía cultural-nacional, esta suma de naciones tiene perfecto derecho a hacerlo y nadie puede *imponerles por la fuerza* otra forma de vida política. Nuevo e ingenioso. ¿Por qué no añadir que, en general, las naciones tienen derecho a derogar su propia Constitución, a sustituirla por un sistema de arbitrariedad, a retrotraerse al viejo orden de cosas, pues las naciones y solamente ellas tienen derecho a determinar sus propios destinos? Repetimos: en este sentido, ni la autonomía cultural-nacional ni ninguna otra tendencia reaccionaria en la cuestión nacional “va en contra” de los *derechos de las naciones*.

¿No era eso lo que quería decir la respetable Conferencia?

No, no era eso. Dice concretamente que la autonomía cultural-nacional “no va en contra”, no de los derechos de las naciones sino “*del sentido preciso*” del programa. Aquí se trata del programa y no de los derechos de las naciones.

Y es comprensible. Si a la Conferencia de los liquidadores se hubiese dirigido una nación cualquiera, la Conferencia podría haber hecho constar sencillamente que una nación tiene derecho a la autonomía cultural-nacional. Pero a la Conferencia no se dirigió una nación sino una “delegación” de socialdemócratas caucásicos, malos socialdemócratas, es cierto, pero, con todo, socialdemócratas. Y éstos no preguntaron acerca de los derechos de las naciones,

sino si la autonomía cultural-nacional no contradice los *principios de la socialdemocracia*, si no va “en contra” “del sentido preciso” del programa de la socialdemocracia.

Así, pues, los *derechos de las naciones* y el “sentido preciso” del programa de la socialdemocracia no son una y la misma cosa.

Evidentemente, hay reivindicaciones que, aun no yendo en contra de los derechos de las naciones, pueden ir en contra del “sentido preciso” del programa.

Un ejemplo. En el programa de los socialdemócratas figura un punto sobre la libertad de conciencia. Según este punto, cualquier grupo de personas *tiene derecho* a profesar cualquier religión: el catolicismo, la religión ortodoxa, etc. La socialdemocracia luchará contra toda persecución de las religiones, contra las persecuciones de que se haga objeto a los ortodoxos, católicos y protestantes. ¿Quiere decir esto que el catolicismo, el protestantismo, etc. “no van en contra del sentido preciso” del programa? No, no quiere decir esto. La socialdemocracia protestará siempre contra las persecuciones de que se haga objeto al catolicismo y al protestantismo, defenderá siempre el derecho de las naciones a practicar cualquier religión; pero, al mismo tiempo, partiendo de una comprensión acertada de los intereses del proletariado, hará propaganda en contra del catolicismo, en contra del protestantismo, en contra de la religión ortodoxa, con el fin de hacer triunfar la concepción socialista del mundo.

Y obrará así porque el protestantismo, el catolicismo, la religión ortodoxa, etc., sin ningún género de dudas, “van en contra del sentido preciso” del programa, es decir, en contra de los intereses bien comprendidos del proletariado.

Otro tanto hay que decir de la autodeterminación. Las naciones tienen derecho a organizarse con arreglo a sus deseos, tienen derecho a conservar las instituciones nacionales que les plazcan, las perniciosas y las útiles: nadie puede (¡nadie tiene derecho!) inmiscuirse *por la fuerza* en la vida de las naciones. Pero esto no quiere decir que la socialdemocracia no haya de luchar, no haya de hacer propaganda en contra de las instituciones nocivas de las naciones, en contra de las reivindicaciones inadecuadas de las naciones. Por el contrario, la socialdemocracia está obligada a realizar esta propaganda y a influir en la voluntad de las naciones de modo que éstas se organicen en la forma que mejor corresponda a los intereses del proletariado. Precisamente por esto, luchando en favor del derecho de las naciones a la autodeterminación, realizará, al mismo tiempo, una campaña de propaganda, por ejemplo, contra la separación de los tártaros y contra la autonomía cultural-nacional de las naciones caucásicas, pues tanto una como otra, si bien no van en contra de los *derechos* de estas naciones, van, sin embargo, en contra “del sentido preciso” del programa, es decir, de los intereses del proletariado caucasiano.

Evidentemente, los “derechos de las naciones” y el “sentido preciso” del programa son dos planos completamente distintos. Mientras que el “sentido preciso” del programa expresa los intereses del proletariado, formulados científicamente en su programa, los derechos de las naciones pueden expresar los intereses de cualquier clase: de la burguesía, de la aristocracia, del clero, etc., con arreglo a la fuerza y a la influencia de estas clases. Allí son los *deberes* del marxista, aquí los derechos de las naciones, integradas por diversas clases. Los derechos de las naciones y los principios de la socialdemocracia pueden ir o no “ir en contra” los unos de los otros, de la misma manera, por ejemplo, que la pirámide de Cheops y... la famosa Conferencia de los liquidadores. Son, sencillamente, magnitudes incomparables.

Pero de aquí se desprende que la respetable Conferencia ha confundido de la manera más imperdonable dos cosas totalmente distintas. El resultado no ha sido la solución de la cuestión nacional, sino un absurdo en virtud del cual los derechos de las naciones y los principios de la socialdemocracia “no van en contra” los unos de los otros; y, por consiguiente, toda reivindicación de las naciones puede ser compatible con los intereses del proletariado; y por consiguiente, ni una sola reivindicación de las naciones que aspiran a la autodeterminación “irá en contra del sentido preciso” del programa!

Ni la menor compasión con la lógica...

Este absurdo ha servido de base al ya célebre acuerdo de la Conferencia de los liquidadores, según el cual la reivindicación de la autonomía nacional-cultural “no va en contra del sentido preciso” del programa.

Pero la Conferencia de los liquidadores no infringe solamente las leyes de la lógica.

Infringe, además, su propio deber para con la socialdemocracia de Rusia, al sancionar la autonomía cultural-nacional. Infringe del modo más definido el “sentido preciso” del programa, pues es sabido que el II Congreso, en el que se aprobó el programa, *rechazó resueltamente* la autonomía cultural-nacional. He aquí lo que se dijo, a este propósito, en el Congreso:

Goldbtat (bundista): “(...) Yo considero necesario crear instituciones especiales que aseguren la libertad del desarrollo cultural de las nacionalidades, razón por la cual propongo que se añada al punto 8 lo siguiente: “y creación de las instituciones que les garanticen plena libertad de desarrollo cultural” (que es, como se sabe, la formulación bundista de la autonomía cultural-nacional, J. St.).

Martínov señala que las instituciones generales deben organizarse de tal modo que garanticen también los intereses privados. No es posible crear ninguna institución especial que asegure la libertad de desarrollo cultural de la nacionalidad.

Egórov: En la cuestión de la nacionalidad sólo podemos adoptar proposiciones negativas, es decir, somos contrarios a toda restricción de la nacionalidad. Pero a nosotros, como socialdemócratas, nos tiene sin cuidado que esta o aquella nacionalidad se desarrolle como tal. Esto es materia de un proceso espontáneo.

Koltsov: Los delegados del Bund se ofenden siempre que se habla de su nacionalismo. Y sin embargo, la enmienda propuesta por el delegado del Bund tiene un carácter puramente nacionalista. Exigen de nosotros medidas puramente ofensivas para defender incluso a aquellas nacionalidades que se van extinguiendo”. En consecuencia, *“la enmienda de Goldblat es rechazada por mayoría de votos contra tres”*.

Está, pues, claro que la Conferencia de los liquidadores ha ido “en contra del sentido preciso” del programa, ha infringido el programa.

Ahora, los liquidadores intentan justificarse, remitiéndose al Congreso de Estocolmo, que, según ellos, ha sancionado la autonomía cultural-nacional. Y así, V. Kossovski escribe:

“Como es sabido, según el acuerdo adoptado en el Congreso de Estocolmo, se dejó al Bund en libertad para conservar su programa nacional (hasta la solución de la cuestión nacional en el Congreso de todo el Partido). Este Congreso reconoció que la autonomía nacional-cultural no contradice, en todo caso, el programa general del Partido”.

Pero los esfuerzos de los liquidadores son vanos. El Congreso de Estocolmo no pensó siquiera en sancionar el programa del Bund; se avino sencillamente a dejar abierta, por el momento, la cuestión. Al valiente Kossovski le faltó valor para decir toda la verdad. Pero los hechos hablan por sí solos. Helos aquí:

Galin presenta una enmienda: “La cuestión del programa nacional queda abierta, en vista de que no ha sido examinada por el Congreso”. (*En pro* 50 votos, *en contra* 32.)

Una voz: ¿Qué quiere decir que queda abierta?

Presidente: Cuando decimos que la cuestión nacional queda abierta, eso significa que el Bund puede mantener su decisión acerca de esta cuestión hasta el Congreso siguiente.

Como veis, el Congreso “no examinó” siquiera la cuestión del programa nacional del Bund: se limitó a dejarla “abierta”, concediendo al mismo Bund libertad para decidir los destinos de su programa hasta el siguiente Congreso general. En otros términos: el Congreso de Estocolmo rehuyó la cuestión, no enjuició la autonomía cultural-nacional, ni en un sentido ni en otro.

En cambio, la Conferencia de los liquidadores enjuicia el asunto con toda concreción, reconoce como admisible la autonomía cultural-nacional y la sanciona en nombre del programa del Partido. La diferencia salta a la vista.

De este modo, la Conferencia de los liquidadores, pese a todos los subterfugios, no ha hecho avanzar ni un solo paso la cuestión nacional.

Bailarle el agua al Bund y a los nacional-liquidadores caucasianos: eso es todo lo que ha sabido hacer.

7. La cuestión nacional en Rusia

Nos resta señalar la solución positiva de la cuestión nacional.

Partimos del hecho de que esta cuestión sólo puede ser resuelta en indisoluble conexión con el momento que actualmente se vive en Rusia.

Rusia vive en una época de transición, en que no se ha instaurado todavía una vida “normal”, “constitucional”, en que la crisis política no se ha resuelto todavía. Nos esperan días de tormenta y de “complicaciones”. De aquí el movimiento, el presente y el venidero, que se propone como objetivo la plena democratización.

En relación con este movimiento es como debe ser examinada la cuestión nacional.

Tenemos, pues, la plena democratización del país como *base* y condición para solucionar la cuestión nacional.

Para resolver la cuestión es necesario tener en cuenta no sólo la situación interior, sino también la situación exterior. Rusia se encuentra enclavada entre Europa y Asia, entre Austria y China. El crecimiento de la democracia en Asia es inevitable. El crecimiento del imperialismo en Europa no es un fenómeno casual. En Europa, el capital se va sintiendo estrecho y pugna por penetrar en países ajenos, buscando nuevos mercados, mano de obra barata, nuevos lugares de inversión. Pero esto conduce a complicaciones exteriores y a guerras. Nadie puede decir que la guerra de los Balcanes sea el fin y no el comienzo de las complicaciones. Por eso, cabe perfectamente dentro de lo posible que se dé una combinación de circunstancias interiores y exteriores en que una u otra nacionalidad de Rusia crea necesario plantear y resolver la cuestión de su independencia. Y, naturalmente, no es cosa de los marxistas poner obstáculos en tales casos.

Pero de aquí se deduce que los marxistas rusos no pueden prescindir del derecho de las naciones a la autodeterminación.

Tenemos, pues, *el derecho de autodeterminación como punto indispensable* para resolver la cuestión nacional.

Prosigamos. ¿Qué hacer con las naciones que por unas u otras causas prefieran permanecer dentro del marco de un Estado multinacional?

Hemos visto que la autonomía cultural-nacional es inservible. En primer lugar, es artificial y no viable, pues supone agrupar artificialmente en una sola nación a gentes a quienes la vida, la vida real, desune y dispersa por los diversos confi-

nes del Estado. En segundo lugar, impulsa hacia el nacionalismo, pues lleva al punto de vista del “deslindamiento” de los hombres por curias nacionales, al punto de vista de la “organización” de naciones, al punto de vista de la “conservación” y cultivo de las “particularidades nacionales”, cosa que no cuadra en absoluto a la socialdemocracia. No es un hecho casual que los separatistas moravos en el Reichsrat, después de separarse de los diputados socialdemócratas alemanes, se uniesen a los diputados moravos burgueses, para formar, como si dijésemos, un “kolo” moravo. Ni es un hecho casual tampoco que los separatistas del Bund se empantanasen en el nacionalismo, exaltando la celebración del “sábado” y el “yídish”. En la Duma no figuran todavía diputados bundistas, pero en el radio de acción del Bund hay una comunidad judía clerical-reaccionaria, en cuyas “instituciones dirigentes” organiza el Bund, por el momento, una “unión” entre los obreros y los burgueses judíos. Tal es, en efecto, la lógica de la autonomía cultural-nacional.

La autonomía *nacional* no resuelve, pues, la cuestión.

¿Dónde está la salida?

La única solución acertada es la autonomía *regional*, la autonomía de unidades tan definidas como Polonia, Lituania, Ucrania, el Cáucaso, etc.

La ventaja de la autonomía regional consiste, ante todo, en que aquí no tenemos que habérmolas con una ficción sin territorio, sino con una población determinada, que vive en un territorio determinado. Además, no deslinda a los hombres por naciones, no refuerza las barreras nacionales, sino que, por el contrario, rompe estas barreras y agrupa a la población para abrir el camino a un deslindamiento de otro género, al deslindamiento por clases. Finalmente, permite utilizar del mejor modo las riquezas naturales de la región y desarrollar las fuerzas productivas, sin esperar a que la solución venga del centro, funciones éstas que la autonomía cultural-nacional no concede.

Tenemos, pues, *la autonomía regional como punto indispensable* para resolver la cuestión nacional. No cabe duda de que en ninguna de las regiones se da una homogeneidad nacional completa, pues en todas ellas hay enclavadas minorías nacionales. Tal ocurre con los judíos en Polonia, con los letones en Lituania, con los rusos en el Cáucaso, con los polacos en Ucrania, etc. Se puede temer, por esta razón, que las minorías sean oprimidas por las mayorías nacionales. Pero este temor sólo tiene fundamento si el país sigue viviendo bajo el viejo orden de cosas. Dad al país plena democracia, y este temor perderá toda base.

Se propone articular a las minorías dispersas en una unión nacional. Pero lo que necesitan las minorías no es una unión artificial, sino derechos reales en el sitio en que viven. ¿Qué puede darles semejante unión *sin* plena democracia? o ¿para qué es necesaria esa unión nacional *bajo* una completa democracia?

¿Qué es lo que inquieta especialmente a una minoría nacional?

Lo que produce el descontento de esta minoría no es la falta de una unión nacional, sino la falta del derecho a usar su lengua materna. Permitídle servirse de su lengua materna, y el descontento desaparecerá por sí solo.

Lo que produce el descontento de esta minoría no es la falta de una unión artificial, sino la falta de escuelas en su lengua materna. Dadle estas escuelas, y el descontento perderá toda base.

Lo que produce el descontento de esta minoría no es la falta de una unión nacional, sino la falta de la libertad de conciencia (la libertad de cultos), de movimiento, etc. Dadle estas libertades, y dejará de estar descontenta.

Tenemos, pues, *la igualdad nacional de derechos en todas sus formas (idioma, escuelas, etc.) como punto indispensable* para resolver la cuestión nacional. Se precisa, por tanto, una ley general del Estado basada en la plena democratización del país y que prohíba todos los privilegios nacionales sin excepción y todas las trabas o limitaciones puestas a los derechos de las minorías nacionales.

Esto, y solamente esto, puede ser la garantía real y no ficticia de los derechos de las minorías. Se podría discutir o no la existencia de una relación lógica entre el federalismo, en el terreno de la organización, y la autonomía cultural-nacional. Lo que no se puede discutir es que ésta crea una atmósfera propicia para un federalismo ilimitado, que acaba transformándose en completa ruptura, en separatismo. Si los checos en Austria y los bundistas en Rusia, comenzando por la autonomía y pasando luego a la federación, terminaron en el separatismo, en ello desempeñó, sin duda, un gran papel la atmósfera nacionalista que emana naturalmente de la autonomía cultural-nacional. No es casual que la autonomía nacional y la federación en el terreno de la organización se den la mano. La cosa es lógica. Tanto una como otra exigen el deslindamiento por nacionalidades. Tanto una como otra presuponen la organización por nacionalidades. La analogía es indudable. La única diferencia es que allí se deslinda la población en general, y aquí a los obreros socialdemócratas.

Sabemos a qué conduce el deslindamiento de los obreros por nacionalidades. Desintegración del Partido obrero único, división de los sindicatos por nacionalidades, exacerbación de las fricciones nacionales, rompeshuelgas nacionales, completa desmoralización dentro de las filas de la socialdemocracia: he ahí los frutos del federalismo en el terreno de la organización. La historia de la socialdemocracia en Austria y la actuación del Bund en Rusia lo atestiguan elocuentemente.

El único medio contra todo esto es la organización basada en los principios del internacionalismo.

La unión de los obreros de todas las nacionalidades de Rusia en colectividad-

des *únicas e íntegras* en cada localidad, y la unión de estas colectividades en un Partido *único*: he ahí la tarea.

De suyo se comprende que esta estructura del Partido no excluye sino que presupone una amplia autonomía de las *regiones* dentro del Partido como un todo único.

La experiencia del Cáucaso pone de manifiesto toda la conveniencia de este tipo de organización. Si los caucasianos han logrado vencer los rozamientos nacionales entre los obreros armenios y tártaros, si han logrado poner a la población a salvo de matanzas y choques armados, si en Bakú, en este caleidoscopio de grupos nacionales, hoy son ya imposibles los choques de carácter nacional, si allí se ha conseguido incorporar a los obreros al cauce único de un potente movimiento, en todo ello ha desempeñado un papel considerable la estructura internacional de la socialdemocracia caucasiana.

El tipo de organización no influye solamente en el trabajo práctico. Imprime un sello indeleble a toda la vida espiritual del obrero. El obrero vive la vida de su organización; en ella se desarrolla espiritualmente y se educa. Por eso, al actuar dentro de su organización y encontrarse siempre allí con sus camaradas de otras nacionalidades, librando a su lado una lucha común bajo la dirección de la colectividad común, se va penetrando profundamente de la idea de que los obreros son, *ante todo*, miembros de una sola familia de clase, miembros del ejército único del socialismo. Y esto no puede menos que tener una importancia educativa enorme para las grandes capas de la clase obrera.

Por eso, el tipo internacional de organización es una escuela de sentimientos de camaradería, una propaganda inmensa en favor del internacionalismo.

No ocurre así con la organización por nacionalidades.

Organizados sobre la base de la nacionalidad, los obreros se encierran en sus cascarones nacionales, separándose unos de otros con barreras en el terreno de la organización. No se subraya lo que es *común* a los obreros, sino lo que diferencia a unos de otros. Aquí, el obrero es, *ante todo*, miembro de su nación: judío, polaco, etc. No es de extrañar que el federalismo *nacional* en la organización incluya a los obreros el espíritu del aislamiento nacional.

Por eso, el tipo nacional de organización es una escuela de estrechez nacional y de rutina.

Tenemos, pues, ante nosotros, dos tipos de organización distintos *por principio*: el tipo de la unión internacional y el del “deslindamiento” de los obreros por nacionalidades.

Hasta hoy, las tentativas que se han hecho para conciliar estos dos tipos de organización no han tenido éxito. Los estatutos conciliatorios de la socialdemocracia austriaca, elaborados en Wimberg en 1897, quedaron en el aire. El partido

austriaco se fraccionó arrastrando tras de sí a los sindicatos. La “conciliación” no sólo resultó ser utópica sino, además, nociva. Strasser tiene razón cuando afirma que “el separatismo obtuvo su primer triunfo en el Congreso de Wimberg del Partido”. Otro tanto acontece en Rusia. La “conciliación” con el federalismo del Bund en el Congreso de Estocolmo acabó en una completa bancarrota. El Bund hizo fracasar el compromiso establecido en Estocolmo. Al día siguiente del Congreso de Estocolmo, el Bund se convirtió en un obstáculo para la unión de los obreros de cada localidad en una organización *única*, que englobase a los obreros de todas las nacionalidades. Y el Bund prosiguió aplicando tenazmente su táctica separatista, a pesar de que, tanto en 1907 como en 1908, la socialdemocracia de Rusia exigió repetidas veces que fuese realizada por fin la unidad por la base entre los obreros de todas las nacionalidades. Habiendo comenzado por la autonomía nacional en el terreno de la organización, el Bund pasó de hecho a la federación, para acabar en la completa ruptura, en el separatismo. Y, rompiendo con la socialdemocracia de Rusia, llevó a las filas de ésta la confusión y la desorganización. Basta recordar aunque, más no sea, el caso de Jagiello.

Por eso, la senda de la “conciliación” debe ser descartada como utópica y nociva.

Una de dos: o el federalismo del Bund, y entonces la socialdemocracia de Rusia se reorganiza sobre los principios del “deslindamiento” de los obreros por nacionalidades; o el tipo internacional de organización, y entonces el Bund se reorganiza sobre los principios de la autonomía territorial, según el modelo de la socialdemocracia caucasiana, letona y polaca, abriendo el camino a la unificación directa de los obreros judíos con los obreros de las demás nacionalidades de Rusia.

No hay término medio: los principios vencen, los principios no se “concilian”.

Tenemos, pues, *el principio de la unión internacional de los obreros como punto indispensable* para resolver la cuestión nacional.

Viena, enero de 1913.

■ ■ ■ ■
¹ Bund: término alemán que significa federación o unión. El Bund fue fundado en 1897 en el imperio ruso y su objetivo era la unificación de los trabajadores judíos del imperio en un solo partido. En ese momento, el imperio incluía a Lituania, Letonia, Bielorrusia, Ucrania y casi toda Polonia, en cuyos países vivía la mayor parte de la población judía.

² Progromos: plural de la voz rusa progrom, cuya adaptación al español significa destrucción, devastación.

³ Expresión que se utiliza cuando alguien pretende forzar la realidad para que ésta se ajuste a su modelo ideal.

⁴ Compromisario: persona elegida, en quien otras delegan para hacer alguna cosa.

⁵ Empresa de Eróstrato: en referencia a quien busca fama o celebridad sin importar a qué precio ni aun si lo consigue por acciones infames y/o negativas.

BALANCE DE LA DISCUSIÓN SOBRE LA AUTODETERMINACIÓN

Julio de 1916

Vladimir Ilich Lenin

Obras Completas, Tomo 30, pp. 38 y siguientes

(...)

7. ¿MARXISMO O PROUDHONISMO?

Nuestra alusión a la actitud adoptada por Marx con respecto a la separación de Irlanda es contrarrestada por los camaradas polacos, a título de excepción, no de modo indirecto, sino directo. ¿En qué consiste su objeción? Según ellos, las alusiones a la posición de Marx en 1848-1871 no tienen “el más mínimo valor”. Esta afirmación, irritada y categórica en extremo, se razona diciendo que Marx se manifiesta “al mismo tiempo” contra los anhelos de independencia “de los checos, de los eslavos del Sur, etc.”¹.

Esta argumentación es irritada en extremo precisamente porque carece de toda base. Según los marxistas polacos resulta que Marx era un simple confusionista, que ¡afirmaba “al mismo tiempo” cosas opuestas! Esto, además de ser completamente falso, no tiene nada que ver con el marxismo. Precisamente la exigencia de un análisis “concreto”, que formulan los camaradas polacos *para no aplicarla*, nos obliga a examinar si la diferente actitud de Marx ante los distintos movimientos “nacionales” concretos no partía de *una sola* concepción socialista.

Como es sabido, Marx era partidario de la independencia de Polonia desde el punto de vista de los intereses de la democracia *européa* en su lucha contra la fuerza e influencia –bien podría decirse: contra la omnipotencia y la predominante influencia reaccionaria– del zarismo. El acierto de este punto de vista encontró su confirmación más palmaria y real en 1849, cuando el ejército feudal ruso aplastó la insurrección nacional-liberadora y democrático-revolucionaria en Hungría. Y desde entonces hasta la muerte de Marx, e incluso más tarde, hasta 1890, cuando se cernía la amenaza de una guerra reaccionaria del zarismo, en alianza con Francia, contra la Alemania *no imperialista*, sino nacionalmente independiente, Engels se mostraba partidario, ante todo y sobre todo, de la lucha contra el zarismo. Por eso, y solamente por eso, Marx y Engels se manifestaron contra el movimiento nacional de los checos y de los eslavos del Sur. La simple consulta de cuanto escribieron Marx y Engels en 1848-1849 demostrará a todos

los que se interesen por el marxismo, no para renegar de él, que Marx y Engels *contraponían* a la sazón, de modo directo y concreto, “pueblos enteros reaccionarios” que servían de “puestos de avanzada de Rusia” en Europa a los “pueblos revolucionarios”: alemanes, polacos y magiares. Esto es un hecho. Y este hecho fue señalado *entonces* con *indiscutible* acierto: en 1848, los pueblos revolucionarios combatían por la libertad, cuyo principal enemigo era el zarismo, mientras que los checos y otros eran realmente pueblos reaccionarios, puestos de avanzada del zarismo.

¿Qué nos enseña este ejemplo concreto, que debe ser analizado *concretamente* si se quiere permanecer fiel al marxismo? Únicamente que: 1) los intereses de la liberación de varios pueblos grandes y muy grandes de Europa están por encima de los intereses del movimiento liberador de las pequeñas naciones; 2) que la reivindicación de democracia debe ser considerada en escala europea (ahora habría que decir: en escala mundial), y no aisladamente.

Y nada más. Ni sombra de refutación del principio socialista elemental que olvidan los polacos y al que Marx *siempre* guardó fidelidad: no puede ser libre el pueblo que oprime a otros pueblos.² Si la situación concreta ante la que se hallaba Marx en la época de la influencia predominante del zarismo en la política internacional volviera a repetirse bajo otra forma, por ejemplo, si varios pueblos iniciasen la revolución socialista (como en 1848 iniciaron en Europa la revolución democrática burguesa), y *otros* pueblos resultasen ser los pilares principales de la reacción burguesa, nosotros también deberíamos ser partidarios de la guerra revolucionaria contra ellos, abogar por “aplastarlos”, por destruir todos sus puestos de avanzada, cualesquiera que fuesen los movimientos de pequeñas naciones que allí surgiesen. Por tanto, no debemos rechazar, ni mucho menos, los ejemplos de la táctica de Marx –lo que significaría reconocer de palabra el marxismo y romper con él de hecho–, sino, con base en su análisis concreto, extraer enseñanzas inapreciables para el futuro. Las distintas reivindicaciones de la democracia, incluyendo la de la autodeterminación, no son algo absoluto, sino *una partícula* de todo el movimiento democrático ¡hoy: socialista general! *mundial*. Puede suceder que, en un caso dado, una partícula se halle en contradicción con el todo; entonces hay que desecharla. Es posible que en un país el movimiento republicano no sea más que un instrumento de las intrigas clericales o financiero-monárquicas de otros países; entonces, nosotros *no* debemos apoyar ese movimiento concreto. Pero sería ridículo excluir por ese motivo del programa de la socialdemocracia internacional la consigna de la república.

¿Cómo cambió la situación concreta desde 1848-1871 hasta 1898-1916 (considerando los jalones más importantes del imperialismo como un período: desde la guerra imperialista hispano-norteamericana hasta la guerra imperialista eu-

ropea)? El zarismo dejó de ser, manifiesta e indiscutiblemente, el baluarte principal de la reacción; primero, a consecuencia del apoyo que le prestó el capital financiero internacional, sobre todo el de Francia; segundo, como resultado del año 1905.

(...)

Obras Completas, Tomo 30, pp. 46-47

(...)

El centro de gravedad de la educación internacionalista de los obreros de los países opresores tiene que estar necesariamente en la prédica y en la defensa de la libertad de separación de los países oprimidos. De otra manera, *no hay* internacionalismo. Tenemos el derecho y el deber de tratar de imperialista y de canalla a todo socialdemócrata de una nación opresora que *no* realice tal propaganda. Esta es una exigencia incondicional, aunque, *prácticamente*, la separación no sea posible ni “realizable” antes del socialismo más que en el uno por mil de los casos.

Tenemos el deber de educar a los obreros en la “indiferencia” ante las diferencias nacionales. Esto es indiscutible. Mas no se trata de la indiferencia de *los anexionistas*. El miembro de una nación opresora debe permanecer “indiferente” ante el problema de si las naciones pequeñas pertenecen a *su* Estado o al Estado *vecino*, o a sí mismas, según sean sus simpatías: sin tal “indiferencia” no será socialdemócrata. Para ser socialdemócrata internacionalista hay que pensar *no* sólo en la propia nación, sino colocar *por encima de ella* los intereses de todas las naciones, la libertad y la igualdad de derechos de todas. “Teóricamente”, todos están de acuerdo con estos principios; pero, en la práctica, revelan precisamente una indiferencia anexionista. Ahí está la raíz del mal.

Y, a la inversa, el socialdemócrata de una nación pequeña debe tomar como centro de gravedad de sus campañas de agitación la *primera* palabra de nuestra fórmula general: “*unión* voluntaria” de las naciones. Sin faltar a sus deberes de internacionalista, puede pronunciarse *tanto* a favor de la independencia política de su nación *como* a favor de su incorporación al Estado vecino X, Y, Z, etc. Pero deberá luchar en todos los casos *contra* la estrechez de criterio, el aislamiento, el particularismo de pequeña nación, por que se tenga en cuenta lo total y lo general, por la supeditación de los intereses de lo particular a los intereses de lo general.

A gentes que no han penetrado en el problema, les parece “contradictorio” que los socialdemócratas de las naciones opresoras exijan la “libertad de *separación*” y los socialdemócratas de las naciones oprimidas la “libertad de *unión*”. Pero, a poco que se reflexione, se ve que, *partiendo de* la situación *dada*, no hay ni puede haber *otro* camino hacia el internacionalismo y la fusión de las naciones, no hay ni puede haber otro camino que conduzca a este fin.

Y llegamos así a la situación *peculiar* de la socialdemocracia holandesa y polaca.

■ ■ ■ ■
¹ Véase: F. Engels, *El paneslavismo democrático*, C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. 6, pp. 289-306.

² Véase: F. Engels, *Publicaciones de los emigrados*, C. Marx y F. Engels, *Obras*, t. 18, p. 509.

CARTA A LOS OBREROS Y CAMPESINOS DE UCRANIA A PROPÓSITO DE LAS VICTORIAS SOBRE DENIKIN

N. Lenin

28. XII. 1919

*Se publica según el texto del periódico "Pravda",
cotejado con el manuscrito "Pravda", núm. 3
e "Izvestia VTsIK", núm. 3, 4 de enero de 1920*

Camaradas: Hace cuatro meses, a fines de agosto de 1919, tuve ocasión de dirigir una carta a los obreros y campesinos con motivo de la victoria sobre Kolchak.*

Ahora publico de nuevo esta carta íntegra para los obreros y campesinos de Ucrania, con motivo de las victorias sobre Denikin.

Las tropas rojas han tomado Kiev, Poltava y Jarkov y avanzan victoriosamente hacia Rostov. En Ucrania hierve la insurrección contra Denikin. Es preciso reunir todas las fuerzas para derrotar definitivamente a las tropas de Denikin, que intentaron restablecer el poder de los terratenientes y de los capitalistas. Es preciso aniquilar a Denikin para estar a cubierto de la más mínima posibilidad de una nueva invasión.

Los obreros y campesinos de Ucrania deben conocer las enseñanzas que ha proporcionado a todos los obreros y campesinos rusos la experiencia de la conquista de Siberia por Kolchak y su liberación por las tropas rojas, después de largos meses de opresión de los terratenientes y capitalistas.

La dominación de Denikin en Ucrania ha sido una prueba tan dura como la de Kolchak en Siberia. Indudablemente las enseñanzas que se desprenden de esta dura prueba harán que los obreros y campesinos de Ucrania –como en el caso de los obreros y campesinos de los Urales y de Siberia– comprendan mejor las tareas del Poder soviético y lo defiendan con mayor firmeza.

En Rusia, la propiedad de los terratenientes ha sido abolida. Es necesario hacer lo mismo en Ucrania, y el poder soviético de los obreros y campesinos ucranios debe consolidar la supresión total de la propiedad señorial sobre la tierra, la completa emancipación de los obreros y campesinos ucranios de toda opresión por parte de los terratenientes y de los terratenientes mismos.

Pero, además de esta y otras muchas tareas que han estado y están planteadas a la vez ante las masas trabajadoras de Rusia y Ucrania, existen tareas especiales

para el poder soviético en Ucrania. Una de estas tareas especiales merece en la actualidad una extraordinaria atención. Es el problema nacional, es decir, el problema de si Ucrania debe ser la República Socialista Soviética de Ucrania, independiente y unida a la República Socialista Federativa Soviética de Rusia por medio de una alianza (federación), o debe fundirse con Rusia en una República Soviética única. Todos los bolcheviques, todos los obreros y campesinos conscientes deben meditar atentamente sobre esta cuestión.

La independencia de Ucrania ha sido reconocida por el Comité Ejecutivo Central de la RSFSR (República Socialista Federativa Soviética de Rusia) y por el Partido Comunista (bolchevique) de Rusia. Por eso, es evidente –y ha sido reconocido por todos– que sólo los obreros y campesinos de Ucrania, en su Congreso de los Soviets de Ucrania, pueden decidir y decidirán la cuestión de fusionar¹ Ucrania con Rusia o dejar a Ucrania como una república independiente, y en este último caso, qué clase de ligazón federativa debe establecerse entre esta república y Rusia.

¿Cómo, pues, debe resolverse esta cuestión desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores, desde el punto de vista del éxito de su lucha por la total emancipación del trabajo del yugo del capital?

En primer lugar, los intereses del trabajo exigen la más completa confianza y la unión más estrecha entre los trabajadores de los diferentes países, de las diferentes naciones. Los partidarios de los terratenientes y capitalistas, los partidarios de la burguesía tratan de dividir a los obreros, de exacerbar las querellas y los odios nacionales con objeto de debilitar a los obreros y fortalecer el poder del capital.

El capital es una fuerza internacional. Para triunfar sobre ella hace falta la unión internacional de los obreros, su fraternidad internacional.

Nosotros somos enemigos de los odios nacionales, de las querellas nacionales y del aislamiento nacional. Somos internacionalistas. Aspiramos a una unión estrecha y a la completa fusión de los obreros y campesinos de todas las naciones del mundo en una República Soviética mundial única.

En segundo lugar, los trabajadores no deben olvidar que el capitalismo ha dividido las naciones, por un lado, en un pequeño número de naciones opresoras, dominantes (imperialistas), soberanas y privilegiadas y, por otro, en una inmensa mayoría de naciones oprimidas, dependientes y semi-dependientes, que no gozan de igualdad de derechos. La más criminal y reaccionaria de las guerras, la de 1914-1918, acentuó esta división, exacerbando con ello los rencores y los odios. A través de los siglos han ido acumulándose la indignación y la desconfianza de las naciones sin plenos derechos y dependientes en las naciones imperialistas y opresoras, de naciones como la ucrania en naciones como la rusa.

Nosotros queremos una unión *voluntaria* de las naciones: una unión que no tolere violencia alguna de una nación sobre otra, una unión que se base en la más plena confianza, en la clara conciencia de la unidad fraternal, en un acuerdo plenamente voluntario. Tal unión no se puede realizar de golpe; es preciso llegar a ella a fuerza de grandísimo cuidado y paciencia para no malograr la obra, para no provocar la desconfianza, para dar tiempo a que desaparezca la desconfianza engendrada por siglos de opresión de los terratenientes y capitalistas, por el régimen de la propiedad privada y los odios producidos por los sucesivos repartos de esta propiedad.

Por eso, aspirando constantemente a la unidad de las naciones, yendo inflexiblemente contra todo lo que las divide, debemos ser muy prudentes, pacientes y transigentes con las supervivencias de la desconfianza nacional. Debemos ser intransigentes e intolerantes con todo lo que afecte a los intereses fundamentales del trabajo, en su lucha por sacudirse el yugo del capital. En cuanto a cómo determinar ahora, temporalmente, las fronteras estatales –ya que nosotros aspiramos a su completa destrucción– no es una cuestión fundamental e importante, sino secundaria. Esta cuestión puede y debe esperar, porque la desconfianza nacional suele estar muy arraigada en las amplias masas de campesinos y pequeños propietarios, y toda precipitación puede acentuarla, es decir, puede perjudicar la causa de la unidad total y definitiva.

La experiencia de la revolución obrera y campesina de Rusia, de la Revolución de Octubre-Noviembre de 1917, la experiencia de sus dos años de lucha victoriosa contra la invasión de los capitalistas internacionales y rusos, ha demostrado con claridad meridiana que los capitalistas han sabido explotar momentáneamente la desconfianza nacional de los campesinos y pequeños propietarios polacos, letones, estonios y finlandeses en los rusos; han logrado sembrar durante cierto tiempo la discordia entre aquéllos y nosotros con motivo de esta desconfianza.

La experiencia ha demostrado que esta desconfianza va siendo superada y está desapareciendo, pero con extrema lentitud, y que cuanto más cuidado y paciencia pongan de su parte los rusos, que han sido largo tiempo una nación opresora, con tanta mayor seguridad se borrará esta desconfianza. Precisamente por haber reconocido la independencia de los Estados polaco, letón, lituano, estonio y finlandés nos ganamos lenta, pero infaliblemente, la confianza de las más atrasadas masas trabajadoras de los pequeños Estados vecinos, las más engañadas y sojuzgadas por los capitalistas. Este es, precisamente, el camino más seguro para arrancarlas a la influencia de “sus” capitalistas nacionales, el más acertado para conquistar su completa confianza y para conducir las hacia la futura República Soviética internacional única.

Mientras Ucrania no esté completamente liberada de Denikin y hasta que se reúna el Congreso de los Soviets de toda Ucrania, su Gobierno es el Comité Revolucionario de toda Ucrania. En este Comité Revolucionario, al lado de comunistas bolcheviques ucranios, trabajan como miembros del Gobierno comunistas borotbistas ucranios. Lo que distingue a los borotbistas de los bolcheviques es, entre otras cosas, que aquéllos defienden la independencia absoluta de Ucrania. Los bolcheviques no hacen *de esto* objeto de divergencias, de desunión, no ven *en esto* ningún obstáculo para un trabajo solidario de los proletarios. Lo principal es que haya unidad en la lucha contra el yugo del capital, por la dictadura del proletariado, pues los comunistas no deben tener divergencias por cuestiones de fronteras nacionales o de las relaciones federativas o de otra naturaleza entre los Estados. Entre los bolcheviques hay partidarios de la independencia completa de Ucrania, como también los hay de la unión federativa más o menos estrecha o de la fusión plena de Ucrania con Rusia.

Las divergencias por estas cuestiones son inadmisibles. Estas cuestiones serán resueltas por el Congreso de los Soviets de toda Ucrania.

Si un comunista ruso insiste en la fusión de Ucrania con Rusia, los ucranios sospecharán fácilmente que no defiende tal política por consideraciones de unidad de los proletarios en la lucha contra el capital, sino por los prejuicios del antiguo nacionalismo ruso, del imperialismo. Tal desconfianza es natural y, hasta cierto punto, inevitable y justificada, ya que a lo largo de los siglos y bajo la opresión de los terratenientes y capitalistas, los rusos han asimilado los infames y abyectos prejuicios del chovinismo ruso.

Si un comunista ucranio insiste en la independencia estatal incondicional de Ucrania, se puede sospechar de él que no defiende tal política desde el punto de vista de los intereses temporales de los obreros y campesinos ucranios en su lucha contra el yugo del capital, sino bajo el peso de los prejuicios nacionales pequeñoburgueses, de pequeño propietario.

Porque la experiencia nos ha demostrado centenares de veces cómo los “socialistas” pequeñoburgueses de diversos países – todos esos pseudosocialistas polacos, letones, lituanos, mencheviques georgianos, eseristas, etc. – se han disfrazado de partidarios del proletariado con el único fin de hacer pasar fraudulentamente la política de conciliación con “su” burguesía nacional en contra de los obreros revolucionarios, listo lo vimos en el ejemplo de la política de Kerenski, en febrero-octubre de 1917 en Rusia; lo hemos visto y lo vemos en todos los países.

Por lo tanto, es muy fácil que surja la desconfianza mutua entre los comunistas rusos y ucranios. ¿Cómo combatirla? ¿Cómo vencerla y conquistar la confianza recíproca?

El mejor medio es el trabajo conjunto para defender la dictadura del proletariado y el poder soviético en la lucha contra los terratenientes y capitalistas de todos los países, contra sus intentos de restablecer su omnipotencia. Tal lucha conjunta mostrará claramente en la práctica que, cualquiera que sea la solución del problema de la independencia estatal o de las fronteras del Estado, a los obreros rusos y ucranios les es absolutamente necesaria una estrecha alianza militar y económica, ya que, de lo contrario, los capitalistas de la “Entente”, es decir, la coalición de los países capitalistas más ricos –Inglaterra, Francia, Norteamérica, Japón e Italia–, nos aplastarán y estrangularán por separado. El ejemplo de nuestra lucha contra Kolchak y Denikin, subvencionados y armados ambos por estos capitalistas, nos ha demostrado claramente la existencia de tal peligro.

Quien rompe la unidad y la alianza más estrecha entre los obreros y campesinos rusos y ucranios, ayuda a los Kolchak y a los Denikin, ayuda a los tiburones capitalistas de todos los países.

Por eso nosotros, los comunistas rusos, debemos reprimir con extremo rigor la menor manifestación de nacionalismo ruso que surja en nuestras filas, pues estas manifestaciones, que son en general una traición al comunismo, causan un daño enorme, separándonos de los camaradas ucranios, y con eso hacen el juego a Denikin y a su política.

Por eso nosotros, los comunistas rusos, debemos transigir en las divergencias con los comunistas bolcheviques y borotbistas ucranios cuando estas divergencias se refieren a la independencia estatal de Ucrania, a las formas de su alianza con Rusia y, en general, a la cuestión nacional. Nosotros todos, los comunistas rusos, ucranios y de cualquier otra nación, debemos ser intolerantes e intransigentes en las cuestiones de la lucha del proletariado que son fundamentales, cardinales e idénticas para todas las naciones, en las cuestiones de la dictadura del proletariado, en la inadmisibilidad de la conciliación con la burguesía, en la inadmisibilidad de la división de las fuerzas que nos defienden contra Denikin.

Vencer a Denikin, aniquilarlo, hacer imposible la repetición de una invasión semejante: tal es el interés fundamental de los obreros y campesinos rusos y ucranios. La lucha es larga y difícil, pues los capitalistas de todo el mundo ayudan a Denikin y ayudarán a los Denikin de todo género.

En esta larga y difícil lucha, nosotros, los obreros rusos y ucranios, debemos marchar estrechamente unidos, pues es indudable que separadamente no podremos salir victoriosos. Sean cuales fueren las fronteras de Ucrania y Rusia, sean cuales fueren las formas de sus relaciones como Estados, no son cosas tan importantes; en esto se puede y se debe hacer concesiones, se puede ensayar esto, aquello y lo otro; la causa de los obreros y campesinos, la causa de la victoria sobre el capitalismo no sucumbirá por ello.

Pero si no sabemos conservar la unión más estrecha entre nosotros, la unión contra Denikin, la unión contra los capitalistas y los kulaks de nuestros países y de todos los demás, es seguro que la causa de los trabajadores sucumbirá en ese caso por largos años, en el sentido de que los capitalistas *podrán* aplastar y estrangular tanto a la Ucrania Soviética como a la Rusia Soviética.

La burguesía de todos los países, todos los partidos pequeñoburgueses, todos los partidos “conciliadores”, que admiten la alianza con la burguesía en contra de los obreros, se han esforzado más que nada en dividir a los obreros de las diferentes nacionalidades, en despertar la desconfianza y romper la estrecha unión internacional y la fraternidad internacional de los obreros. Si la burguesía lo consigue, la causa de los obreros está perdida. Que los comunistas de Rusia y Ucrania, con un trabajo conjunto, paciente, perseverante y tenaz, desbaraten las intrigas nacionalistas de toda burguesía, los prejuicios nacionalistas de todo género, y den a los trabajadores del mundo entero un ejemplo de alianza verdaderamente sólida de los obreros y campesinos de diferentes naciones en la lucha por el Poder soviético, por la destrucción del yugo de los terratenientes y capitalistas, por la República Federativa Soviética mundial.

N. Lenin

■■■■
* Véase: *Obras Completas*, t. 39, pp. 159-168, Editorial Progreso Moscú, 1986.

LOS TRABAJADORES Y LA PATRIA SEGÚN EL MANIFIESTO COMUNISTA

Román Rosdolsky

Los trabajadores y la Patria:
una nota sobre un pasaje del “Manifiesto Comunista”

Por: ROMÁN ROSDOLSKY

[* “The Workers and the Fatherland: A Note on a Passage
in the Communist Manifesto”, International 4.2 (Winter 1977)]

I

El pasaje en cuestión se refiere a la actitud de los trabajadores hacia su país.

Dice:

“Además, se acusa a los comunistas de buscar la abolición de los países y la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. No podemos quitarles aquello que no tienen. Dado que ante todo el proletariado debe obtener la supremacía política, constituirse a sí mismo en nación, es, hasta este punto, nacional en sí mismo, aunque no en el sentido burgués del término.

Día a día se desvanecen las diferencias nacionales y los antagonismos entre los pueblos, debido al desarrollo de la burguesía, a la libertad de comercio, al mercado mundial, a la uniformidad del modo de producción y a las condiciones de vida que corresponden al mismo.

La supremacía del proletariado las hará desaparecer aún más rápidamente. Una de las primeras condiciones de la emancipación del proletariado es la acción unida de por lo menos los países civilizados líderes.

En la medida que se ponga término a la explotación de un individuo por otro, también se pondrá término a la explotación de una nación por otra. En la medida que el antagonismo de clases dentro de la nación se desvanezca, llegará a su fin la hostilidad de una nación a otra”.¹

Y en una página anterior, el “Manifiesto” afirma:

“La lucha del proletariado con la burguesía es ante todo, en forma aunque no en sustancia, una lucha nacional. El proletariado de cada país debe, por supuesto, arreglar cuentas ante todo con su propia burguesía”.²

La literatura socialista ha citado estos pasajes en innumerables ocasiones, generalmente para justificar la actitud negativa del movimiento obrero socialista hacia el patriotismo burgués y el chovinismo. Sin embargo, a menudo se ha intentado atemperar el fuerte lenguaje de estos pasajes, para darles un sentido opuesto, un sentido nacionalista.

Podemos citar como ejemplo a H. Cunow, el bien conocido teórico de la socialdemocracia alemana. Analiza los pasajes arriba citados en su libro sobre “Las teorías de la historia, la sociedad y el estado en Marx”. Según Cunow, todo lo que Marx y Engels pretendían afirmar era que:

“Hoy (1848), el trabajador no tiene país, no forma parte de la vida de la nación, no tiene participación en su riqueza material y espiritual. Pero llegará el día en que los trabajadores obtengan el poder político y adquieran una posición dominante en el estado y la nación; y entonces, cuando por así decir [?] se hayan constituido en la nación, también serán nacionales y se sentirán nacionales, aún cuando su nacionalismo será [!] tipo diferente al de la burguesía”.³

Esta interpretación de Cunow⁴ tropieza con una frasecita, la frase “hasta este punto” (“Dado que ante todo el proletariado... debe constituirse a sí mismo en nación, es, hasta este punto, nacional en sí mismo”), indicativa de que ni Marx ni Engels esperaban que el proletariado se mantuviera “nacional” para siempre...

La interpretación de Cunow se convirtió en la interpretación normal de la literatura reformista; pero después de la Segunda Guerra Mundial también encontró aceptación en el campo comunista. Así, leemos en la “Introducción” a la edición del “Manifiesto” vienesa de la Stern-Verlag (1946):

“Cuando en el Manifiesto Comunista Marx afirma que ‘Dado que ante todo el proletariado debe obtener la supremacía política, transformarse en la clase dirigente de la nación, constituirse a sí mismo en nación, es, hasta este punto, nacional en sí mismo’, debemos entender que en nuestra época la clase trabajadora actúa como clase nacional, como columna vertebral de la nación en el combate contra el fascismo y por la democracia. La clase trabajadora de Austria lucha hoy para ganar su patria austriaca, para crear una Austria independiente, libre y democrática”.⁵

Esta interpretación no solamente equivale a la de Cunow, sino que va más allá aún. En completa contradicción con estas interpretaciones nacionalistas se encuentra lo que Lenin escribió en su famoso ensayo ‘Karl Marx’: “La nación es un producto necesario, y la forma inevitable, en la época burguesa de desarrollo social. La clase trabajadora no puede fortalecerse, madurar y consolidar sus fuerzas sino constituyéndose en la ‘nación’, sin ser ‘nacional’ (‘aunque no en el sentido burgués de la palabra’). Pero el desarrollo del capitalismo tiende a derribar las fronteras nacionales, desecha el aislamiento nacional, reemplaza los anta-

gonismos nacionales por antagonismos de clase. En los países capitalistas más desarrollados es perfectamente cierto que ‘los trabajadores no tienen patria’ y que la ‘acción unificada’ de los trabajadores, al menos en los países civilizados, ‘es una de las primeras condiciones para la emancipación del proletariado’.”⁶

Pero ni siquiera la interpretación de Lenin termina de ser satisfactoria. Mientras que, según “El Manifiesto”, el proletariado, incluso después de obtener la supremacía política, será “hasta este punto, nacional en sí mismo”, Lenin restringe este “ser nacional” a los inicios del movimiento de la clase trabajadora, antes de su ‘mayoría de edad’. En una sociedad capitalista completamente desarrollada, dice Lenin, los trabajadores tendrán menos patria que nunca...

Hasta aquí, las diversas interpretaciones de los pasajes citados del “Manifiesto”.

No puede parecer extraño que cierta cantidad de autores socialistas hayan intentado encontrar su verdadero significado. Mucho más extraño es que a lo largo del tiempo estos pasajes se hayan transformado en una especie de Credo, que se hayan deducido de ellos consignas programáticas de largo alcance incluso cuando no se terminan de entender las palabras del “Manifiesto”... Esto se aplica especialmente a la afirmación de que los trabajadores “no tienen patria”. Era mucho más fácil repetirla mecánicamente que explicar esta oración tan simple en apariencia y ponerla de acuerdo con la práctica cotidiana de los partidos socialistas (y luego, los partidos comunistas).

Y, desafortunadamente, esta práctica parecía desmentir cada vez más a los autores del “Manifiesto”...

II

¿Qué significan, entonces, en realidad, las proposiciones del “Manifiesto”? ¿En qué sentido “no tienen patria” los trabajadores, y cómo es que, pese a todo, aún después de obtener la supremacía, seguirán siendo “hasta este punto, nacionales”? Parecería que para responder esta pregunta debemos ante todo examinar la terminología del “Manifiesto”.

Es bien sabido que los términos ‘nación’ y ‘nacionalidad’ no tienen siempre en todas partes el mismo sentido. En inglés y francés, por ejemplo, se suele entender por una ‘nación’ la población de un estado soberano, y se toma el término ‘nacionalidad’ sea como un sinónimo de ‘ciudadanía’ o como designación de una mera comunidad de ascendencia y lenguaje (un ‘pueblo’... como el ‘Volk’ alemán); en cambio, en Alemania y Europa Oriental ambos términos hacen referencia ante todo a comunidades de ascendencia y lenguaje.⁷

Marx y Engels, especialmente en sus escritos tempranos, seguían casi siempre el uso francés e inglés. En primer lugar, utilizaban la palabra ‘nación’ para designar a la población de un estado soberano (excepcionalmente, también aplicaban este término a pueblos ‘históricos’, como los polacos, que –temporalmente– habían sido privados de su propio estado).⁸

‘Nacionalidad’, por otro lado, significaba para ellos: sea (1) perteneciente a un estado, es decir, un pueblo que poseía un estado; sea (2) una mera comunidad étnica. Coherentemente, éste es prácticamente el único término que usan para los así llamados ‘pueblos sin historia’, como los eslavos austriacos (checos, croatas, etc.), y los rumanos o para los ‘restos de pueblos’, como los gaélicos, bretones y vascos... ¡Y precisamente este concepto de ‘nacionalidad’, en fuerte contraste con el de ‘nación’ (por el cual Marx y Engels entendían un pueblo que poseía un estado propio y por lo tanto su propia historia política), era muy característico de su terminología. Citamos algunos ejemplos: Los gaélicos de las Tierras Altas (*Highland Gaels*) y los galeses [escribía Engels en el periódico “The Commonwealth”, en 1866] son sin duda de nacionalidades diferentes a lo que son los ingleses, aunque nadie daría por estos remanentes de pueblos que hace mucho han perdido el título de naciones más que por los habitantes célticos de la Bretaña francesa...⁹

Y en el artículo “Alemania y el paneslavismo” (1855) dice que:

“Podemos distinguir dos grupos de eslavos austriacos. Uno consiste de remanentes de nacionalidades, cuya propia historia pertenece al pasado y cuyo desarrollo histórico actual está atado al de naciones de raza y lengua diferentes... En consecuencia, aunque estas nacionalidades viven exclusivamente sobre suelo austriaco, en modo alguno se constituyen como naciones diferentes”.¹⁰

En otro sitio, Engels afirma:

“Ni Bohemia ni Croacia poseían la capacidad de existir por sí mismas. Sus nacionalidades, minadas gradualmente por factores históricos que provocan su absorción por razas más vigorosas, sólo pueden esperar la recuperación de algún tipo de independencia si se vinculan con otras naciones eslavas’ (aquí Engels se está refiriendo a Rusia)”.¹¹

El artículo citado de “The Commonwealth” revela cuánta importancia asignaba Engels a la diferenciación terminológica de los conceptos de ‘nación’ y de ‘nacionalidad’; hace allí una tajante distinción entre las cuestiones ‘nacional’ y ‘de nacionalidades’, entre el principio ‘nacional’ y el principio de las ‘nacionalidades’. Aprobaba solamente el primero y rechazaba vigorosamente el segundo. (Como se sabe bien, Marx y Engels se equivocaban al negar futuro político a los ‘pueblos sin historia’: checos, eslovacos, serbios, croatas, eslovenos, ucranianos, rumanos, etcétera).¹²

III

También en el “Manifiesto Comunista” encontramos diversas instancias de este uso terminológico. Por ejemplo, cuando habla de que ‘el desarrollo del capitalismo mina las industrias nacionales’,¹³ es evidente que hace referencia a industrias confinadas al territorio de un estado dado. Por supuesto, deben entenderse en el mismo sentido las ‘Nationalfabriken’ (‘fábricas propiedad del Estado’, en la versión inglesa), a las que se hace referencia al final de la segunda sección. Y cuando en la oración ‘Provincias independientes, o apenas si conectadas tenuemente, con intereses, leyes, gobiernos y sistemas impositivos distintos, terminan agrupadas en una nación, con un gobierno, un código de leyes, un interés nacional de clase, una frontera y una tarifa aduanera’,¹⁴ las palabras ‘nación’ y ‘nacional’ hacen evidente referencia al estado, al pueblo que tiene un estado, y no a la nacionalidad en el sentido de la ascendencia y el lenguaje. Finalmente, cuando en el “Manifiesto” Marx y Engels hablan de la lucha ‘nacional’ del proletariado, lo hacen en un sentido bastante diferente al que le dan las interpretaciones reformistas o neo-reformistas... El siguiente párrafo, que retrata el origen de la lucha proletaria, lo aclara:

“Al principio, la lucha la llevan adelante trabajadores individuales, luego, los trabajadores de una fábrica, más adelante, los miembros de una rama de la producción, en una localidad, contra el burgués individual que los explota directamente... Era precisamente este contacto el que hacía falta para centralizar las numerosas luchas locales, todas del mismo carácter, en una lucha nacional entre clases”.¹⁵

Aquí, la lucha ‘nacional’ del proletariado, es decir el combate planteado a nivel del estado entero, se hace directamente igual a la lucha de clases, dado que sólo semejante centralización a escala del estado podía oponer los trabajadores como clase a la clase de la burguesía, dándole a estos combates la marca de combates políticos.¹⁶ Volviendo al párrafo citado al inicio, cuando Marx y Engels afirman que la lucha del proletariado contra la burguesía es “ante todo nacional”, lo que tienen en mente es, con toda evidencia, una lucha que se lleva a cabo en primer lugar en el marco de un solo estado, como lo prueba la razón ya dada de que “el proletariado de cada país debe, por supuesto, arreglar cuentas ante todo con su propia burguesía”. Pero desde este punto de vista la afirmación de que el proletariado debe elevarse a “clase dirigente de la nación”, de que debe constituirse como “la nación”, toma igualmente un significado muy definido. Afirma que al principio, el proletariado debe guiarse por las fronteras existentes, llegar a ser la clase dirigente dentro de los estados existentes. Es por eso que al principio será “hasta ese punto, nacional...”, aunque “no en el sentido burgués de la palabra”;

porque el objetivo que se impone la burguesía es la separación entre los pueblos y la explotación de las naciones extranjeras por la propia. Por otro lado, la clase trabajadora victoriosa laborará desde el principio por la eliminación de las hostilidades y antagonismos nacionales entre los pueblos.

Ejerciendo su hegemonía, creará las condiciones bajo las cuales “en la medida que el antagonismo de clases dentro de la nación se desvanezca, llegará a su fin la hostilidad de una nación a otra”. Desde este punto de vista, y solamente desde él, se puede entender lo que quería decir el joven Engels cuando escribía sobre la ‘abolición’ o ‘aniquilación’ de la nacionalidad: no por cierto la ‘abolición’ de las comunidades étnicas y lingüísticas existentes (¡esto hubiera sido absurdo!), sino de las ‘delimitaciones políticas de los pueblos.’¹⁷ En una sociedad donde (en las palabras del “Manifiesto”) “el poder público perderá su carácter político” y el estado como tal se marchitará no puede haber lugar para ‘estados nacionales’ separados...

IV

Creemos que nuestro análisis de la terminología del “Manifiesto” es más que un intrínquis filológico. Ha demostrado que los pasajes en cuestión se refieren ante todo a la ‘nación’ y la ‘nacionalidad’ en el sentido político, y por lo tanto no se compadecen con las interpretaciones anteriores. Esto se aplica especialmente a la sumamente arbitraria y sofisticada explicación de Cunow, quien trató de deducir del “Manifiesto” un ‘nacionalismo proletario’ específico y de reducir el internacionalismo del movimiento internacional de la clase trabajadora a un deseo de ‘cooperación internacional entre los pueblos.’¹⁸

Pero el “Manifiesto” tampoco predicaba la indiferencia proletaria frente a los movimientos nacionales, la práctica de una especie de ‘nihilismo’ en cuestiones de nacionalidad. Cuando el “Manifiesto” afirma que los trabajadores “no tienen patria”, está haciendo referencia al estado nacional burgués, no a la nacionalidad en el sentido étnico. Los trabajadores “no tienen patria” porque, según Marx y Engels, deben tomar al estado nacional burgués como una maquinaria dirigida a su opresión;¹⁹ ¡y después de haber tomado el poder seguirán sin ‘tener patria’ en el sentido político, en la medida que los diversos estados-nación socialistas serán solamente una etapa de transición en el camino hacia la sociedad sin clases y sin estado del futuro, dado que la construcción de semejante sociedad solamente es posible a escala internacional!

De este modo, la interpretación ‘indiferentista’ del “Manifiesto” tan usual en los círculos marxistas ‘ortodoxos’ carece de justificación. El hecho de que esta inter-

pretación haya causado, en general, poco daño al movimiento socialista, y de que en cierto sentido hasta lo haya promovido, se debe a un hecho circunstancial: que –aun cuando de un modo distorsionado– reflejaba la tendencia inherente del movimiento obrero al cosmopolitismo,²⁰ su esfuerzo por superar la estrechez de miras nacional y las “separaciones y antagonismos nacionales entre los pueblos”. En este sentido, sin embargo, estaba mucho más cerca del espíritu del marxismo y del “Manifiesto” que la interpretación nacionalista de Bernstein, Cunow y otros.

¹ Marx and Engels, *The Communist Manifesto*, International Publishers, 1948, p. 28.

² Ídem, p. 20.

³ *Die Marxsche Geschichts-, Gesellschafts- und Staatatheorie*, vol. 2, p. 30.

⁴ Cunow no fue el primero en interpretar el “Manifiesto” en este sentido. Esta innovación reformista, al igual que muchas otras, se origina en el fundador del revisionismo, E. Bernstein. En un artículo sobre ‘La socialdemocracia alemana y el embrollo turco’, *Neue Zeit*, 1896-7, n. 4, pp. 111ff) afirma que: “La proposición de que el proletario no tiene patria se corrige donde y cuando puede participar como ciudadano de todo derecho en el gobierno y la legislación de su país, y puede modificar las instituciones según sus deseos, y en la medida en que puede hacerlo”.

⁵ La idea de que los trabajadores austriacos podrían haber querido luchar por el socialismo en su país ni siquiera parece habersele ocurrido al autor de la ‘Introducción’...

⁶ Lenin, V.I., *The Teachings of Karl Marx*, International Publishers, 1930, p.31.

⁷ Sobre el tema, afirma K. Kautsky: “El concepto de nación es igualmente difícil de delimitar. Y el hecho de que la misma palabra denote dos formaciones sociales diferentes, y que dos palabras diferentes denoten la misma formación no disminuye, precisamente, la dificultad. En Europa occidental, con su vieja cultura capitalista, el pueblo de cada estado se siente estrechamente unido al mismo. Allí, se denomina ‘la nación’ a la población de un estado. Es en este sentido que, por ejemplo, hablamos de la nación belga. Cuanto más nos internamos hacia el Este europeo, son más numerosas las porciones de la población de un estado que no desean pertenecer al mismo, que constituyen comunidades nacionales dentro del mismo y por sí mismas. También se las llama ‘naciones’ o ‘nacionalidades’. Sería recomendable aplicarles solamente el último término.”, *Die materialistische Geschichtsauffassung*, vol. 2, p. 441.

⁸ Compárese con el discurso de Marx sobre Polonia, fechado el 22 de febrero de 1858: ‘Los tres poderes [o sea Prusia, Austria y Rusia] siguieron el curso de la historia. Cuando en 1846 incorporaron Cracovia a Austria, confiscaron las últimas ruinas de la nacionalidad polaca...’, MEGA, vol. 6, p. 408; *see also Gesammelte Schriften*, vol. 1, p. 247. También aquí, como en muchos otros pasajes de Marx y Engels, no se entiende por ‘nacionalidad’ otra cosa que el gobierno.

⁹ *Grünbergs Archiv*, vol. 6, p. 215 ff.

¹⁰ *Gesammelte Schriften*, vol.1, p. 229.

¹¹ *Revolution und Kontrerevolution in Deutschland*, pp.62 ff.

¹² Véase mi monografía: ‘Fr. Engels und das Problem der “geschichtslosen” Völker’, in *Archiv für Sozialgeschichte*, vol. 4, pp. 87-282. [Publicada ahora como; “Engels and the ‘Nonhistoric’ Peoples: The National Question in the Revolution of 1848” (n. pub.: Critique Books, 1986)].

¹³ *The Communist Manifesto*, p. 12.

¹⁴ Ídem, p. 13.

¹⁵ Ídem, pp. 17-18.

¹⁶ Compárese con *La ideología alemana*: “Precisamente porque la burguesía ya no es un estamento sino una clase, se ve obligada a organizarse nacionalmente y ya no localmente, dándole a sus intereses promedio una forma general”, MEGA, vol. 5, p. 52.

¹⁷ En el mismo sentido, Engels escribía en 1846: “Solamente los proletarios pueden abolir la nacionalidad; solamente el proletariado en su despertar puede permitir la fraternización de varias naciones”; MEGA, vol. 6, p. 460. De un modo similar, en *La ideología alemana* se hace referencia al proletariado como una clase que “ya es la expresión de la disolución de todas las clases, nacionalidades, etc., dentro de la sociedad del día de hoy... dentro de la cual ya está abolida la nacionalidad”, Ídem, vol. 5, pp. 60 y 50; y cf. Ídem., vol. 5, p. 454.

¹⁸ El máximo error en la lectura del “Manifiesto” que hace Cunow es quizás el contenido en la siguiente cita de su libro: ‘Y es igualmente irrazonable sacar de la consigna “¡Trabajadores del mundo, uníos!” la conclusión... de que Marx pretendía afirmar que el trabajador está afuera de la comunidad nacional. No lo es menos deducir de la consigna “¡Periodistas, médicos, filólogos, etc., uníos en sindicatos internacionales para llevar vuestras tareas adelante!” que los miembros de estas asociaciones profesionales deberían sentirse desvinculados de su nacionalidad...’. Op. cit., vol. 2, p. 29. Compárese con la “Crítica al programa del Gotha” hecha por Marx en 1875, en cuyo punto 5 puede leerse: “La clase trabajadora lucha por su emancipación en primer lugar dentro del marco del estado nacional actual, consciente de que el resultado necesario de sus esfuerzos, que son comunes a los trabajadores de todos los países civilizados, será la hermandad internacional de los pueblos”. Sobre el mismo tema, Marx afirmaba: ‘Lassalle, en oposición al “Manifiesto Comunista” y a todo el socialismo anterior, pensaba el movimiento obrero desde el punto de vista nacional más estrecho. En esto lo continúan –(y eso después de todo el trabajo realizado por la Internacional!). Sin embargo es evidente por sí mismo que, para poder siquiera dar la lucha, la clase trabajadora debe organizarse como clase en su propia casa y que la arena inmediata de su lucha es su propio país. En la medida que su lucha de clases es nacional, no en lo substancial, pero como dice el “Manifiesto Comunista” ‘en lo formal’. Sin embargo, el ‘marco del estado nacional actual’, por ejemplo el Imperio Alemán, se encuentra, en sí mismo y a su vez, ‘en el marco del sistema de estados’ desde el punto de vista económico. Cualquiera hombre de negocios sabe que el comercio alemán es al mismo tiempo comercio extranjero, y que la grandeza de Herr Bismarck consiste, de seguro, precisamente, en que persigue un tipo de política internacional. ¿Y a qué reduce su internacionalismo el partido de los trabajadores alemán? A la conciencia de que el resultado de sus esfuerzos será la ‘hermandad internacional de los pueblos’, una frase tomada en préstamo de la burguesa Liga de la Paz, a la que se trata de hacer pasar por equivalente de la hermandad internacional de las clases trabajadoras en la lucha común contra las clases dominantes y sus gobiernos. ¡Por lo tanto, ni una palabra sobre las funciones internacionales de la clase trabajadora alemana!’; *Selected Works*, vol. 2, p. 25 f.

¹⁹ En uno de sus cuadernos de notas, Marx extrajo lo siguiente de Brissot de Warville: “Hay una noción que sospechan solamente aquellos que preparan planes educativos para el pueblo: que no puede haber virtud desde que las tres cuartas partes del pueblo no tienen propiedad; porque sin la propiedad la gente no tiene país, sin un país todo está en contra de ella, y por su parte deben armarse contra todos... Dado que este es el lujo de las tres cuartas partes de la sociedad burguesa, se deduce que estas tres cuartas partes no pueden tener religión, moral, ni apego al Gobierno...”; MEGA, vol. 6, p. 617.

²⁰ En su carta a Sorge del 12 al 17 de septiembre de 1874, Engels hablaba de los “intereses cosmopolitas comunes del proletariado”. Esto contrasta vivamente con la connotación despreciativa que adquirió la palabra ‘cosmopolita’ en el vocabulario político de la Unión Soviética.

LA CUESTIÓN NACIONAL EN CATALUÑA¹

(Carta al S.I.)

Escritos sobre España, 13 de julio de 1931

León Trotsky

Aún sobre las cuestiones actuales de la Revolución Española.

1.º- Maurín, “jefe” del “Bloque obrero y campesino”, adopta el punto de vista del separatismo. Después de algunas dudas ha decidido constituirse como el ala izquierda del nacionalismo pequeñoburgués. Ya he afirmado que en el actual estadio de la revolución, el nacionalismo pequeñoburgués catalán es un factor progresivo, pero con una condición: que desarrolle su actividad fuera de las filas comunistas y que pueda estar siempre bajo la crítica de éstos. Por el contrario, si se deja que el nacionalismo pequeñoburgués se disfraze con la máscara del comunismo, se está asestando un duro golpe a la vanguardia del proletariado y, al mismo tiempo, se está matando la significación progresiva del nacionalismo pequeñoburgués.

2.º- ¿Qué significado tiene el programa del separatismo? La desmembración política y económica de España, o, dicho de otro modo, la transformación de la península Ibérica en una especie de península Balcánica, con estados independientes, barreras aduaneras, con ejércitos independientes y con guerras hispánicas “independientes”. Entendámonos, Maurín dirá que no es todo esto lo que él pretende. Pero los programas tienen su lógica, y esto es lo que le falta a Maurín...

3.º- Los obreros y los campesinos de las diferentes partes de España, ¿están interesados en el desmembramiento económico del país? De ninguna manera. Precisamente por esto es nefasto identificar la decisiva lucha por el derecho a la autodeterminación, con la propaganda separatista. Nuestro programa es la Federación Hispánica, con el elemento indispensable de unidad económica. No tenemos intención de imponer este programa a las nacionalidades oprimidas de la península con la ayuda de las armas burguesas. En este sentido, estamos sinceramente por el derecho a la autodeterminación.² Si Cataluña se separa del resto de España, tanto la minoría comunista catalana como la española deberán combatir por una Federación.

4.º- En los Balcanes, es aún la vieja socialdemocracia de antes de la guerra la que ha avanzado [con] la consigna de la Federación Balcánica democrática, como solución a la situación de locos creada por el desmembramiento de los estados. Hoy en día, la consigna comunista en los Balcanes debe ser la Federación soviética Balcánica (a propósito, la I.C. ha propuesto la consigna de Federación soviética Balcánica, ¡pero al mismo tiempo la rechaza para Europa!). En esta situación, ¿podemos hacer nuestra la consigna de balcanización de la península Ibérica? ¿No es monstruoso?

5.º- Los sindicalistas –por lo menos algunos de sus jefes– han declarado que lucharán contra el separatismo si es necesario con las armas en la mano. En este caso, comunistas y sindicalistas se encontrarán en diferentes lados de la barricada, porque aunque no compartan las ilusiones separatistas, sino todo lo contrario, criticándolas continuamente, los comunistas deben oponerse tenazmente a los verdugos del imperialismo y a sus lacayos sindicalistas.

6.º- Si la pequeña burguesía llegase a *desmembrar* España, en contra de los consejos y la crítica de los comunistas, no tardarían en hacerse evidentes los resultados de este tipo de régimen. Los obreros y los campesinos de las diferentes partes de la península llegarían rápidamente a esta conclusión: Sí, los comunistas tenían razón. Precisamente esto significa que nosotros no debemos comprometernos ni [en] lo más mínimo con el programa de Maurín.

7.º.- Monatte espera que los sindicalistas españoles crearán un nuevo estado sindicalista.³ En vez de esto, sus amigos españoles se integran con éxito en el Estado burgués.⁴ ¡El cuento de la desgraciada gallina que empolla huevos de pato! Hoy en día es muy importante seguir de cerca todo lo que dicen y lo que hacen los sindicalistas españoles. Esto posibilitará a la Oposición de izquierda francesa golpear con éxito al anarcosindicalismo francés. Está fuera de duda que los anarcosindicalistas se comprometerán continuamente a la hora de la revolución.

¡La genial idea de los anarcosindicalistas consiste en ir contra las Cortes sin participar en ellas! Empezar la violencia revolucionaria, lucha por el poder, apoderarse de él, nada de esto les está permitido. En lugar de esto, se les recomienda “controlar” a la burguesía en el poder. Un cuadro magnífico: ¡la burguesía desayuna, come y cena, mientras el proletariado dirigido por los anarcosindicalistas, con la tripa vacía, controla las operaciones!

■■■■
¹ T. 3394. Carta al S.I., B.O., n.º 23, agosto de 1931, pp. 15-16, *The Militant*, 19 de septiembre de 1931.

² Trotsky desarrolla aquí la posición defendida por Lenin y el partido bolchevique frente a las diversas nacionalidades del imperio zarista.

³ En *La Révolution Proletarienne*, n.º 117, mayo de 1931, Pierre Monatte se extrañaba de la orientación reformista de los anarcosindicalistas españoles de la C.N.T. Llamaba a los anarquistas y a los anarcosindicalistas a observar la realidad y aceptar la necesidad de la “dictadura del proletariado”, sin que fuera, como en Rusia, la dictadura de un partido; sugería que en la actual situación española, esta dictadura del proletariado podría ser asegurada por los sindicatos, que harían nacer de esta forma un nuevo tipo de “Estado obrero” y una forma sindical de la dictadura del proletariado.

⁴ Alusión al núcleo dirigente de la C.N.T., con Ángel Pestaña, Juan Peiró, etc., que se había comprometido abiertamente con los dirigentes republicanos, orientándose hacia un programa reformista.



El derecho a la autodeterminación nacional y nuestra lucha por la destrucción de los estados nacionales

Tesis XXVIII de la Actualización del Programa de Transición de Nahuel Moreno

Debido a la supervivencia del imperialismo y como parte esencial del conjunto de consignas democráticas, nuestra lucha por el derecho a la autodeterminación de las naciones y nacionalidades oprimidas ha adquirido una importancia fundamental. Luchamos por la independencia de una nación geográficamente independiente. Por ejemplo, estamos por la independencia de Angola, Mozambique, la India o Martinica. Es decir, no sólo estamos por el derecho a la autodeterminación nacional sino por la autodeterminación nacional de toda colonia de su imperio. De la misma manera, estamos por la liberación nacional de las semicolonias, es decir, por la ruptura de los pactos colonizantes que cualquier país independiente atrasado tiene con el imperialismo –como, por ejemplo, la OEA o los pactos colonizantes del imperialismo francés con sus ex colonias que hoy día lograron la independencia política–. Estamos por la independencia nacional en las colonias y por la liberación nacional en las semicolonias.

Pero esta política con respecto a los países geográficamente independientes no la tenemos respecto a las nacionalidades oprimidas dentro de un país geográficamente unido. Nuestra política en estos lugares es por el derecho a la autodeterminación nacional y no por la independencia nacional y la liberación nacional. Porque en este caso no se trata de una colonia o semicolonia sino de una nacionalidad oprimida. El derecho a la autodeterminación nacional es una consigna algebraica que se llena de distintos contenidos de acuerdo con el proceso de la lucha de clases dentro del estado nacional.

Defendemos el derecho del pueblo vasco a independizarse si así lo quiere, pero esto es distinto a que nosotros luchemos por su independencia. Defendemos el derecho a la autodeterminación nacional de toda nacionalidad oprimida porque defendemos a todo sector explotado de sus explotadores, aunque no coincidan con nuestra política. De la misma manera, defendemos a los campesinos, sean cuales fueren sus consignas, de la explotación del terrateniente. Por eso defendemos a toda nacionalidad oprimida de la explotación del imperialismo y del capitalismo nacional. Pero no hay que confundir esa defensa con nuestra política. Consideramos la existencia de todo estado nacional como un gran progreso histórico y no queremos retroceder a la balcanización de los actuales estados na-

cionales, a su división en múltiples estados nacionales liliputienses de cada nacionalidad oprimida. Nuestra política estratégica es lograr la unidad del proletariado español y su independencia política, para que enfrente a la burguesía. El derecho a la autodeterminación nacional está supeditado a esa lucha nuestra por lograr la unidad y la independencia política del proletariado español. Estamos por la unidad del proletariado canadiense y por su independencia política para enfrentar y derrotar a la burguesía canadiense en el gobierno. Esa unidad hay que lograrla cualquiera sea la lengua que hablen los obreros. Esa era la política de Lenin en la Rusia de los zares. Luchaba por el derecho a la autodeterminación nacional, pero supeditaba la lucha por este derecho a la unidad de todo el proletariado de Rusia, independientemente de la lengua que hablaba, la religión en la que creía o la cultura que tenía. Nuestra lucha en Canadá es contra el capitalismo canadiense en su conjunto –hable francés o inglés– y por la unidad de toda la clase obrera canadiense. Esta es la tarea suprema de un partido trotskista, y la lucha por el derecho a la autodeterminación nacional queda supeditada a ella.

En circunstancias excepcionales, por ejemplo si hay un gran movimiento de masas que lucha por la independencia, apoyamos críticamente esa lucha de masas, como apoyamos críticamente toda movilización de masas contra los explotadores, la burguesía y el estado opresor. Pero críticamente significa que ni bien derrotamos al poder central continuaremos en la lucha sistemática por la unidad del proletariado de esos países, planteando la Federación Estadual.

Nuestra lucha histórica es por la destrucción de los estados nacionales para lograr naciones mucho más poderosas que las que logró el capitalismo y, por último, la unidad de los continentes y el mundo. Por eso nunca podemos estar por ese tremendo retroceso de las fuerzas productivas que significaría el surgimiento de nuevos estados nacionales con fronteras y aduanas independientes. Nuestra gran consigna es: Por el derecho a la autodeterminación nacional dentro de federaciones de estados obreros socialistas que formen naciones cada vez más amplias. Esta es nuestra gran consigna, en la que combinamos la necesidad de la destrucción de los estados nacionales de la burguesía opresora con el derecho a la autodeterminación nacional y con la necesidad de lograr naciones más extensas y poderosas, que faciliten el desarrollo de las fuerzas productivas. Aunque podamos llegar a aceptar la formación de estos nuevos miniestados nacionales como un fenómeno coyuntural y como un retroceso momentáneo del desarrollo de las fuerzas productivas y de la marcha de la revolución contra el poder burgués central, seguiríamos insistiendo en que hay que restablecer la unidad en un solo estado, a través de la federación de repúblicas socialistas.

LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

La construcción de la organización política del proletariado o, dicho de otra forma, la organización del partido proletario es, sin duda, uno de los temas que ha generado más discusiones y desacuerdos entre los marxistas revolucionarios. En especial, ha sido así desde que la concepción de Lenin sobre partido se afirmó como una propuesta organizativa contrapuesta a los tradicionales partidos de la Segunda Internacional.

El debate no se dio entre revolucionarios de un lado y reformistas del otro, como se podría suponer. Lenin, en principio, sólo aglutinó a su alrededor a una ínfima minoría de los revolucionarios; la amplia mayoría de la Segunda Internacional, incluso su ala izquierda, estuvo contra su concepción de organización, incluso Trotsky y Rosa Luxemburgo.

El tiempo demostró que Lenin tenía razón en sus posiciones y que de hecho era él quien daba secuencia al método marxista de organización política al modificar, percibiendo los cambios en el interior de la clase trabajadora y de la lucha de clases, la forma político-organizativa de la clase obrera para permitir que ella tuviese un instrumento para dirigir la revolución y tomar el poder.

Entre esas dos concepciones, no obstante, hay un hilo conductor que nunca se rompió; Marx, Engels y Lenin defendieron con todas sus fuerzas la organización política del proletariado independiente de la burguesía, y buscaron combatir siempre la influencia de la burguesía en el seno del proletariado y de sus organizaciones.

La idea de organizar al proletariado junto con la burguesía, y de esa forma desistir de su independencia organizativa, es fruto del reformismo en general, tan caro hoy a los partidos anticapitalistas y, de manera especial, al stalinismo con sus partidos obreros y campesinos.

CONTENIDOS

La organización política en Marx, Engels y Lenin (Jerónimo Castro)	181
1- Marx y Engels y el partido de los comunistas	181
1-a) La experiencia inglesa de Engels, anterior al <i>Manifiesto Comunista</i>	181
1-b) El <i>Manifiesto Comunista</i> y su concepción de organización	182
1-c) La <i>Liga de los Comunistas</i>	183
1-d) Mensaje de marzo de 1850 o el giro político y organizativo de la <i>Liga de los Comunistas</i> en Alemania	185
Marx y los sindicatos	186
Los orígenes de la socialdemocracia (Karl Marx - Crítica al programa de Gotha)	187
2- El origen orgánico del reformismo	188
3-El partido de Lenin (V.I. Lenin - Qué hacer?)	190
1-El trabajo artesanal	190
2-Organización de los revolucionarios	191
El trabajo de organización	192
Una organización de conspiradores	192
Conclusión	193
Lenin - “Un paso al frente, dos pasos atrás” - Introducción	195
1-Los objetivos del Congreso	195
2-La discusión de los estatutos en el centro de la polémica	196
3-El artículo 1.º de los estatutos	196
Conclusión	198
Rosa Luxemburgo	199
La situación en Rusia	199
Los intelectuales y el reformismo	202
El combate contra el oportunismo	203
Conclusión	204
La organización del proletariado y el marxismo revolucionario	205
El partido (Nahuel Moreno)	209
El problema de la juventud	217
La negación dialéctica aplicada para organizar el movimiento	220
Somos un grupo de propaganda y no de agitación	222
Los símbolos y el oportunista Quebracho	228
El periódico como principal y urgente tarea	232
Dónde y cómo podemos actuar	238
Francia, 1789-1797	
¿Cómo nació el primer partido comunista de la historia? (Francesco Ricci)	241
¿Una revolución burguesa?	241
¿Los jacobinos fueron los primeros comunistas?	243
El primer partido comunista en la historia, según Marx	247
La “Conspiración de los Iguales” para guiar a las masas al poder	248
El partido, instrumento indispensable de la revolución	250

LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA EN MARX, ENGELS Y LENIN

Jerónimo Castro

1 – Marx y Engels y el partido de los comunistas

Para Marx y Engels, la organización política del proletariado no surge como algo acabado, sino como la evolución de una serie de experiencias concretas. En ese, como en varios otros puntos, los fundadores del marxismo avanzan y cambian de opiniones más de una vez.

En principio, el proletariado se organizó como ala izquierda de las revoluciones burguesas. En 1848, en las revoluciones de entonces, Marx, en su periódico *La Nueva Gaceta Renana*¹ actúa así, y con ese criterio se corresponde con diversos militantes de la revolución alemana.

No obstante, como veremos luego, Marx y Engels rápidamente verán que es una necesidad ineludible construir una organización independiente del proletariado. Esa afirmación que de alguna forma ya está plasmada en el *Manifiesto Comunista*, se hará presente en la famosa circular o mensaje de marzo de 1850 a la Liga Comunista en Alemania.

No es necesario decir que Marx y Engels evolucionan en sus posiciones sobre organización en la medida en que van elaborando sus posiciones políticas en los más diversos aspectos (teórico, económico, sociológico, etc.).

1-a) La experiencia inglesa de Engels, anterior al *Manifiesto Comunista*

Engels, al escribir *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, ya observa, en su final, la necesidad de que coincidan las luchas sindicales de los cartistas y las posiciones de los “socialistas” (utópicos) y apunta que si eso no ocurriese, las dos corrientes “obreras” tendrían una degeneración. Ya en ese momento Engels ve que la política meramente “sindical” de los cartistas no respondía al conjunto de los intereses de la clase trabajadora y de que ésta debería afirmarse también en respuestas más generales, más globales. Así, él observa:

Vemos, pues, que el movimiento obrero está dividido en dos bandos: los cartistas y los socialistas. Los cartistas son los más atrasados, los que menos han evolucionado, pero en cambio, auténtica, físicamente proletarios, representantes valiosos del proletariado. Los socialistas ven más lejos, proponen medidas prácticas contra

*la miseria, pero tienen su origen en la burguesía, de ahí su incapacidad de amalgamarse con la clase obrera. La fusión del socialismo con el cartismo, la reproducción del comunismo francés a la manera inglesa será la próxima etapa, y la misma ha comenzado en parte.*²

Es bueno notar que en esta obra Engels desarrolló su visión de la clase obrera como una clase homogénea, lo que justificó, más tarde, su concepción de partido único de toda la clase, que después plasmará junto con Marx en el *Manifiesto Comunista*. Engels describe así a la clase obrera, en 1845:

*La clase obrera de las grandes ciudades nos presenta así una serie de modos de existencia diferentes; en el mejor de los casos, una existencia temporalmente soportable: por un trabajo esforzado, buen salario, buen alojamiento y alimentación no precisamente mala –evidentemente, desde el punto de vista del obrero todo ello es bueno y soportable–; en el caso peor, una miseria cruel que puede ir hasta carecer de techo y morir de hambre. De ambos casos, el que prevalece por término medio es el peor. Y no vayamos a creer que esta gama de obreros comprende simplemente clases fijas que nos permitirían decir: esta fracción de la clase obrera vive bien, aquella mal, siempre es y ha sido así. Muy al contrario, si bien ése es el caso todavía, si ciertos sectores aislados aún disfrutan de alguna ventaja sobre los demás, la situación de los obreros en cada rama es tan inestable, que cualquier trabajador puede ser llevado a recorrer todos los grados de la escala, desde la comodidad relativa hasta la necesidad extrema, incluso hasta estar en peligro de morir de hambre; y, por otra parte, casi no hay proletario inglés que no tenga mucho que decir sobre sus numerosos reveses de fortuna.*³

Así, para Marx y Engels la clase obrera es una clase homogénea, sin ninguna división más estable y perenne. No existe aún la aristocracia obrera que, en el decir de Lenin, es el sustento del oportunismo.

Pero ya se puede notar en el *Manifiesto Comunista* lo que piensan los padres del comunismo moderno sobre las organizaciones del proletariado.

En especial, presentan su visión del partido del proletariado.

1-b) El *Manifiesto Comunista* y su concepción de organización

Para Marx y Engels, conforme el *Manifiesto Comunista*: “Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses que los separen del proletariado en general. No proclaman principios particulares, según los cuales pretenderían modelar el movimiento obrero. Los comunistas sólo se distinguen de los otros partidos obreros en dos puntos:

En las diversas luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen prevalecer los intereses comunes del proletariado, independientemente de la nacionalidad.

En las diferentes fases por las que pasa la lucha entre obreros y burgueses, representan, siempre y en toda parte, los intereses del movimiento en su conjunto”⁴

Para los autores del *Manifiesto Comunista*, el Partido Comunista era el partido de toda la clase trabajadora. Esa concepción fue siendo pensada y lapidada teóricamente en el rico proceso de construcción de estos dos pensadores. Como observara Engels en el texto “Contribución para la Historia de la Liga de los Comunistas”: *con la condena de los comunistas de Colonia, en 1852, cae el plan sobre el primer periodo del movimiento obrero alemán independiente.*

O sea, para Engels todo lo que existió antes de eso es la prehistoria del movimiento obrero. Pero, ¿qué fue la Liga de los Comunistas?

1-c) La Liga de los Comunistas⁵

La *Liga de los Comunistas*, que se originó de la *Liga de los Justos*, fue en su origen una sociedad secreta donde se mantenían vigentes los antiguos estatutos semiconspirativos, por responsabilidad de los viejos revolucionarios, que comenzaban a chocarse con la razón serena, en la medida en que ésta iba abriendo camino.

Engels, que vivía en Manchester, había, según sus propias palabras, dado de frente con el hecho de que los problemas y hechos económicos son, por lo menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva.

Marx, según Engels, no sólo había llegado al mismo punto de vista, sino que lo había expuesto ya en los *Anales franco-alemanes*, en 1844, generalizándolo en el sentido de que no es el Estado el que condiciona y reglamenta la sociedad civil, sino que ésta es la que condiciona y reglamenta al Estado y de que, por lo tanto, la política y su historia se deben explicar por las relaciones económicas y su desarrollo, y no por el contrario.

Como bien observa Engels, sobre ese descubrimiento ellos no tenían la intención de comunicarlo al mundo “erudito” en gruesos volúmenes. Los dos ya estaban metidos en el mundo político y tenían algunos partidarios en el llamado mundo culto, sobre todo en el occidente de Alemania, y grandes contactos con el proletariado organizado.

En Bruselas habían fundado una *Asociación Obrera Alemana* y ganaron la *Gaceta Alemana* de Bruselas.

Como el sector revolucionario del cartismo inglés, mantenían relación por medio de Julio Harney, redactor del *Northern Star*, periódico con el cual Engels colaboraba. Además, estaban en una coalición con los demócratas de Bruselas y con los demócratas sociales franceses de *La Reforme*. En una palabra, mantenían las mejores relaciones posibles con las organizaciones y los periódicos ra-

dicales y proletarios. En la primavera de 1847 llegó Moll a Bruselas para visitar a Marx y enseguida a Engels, en París, para convidar a ambos, en nombre de sus camaradas, a ingresar en la Liga, en esa época *Liga de los Justos*). En el verano de 1847 se celebró, en Londres, el Primer Congreso de la Liga, en el que W. Wolff participó representando a la Comuna de Bruselas, y Engels representando a la Comuna de París. Este Congreso tuvo como su principal tarea la reorganización de la Liga.

Fue a partir de allí que ésta pasó a llamarse *Liga de los Comunistas*, y donde se definió que su finalidad era la destrucción de la burguesía, la dominación del proletariado, la supresión de la vieja sociedad burguesa basada en los antagonismos de clase, y la creación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada.

El Segundo Congreso se celebró a finales de noviembre y comienzos de diciembre del mismo año. Marx estuvo presente y defendió en un largo debate su nueva teoría. Fue ese Congreso el que encargó a Marx y Engels escribir el *Manifiesto Comunista*.

En febrero de 1848 comienza la Revolución Alemana. El Comité Central de Londres se transfiere a Bruselas. Pocos días después, por razón del estado de sitio en este país, se transfiere de nuevo a París, y le dan a Marx amplios poderes, incluso para constituir inmediatamente un nuevo Comité Central.

El 13 de junio de 1849, en París, la derrota de la insurrección de mayo en Alemania y el aplastamiento de la Revolución Húngara por los rusos puso fin a todo un período de la revolución de 1848. En el otoño de 1849 se volvió a reunir en Londres la mayoría de los miembros de los antiguos comités centrales y congresos. Se procedió a la organización de la nueva Liga, con el famoso Mensaje de Marzo de 1850 (sobre el cual trataremos más adelante).

Con el proceso de Colonia termina el primer período del Movimiento Obrero Alemán. Con las condenas que vinieron, la *Liga de los Comunistas* fue disuelta.

Esta fantástica organización política funcionaba por círculos, grupos, secciones. Captaba a sus adeptos en bibliotecas obreras, círculos de lectura, en asociaciones obreras de los más variados tipos, desde las de socorro mutuo y cooperativas hasta grupos de carácter deportivo.

Para Marx y Engels la organización de la Liga debía ser lo más democrática posible, con comités electos y revocables en cualquier momento.

Además, de una organización semiconspirativa y organizadora de golpes de mano, la Liga pasaría a ser, en las palabras de Engels, una sociedad exclusivamente de propaganda. Todo eso bien entendido, en tiempos normales.

1-d) Mensaje de Marzo de 1850 o el giro político y organizativo de la *Liga de los Comunistas en Alemania*⁶

Para Marx, durante los dos años revolucionarios, 1848 y 1849, la Liga había pasado por dos pruebas: que sus miembros participaran activamente del movimiento revolucionario –porque estaban en la prensa, en las barricadas y en las batallas de la vanguardia del proletariado–, y que las concepciones de la Liga Comunista, plasmadas en el *Manifiesto Comunista*, se habían revelado las únicas correctas. Paralelo a eso, Marx reconocía que la organización de la *Liga Comunista* se había debilitado de modo considerable y que el partido democrático, de la pequeño-burguesía, fortalecía su organización.

En el invierno de 1848 a 1849 el Comité Central envió a Alemania a Josef Moll, con el objetivo de reorganizar la Liga. Moll, no obstante, no alcanzó el objetivo deseado, y fue muerto en una batalla el día 19 de junio de 1849 (?).

Marx, a pesar de ese revés, continuaría predicando que la actitud del partido obrero revolucionario, de cara a la democracia pequeño-burguesa, debería ser la de marchar con ella en la lucha por el derrumbe de aquella fracción cuya derrota es deseada por el partido obrero y marchar contra ella (la democracia pequeño-burguesa) en todos los casos en que la democracia pequeño-burguesa quisiera consolidar su posición en provecho propio.

Y observaba que en el momento de la derrota de la Revolución Alemana de 1848, cuando la pequeño-burguesía democrática era oprimida en todas partes y llamaba al proletariado a unirse a ella, la política de la *Liga de los Comunistas* debería ser la de establecer un partido obrero independiente, donde se pudiesen discutir los intereses del proletariado y que éstos fuesen discutidos independientemente de las influencias burguesas.

Marx va a decir todavía, que en el proceso de la próxima revolución (que él creía estaba próxima, pero que tardaría dos décadas) se debería destruir toda influencia burguesa sobre el proletariado y crear organizaciones independientes y armadas de la clase obrera. El texto termina con la famosa consigna: “Viva la revolución permanente”. En ese texto, Marx desarrolla de manera radical y cabal su tesis sobre la organización política del proletariado: independencia de clase, organización de masas, partido de la clase obrera, claridad teórica.

Esas tesis están presentes aun en los criterios básicos de la Primera Internacional, cuando Marx y Engels proponen la organización de un partido amplio y abierto. Y, en una carta de Marx a Kugelmann, del 23 de febrero de 1865, él observa lo siguiente: *Dado que toda persona que compre una tarjeta de un chelín puede ser miembro de la Asociación, y que los franceses, igual que los belgas, escogieran esta forma de adhesión individual porque la ley les prohíbe unirse a nosotros*

como Asociación; y como la situación es similar en Alemania, decidí convidar a mis amigos de aquí y de Alemania a fundar pequeñas sociedades en cada localidad –sea cual fuera el número de miembros–, donde cada uno podrá adquirir una tarjeta de miembro.

O sea, no sólo la última organización a que pertenece Marx, la Primera Internacional, tiene un criterio absolutamente abierto, sino que él se propone sacar provecho de esa situación. Además, Marx contraponen la Primera Internacional directamente a las sectas, al decir en una carta a Bolte, del 29 de noviembre de 1871:

La Internacional fue fundada para sustituir las sectas socialistas o semisocialistas por la organización efectiva de la clase obrera (...) Y prosigue: *Sin embargo, en la vida de la Internacional se repitió lo que la historia muestra por todas partes: que lo viejo lucha por reconstituirse y mantenerse dentro de las nuevas formas adquiridas (...)*. Y, finalmente, concluye: *La historia de la Internacional fue una lucha continua del Consejo General contra las sectas.*

Finalmente, y pese a ser ineludible que Marx y Engels jamás pensaron en un partido centralizado, eso no significa que ellos eran ajenos a todo centralismo. Como bien observa Mehring, en el debate del Congreso de Haya, Lafargue ya defendía un consejo general con más poderes, argumentando justamente que las campañas de la clase obrera contra el capital no podrían ser libradas sin un organismo central directivo.

Marx y los sindicatos

Aun cuando no sea el objetivo de este trabajo discutir la relación de Marx con los sindicatos, no está de más recordar que Marx y Engels siempre dieron una importancia central a los sindicatos.

Eso puede notarse tanto en las polémicas con Prudhon, que simplemente combatía los sindicatos y los veía como algo maléfico para la clase, como en su lucha contra Lassalle y los lassalianos, que tenían una política sectaria en relación con ello. Como también puede notarse en el esfuerzo permanente de Marx por incorporar los sindicatos a la Primera Internacional, y que queda claro en su declaración titulada: “El pasado, presente y futuro de los sindicatos”, donde Marx observa:

Si los sindicatos ya son indispensables para la guerra de guerrillas trabada entre capital y trabajo, son ellos tanto más importantes en cuanto fuerza organizada para la eliminación del propio sistema de trabajo asalariado.

Engels, lúcidamente, observó que para el objetivo de derrotar el poder de la burguesía se necesitaba más que sindicatos y huelgas, pero que éstos son fundamentales para superar las divisiones internas de la clase trabajadora.

LOS ORÍGENES DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Karl Marx – Crítica al Programa de Gotha

Todos sabemos que la socialdemocracia tuvo un mal fin, en el sentido de una organización revolucionaria. Lo que pocos recordamos es que la socialdemocracia alemana también tuvo un mal comienzo.

El comienzo fue tan malo que Marx y Engels se dedicaron a “desbanco” el programa de la recién fundada organización, una fusión entre “marxistas” y lassalianos.

Marx, al escribir a uno de los dirigentes de la organización, W. Bracke⁷ le dice que después de la realización del congreso de unificación, él (Marx) y Engels publicarían una corta declaración diciendo que eran completamente extraños al programa de principios del nuevo partido, y que no tenían nada que ver con él.

Engels, igualmente irritado con el programa del nuevo partido dirá en una carta a A. Bebel⁸, que casi cada palabra de este programa redactado sin savia y sin vigor debería ser criticado. Y avisa que en el caso de ser aprobado el referido estatuto, él y Marx nunca podrían militar en ese nuevo partido, y hace una advertencia, casi una amenaza, al final, sobre que tendrían que reflexionar muy seriamente acerca de las posiciones a ser tomadas, incluso públicamente, sobre el nuevo partido y su programa.

Y en la crítica al programa de Gotha es que encontramos el famoso pasaje de Marx donde dice: *cada paso del movimiento real es más importante que una docena de programas.*

Sin embargo, el lector atento verá que eso no es un desprecio por el programa, sino su defensa contra aquellos que en nombre de los pasos concretos lo desprecian. Marx se pregunta, y pregunta a sus aliados, por qué construir un programa inútil y falso. Y va a vaticinar que si no había condiciones de llegar a un acuerdo sobre un programa correcto y justo, lo mejor hubiera sido, simplemente, concluir un acuerdo para la acción contra el enemigo común. Es en ese sentido que cada paso del movimiento real es más importante que una docena de programas.

Finalmente, la crítica al programa de Gotha es una vez más, un ajuste de cuentas con los principales errores de Lassalle, que son bastante amplios tanto en la teoría como en la política, y en lo que hace al problema organizativo un aspecto central “perturbó” al marxismo desde sus orígenes, a saber: la relación con los sindicatos.

Engel, en la carta ya citada, dirá a Bebel que el referido programa no dice una palabra sobre la organización de la clase obrera como clase por intermedio de sin-

dicatos de oficios. Para Engels, y a nuestro entender en acuerdo con Marx, ésta es la organización de clase propia del proletariado, en la que él entabla sus luchas cotidianas con el capital, en la que se adiestra a sí mismo para destruir la peor reacción.

Los lassalianos en general tenían, en la opinión de Marx y Engels, una visión sectaria de los sindicatos y hacían de las cooperativas de producción apoyadas por el Estado (que no existían y no pasaban de una utopía reaccionaria de Lassalle) una panacea universal.

2 – El origen orgánico del reformismo

El reformismo de la Segunda Internacional y su traición final frente a la guerra imperialista y a la revolución proletaria no fue fruto ni del carácter de sus miembros ni de sus malas intenciones ni de ningún tipo de influencia personal, episódica o individual subjetiva.

Kautsky, sus seguidores, y con ellos la mayor parte del partido socialdemócrata alemán, al que Lenin reivindicaba en “Qué hacer?” como modelo de organización proletaria, pasaron por un histórico proceso que los llevó a la degeneración final.

Trotsky observa que: (...) *el reformismo es la corriente surgida de los estratos superiores y privilegiados del proletariado, que refleja sus intereses. Especialmente en algunos países, la aristocracia y la burocracia obreras conforman una capa muy importante y poderosa, con una mentalidad que en la mayoría de los casos es pequeño-burguesa en virtud de sus condiciones de existencia y formas de pensar, pero deben adaptarse al proletariado sobre cuyas espaldas se encaramaron. Los más elevados de estos elementos llegan al poder y bienestar supremos por los canales del parlamentarismo burgués.*⁹

El Partido Socialdemócrata alemán es un fruto avanzado del final del siglo XIX, fruto, por lo tanto, de una época de reformas. Así, el Partido Socialdemócrata alemán es un partido para su época, un partido organizado para las reformas parlamentarias y la lucha sindical. No es casual que hasta el ala revolucionaria del PSD tuviera una visión espontaneísta de organización y de movilización.

Para Rosa Luxemburgo:

La huelga de masas es, pues, la primera forma natural y espontánea de toda gran acción revolucionaria del proletariado, y cuanto más la industria se convierta en la forma predominante de la economía social, mayor será el papel desempeñado por el proletariado en la revolución, más aguda la contradicción entre el capital y el trabajo, y mayor importancia y amplitud adquirirán necesariamente las huelgas de masas. La, en otro tiempo, forma principal de las revoluciones burguesas, el combate en las barricadas, el enfrentamiento abierto contra el poder armado del Es-

*tado, es sólo el punto más extremo de la actual revolución, un momento en todo el proceso de la lucha proletaria de masas.*¹⁰

Con la llegada del siglo XX, el desarrollo del imperialismo y la consolidación de la aristocracia obrera, el Partido Socialdemócrata alemán, que ya reflejaba las camadas mejor pagas del proletariado, va transformándose paulatinamente en el partido de esa aristocracia obrera y de su burocracia parlamentaria, sindical y partidaria. Así lo describe Lenin:

Es evidente que una superganancia tan gigantesca (ya que los capitalistas se apropian de ella, además de la que exprimen a los obreros de su “propio” país) permite corromper a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. Los capitalistas de los países “avanzados” los corrompen, y lo hacen de mil maneras, directas e indirectas, abiertas y ocultas.

*Esta capa de obreros aburguesados o de “aristocracia obrera”, completamente pequeño-burgueses en cuanto a su manera de vivir, por la cuantía de sus emolumentos y por toda su mentalidad, es el apoyo principal de la Segunda Internacional, y, hoy día, el principal apoyo social (no militar) de la burguesía. Pues éstos son los verdaderos agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero, los lugartenientes obreros de la clase capitalista (labour lieutenants of the capitalist class), los verdaderos portadores del reformismo y del chovinismo.*¹¹

Como decíamos, en principio el reformismo de la socialdemocracia alemana (y en consecuencia el de la Segunda Internacional) no fue fruto de problemas individuales subjetivos sino, sí, de cambios radicales objetivos de la época y, por otro lado, de la presión ejercida dentro del partido por las capas privilegiadas del proletariado.

Las formas organizativas de la Segunda Internacional eran exactamente lo que se necesitaba para la época de lucha parlamentaria y sindical, pero no correspondían a las necesidades de la época de guerras y revoluciones en la cual se adentraban. Para eso era necesario un partido de nuevo tipo: el Partido Leninista.

3- EL PARTIDO DE LENIN

V.I. Lenin – Qué hacer?

Para Lenin, toda institución tiene su estructura natural e inevitablemente determinada por el contenido de sus acciones.

Así, buena parte de “Qué hacer?” es una polémica contra los economicistas, contra los desvíos de carácter sindical y los espontaneístas existentes en el movimiento socialdemócrata ruso. Y pese a ser él, en esa época, 100% kautskista, su teoría general de organización así esbozada se choca con la de su maestro y también con la de la mayoría de los socialdemócratas alemanes.

No nos ocuparemos ahora de ese choque, sólo notaremos que Rosa Luxemburgo contrapone, desde una perspectiva revolucionaria, y presionada por su propia necesidad política, otra forma organizativa, criticando profundamente el centralismo leninista.

1-El trabajo artesanal

Para Lenin, el trabajo militante en la Rusia zarista es fundamentalmente artesanal; que él va a definir como la estrechez del conjunto del trabajo revolucionario en general, en la incompreensión del hecho de que esa estrechez impide la constitución de una buena organización de revolucionarios; en fin –y es lo principal– se encuentran en las tentativas de justificar esa estrechez y de erigirla en “teoría” particular, esto es, en el culto de la espontaneidad, también en ese campo.

Ese primer punto de su trabajo se justifica por el hecho de que la socialdemocracia rusa estaba compuesta por decenas (o centenas) de círculos dispersos y celosos de su autonomía, incapaces o imposibilitados de unificarse, y cada uno con un trabajo propio llevado a cabo aisladamente en relación con el total del movimiento socialdemócrata del país. A su modo de ver, la extraordinaria dispersión de los militantes locales, la composición fortuita de los círculos, las fallas de preparación y la estrechez de perspectivas en las cuestiones teóricas, políticas y de organización constituirían el resultado inevitable de ese trabajo artesanal. Por lo tanto, la primera tarea era combatirlo. Su primer llamado, su primera conclusión fue que era preciso combatir el trabajo artesanal que imperaba.

Y para hacerlo, para combatir el trabajo artesanal, Lenin iba a decir que la primera y más urgente tarea práctica era crear una organización de revolucionarios, capaz de asegurarle a la lucha política energía, firmeza y continuidad.

Esa organización no era una organización sindical sino una organización política. Él está en contra de rebajar la tareas políticas y de organización al nivel de los intereses inmediatos, “tangibles”, “concretos” de la lucha económica cotidiana.

2-Organización de los revolucionarios

Lenin va a diferenciar en toda la obra la organización política del proletariado de su organización sindical; una y otra vez él dirá que la lucha política de la socialdemocracia es mucho mayor y mucho más compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Además, la organización de los revolucionarios debe estar compuesta por hombres que se dediquen especial e integralmente a la actividad socialdemócrata y que, paciente y obstinadamente, procedan a su educación como revolucionarios profesionales.

En ese sentido, observa que la organización sindical de los obreros debe ser en primer lugar, por profesión; en segundo lugar, la mayor posible; en tercer lugar, la menos clandestina posible, a diferencia de la organización de los revolucionarios que debe englobar, ante todo y principalmente, hombres cuya profesión sea la acción revolucionaria.

En la organización de los revolucionarios no hay, para Lenin, espacio para las diferencias profesionales o entre intelectuales y obreros. En sus palabras, debe desaparecer por completo toda distinción entre obreros e intelectuales y aun, con mayor razón, entre las diversas profesiones de unos y de otros.

Para Lenin, sólo en el caso de que se construya una organización de revolucionarios, fuerte y sólida, se podría asegurar la estabilidad del movimiento en su conjunto y, entonces, alcanzar simultáneamente los objetivos socialdemócratas y los objetivos propiamente sindicales. Por eso no se debe comenzar por constituir una organización obrera amplia, y más “accesible” a la masa (en realidad, la más accesible a los policías y que tornará a los revolucionarios más accesibles a la policía), pues así no se alcanzará ninguno de esos objetivos, o sea, ni el objetivo de construir una organización revolucionaria ni el de construir un organismo sindical.

Para conseguir construir esa organización es necesario antes que nada, formar un centro estable con dirigentes capaces, experimentados, profesionalmente preparados e instruidos por un largo aprendizaje, perfectamente de acuerdo entre sí. Esa sería la condición previa para llevar adelante la construcción de un partido revolucionario. Para Lenin, sin una organización así ninguna clase de la sociedad moderna puede conducirse resueltamente a la lucha.

O sea, es necesario un comité de revolucionarios profesionales, obreros o estudiantes, poco importa, que sepan proceder a la educación de revolucionarios profesionales. Finalmente, Lenin va a decir:

1) que no sería posible un sólido movimiento revolucionario sin una organización estable de dirigentes, que asegure la continuidad del trabajo; 2) que cuanto mayor sea la masa espontáneamente integrada a la lucha, formando la

base del movimiento y participando de él, más imperiosa es la necesidad de tener tal organización, y más sólida debe ser ésta (si no será más fácil para los demagogos arrastrar a las capas incultas de la masa); 3) que tal organización debe ser compuesta principalmente por hombres que tienen por profesión la actividad revolucionaria; 4) que, en un país autocrático, cuanto más restringimos el contingente de esa organización, al punto de no ser aceptados allí más que los revolucionarios de profesión que hicieron el aprendizaje en el arte de enfrentar a la policía política, más difícil será “capturar” tal organización; y, 5) más numerosos serán los obreros y los elementos de las otras clases sociales que podrán participar del movimiento y militar en él, en forma activa.

El trabajo de organización

Lenin no creía en una organización de aficionados, de hombres que dedican su tiempo libre al partido, en especial no creía que era posible convertir a un obrero verdaderamente en un dirigente si éste seguía trabajando en las mismas condiciones embrutecedoras de siempre.

Él decía que la primera e imperiosa obligación era contribuir para formar revolucionarios obreros que estuviesen en el mismo nivel que los revolucionarios intelectuales en relación con su actividad en el Partido. Para eso, decía que era preciso dedicarse principalmente a elevar a los obreros al nivel de los revolucionarios y nunca descender, nosotros mismos, al nivel de la “masa obrera”.

Pero, tal dedicación no era una actividad intelectual, no eran cursos, conferencias, charlas o escuelas de formación; la primera tarea para preparar integralmente al obrero revolucionario era convertirlo en un revolucionario profesional.

Su conclusión no deja dudas sobre cómo se debe educar a un obrero. Según Lenin, todo agitador obrero un poco dotado y en quien se “depositen esperanzas”, no debe trabajar once horas en una fábrica. Se debe cuidar para que él viva por cuenta del partido y pueda, en el momento adecuado, pasar a la acción clandestina, mudarse de localidad, pues, de otro modo, no adquirirá gran experiencia, no ampliará sus horizontes, no podrá mantenerse siquiera por algunos años en la lucha contra los policías.

Una organización de conspiradores

A diferencia de Rosa Luxemburgo, que también será en su momento una importante crítica de las capitulaciones de la socialdemocracia, Lenin siempre puso más el acento en la organización que en la espontaneidad.

Para él, el hecho de que el movimiento obrero de masas surgiera espontáneamente no libraba de la obligación de crear una organización revolucionaria centralizada. Y eso era así porque la lucha espontánea del proletariado no se transformaría en una verdadera lucha de clases del proletariado en tanto no fuese dirigida por una fuerte organización de revolucionarios.

O sea, la lucha espontánea del proletariado, para Lenin, detiene las puertas de la verdadera lucha revolucionaria. Y para que no se detuviese allí, en las puertas de la lucha de clases, justamente, era necesaria una organización revolucionaria que la dirigiese. Una organización, como vimos, de conspiradores y revolucionarios profesionales.

Y pese a que Lenin sabía que tal “prototipo” de organización es más común a los terroristas y blanquistas en general y, de decir él mismo que siempre combatiría la limitación de lucha política a las dimensiones de una conspiración, no veía en ese combate la negativa de la necesidad de una organización revolucionaria fuerte.

Y va a afirmar que sólo una organización de combate centralizada, que practique con firmeza la política socialdemócrata y, por así decir, que satisfaga todos los instintos y aspiraciones revolucionarias está en condiciones de preservar el movimiento contra un ataque irreflexivo y preparar otro que prometa el éxito.

Finalmente, para Lenin, el único principio en materia de organización debe ser: secreto riguroso, elección rigurosa de los miembros, formación de revolucionarios profesionales.

Conclusión

La obra de Lenin, “Qué hacer?”, está marcada, obviamente, por las condiciones objetivas de la lucha de clases en la Rusia autocrática y zarista. Esa obra es aún del Lenin ruso, en el sentido de que busca una respuesta a los problemas organizativos de Rusia.

En general, Lenin es un kautskista total y cree estar aplicando las condiciones rusas al modelo alemán de partido.

La marca más rusa de esa concepción es la conspiración como regla absoluta, la clandestinidad como única forma de seguir existiendo.

En momentos en que el partido comienza a gozar de libertad, Lenin hará un sensible cambio en esa regla hasta que finalmente, en las 21 condiciones de la Tercera Internacional para la admisión de partidos, se planteará la obligación, no de ser un partido clandestino sino de tener un aparato legal y uno clandestino.

No obstante, otros dos aspectos defendidos en la obra serán más perennes, a saber: el partido centralizado y el partido de profesionales revolucionarios.

En verdad, la base del centralismo es justamente la estructura de profesionales del partido. Y por profesionales Lenin no entiende aquellos que se dedican profesionalmente al partido, sino aquellos que “viven por cuenta del partido”. O sea, un “asalariado” de la revolución.

Esa idea, del revolucionario profesional, es la hija legítima de dos hechos: el primero es que es imposible conducir la lucha de cualquier clase de la sociedad sin un aparato que lo dirija, en especial es imposible que la revolución sea hecha por aficionados que dedican su tiempo libre a la revolución. En segundo lugar, es imposible que un obrero pueda convertirse en un dirigente revolucionario si no puede dedicar una parte de su tiempo a formarse como revolucionario, teórico y práctico.

Por otro lado, para Lenin, el partido revolucionario es un partido férreamente centralizado. Con una disciplina estricta y con criterios exclusivos.

Como veremos más adelante, al comentar “Un paso al frente, dos pasos atrás”, Lenin establece una clara línea demarcatoria entre el partido, sus miembros, y sus obligaciones y sus criterios de funcionamiento por un lado, y la masa del movimiento obrero que no es miembro del partido.

Los derechos políticos dentro del partido, o sea, el derecho de opinar y el de resolver sobre la política del partido solamente serán dados a los que antes sean miembros del partido y cumplan con sus criterios.

Obviamente, ese centralismo no tiene nada que ver con el centralismo burocrático del stalinismo, sino que es su contrario; no por casualidad la fórmula será **centralismo democrático**.

LENIN – UN PASO AL FRENTE, DOS PASOS ATRÁS

Introducción

El Congreso de 1903, formalmente el segundo congreso del PSDOR (Partido Socialdemócrata Obrero Ruso), pero de hecho el primero, toda vez que el congreso anterior no dejó, en la práctica, rastro alguno, fue pensado por Lenin para dar a sus planes organizativos previamente esbozados, en especial en “Qué hacer?” (aunque presente en una serie de textos como “Carta a un camarada” y “Por dónde comenzar”), la necesaria legitimidad para ser aplicado.

Eso no significa que Lenin, dando importancia a los problemas organizativos despreciase los teóricos o los políticos, como él mismo destaca en “Un paso al frente...”. Desde el principio, en su anuncio datado en 1900, que precedió a la publicación del periódico *Iskra*, declaraba que antes de unificarnos era necesario demarcarnos con claridad.

El hecho era que, a pesar de las muchas diferencias políticas, sería en materia de organización que los múltiples círculos socialdemócratas no se pondrían de acuerdo. Y lo que es peor, la organización de Lenin, *Iskra*, tampoco sobreviviría a ese congreso.

La importancia de esa obra, en lo que respecta a nuestro artículo, reside en que Lenin, al hacer un balance del congreso confrontará su opinión sobre organización con las de sus adversarios, y presentará así, polémicamente, las diferencias fundamentales entre las posiciones de los que serían conocidos de allí en adelante como *Mencheviques* (minoría) y *Bolcheviques* (mayoría).

1-Los objetivos del Congreso

Para Lenin, la principal tarea del congreso era crear un verdadero partido sobre la base de principios y de organización que habían sido propuestas y elaboradas por *Iskra*. ¿Y cuál era esa concepción? Lenin y sus camaradas defendían la cohesión absoluta de las fuerzas del partido y la supresión del caos que las fraccionaba. Esa tarea sería cumplida teniendo en cuenta las diferencias que había en el campo *no-iskrista* y en el campo *anti-iskrista*.

Contra las tendencias *iskristas* en materia de organización, se levantaron aquí los intereses de uno de los grupos que, mientras no había un verdadero partido, habían hecho un trabajo útil, pero que se volvió superfluo después de que el trabajo se organizó en forma centralizada.

En este campo, de la oposición al proyecto de *Iskra*, el objetivo era defender la independencia, el particularismo, los intereses mezquinos de pequeños grupos,

para no ser tragados por un partido amplio, que estaba estructurándose sobre la base de los principios *iskristas*. Como el propio Lenin observa, ese objetivo tampoco era claro entre sus opositores ni todos los miembros de la oposición tenían conciencia de eso, y, a veces, lo defendían por inercia.

2-La discusión de los estatutos en el centro de la polémica

Resueltos los problemas “políticos y programáticos” del congreso, la cuestión de los estatutos, que ya antes había tenido para todos una importancia inmensa, fue llevado al centro del debate.

Las concepciones de *Iskra*, que había actuado no sólo como órgano literario sino también como célula de organización, serían puestas a prueba en el congreso.

Lenin define esta idea en materia de organización de la siguiente manera: Las ideas fundamentales de *Iskra* en lo que se refiere a organización del partido se resumían, en el fondo, a las dos siguientes.

La **primera**, la idea del centralismo, definía en principio el modo de resolver todos los numerosos problemas de organización particular, o de pormenores.

La **segunda**, respecto de la función particular de un órgano ideológico dirigente, de un periódico, tenía en cuenta las necesidades temporarias y específicas precisamente del movimiento obrero socialdemócrata ruso, en las condiciones de un régimen de esclavitud política, con la condición de crear en el extranjero una base inicial de operaciones para el asalto revolucionario.

Y atribuía la siguiente importancia a cada una: La primera idea, la del centralismo como criterio para resolver todos los problemas de organización, era un principio, debía penetrar todos los estatutos; la segunda, el problema del periódico como órgano dirigente ideológico era una idea particular, originada por las circunstancias temporarias de lugar y modo de acción, se traducía en un alejamiento aparente del centralismo, en la creación de dos centros: el OC y el CC.

3-El artículo 1.º de los estatutos

Iskra, o el grupo de *Iskra*, presentó dos proyectos de estatutos al congreso. La polémica se desarrolló alrededor del artículo 1.º.

Lenin presentó la siguiente propuesta &1.: “Considérase miembro del partido todo aquel que acepta el programa y apoya el partido tanto materialmente como por su participación personal en una de las organizaciones del partido.”

Y Martov propuso lo siguiente: &1. “Considérase miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia todo aquel que acepta su programa, apoya material-

mente el partido y le da su apoyo personal regular bajo la dirección de una de sus organizaciones.”

Aparentemente, la diferencia es poco más que un matiz pero, como observa agudamente Lenin, las diferencias sobre el párrafo primero sólo quedan claras cuando se pregunta: ¿pueden los órganos del partido dirigir de hecho miembros del partido que no pertenecen a ninguna organización del partido?

Para Martov era posible ser miembro del partido sin entrar en una de sus organizaciones, limitándose a trabajar libremente, bajo el acompañamiento o la dirección de un dirigente o de un comité.

Lenin quería que los miembros del partido estuviesen en uno de los organismos del partido. Cada uno de ellos debería pertenecer a una organización determinada, para ocupar el puesto que le fuese atribuido, realizar la misión que le fuese confiada, y respetar los estatutos y la disciplina establecidos.

La fórmula de Martov, liberal y acogedora, dejaba la puerta abierta a los numerosos simpatizantes que vacilaban con entrar al partido porque no querían contraer un compromiso total.

Al presentarse la división en el campo de *Iskra*, inmediatamente, las facciones *anti-iskristas* se unieron a la proposición de Martov, tanto los *anti-iskristas* como el “centro” entraron inmediatamente en la lucha contra las dos ideas fundamentales de todo el plan de organización de *Iskra* y, en consecuencia, de los estatutos en su totalidad: contra el centralismo y contra los “dos centros”.

Trotsky, que apoyara a Lenin en la polémica con los otros grupos *anti-Iskra*, diciendo que nuestros estatutos “constituyen la desconfianza organizada del partido de cara a todos sus sectores, esto es, el control de todas las organizaciones locales, regionales, nacionales y otras”, abandonó esa posición acusando a los estatutos de Lenin de demasiado centralistas.

Plejanov, el patriarca del marxismo ruso, a quien Lenin dio tanta importancia en la fundación de *Iskra*, lo defenderá al principio, para luego, en seguida, abandonarlo y buscar un acuerdo con los Mencheviques.

Para Lenin, la discusión era separar los elementos organizados de los no organizados, aquellos a quien se puede dirigir y aquellos a los que no se puede, los elementos avanzados y los que son incorregiblemente atrasados, porque los atrasados corregibles pueden entrar en la organización. Además de eso, combatía la confusión de algunos socialdemócratas entre el partido como destacamento de vanguardia de la clase obrera, y toda la clase. Confusión, según él, característica del oportunista en general. En el plano organizativo, con razón, Lenin no veía motivo para deducir del hecho de ser la socialdemocracia un partido de clase, la consecuencia de no ser preciso establecer una distinción entre los que pertenecen al partido y los que tienen una ligazón con el partido.

Y, una y otra vez, va a reafirmar las condiciones de admisión en el partido: 1. Un cierto grado de organización, y 2. Confirmación por un comité del partido.

Pero tampoco es correcto afirmar que Lenin no veía grados distintos en la aproximación y en la relación con el partido. Él mismo presentaría el siguiente esquema:

Según el grado de organización en general y del grado de clandestinidad de la organización en particular, podemos aproximadamente distinguir las categorías: 1. Organizaciones de revolucionarios; 2. Organizaciones de obreros, tan amplias y variadas como sean posibles (me limito a la clase obrera, lo supongo como cuestión que se sobreentiende, por sí, el hecho de que ciertos elementos de otras clases hacen igualmente parte en ciertas condiciones). Estas dos categorías forman el partido.

A continuación, 3. Organizaciones obreras ligadas al partido; 4. Organizaciones obreras no ligadas al partido pero de hecho sometidas a su control y dirección; 5. Elementos no organizados de la clase obrera que en parte se someten igualmente, por lo menos durante las grandes manifestaciones de la lucha de clases, a la dirección de la socialdemocracia.

Por fin, en la interpretación de Lenin, la fórmula de Martov, que parecía defender los intereses de las grandes camadas del proletariado, de hecho servía a los intereses de la intelectualidad burguesa, que recela de la disciplina y de las organizaciones proletarias. Para él, Martov (...) no estimulaba a organizarse, no exigía organizarse, no separaba lo organizado de lo desorganizado.

Para Lenin era anarquismo el hecho de reconocer como miembros a elementos “irresponsables y que se incluyen a sí mismos en el partido”.

Y concluía: “Si quieres ser miembro del partido tienes que reconocer también las relaciones de organización, y no sólo de una manera platónica”.

Conclusión

El Congreso de 1903, que tantas esperanzas trajera a Lenin, resultó en una fragorosa derrota de sus posiciones. Sus principales colaboradores y aliados lo abandonaron, uno tras otro. Plejanov, que lo apoyó en el congreso, se reconcilió con el nuevo *Iskra*. Trotsky y Martov lo abandonarían por años. Martov jamás se reconciliaría con él. La socialdemocracia internacional, como veremos a continuación en el texto de Rosa Luxemburgo, maldeciría sus tesis. Lenin, el vencedor del congreso quedaría solo. Sin embargo, Lenin tenía razón: un partido sin fronteras no puede ser ni mínimamente centralizado; una organización sin centralismo no puede dirigir una revolución.

Vencedor en el congreso, vencido en la lucha fraccional que siguió, Lenin se mantuvo fiel a sí mismo y la historia le daría la razón 14 años después.

Rosa Luxemburgo

Rosa Luxemburgo nació y creció en Polonia, fue fundadora del partido socialdemócrata polaco y letón (PSDP-L), habiendo militado en esta organización hasta que las condiciones de legalidad la obligaron a migrar primero a Suiza y luego a Alemania.

Pese a eso nunca rompió sus vínculos con el movimiento obrero ruso ni polaco, habiendo sido la representante del PSDP-L tanto en el partido alemán como en la Segunda Internacional.

Ese vínculo hizo que hasta sus enemigos en Alemania la considerasen la máxima autoridad partidaria en cuestiones rusas y polacas.

Cuando se celebró el Congreso de 1903, dos representantes del PSDP-L participaron en la primera parte de éste; traían un mandato para negociar la afiliación de los polacos y de los letones al POSDR.

Uno de los problemas fundamentales para negociar era qué grado de autonomía tendría el PSDP-L en el POSDR. A pesar de que los líderes del PSDP-L (Rosa inclusive) afirmasen estar contra un partido federativo compuesto por organizaciones totalmente independientes, las condiciones que pusieron para su entrada al POSDR se aproximaban de hecho al concepto federativo.

Rosa discrepaba con los Bolcheviques en la política de construir una fracción disciplinada de revolucionarios profesionales, que estuviesen dispuestos, cuando fuese necesario, a romper el POSDR. En eso reflejaba la presión moral en favor de la unidad a toda costa, que era muy fuerte en la Segunda Internacional.

“Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa” apareció simultáneamente en el *Neue Zeit* y en *Iskra*, en 1904. Aquél era el órgano central del POSDR, controlado por los Mencheviques. Es la respuesta de Rosa Luxemburgo a “Qué hacer?” y a “Un paso al frente, dos pasos atrás”, ambos de Lenin.

La situación en Rusia

Para Rosa, la cuestión en Rusia era cómo crear un movimiento socialdemócrata en una época en que la burguesía aún no controlaba el Estado. Esta circunstancia, la ausencia de poder político de la burguesía, ejercía su influencia de manera peculiar directa en el problema de la organización partidaria.

Según ella, en circunstancias normales la propia burguesía infunde en la clase obrera los rudimentos de solidaridad política.

No obstante, en la Rusia zarista, al no haber dominación política burguesa, cabía a los socialistas rusos, “igual que Dios Todopoderoso”, crear su organización de la nada, por así decir.

A partir de esa caracterización de la realidad rusa, Rosa se va a preguntar cómo efectuar la transición del tipo de organización característico de las etapas preparatorias del movimiento socialista –en regla general, grupos y clubes locales sin vínculos entre sí– a la unidad de una grande organización nacional, apta para la acción política articulada en todo el inmenso territorio dominado por el Estado ruso.

Como ella misma admitía, y como Lenin denunciaba y combatía en “Qué hacer?”, la autonomía y el aislamiento eran las principales características de la socialdemocracia rusa hasta entonces. Por lo tanto, argumentará ella, se comprende que la consigna de quien quiere una organización nacional amplia sea: “¡Centralismo!”

Así, nada más normal que el centralismo hubiera sido el eje de la campaña que el grupo *Iskra* desarrolló desde y durante los tres años anteriores al congreso.

No obstante, todas esas concesiones de forma, que aparentemente justifican el centralismo, en verdad preparan el terreno para un ataque en toda la línea a la política de Lenin. Para Rosa, la tesis de Lenin sería que el Comité Central del partido debería gozar del privilegio de elegir todos los organismos de dirección local, tendría que contar con el derecho de decidir, sin apelación, cuestiones tales como la disolución y reconstitución de las organizaciones locales, lo que para ella transformaría al Comité Central en el único organismo pensante del partido. Los demás organismos serían sus brazos ejecutores.

Rosa va a tomar el argumento de Lenin de que la combinación del movimiento socialista de masas con una organización rígidamente centralizada constituye un principio científico del marxismo revolucionario, y concordará con que en términos generales es innegable que hay una fuerte tendencia a la centralización en el movimiento socialdemócrata, y que la socialdemocracia generalmente es hostil a toda manifestación de localismo o federalismo y, más aún, para ella, en su argumentación, está claro que la socialdemocracia rusa no debe organizarse como un conglomerado federativo de muchos grupos nacionales sino que debe constituirse en partido único para todo el imperio, y que la energía del partido depende directamente de la posibilidad de centralizarlo.

Ahora bien, una vez más, establecido lo que sería un acuerdo, Rosa dirá que la concepción de Lenin sobre el centralismo que propone, en especial la afirmación de que el socialdemócrata es un jacobino con conciencia de clase, es errada, que la socialdemocracia crea un tipo de organización completamente distinta de las de los jacobinos¹² o los partidarios de Blanqui.

Y prosigue diciendo que para Lenin, la diferencia entre la socialdemocracia y el blanquismo se reduce al comentario de que en lugar de un puñado de conspiradores tenemos un proletariado con conciencia de clase.

No obstante, observa Rosa, el blanquismo no contaba con la acción directa de la clase obrera. Por lo tanto, no necesitaba organizar al pueblo para la revolución. Se esperaba que el pueblo cumpliera su papel únicamente en el momento mismo de la revolución. Y se diferencia al decir que la actividad socialdemócrata se realiza en condiciones totalmente distintas. Surge históricamente de la lucha de clases. Se difunde y desarrolla bajo la contradicción dialéctica existente entre el ejército proletario, es reclutado y adquiere conciencia de sus objetivos en el curso de la propia lucha. Por eso, dirá, el centralismo socialdemócrata no puede basarse en la subordinación mecánica y en la obediencia ciega de los militantes a la dirección.

Y para ella, el centralismo de Lenin se basa exactamente en estos dos principios: 1) subordinación ciega, hasta el último detalle, de todas las organizaciones al centro, que es el único que decide, piensa y guía; 2) rigurosa separación del núcleo de revolucionarios organizados de su entorno social revolucionario.

Rosa va a discrepar con esos dos criterios, aún más cuando para ella la socialdemocracia no está *unida* al proletariado. Es el proletariado y, por lo tanto, el centralismo socialdemócrata no es más que la voluntad concentrada de los individuos y grupos representantes de los sectores más conscientes, activos y avanzados de la clase obrera. El centralismo de la socialdemocracia es el “autocentralismo” de los sectores más avanzados del proletariado.

Así, va a decir que las condiciones indispensables para la aplicación del centralismo socialdemócrata son: 1) la existencia de un gran contingente de obreros educados en la lucha política; 2) la posibilidad de que los obreros desarrollen su actividad política a través de la influencia directa en la vida pública, en la prensa del partido, en congresos públicos, etcétera.

Para ella, esas condiciones no existen en Rusia, y va a decir que Lenin está convencido de que en Rusia ya están dadas las condiciones para la creación de un partido poderoso y centralizado. Peor aún, que Lenin embellece la influencia de la fábrica que acostumbra al proletariado a la “disciplina y la organización”.

Ella dirá que lo que Lenin llama disciplina es “la regulada docilidad de una clase oprimida”, y se pregunta qué tiene que ver eso con la autodisciplina y la organización de una clase que lucha por su emancipación. Y va a definir por la negativa que la autodisciplina de la socialdemocracia no es la simple sustitución de la autoridad de la burguesía dominante por la autoridad de un Comité Central socialista. Para Rosa, no se puede “inventar” la táctica de la socialdemocracia, pues ella es producto de una serie de grandes actos creadores de una lucha de clases, a menudo espontánea, que busca la manera de avanzar.

O sea, en última instancia, es el movimiento que crea las tácticas correspondientes a la socialdemocracia, las difunde, y si llevamos esto hasta las últimas consecuencias, es el movimiento el que dirige al partido y no lo contrario.

Además, lo importante para la socialdemocracia no es la elaboración de un cuerpo de directivas ya preparadas para la política futura. Lo importante es: 1) efectuar una evaluación histórica correcta de las formas de lucha que corresponden a la situación dada, y 2) comprender la relatividad de la etapa que se vive y el incremento inevitable de la tensión revolucionaria a medida que se aproxima el objetivo final de esa lucha. Por lo tanto, lo fundamental no es una centralización del partido ni del movimiento, pues éste puede encontrar el camino más o menos por sí mismo; además de eso, si se otorga, como quiere Lenin, poderes absolutos de carácter negativo al órgano superior del partido fortalecemos peligrosamente el conservadurismo inherente a dicho organismo.

Y concluye la primera parte de su artículo diciendo que el ultracentralismo que pide Lenin está lleno del espíritu estéril del capataz, no de un espíritu positivo y creador. *A Lenin le preocupa más controlar el partido que hacer más fructífera la actividad del mismo; estrecha el movimiento antes que se desarrolle, lo amarra antes que se unifique.*

Los intelectuales y el reformismo

Rosa Luxemburgo contesta a Lenin que, según ella, afirmar que los intelectuales seguirían siendo individualistas y tendiendo a la anarquía, incluso después de haberse unido al movimiento socialista.

La interpretación de Rosa sobre esa afirmación de Lenin es que él habría afirmado que solamente a los intelectuales les repugna la idea de la autoridad absoluta de un Comité Central.

Rosa va a rebatir tal afirmación diciendo que en primer lugar se debe destacar [y no] glorificar el supuesto genio de los proletarios en materia de organización socialista, y [que] la desconfianza general para con los intelectuales no es en sí mismo un índice de mentalidad “marxista revolucionaria”.

Ella ve que las tendencias que presentan el antagonismo entre los elementos proletarios y no proletarios en el movimiento obrero como problema ideológico son el semianarquismo de los sindicalistas franceses, cuya consigna es “¡Cuidado con los políticos!”, o el sindicalismo (tradeunionismo) inglés, que desconfía de los “visionarios socialistas”.

Pero se ve forzada a reconocer que en la mayoría de los partidos socialistas existe indudablemente una relación entre el oportunismo y los “intelectuales”, del mismo modo que entre los intelectuales y las tendencias descentralizadoras del movimiento obrero.

Aun así es en el parlamentarismo que está, para Rosa, el caldo de cultivo de todas las tendencias oportunistas que existen en la socialdemocracia occidental.

Sería el tipo de parlamentarismo que tenían Francia, Italia y Alemania el que porporcionaría el terreno para las ilusiones de tipo oportunista, tales como la sobrevaloración de las reformas sociales, la colaboración de clases y partidos, la fe en una evolución pacífica hacia el socialismo, etcétera.

Otra fuente del oportunismo sería, según ella, los grandes medios materiales con que contaba la socialdemocracia, y la influencia de las grandes organizaciones socialdemócratas. Por lo tanto, para Rosa, las tendencias “autonomistas” y descentralizantes no podrían ser explicadas por las características psicológicas de los intelectuales o por su supuesta inestabilidad innata de carácter (en sus palabras), pero sí sobre la base de las necesidades de la política parlamentaria burguesa.

Las diferencias de Rusia se deberían al atraso político de la sociedad rusa y a los medios de donde provenían los intelectuales, que eran mucho más desclasados y menos burgueses que en Europa occidental.

Finalmente, Rosa dice que atribuir al oportunismo la preferencia por un determinado tipo de organización es no comprender su esencia, y vaticina que el único principio del oportunismo en materia de organización, como en cualquier otra, es la falta de principios.

El combate contra el oportunismo

Para Rosa, los demagogos burgueses tendrán su trabajo facilitado si la acción, iniciativa y sentido político espontáneos del proletario se ven obstaculizados en su desarrollo y restringidos por el proteccionismo de un Comité Central autoritario.

Peor aún, porque para Rosa parece irreal que se pueda detener el avance del oportunismo con un estatuto, según ella, ultracentralista.

Un reglamento puede, va a decir ella, regir la vida de una pequeña secta o de un círculo privado. Una corriente histórica, sin embargo, atravesará las redes del párrafo estatutario.

Esa concepción de Lenin sería fruto de una tendencia de los rusos a considerar el oportunismo como un elemento externo al movimiento obrero.

Sin embargo, la influencia de elementos no obreros en el partido del proletariado sería resultado de causas sociales profundas, tales como la tendencia permanente a la proletarización de sectores de la pequeño-burguesía y de la propia burguesía, por un lado, y a la decadencia política de la burguesía y de su Estado, por el otro.

La socialdemocracia inevitablemente debe asimilar esos sectores y encuadrarlos dentro de su organización. Ahora bien, eso sólo sería posible si la social-

democracia tuviese un núcleo proletario fuerte, políticamente culto, con la suficiente conciencia de clase como para ser capaz de arrastrar a los elementos desclasados y pequeño-burgueses que se unen al partido.

Por fin, Rosa dirá que las influencias burguesas no son las únicas fuentes de oportunismo, y que el propio accionar de la socialdemocracia lleva permanentemente a dos riesgos: uno, el de volverse una secta y perder su carácter masivo, y otro, el de transformarse en una organización que lucha por reformas del capitalismo y no por una revolución.

Rosa termina su texto afirmando que los errores cometidos por el movimiento verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad del mejor Comité Central.

Conclusión

Al margen de las exageraciones polémicas de ambos lados, de afirmaciones como el ultracentralismo o el debate sobre el oportunismo, el papel de los intelectuales, visto en el espejo de la historia, [muestra] que cada uno golpeó sobre lo correcto, aunque parcialmente. Y también descontando el hecho de que Rosa y Lenin escribían desde realidades bastante distintas (cuando no opuestas), la verdad es que Rosa reflejaba el absoluto opuesto en concepción de partido, en relación con Lenin.

Dejaremos para las conclusiones finales la comparación, por ahora veamos solamente cuáles eran entonces las opiniones centrales de Rosa sobre cómo debería ser el partido.

Primero, para Rosa, toda vez que el partido debería ser un todo orgánico centralizado y no una federación de organizaciones, la centralización debería venir del movimiento, de la base del partido y no de su dirección.

El papel de la dirección era asimilar y difundir las experiencias del propio movimiento obrero socialdemócrata, dejando a las masas el papel creador.

Segundo, para Rosa, la socialdemocracia no se une al movimiento obrero, es el movimiento obrero, o sea, no hay una barrera entre el movimiento obrero y el partido obrero, es una escalada donde uno y otro en algún momento, pueden y deben confundirse.

Tercero, la propia elaboración política de la socialdemocracia, sus tácticas y políticas, derivan directamente de la acción de las masas, no se inventan tácticas, sólo se sintetizan de la experiencia del movimiento obrero.

Cuarto, el oportunismo y el reformismo tienen causas sociales, en el caso de la socialdemocracia deriva de dos elementos: por un lado, la presión material del parlamento y de los grandes aparatos sindicales y, por el otro, la “invasión” al par-

tido y a la propia clase obrera de los sectores decadentes de la pequeño-burguesía y la burguesía que traen en el bagaje sus propias ideologías.

El texto de Rosa es un libelo a la capacidad y la espontaneidad frente a la tentativa de controlarla y dirigirla. Para Rosa es la educación política de las masas la que permitirá su centralización consciente y efectiva, y es esa educación la que compete a la socialdemocracia.

La organización del proletariado y el marxismo revolucionario

El problema de cómo organizar al proletariado, y de manera más general a las clases “subalternas” dominadas, para la revolución socialista, es parte fundamental del marxismo revolucionario, y aquel que no lo ve es un ciego completo.

Partiendo de la afirmación del propio Lenin, de que: *“Toda institución tiene su estructura natural e inevitablemente determinada por el contenido de su acción”*¹³, es necesario decir que muchas veces, a pesar del contenido igual de las actividades de ese organismo, el marxismo revolucionario llegó a conclusiones diferentes sobre cómo organizarse.

El punto crítico de esas diferencias es, sin sombra de duda, el surgimiento de la concepción leninista de partido, cuya obra más reivindicada es “Qué hacer?” pero que en verdad es un proceso mucho más dinámico y contradictorio, y que, hasta donde pudimos averiguar, tiene su origen en 1901, con el texto “Por dónde comenzar”, y seguirá en mutación hasta la resolución de la Tercera Internacional sobre organización de partidos.

Lenin dará mayor o menor importancia a cada uno de los problemas organizativos de acuerdo con cada una de las polémicas que enfrente.

Así, en “Qué hacer?” dirá:

Para los militantes de nuestro movimiento el único principio serio en materia de organización deber ser: secreto riguroso, elección rigurosa de los miembros, formación de revolucionarios profesionales. Reunidas esas cualidades, tendremos algo más que “democratismo”: una confianza plena y fraternal entre revolucionarios.

En su siguiente obra, “Un paso al frente...”, Lenin dirá:

Las ideas fundamentales que Iskra pretendía poner en la base de la organización del partido se resumían, en el fondo, a las siguientes dos. La primera, la idea del centralismo, definía en principio el modo de resolver todos los numerosos problemas de organización particulares, de pormenores. La segunda, referida a la función particular de un órgano ideológico dirigente, de un periódico, tenía en cuenta las necesidades temporarias y específicas precisamente del movimiento obrero socialdemócrata ruso, en las condiciones de un régimen de esclavitud política, con la condición de crear en el extranjero una base inicial de operaciones para el asalto re-

volucionario. La primera idea, como la única idea de principios, debía penetrar todos los estatutos; la segunda, como idea particular, originada por circunstancias temporarias de lugar y modo de acción.

Entre las dos afirmaciones median las polémicas de cada momento y, por lo tanto, el énfasis necesario en cada una de ellas.

Como decíamos, el surgimiento de esa concepción, de un partido fuertemente centralizado, de militantes profesionales, con una concepción de militantes que separaba al mero simpatizante y amigo del partido de sus miembros, creando una barrera organizativa que separaba a los miembros del partido, aquellos que tienen derecho político dentro de la organización, fue, en su momento, una verdadera revolución conceptual-organizativa.

Como no podía ser de otro modo, al principio, la amplia mayoría de los cuadros de la Segunda Internacional estuvieron contra esa posición. La respuesta de Rosa Luxemburgo es apenas una de entre muchas; el propio Trotsky respondió duramente a Lenin en su obra “Nuestras tareas políticas”¹⁴, eso sin hablar de Martov, Plejanov y un largo etcétera.

Visto desde la perspectiva de la época, Rosa y todos los opositores de Lenin representaban la ortodoxia marxista, y Lenin era un herético, semi-blanquista, semi-jacobino.

Indiscutiblemente, Marx afirmó:

(...) los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses que los separen del proletariado en general. No proclaman principios particulares, según los cuales pretenden modelar el movimiento obrero.

Nadie puede negar que el partido socialdemócrata alemán nació y creció bajo la tutela bastante próxima de Engels, que incluso influenció de forma decisiva en su política organizativa.

Por lo tanto, visto desde esa óptica, Rosa y todos los demás son los ortodoxos, y Lenin un heterodoxo, para decir lo mínimo.

Sucede que tal interpretación es mecanicista y, por lo tanto, falsa. Rosa y todos los demás padecían de una ortodoxia dogmática, o sea, se apegaban a la forma y no al contenido del pensamiento marxista-engeliano.

El contenido de ese pensamiento, incluso en lo que respecta a organización, era construir una organización que sirviese a la causa de la revolución proletaria, en sus diversos momentos y tareas; basta tomar los ejemplos de 1852, cuando Marx propone romper organizativamente con la pequeño-burguesía, como en la lucha contra los anarquistas propone una organización más centralizada y con más poderes de la dirección, para ver que también para Marx *“toda institución tiene su estructura natural e inevitablemente determinada por el contenido de su acción”*.

En rigor de verdad, Lenin presenta una ortodoxia dialéctica, va a superar dialécticamente los preceptos organizativos manteniendo lo esencial: construir una organización revolucionaria del proletariado capaz de llevar a éste hacia la victoria.

Y también, la respuesta a un fenómeno que se hará cada vez más presente en la clase obrera, en la medida en que avanza el imperialismo, fenómeno ése que ya había sido observado por Marx y Engels, a saber: el hecho de que “el proletariado inglés se está aburguesando, de hecho, cada día más; así que esta nación, la más burguesa de todas, aspira aparentemente a llegar a tener *al lado* de la burguesía una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. Naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es, hasta cierto punto, lógico”.

Ese fenómeno se volverá mundial y con especiales consecuencias en los países adelantados, donde ya no será posible hablar de un partido único de la clase obrera sino de dos: uno revolucionario y otro reformista, cada uno reflejando los intereses de un sector de la clase obrera.

No está demás, tampoco, reconocer que el texto de Rosa tiene grandes aciertos y es bastante actual; su crítica y su explicación del reformismo y del revisionismo, su localización como un fenómeno de adaptación de los partidos obreros al parlamento y a las grandes organizaciones obreras (sindicatos, cooperativas, etc.), es sin duda una inmensa contribución al marxismo revolucionario en general.

Además, su afirmación de que “el único principio del oportunismo en materia de organización, como en cualquier otra, es la falta de principios”, demostró ser una verdad incuestionable, cuyo único sino es que un oportunista nunca se somete a ninguna forma organizativa sino que busca someter la organización a sus propios intereses.

Finalmente, el presente texto, al terminar en la polémica de 1902-1905 es, obviamente, incompleto.

Sería interesante incluir las resoluciones de la Tercera Internacional y analizarlas a la luz de los preceptos anteriores.

Y sería necesario estudiar tanto el fenómeno del stalinismo, la contrarrevolución burocrática bajo la forma bolchevique desfigurada, y el fenómeno de los partidos ejércitos, que también reivindicaban estar bajo el manto del marxismo y del leninismo.

Sería interesante estudiarlos porque el stalinismo es la destrucción del bolchevismo, su negación total a partir de tomar algunos de sus preceptos organizativos, e incluso en este caso, después de degenerarlos.

El segundo, el de los partidos ejércitos, por el hecho indiscutible de que fue bajo esa forma de organización que se dieron, mejor dicho, se dirigieron, la ma-

yoría de las revoluciones victoriosas en el siglo XX, destacando la importancia de la centralización política para la victoria, pero cuestionando la propuesta organizativa del leninismo.

Desgraciadamente, el tiempo no nos permite entrar en este estudio ahora; los materiales ya existen y un próximo artículo tal vez responda ese tema.

■ ■ ■ ■
¹ *Órgano de la Democracia*. Se publicó diariamente en Colonia bajo la redacción de Marx, del 1 de junio de 1848 al 19 de mayo de 1849. Engels era parte de la redacción.

² *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

³ *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

⁴ Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Manifiesto Comunista*.

⁵ Basado en *Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas*, de F. Engels.

⁶ Basado en el Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas.

⁷ Carta a Wilhelm Bracke, de Karl Marx, 5 de mayo de 1875.

⁸ Carta a August Bebel, de Friedrich Engels, 28 de marzo de 1875.

⁹ Trotsky, León, *Qué es el centrismo*.

¹⁰ Luxemburgo, Rosa, *Huelga de masas*.

¹¹ Lenin, V. I., *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

¹² *Jacobinos*; miembros del Club Jacobino, la fracción de izquierda más radicalizada de la Revolución Francesa; gobernó desde la caída de la Gironda hasta el Termidor y la ejecución de Robespierre y otros, en julio de 1793.

¹³ Lenin, V. I., *Qué hacer?*

¹⁴ Obra sobre la que el autor del presente artículo sólo conoce los extractos utilizados por Isaac Deutscher.

EL PARTIDO

Primer texto teórico elaborado por Nahuel Moreno, en 1943

Prólogo

Hace algo más de un año que este folleto fue hecho y los camaradas insisten en su publicación tal cual vio la luz, sin mayor documentación y sin la necesidad de ampliarlo.

Los que han estado últimamente alrededor mío, saben bien de los inconvenientes que puse al traslado a las letras de molde.

Todo el primer medio año de 1943 lo dediqué íntegramente a estudiar el aspecto organizativo y las deficiencias cuartistas.

El folleto de Quebracho me dio en forma sintética todas las posiciones de los diferentes compañeros, que conocía a través de exposiciones orales pero que me era imposible encontrar en documentos.

El estudio detenido de Lenin me llevó a la conclusión que malinterpretado, tal cual lo hacía Quebracho, daba pie al más desenfrenado oportunismo.

No es ese, sin embargo, el motivo del trabajo. Estábamos en los preliminares de una discusión con el grupo Liniers-Lanús; el representante de ellos insistía en la publicación inmediata de un periódico, prometiéndonos, ante nuestra negativa de discutir oralmente, un trabajo escrito sobre la posición organizativa de su grupo.

Comprometíme entonces a contestar a esa camarada. Entusiasmábame la posibilidad de que el grupo Lanús, con muchas características parecidas a las nuestras, comprendiera nuestras posiciones; alentábame el saber que el compañero animador de ese grupo había discrepado con la publicación del periódico.

El trabajo prometido, en contra de lo manifestado, no nos fue entregado o no se hizo, pues “para qué perder el tiempo”. Se nos arrojó, sin embargo, el guante, pidiéndonos diéramos nuestra posición.

Dada la urgencia con que se requería nuestro trabajo y para no caer en lo que criticábamos, el no discutir por escrito, tomé el folleto de Quebracho, que todos consideraban bueno, aun compañeros de mi organización, para contestarle; no dejando de ver que servía al fin propuesto, pues rebatiendo a éste se lo hacía con todos o la mayor parte de los trotskistas conocidos.

Por motivos personales hice esta obra con la mayor incomodidad, en la casa de un amigo y compañero.

No fue corregido ni siquiera el primer borrador, dado que no era mi intención publicarlo.

Uno de los primeros compañeros a quien se la leí opinó que era necesario ampliarla, ejemplificarla con experiencias de otros países y de ese modo efectuar una labor con cierta trascendencia universal.

También yo opino y opinaba al igual que ese compañero, que podría hacerse un libro desarrollando en forma armónica el auténtico motivo central de esta pequeña obra, la importancia del factor subjetivo en el movimiento revolucionario y lo necesario de su cuidadosa capacitación y preparación.

En esa obra de mayor aliento por su extensión podría, como intento, laborar cuidadosamente con las categorías hegelianas, un tanto olvidadas últimamente por los escritores que se llaman marxistas.

Todas estas razones fueron dejadas de lado fundamentalmente porque nuestros medios técnicos no nos permiten publicar una obra de cien o más páginas y porque ya está todo dado en la que se publica, pues creo que no se deja de considerar ninguna de las facetas de nuestro movimiento, de ubicarla y de dar la posición que creemos es adecuada.

Creo que los momentos dialécticos existen, rápidamente esbozados dado el tamaño del trabajo y su contextura polémica, pero dados.

Dejo a los lectores la discriminación [sobre] si estos momentos dialécticos son o no a lo Proudhon.

Es decir que, con respecto al contenido, está todo lo que quería dar. Mayor claridad formal y generalizaciones universales hubieran significado una obra imposible actualmente de publicar.

Todos los camaradas de mi organización han sido educados mal o bien para las discusiones cuartistas nacionales a través de esta obra.

Es interesante, por consiguiente, conocerla tal cual fue leída constantemente durante un año.

Hay otro motivo para respetarla, que fue prometida tal cual está hecha a otros camaradas que sabemos no opinan como nosotros.

Transformarla totalmente significaría darle base a su acusación política: que nosotros sostenemos como organización solamente la propaganda como actividad.

El respetar la obra en sus aspectos generales le demostrará que nuestra línea ha sido inflexible y clara: agitación y propaganda al alcance de nuestras posibilidades; unidad con los otros grupos a partir de las más elementales tareas comunes.

Que nuestra organización ha seguido fielmente mi trabajo es cosa que me halaga.

Últimamente se ha conseguido la unidad por iniciativa nuestra en una tarea elemental, la ayuda a nuestros presos. A través de esta labor iremos capacitándonos para la próxima tarea común, las publicaciones conjuntas.

Pero lo urgente, lo inmediato, hoy como ayer, es: **aproximarnos a la vanguardia proletaria y rechazar como oportunista todo intento de desviarnos de esta línea. Así se presente como una tarea imposible.**

Los oportunistas al fin escriben sus posiciones, publican *Frente Obrero* nuevamente. Desentierran en él la teoría del socialfascismo, niegan al movimiento socialista como oposición y solución a las contradicciones de la burguesía, y otras lindezas por el estilo.

En el aspecto que nos atañe, caen nuevamente en las confusiones de rigor, “Sobre todos estos aspectos, de interés vital para el proletariado argentino, *Frente Obrero* tiene algo que decir, alguna opinión que formular, alguna solución que proponer ante las masas trabajadoras. Sobre la base de esta elaboración, nuestro órgano de combate se plantea la tarea de esclarecer a un núcleo obrero de vanguardia, seguro constructor del futuro partido revolucionario”.

Si “la tarea de esclarecer a un núcleo obrero de vanguardia” es tarea, lo mismo que construir el partido, no puede ser tarea conjuntamente “algo que decir, alguna opinión que formular, alguna solución para proponer ante las masas trabajadoras”, pues el dirigirse a las masas trabajadoras así, en general, proponiéndoles soluciones, presupone el partido y, por consiguiente, el ya tener esclarecida a la vanguardia proletaria. O una tarea o la otra, siendo una determinante de la otra.

Dejemos a estos para seguirlos bajo otra forma corporal, la de Quebracho.

Por eso, mi mayor regocijo sería que la aparición de este folleto coincidiera con la adopción, por parte de los cuartistas sudamericanos, de la línea política y organizativa de nuestra organización, o en su defecto, la crítica seria y marxista de que carecemos.

Octubre de 1944

Julio de 1943

No es la intención de este folleto el polemizar directamente con un personaje de segundo o tercer orden en el movimiento cuartista americano.

El deseo del autor es señalar los errores fundamentales en que a su entender han caído casi todas las organizaciones cuartistas conocidas. Si en esta introducción generalizamos una serie de pequeñas consideraciones existentes ya en el trabajo es porque se considera que éste lo demuestra suficientemente.

Nuestro movimiento surgió al calor de las luchas internas entre las fracciones de la Tercera Internacional, no es más que una prolongación de la Oposición de Izquierda.

Y es así como ha existido y existe en nuestro país, no como una organización revolucionaria cuyo principal enemigo es la burguesía, y su máximo objetivo, la toma del poder por el proletariado, sino por el contrario, su máximo objetivo ha sido y es suplantar al stalinismo como rector de la masa.

Se ha creído que maniobras y consignas oportunistas nos arrastrarían a la mayor parte del proletariado a nuestras filas, sin comprender que eso puede hacerlo el stalinismo gracias a dos factores importantísimos que nos faltan: el prestigio de la URSS y su poderosa burocracia, llena de medios para sus descastados fines (sic).

El stalinismo une a sus concepciones una forma de ser, como no pueden quedar dudas, en donde se reflejan todo el arribismo y el burocratismo existentes. El desprecio por las ideas como parte fundamental de la acción revolucionaria, va acompañado por un desprecio absoluto hacia el material humano.

Los militantes comunistas se transforman así, de piezas conscientes de una máquina, en inconscientes tornillos incapaces de comprender los problemas de los otros camaradas de trabajo, como así también de la máquina en su conjunto.

Un resultado palpable de todo esto es la cantidad enorme de “militantes revolucionarios” cuya única actividad es vivir a costillas de la buena voluntad de sus amigos.

El concepto de la utilización de los demás en nuestras organizaciones está muy difundido; [la] utilización no en beneficio de la revolución, loable propósito, sino para *motus proprio*, es actualmente una poderosa carga, dejada como una herencia más por la camarilla de Don Pepe.

El oportunismo en política, como el arribismo en la actividad personal, son las características fundamentales que heredamos del stalinismo a través de sus militantes arrepentidos.

Ahora bien, si las cuestiones políticas toman, debido al monolitismo organizativo existente, forma de cuestiones personales en el partido comunista, las cuestiones personales, ya sean originadas por problemas políticos como por ambiciones

personales, se resuelven con la expulsión de uno de los términos en discordia, ya que no deben ni pueden existir pecadores o equivocados dentro de este partido.

En la misma forma, las cuestiones políticas unas veces, como la ambición personal las más de las veces, se manifestaron en nuestro movimiento a través de los conflictos personales, con la diferencia de que no existiendo el Papa que otorgue el título de inefable a una de las partes en litigio, cada una de ella se cree la tocada por el rayo divino, y elimina a la otra hasta la eternidad para la acción revolucionaria. No interesa si en el concepto de parte intervienen una, dos o quince personas.

El señor Quebracho refleja todas estas características a través de su acción en nuestras filas. No por nada fue durante bastante tiempo, la estrella de primera magnitud de nuestros sets. Su oportunismo se ve en cada acto como en cada línea de sus escritos.

Muchos camaradas creen que es perder el tiempo polemizar con tal individuo. Si de lo que se tratara sería de convencerlo de sus errores y enseñarle marxismo, creemos que no lo hubiéramos conseguido ni aun tomándolo en su vida intraterrena. Trataremos de explicarnos.

Un militante del PC antiguo sostuvo la necesidad de la educación de la vanguardia proletaria, como así también de concretar toda la labor política en la conquista de ésta.¹

Sus requerimientos no fueron escuchados y se retiró, no sabemos si para bien o para mal, a una tarea de proselitismo personal.

Posteriormente, mientras la mayoría de los cuartistas se orientaban hacia la formación de potentes organizaciones y a la dirección de periódicos que coparían a toda la masa, ésta y otras unidades revolucionarias continuaron, en la medida de sus escasas fuerzas, con la tarea que se habían impuesto.

La realidad fue la mejor amiga de aquellos que sostenían: “es la idea la que crea los cuadros y no los cuadros la idea”, y después de más de una decena de años, años de fracaso para todos los que sostuvieron lo contrario, un grupo juvenil sin contacto con estos viejos elementos llega a las mismas conclusiones.

No es cuestión de hacer nombres, es posible que el tiempo transcurrido haga ver las cosas con un poco menos de entusiasmo a los que tantos años vienen luchando por el socialismo, es posible que en una serie de problemas no opinemos igual, pero hay dos postulados de acción revolucionaria que compartimos en común, ellos son: 1) la camaradería para la crítica y para la acción; 2) la necesidad de educar y capacitar aproximándonos a la vanguardia proletaria antes que nada, no apresurándonos en un camino en el que el factor tiempo es lo fundamental.

Hoy día debemos tener premura en enterrar el maloliente cadáver de la etapa oportunista, no dejándole posibilidades de una funesta reencarnación.

Así como el proletariado quema y destroza lugares que le son aborrecidos cuando llegan sus luchas callejeras, nosotros, en un símil parecido, atacamos a quien mejor representa esa etapa en nuestro medio. Y si los trabajadores triunfantes demuestran su alegría malgastando a lo mejor su tiempo en destrozar una cosa que tiene recuerdos trágicos para él, nosotros, sin que merezca por sus cualidades personales una polémica, queremos inmolar al porvenir todo un verdadero estandarte de la etapa más baja y sucia conocida entre nosotros. Ojalá sea ya una etapa desaparecida.

Todo lo que se le dice a Quebracho en el análisis de sus ideas tiene, sin embargo, un más largo alcance, pues toca a mucho de lo sostenido por múltiples camaradas en charlas o pequeños escritos, muchos de los cuales decían no compartir las posiciones de nuestro héroe.

Por todo ello, quisiera terminar estas líneas recordando el proverbio alemán que cita Lenin en el "Qué hacer?": *Te lo digo a ti, hijuela mía, entiéndelo tú, nuero mío.*

A la pregunta que debemos comenzar a hacer para llegar a formar el partido, los distintos agrupamientos y camaradas responden con variadas contestaciones, como es lógico suponerlo, en un todo de acuerdo con su actual idiosincrasia política.

Las más de las veces ni se recapacita si lo que se hace está bien o mal, se hace y suficiente. Caen por lo tanto en el mismo error de los militantes stalinistas, que creen ser militantes revolucionarios por el solo acto de su militancia.

Lógicamente, cuando se vienen abajo todas las ilusiones cifradas en tal o cual proyecto o grupo, los camaradas suponen llegado el momento de retirarse a sus líneas de invierno, hasta que la llegada de la nueva primavera revolucionaria, el ascenso del movimiento obrero, los reclame.

Hoy día se agrupan por sus opiniones en tres corrientes; los más viejos han pasado por todas ellas para caer en la de “no efectuar ninguna acción hasta que las condiciones objetivas lo permitan”.

Delimitemos estas tres corrientes:

Está formada por los militantes más viejos del movimiento, no están unidos en una organización ni tampoco les interesa mayormente el contacto con la masa; su escasa actividad se desarrolla entre elementos intelectuales.

Sostienen que es necesario esperar, como ya lo dijimos anteriormente, que las condiciones objetivas se presenten favorables para desarrollar una intensa labor de capacitación intelectual.

Opinan que la desorganización existente en nuestras filas se debe a la época de reflujo revolucionario, sin querer comprender que hay también mucha culpa de nuestra parte.

Creen que el mismo movimiento obrero en ascenso se encargará de ponerlos a la vanguardia de las masas. No nos cabe duda que el flujo revolucionario golpeará fuertemente a la aldaba de la casa de esos señores sin que ellos la oigan, ya que el contacto y la militancia al compás del proletariado lo han dejado para el tan nombrado y mal comprendido flujo revolucionario.

Los que sostienen categóricamente que la salida de un periódico revolucionario bueno bajo todos los aspectos, será la panacea que nos libraré de todos nuestros males. Lo inmediato es, por lo tanto, la salida de un órgano bien presentado.

Nosotros estamos en un todo de acuerdo [con] que una perfecta hoja marxista revolucionaria sabrá atraer lo mejor de todas las clases y, principalmente, del proletariado.

El interrogante no lo ponemos en la función del periódico, que sabemos es formidable, sino en si es posible sacar ese periódico hoy día y en nuestro medio.

Todo lo existente es una resultante de ciertas condiciones objetivas; una vez que existe actúa como causa y efecto. El problema no es el de la función de la actuante, sino si las condiciones objetivas nos pueden dar tal o cual resultante.

Los de *Frente Obrero* chico, por ejemplo: su militancia diaria observamos que se limita a lo que consideran lo primordial, la salida del periódico. La mayor parte de las cotizaciones [así] como de las energías de los compañeros se emplean en ello.

Creen y sostienen que sacan un verdadero periódico obrero revolucionario; a pesar de esto, en su último número se han visto obligados a reconocer su propia incapacidad como redactores de tal periódico, pues confiesan que “les es imposible analizar todas las fuerzas sociales que intervienen en la vida política argentina” (Se cita de memoria).

Dejemos que Lenin diga mejor que nosotros sobre esta incapacidad: “Pero la revista como el periódico deben reflejar todos los aspectos del movimiento, y nosotros prometemos subrayar nuestra desaprobación de un plan que haría insertar en el periódico obrero exclusivamente aquello que toca directa e inmediatamente al movimiento obrero espontáneo, reservando todo aquello que se refiere a la teoría del socialismo, a la ciencia de la política, a la estructura del partido, etc., al órgano destinado a los intelectuales. Es necesario, al contrario, destacar los hechos concretos y las manifestaciones concretas del movimiento obrero en todas estas cuestiones, es necesario esclarecer por la teoría cada fenómeno particular, es necesario dar los problemas de política y de estructura familiar a la clase obrera, es necesario llevar estos problemas a la agitación”.²

Entran en esta categoría los nuevos camaradas, aislados en su mayoría del movimiento, tanto nuestro como obrero.

Sostienen que en el momento actual la función revolucionaria se cumple llevando a cabo una acción pedagógica, pues hasta que no existan una cantidad bastante grande de “militantes perfectos” es imposible desarrollar una acción revolucionaria consecuente.

El militante perfecto es aquel que ha estudiado una veintena de meses, por lo menos, marxismo.

Nosotros compartimos en un todo la posición de los camaradas que nos aseguran que es necesaria la capacitación teórica de los obreros conscientes, de los simpatizantes y de los compañeros para hacer una acción revolucionaria seria.

Pero de ahí a pretender que es necesario para otorgar el calificativo de militancia a un obrero, el someterlo a una capacitación sumamente larga en meses, hay un buen trecho de camino.

Nosotros no podemos basar nuestros juicios en la subjetividad personal, ya que nos es desconocida y, además, lo que vale como materialistas que somos, es la actividad objetiva, y bien objetiva.

Por qué vamos a cerrarle las puertas de nuestras organizaciones por pequeñas o grandes que sean, a un obrero consciente que acepta nuestro programa.

Lo importante es que la organización sea lo suficientemente flexible como para que saque los mayores frutos de la actividad de este obrero, como así también para educar en todo sentido, en la actividad teórica y práctica de todos los días, a este obrero.

Impedir que aporten su fuerza vivificadora elementos obreros relativamente nuevos, hasta que se los logre capacitar, es impedir por un principio sectario el contacto íntimo y la unión con los obreros más capaces. Es negar al comunismo como movimiento social.

Observemos, aun desde el ángulo pedagógico, que un militante para tener un conocimiento absoluto que lo capacite para la acción, precisa necesariamente haber actuado, haber accionado. Es decir, para aprender a ser revolucionario es necesario haber estado en las múltiples acciones de masas como principio activo.

Ahora bien, estos camaradas nos afirman muy tranquilos “que esa experiencia de que usted nos habla la puede obtener por su cuenta cada obrero; que nosotros nos encargaremos de darle la capacitación teórica”, pero, ¿por qué, en beneficio de todo el movimiento, no hacemos que esta experiencia particular se transforme en experiencia general? ¿No sería más beneficioso aún para el mismo aprendizaje de todos?

A estos pedagogos del marxismo revolucionario (el título se lo adjudican ellos solos, sin injerencia de nuestra parte) les tenemos que recordar la primera noción pedagógica que se adquiere al enseñar: la de completar las lecciones teóricas con la aplicación práctica de lo que se enseña.

Como se ve, hay a simple vista una semejanza entre los grupos a) y c): son las etapas de la propaganda que no pugna por llegar al proletariado, como sería el deber de auténticos revolucionarios, sino en esperar que el proletariado se acerque a ellos.

Hay, sin embargo, una fundamental diferencia: por un lado, los jóvenes tienen el deseo de activar, mientras que, por el otro, los viejos están abatidos y no sienten ninguna necesidad de hacerlo. Cuando los jóvenes activen pasarán al grupo b), siguiendo la trayectoria oportunista en la forma de encarar los problemas.³

El problema de la juventud

El único folleto que tiene la pretensión de referirse “en torno a la acción inmediata, organización y perspectiva del movimiento cuarta internacionalista en la Argentina” es el de Quebracho: “Nuestras perspectivas políticas”.

Quebracho, en este folleto como en su artículo de tres años después (Boletín Interno de la L.O.R.⁴ N.º 4), refleja perfectamente todas las contradicciones exis-

tentes entre las distintas posiciones delimitadas en lo que antecede. Por consiguiente, sus escritos reflejan como veremos más adelante, ideas y posiciones irreconciliables, haciendo un todo ecléctico de su folleto.

Planteado un problema, los que desean resolverlo desarrollan argumentaciones que pretenden demostrar la veracidad de las hipótesis sostenidas. Traer a colación en una discusión verdades ultra conocidas, suena a incapacidad si no es que se polemiza o se escribe con personas que desconocen estas verdades, lo que nos ocurre a nosotros al polemizar con Quebracho.

Cuando se asegura “que en la joven generación y en los nuevos elementos está la esperanza del movimiento”, se manifiesta una verdad tan general que de tanto afirmar no afirma nada.

Si el lector del folleto del Sr. Quebracho cree que éste, con lo antes indicado, plantea el problema de la forma de atraer a la juventud en general y a la obrera muy especialmente a nuestro movimiento, se verá defraudado tristemente; y si quiere sentirse completamente engañado puede continuar leyendo el folleto de éste, que no es más que el mal planteo de problemas que no se resuelven o se resuelven mal.

La juventud ha sido y es la esperanza de todo auténtico movimiento revolucionario, y nosotros, como auténtico, justo y científico movimiento revolucionario que somos, tenemos cifradas nuestras esperanzas en la juventud. Hoy día, como en 1939, como en cualquier otro año, lo fundamental ha sido aproximarnos como movimiento teórico a la juventud obrera, o expresado más categórica y exactamente, a la vanguardia proletaria. Ésa ha sido y es la etapa abierta que no se ha sabido o no hemos sabido cumplir.

El Sr. Quebracho sobre esto no nos dice nada, ni siquiera algo que nos interesaría mucho saber: cómo y dónde actuar para atraer a “la juventud, esperanza de nuestro movimiento”, y algo mucho más importante para él personalmente: qué podríamos hacer para que los elementos jóvenes que se le acercan no se alejen de él espantados por sus cuestiones doctrinarias y personales.

Nosotros, sin gran algarabía pues no hacemos más que recordar algo ultra conocido, debido a la incapacidad del Sr. Quebracho de decirlo, aseguramos que a la juventud obrera la podemos atraer mezclándonos y aproximándonos a ella, a sus clubes, y a sus organizaciones. Y que eso es lo fundamental, hoy como ayer, y que todo auténtico militante u organización cuartista debe entenderlo así, obligándose a actuar en algún organismo obrero de preferencia juvenil, como ser clubes, bibliotecas, P.S., C.O., etc., y aún en las juventudes comunistas.

Todos los trotskistas se inician hablando de la juventud para pasar en su actividad práctica a la recolección de todos los elementos viejos al alcance de la mano. Haciendo un “cocktail” organizativo sin ninguna línea política. El motivo de esta

actividad es siempre un acontecimiento exterior, el pacto nazi-stalinismo, etc. No debemos extrañarnos, por consiguiente, de que el señor de “la juventud, esperanza de nuestro movimiento” se contradiga lastimosamente.

Vemos que en el capítulo “En definitiva hacia dónde debemos ir”, dice: “desde un comienzo no debemos hacernos muchas ilusiones respecto a los resultados de nuestra acción inmediata. Más que recoger, nuestra función es sembrar y sembrar la buena semilla, cuyos resultados no han de verse muy pronto. No olvidemos que pasamos por un período de reflujo revolucionario y que a muchos que se han vuelto escépticos, indiferentes (sic) debido al fracaso de la III Internacional no los hemos de sacar de su posición de espera, otros que han roto o perdido fe en el stalinismo, tampoco vendrán por ahora a nuestras filas, por ausencia de un impulso exterior que los mueva”.

Cada nueva época tiene sus nuevos hombres; esto vale tanto para los *leaders* como para generaciones enteras. Es lógico, por lo tanto, que nosotros, nuestra época revolucionaria, esperemos de los nuevos hombres o, como dice el Sr. Quebracho: “Nosotros debemos atraer a nuestras filas a los jóvenes, no a los viejos”.

Se queja y nos previene primeramente del poco éxito que vamos a tener, pues como los viejos elementos están cansados, tenemos que esperar el estímulo exterior que los mueva. Pero no sabemos cómo se puede lamentar de ese poco éxito, si se pugna por “atraer” a nuestras filas a los jóvenes y no a los viejos.

Es decir, por un lado asegura que no debemos tener ninguna fe en los viejos elementos y, por el otro, que como estos viejos elementos, debido a la triste experiencia, están alejados del movimiento revolucionario, no hay visos, por el momento, de que esto mejore. De ser así, la esperanza no está en la juventud sino, por el contrario, en los viejos, y hay que esperar que un “impulso exterior los mueva”.

Entiéndelo tú, oh gran Dios Todopoderoso de los imbéciles; nosotros renunciamos.

El problema de los viejos militantes no es como asegura el Sr. Quebracho: “que la actividad revolucionaria es como un buen motor; en cuanto deja de funcionar un poco y queda abandonado no sirve más y difícilmente vuelve a ponerse en marcha. Es muy raro el caso de un militante activo que abandone la acción y después de un cierto tiempo vuelva a ella con el mismo entusiasmo y eficacia que antes”.

Indudablemente, el vigor físico y mental de un joven es superior al de un viejo, pero de ahí a suponer que auténticos revolucionarios, porque “dejan de funcionar un poco” o “quedan abandonados” “no sirven más” hay una diferencia.

Que el entusiasmo para la labor [así] como la fuerza para enfrentar la actividad diaria se debilitan con los años, es un factor importantísimo que debemos

considerar nosotros, los jóvenes, justamente para no exigir a viejos revolucionarios que hace tiempo que no activan, tareas superiores a sus actuales fuerzas. En la actualidad son muchos más los viejos militantes que los jóvenes. Es verdad que estos viejos militantes no activan en el verdadero sentido de la palabra, pero tampoco lo hacen o lo hacían los actuales jóvenes, salvo raras excepciones.

Nuestras organizaciones, si desean hacer algo, tienen el deber, para merecer el nombre de movimiento político, de tratar de utilizar en todo sentido, ya sea la capacidad como la energía de todos esos viejos militantes, buscando labores en los lugares juveniles, donde pueden éstos desarrollarlas.

Para atraer a la juventud podemos y debemos utilizar a los viejos; una cosa condiciona la otra. De lo que no nos queda ninguna duda es de que los encargados de esta tarea de utilización de los viejos elementos serían los jóvenes revolucionarios acercados a nuestro movimiento, vista la incapacidad de los viejos de hacerlo y, entre ellos, el Sr. Quebracho, principalmente, que nos prometió habano del mejor dándonos, como comprobamos hoy día, tagarnina de la peor, cultivada en Salta.

La negación dialéctica aplicada para organizar el movimiento

Sin explicar o indicar cómo hacer para atraer a la juventud, el Sr. Quebracho asegura con énfasis que la etapa que se inicia con su grupo es “una nueva fase de acción objetiva y de fundación verdadera de los cimientos del partido de la Cuarta Internacional en el país”.

Como se ve, sólo por arte de encantamiento atraeremos a la juventud, y aplicando el mismo arte fundaremos posteriormente el partido. Pero si bien el señor Quebracho no nos dice nada de la juventud, por el contrario nos dice en demasía de la nueva “fase”. Veamos: “La edificación de nuestro movimiento y de nuestra acción actual la debemos asentar sobre el análisis y la experiencia de esa primera etapa y constituir su negación más absoluta en todo sentido”.

No comprendemos cómo el señor Quebracho podrá negar absolutamente una etapa y al mismo tiempo analizar su experiencia; entendemos que en un sentido la afirma: el de la necesidad de “asentar sobre el análisis de esa primera etapa”.

Dejemos al señor Quebracho la solución de ese problema: negar en todo sentido esa etapa y, al mismo tiempo, asentar la nueva etapa; “negación absoluta” de la vieja, sobre el análisis y la experiencia de esta última, ya que tiene la obligación de “desfacer” sus entuertos cerebrales. Lo que ocurre es que el señor Quebracho aplica la negación dialéctica mejor que el mismo Marx; lo ha superado en un todo.

No dudamos que si alguno de nuestros complacientes lectores conoce al señor

Quebracho, esbozará ante nuestra aseveración una sonrisa y asegurará que “éste no niega dialécticamente a su familia”. Pero nosotros, para evitarnos largas discusiones, presentamos los hechos. Helos aquí:

En un folleto reciente dice, en la página 2 del folleto en el que analizaba ese período de nuestro movimiento, que bien podríamos llamar interuterino del mismo, [que] hacía el balance de sus resultados para llegar a la conclusión que podía haber parecido “pesimista”.

“Es que en ese balance encaraba la negación de esa etapa y fue precisamente para hacer esa negación más rotunda que omití conscientemente (¿piensa como un energúmeno también conscientemente, Sr. Quebracho?) toda mención a la parte positiva que evidentemente había en el mov[imient]o.”

Marx y Engels para negar a la burguesía como avanzada de la sociedad la explicaron tal cual era, con los avances hechos por ella, que han sido los más formidables que conoce la historia, como también su retroceso y la inevitabilidad de su desaparición de la escena histórica, reemplazada por otra clase, el proletariado.

Pero Carlos Marx era hijo de un abogado y nuestro héroe es hijo de un ex presidente, y se permite, por lo tanto, “negar dialécticamente”, silenciando con toda intención las virtudes de una etapa que está delimitando y negando.

Si suponemos un imposible para un oportunista, que Quebracho sea consecuente en todos sus actos con sus razonamientos, cuando edite el *Manifiesto Comunista* lo modernizará en un todo de acuerdo con su “criterio marxista”, suprimiendo el capítulo primero del libro, efectuando lo que fue incapaz de hacer Marx: silenciar conscientemente las virtudes de la burguesía para poder negarla rotundamente.

Dejemos esta parte del galimatías para pasar a otra *mucho* más interesante. Quebracho asegura que el movimiento se va a organizar negando toda la etapa anterior a él.

Si entiende por etapa anterior a él la que corresponde a una en donde existen largas cuestiones personales, en donde no se estudia la realidad del país, en donde no se comprende al movimiento obrero ni se trata de aproximarse a él a través de un trabajo sistemáticamente organizado sobre las condiciones objetivas, estamos en un todo de acuerdo con Quebracho.

Por si acaso le aseguramos que no confundimos una etapa como la que estamos tratando, con las virtudes y defectos personales de los camaradas [a los] que les tocó, casi diría por desgracia, actuar en esa época. Los culpamos, sí, de haber negado al stalinismo en la forma y no en el fondo, o de no haber sabido actuar con justeza, pero no los insultaríamos o denigraríamos personalmente, como hace Quebracho.

De proceder así, tendríamos que aplicarle al autor del folleto que estamos estudiando, los insultos más soeces, pues es el más grande representante de esta etapa oportunista, y a “Cómo salir del pantano” le tendríamos que agregar lo que no nos cabe ninguna duda sería su mejor capítulo: **Liborio Justo Bernal**.

Somos un grupo de propaganda y no de agitación

Pasemos a algo “tan evidente que no necesita demostrarse”. A pesar de ello Quebracho demuestra o pretende demostrar lo tan evidente, veamos: “Nuestra tarea no es por el momento predicar la acción revolucionaria, que no estamos en condiciones de hacer efectiva, sino crear un partido revolucionario y formar sus cuadros dirigentes”.

Dejemos que el señor Quebracho resuelva por su cuenta la forma de “crear y formar cuadros dirigentes” del partido revolucionario, no sin prédica sino sin efectuar acciones revolucionarias.

Inquerimos al Sr. Quebracho con la modestia del alumno al maestro, [sobre] qué entiende por acción revolucionaria: si la que lleva una clase, en este caso el proletariado, para tomar el poder o, en un sentido más amplio y justo, entiende por acción revolucionaria toda aquella que pone frente a frente a las dos clases hoy día antagónicas.

Creemos francamente que la exacta es la segunda contestación, pues la revolución es un largo desarrollo con unas pocas acciones sobresalientes e infinidad de pequeñas escaramuzas, que son por cierto muy importantes para la revolución.

No vamos a ser ingratos, sin embargo, con el señor Quebracho, dejándolo en la triste situación de ser un incomprendido; nos esforzaremos por ver la exactitud de sus razonamientos.

Supongamos que el autor haya entendido por acción revolucionaria solamente aquella decisiva, que se graba con cincel en la historia, cual es la invitación al proletariado por parte de un partido para tomar el poder, como hizo el partido bolchevique ruso.

Hay un pero importantísimo: una acción revolucionaria semejante no surge de la fortaleza numérica y organizativa del partido revolucionario, aunque éste es el factor subjetivo tan importante para el logro del fin, sino de las condiciones objetivas, que es el factor determinante de esa acción revolucionaria.

Por lo tanto, si no estamos en condiciones de llevar a cabo una acción semejante no es debido principalmente a nuestra incapacidad, sino a la correlación de las fuerzas sociales que es desfavorable al proletariado.

Lo que sí podemos o hubiéramos podido reclamar a cualquier grupo cuartainternacionalista, y entre ellos al G.O.R.⁵, es que mientras llega la efervescencia re-

volucionaria no nos debemos quedar cruzados de brazos “creando el partido y sus cuadros dirigentes”, pues la única forma de crear el partido y sus cuadros dirigentes es empezar por empalmar nuestro movimiento con el movimiento obrero.

Creemos que nos disculparán si cayendo en una tautología insistimos en que nos empalmaremos al movimiento obrero actuando en la medida de nuestras fuerzas dentro del proletariado, acercándonos y penetrando en las organizaciones donde éste se encuentra, y que esto es lo fundamental por el momento, por arriba de cualquier otra tarea.

Se nos dirá que en los sindicatos u organizaciones stalinistas se nos expulsa. Antes que nada hay que buscar la forma [de] que esto no ocurra, ya sea ocultando la mayor parte de nuestras posiciones hasta tener formado un pequeño grupo con el cual poder actuar de llano, o limitándonos a efectuar entre los obreros más capaces pequeños cursos de capacitación leninista que, no nos cabe duda, si son llevados con inteligencia, nos atraerá esos elementos. Además, como Lenin decía: “no digáis nunca no puedo, sino no quiero”.

El grupo, aparte de esta acción individual de sus miembros, tiene el deber, si quiere ser revolucionario y no una peña literaria, de intervenir en todos aquellos conflictos de clase próximos a su radio de acción y en donde su voz pueda ser escuchada.

Hubiera valido o vale más para nuestro movimiento, en los pasados y los actuales momentos, un piquete de huelga en las fábricas de corcho y no un número de *Lucha Obrera*, por más que una cosa no impida la otra.

Frente a una huelga como la del corcho, de poca importancia en relación al movimiento obrero pero de mucha para nosotros, hubiera sido formidable que la L.O.R. desplegara todas sus energías, que no nos cabe ninguna duda hubiera redundado en beneficio de la misma L.O.R., pues con toda seguridad se hubiera contado con un sindicato autónomo trotskista de 300 personas. Los de *Avanzada* anarquista así lo comprendieron y desalojaron ruidosamente de la costa a los moros stalinianos que, por cierto, eran bastantes.

Como vemos, tanto del anverso como del reverso, la enunciación quebrachiana no tiene sentido. Efectuaremos, sin embargo, una última tentativa para tranquilidad del autor, así ve que alguien trata de entenderlo, por lo menos.

El Sr. Quebracho debe comprender por acción revolucionaria la que hace un auténtico partido obrero, hoy día, por ejemplo, el llevar a cabo una huelga general por la libertad de los presos sociales.

Como ven los lectores, nuestras exigencias de precisión terminológica hacia el autor criticado son ínfimas, pero hemos llegado al mínimo, pues no hay ninguna razón para que Quebracho encuentre una sinonimia casi absoluta o total entre

la acción revolucionaria y la agitación de un partido revolucionario. Porque si bien la agitación es acción revolucionaria, ésta es mucho más amplia en su significado, pues involucra la agitación de este partido sin identificarse con ella; por ejemplo, la huelga de los mineros bolivianos es una acción revolucionaria o hubiera sido aunque existiera una organización seria que la hubiera ignorado.

Estamos, entonces, que acción revolucionaria es toda aquella que ponga, aun en forma primaria, frente a frente a las dos clases antagónicas.

Una huelga como la de que hablábamos anteriormente es, por consiguiente, al igual que cualquier otra huelga, una acción revolucionaria, pues pone en frente de batalla a los obreros con los patronos.

Si se entiende –como parece suceder con el Sr. Quebracho–, por lo que queda dicho, por acción revolucionaria la agitación de un partido, estamos de acuerdo [con] que un grupo no podrá hacerla, ya que un grupo de 10, 20 ó 50 personas jamás podrá dirigir una C.G.T. [Confederación General del Trabajo], como tampoco intervenir en todas las principales acciones del proletariado ni acaudillar una oposición seria al gobierno.

De lo que se trata, justamente, es que si es un grupo, como dice en el título del capítulo, no sabemos cómo el Sr. Quebracho podrá poner como un descubrimiento que este grupo no pueda hacer agitación de partido. Si es eso lo que quiso decir le cabría el mérito de haber puesto en aviso, pésimamente, sobre el grave peligro de querer hacer agitación de partido siendo un grupo. Es verdad que ni el mismo G.O.R., y principalmente nuestro héroe, se salvó del peligro, y que aún hoy muchos camaradas, a pesar del tiempo transcurrido, insisten en lo mismo.

Nosotros, para no encontrar todo malo, hemos supuesto que Quebracho se expresa mal y une mal sus razonamientos cayendo, lógicamente, en contrariedades, pero que el contenido es justo, pues ha querido decir: “no prediquemos una acción de un partido revolucionario que somos incapaces de hacer”.

Hemos visto las barbaridades que salen del desarrollo de las expresiones quebrachianas, pero arreglado en la forma antedicha observamos que se ha querido esgrimir un argumento poderoso y valedero que convenía recordar a los camaradas. A pesar de nuestro afán por encontrar las cosas bien y buscar en las más extrañas frases el recóndito pensamiento quebrachiano, tropezamos con un exabrupto que no pasa por la censura a pesar de la buena voluntad.

“En primer término no debemos olvidar que ante todo, somos aún un grupo de propaganda y no de agitación (es conocida la sentencia de Plejanov que definía como propaganda el hecho de dar muchas ideas a un número pequeño de personas, y como agitación, el hecho de dar una sola idea a muchas personas)”.

Hemos lanzado al autor el bote de salvamento (que se expresa mal), pero el oleaje que él mismo levanta le impide alcanzarlo.

Porque si bien el supuesto pensamiento quebrachiano expresado por nosotros: “un grupo no puede hacer agitación de partido” nos parece y pareció justo, es una “horripilancia” que un grupo no pueda hacer ni tan siquiera la agitación al alcance de él.

Lo primordial es la propaganda, como bien cita a Lenin, en esta etapa de atracción de la vanguardia proletaria, porque de lo que se trata fundamentalmente es de atraer nuevos elementos obreros a las filas comunes, y para eso no tenemos otros medios que la propaganda, que explica la inevitabilidad de las contradicciones de la sociedad burguesa a través del estudio teórico, en general, y práctico, en particular, de cada hecho diario. Pero la propaganda, y este tipo particular de propaganda a través de círculos, no impide sino que condiciona un tipo de agitación. Asegurar, para colmo apoyándose en Lenin, que se “es un grupo de propaganda y no de agitación” es atarse las manos premeditadamente.

La característica específica de los grupos es que su labor se desenvuelve, generalmente por falta de medios materiales, en forma personal, de un militante o simpatizante a su conocido. La propaganda y la agitación también se pueden desarrollar en esa forma personal.

Supongamos que se suscita en el G.O.R. el problema de la carestía de la vida y la solución dada por Ramírez.

Todos los allegados al grupo lo tratan, se demuestra cómo las medidas adoptadas por la “mancomunidad” del sable y la sotana son características de los demagogos bonapartistas, se delimita qué es el bonapartismo, las fuerzas sociales cómo están pesadas y contrapesadas para servir de sostén a este gobierno. Cómo las pequeñas o ningunas rebajas del costo de la vida van acompañadas de una gran propaganda especialmente entre la pequeña burguesía y cómo, por otro lado, se cercenan los derechos obreros y constitucionales. Se han dado muchas ideas a pocas personas.

Conjunta o posteriormente, los camaradas que actúan en talleres, fábricas, clubes y bibliotecas obreras, principalmente, como así también otros establecimientos, proponen ante todo el personal, o a los socios, en forma uniforme, que frente a las medidas adoptadas por el gobierno –que tienen poco resultado efectivo y van acompañadas, en la práctica, por un atropello total de las libertades civiles– [es necesario] un paro por la libertad de los presos sociales.

Este llamado se puede hacer a través de un manifiesto, que el grupo se encargaría de redactar, publicar y repartir. Habremos dado, de proceder así, una idea, o unas pocas, a todo un conjunto de personas.

Con toda comodidad habremos efectuado tanto propaganda como agitación personal y de grupo, si se entiende por ello el que unas pocas personas y en unos pocos lugares han propagado y agitado nuestras posiciones y reivindicaciones

políticas y económicas frente a un hecho cualquiera. Indudablemente, mucho mejor sería hacer un llamamiento que por nuestra influencia, y por la decadencia del reformismo y del stalinismo en el movimiento proletario, fuera inmediatamente escuchado: el de huelga general revolucionaria por la libertad de los presos políticos, y tener como complemento periódicos ilegales que se repartirían por todo el país, en donde denunciaríamos las falacias de este gobierno como la de cualquier poder burgués, e incitaríamos a la población a que acaudillada por la clase obrera se invite y obligue al gobierno a confiscar sin pago las más grandes empresas, única forma de abaratar la vida.

Siguiendo tal táctica desenmascararíamos al gobierno y sus “medidas populares” y canalizaríamos todos los movimientos espontáneos de oposición, que no nos cabe duda, irían a formar una corriente única que sería nuestro movimiento.

Simultáneamente publicaríamos una revista teórica que estudiaría todos los hechos interiores y exteriores, económicos, políticos, obreros, etc., con toda minucias; y traduciríamos al castellano todas las obras de Marx, Engels, Lenin y Trotsky, y de otros grandes pensadores socialistas; haríamos publicaciones de divulgación marxista; etc., etc. Efectuaríamos, por lo tanto, la agitación como la propaganda de un poderoso partido.

Esta imagen, este caro deseo de todos nosotros, hace que la mayoría, en su afán de lograrlo, se olvide del camino a recorrer debido a que no estamos empalmados al movimiento obrero para el logro de este anhelo, y se esfuerzan por verlo materializado inmediatamente cuando las condiciones objetivas exteriores se presentan muy favorables.

Tenemos un ejemplo de esto en el hecho de que en cada traspie del stalinismo, en cada flagrante traición, la mayoría de los camaradas creen llegado el momento de la unidad de los trotskistas y de su aparición en la escena histórica como un meteoro, para ocupar un lugar vacante: el del stalinismo. El problema no es, como creen los camaradas, derrotar al stalinismo ocupando su lugar y copando a su masa; el problema es que debemos empezar a educar en el auténtico marxismo a la vanguardia proletaria.

Hay quienes últimamente aseguran que si antes los periódicos trotskistas no progresaban era porque el stalinismo no se había disuelto como Internacional, y porque no estaba en la ilegalidad total, como hoy en día.

Nosotros pretenderemos demostrar en otro capítulo, que los periódicos cuartistas fracasaron porque no tenían nada más que el nombre de bolcheviques.

Suponer lo contrario, sería suponer que un periódico obrero revolucionario no es escuchado en una época de reflujo revolucionario.

En una época de reflujo revolucionario es muy difícil que se dé una organización capaz de sacar un periódico leninista, pero de darse, éste será escuchado

porque, justamente, habrá de presentar las reivindicaciones económicas y políticas inmediatas que interesan al proletariado, por primarias que sean.

Los periódicos de la L.O.S., L.O.R., P.O.R.S.⁶ fracasaron no por el reflujo revolucionario sino porque no tenían nada de periódicos obreros revolucionarios.

Por un lado, la actividad de los camaradas se ha circunscripto a la agitación del partido efectuada por un grupo, por el otro, a la propaganda sectaria, metafísica y ampulosa propia de una universidad. Esa agitación no era escuchada por el pueblo a quien iba dirigida, pues el grupo no tenía los medios de llegar a él; la propaganda no formaba al militante, pues le negaba la primera enseñanza: la de la necesidad de activar en los organismos obreros.

Son las dos caras del mismo problema: llegar a la masa en forma oportunista, no de acuerdo a nuestra capacidad, sino en la medida de nuestros deseos.

En Quebracho (bien dicen que la historia busca a los hombres para que la representen) se personaliza esta antinomia propia del oportunismo en el movimiento.

Propugna, más [aún], asegura que son “un grupo de propaganda y no de agitación”, y la actividad principal del grupo no ha sido, como era lógico suponer, la edición de folletos o una revista teórica, es decir, algo que [se] corresponda en la práctica a lo sostenido teóricamente, sino sacar periódicos tras periódicos en ediciones de 10.000 ejemplares, que los 6 ó 7 militantes se encargaban de redactar, publicar y repartir, con el consiguiente resultado práctico: el alejamiento de la actividad al ver que no se tenía éxito.

El Sr. Quebracho nos podrá asegurar que el periódico es el primer “órgano bolchevique leninista de propaganda y de combate publicado en la Argentina que merezca el nombre de tal”, que nosotros no estamos de acuerdo por las razones que aduciremos más tarde.

Lo que no alcanzamos a entender es cómo un periódico “de combate y de propaganda” no hará agitación, cuando el solo nombre de periódico indica, de acuerdo a la definición leniniana, que es dedicado a la agitación principalmente.

Si observamos [tanto] el tiraje como las consignas del “primer órgano bolchevique leninista” vemos que los editores no pueden evitar, a pesar de ser solamente un grupo de propaganda y no de agitación, el pretender hacer, como grupo, agitación de partido.

Observamos, por lo tanto, una contradicción patente entre la teoría y la práctica quebrachiana.

Es que éste proponía como intelectual, algo, pues estaba en oposición con los principios más elementales del socialismo, y con los deseos de él y de sus compañeros, de ir hacia la masa y hacer algo dentro de ella.

Lástima grande que “los deseos de acción de muchos compañeros” se hayan orientado a un objetivo superior a sus escasas fuerzas de 6 ó 7 personas: el atraer

a la masa en pleno, en vez de actuar de acuerdo a sus escasas fuerzas esforzándose por atraer a la vanguardia proletaria entrando en los organismos obreros.

La fórmula “somos aún un grupo de propaganda y no de agitación” debería ser seguida, para oprobio del autor, de la “conocida sentencia de Plejanov”, que Lenin cita en la tercera carta, de “Los objetivos de los socialistas en la campaña contra el hambre”, en sus *Obras Completas*, Ediciones Sociales Internacionales, tomo IV, página 16.

“La agitación es necesaria a todo partido que quiera tener un rol histórico, una secta se puede contentar con la propaganda en el sentido estrecho de la palabra, un partido político, jamás. El propagandista da muchas ideas a un individuo o a algunos individuos; la agitación no da más que una idea o algunas ideas pero a toda una multitud de personas, a veces mismo a toda la población de una localidad: yo hago la propaganda para tener el motivo de hacer luego la agitación”.

Esto valía ayer, cuando Quebracho escribió su folleto, y vale también hoy día, que adopta una actitud conformista frente al reflujo revolucionario. Ya ven cómo el señor de la “conocida sentencia Plejanov” desconocía y desconoce la “conocida sentencia”.

Los símbolos y el oportunista Quebracho

“Debemos tener en cuenta, particularmente, que la revolución no está en los símbolos, en los nombres ni en las apariencias exteriores, sino en el fondo social y en el contenido de clase de nuestra propaganda, la que, como táctica, debe disfrazarse, si es necesario, para su mejor difusión y resultado, sin perder por ello todo su filo revolucionario.

“¿Es necesario acaso, para ser un buen comunista, salir a la calle con grandes escarapelas rojas y gritando a voz en cuello que lo somos? Desde luego que no, ya que ser un buen o mal militante está condicionado por el valor de nuestra acción y no por el uso de símbolos exteriores”.

La revolución como cambio, como transformación social, cultural, política, no está “en el fondo social y en el contenido de clase de nuestra propaganda” sino en la superestructura ideológica. Es allí y solamente allí donde se va a operar la revolución. Esta transformación se llevará a cabo con el proletariado en el poder, por ser la única clase que sufre y tiene que solucionar la contradicción entre la estructura y la superestructura. Si el problema que Quebracho trae es el de que una acción revolucionaria justa y consecuente lleva la revolución en sus caderas, pues las condiciones objetivas favorables a la revolución están dadas, estaremos de acuerdo con él.

Pero otra cosa ocurre, pues la propaganda por sí sola, por más contenido so-

cial y contenido de clase que tenga, jamás llevará implícitamente comprendida la revolución.

La propaganda, como una parte de la acción revolucionaria diaria, tiene una importancia enorme, del mismo modo que la agitación y otros muchos factores.

Ahora bien, esta propaganda debe tender a dar conciencia al proletariado como clase revolucionaria que es *en sí*, de su papel antagónico frente a la burguesía y a sus satélites.

Entendamos por propaganda, como hace el autor del folleto, no aquella que da muchas ideas a una o a unas pocas personas, sino aquella acción de despararramar las posiciones políticas por cualquier medio, y nos encontraremos [con] que para propagar nuestras posiciones, o mejor, para dar conciencia de clase, los distintos partidos, los burgueses, los pequeño-burgueses, como los proletarios, utilizan un modo que tiene fundamental importancia en la propagandística política: los símbolos.

La boina blanca de los radicales⁷ fue, por decirlo así, todo un símbolo de este partido.

Nosotros, como movimiento político que somos, debemos utilizar todos los medios a nuestro alcance para el logro del fin mediano buscado: dar conciencia de su misión histórica al proletariado.

Los símbolos son un medio poderoso que tenemos el deber de utilizar. De ocurrir así, la revolución estará implícitamente en los símbolos, como una faceta más de la acción revolucionaria justa.

El Primero de Mayo, la roja bandera, la hoz y el martillo, por no citar más que las principales insignias, sintetizan en sus formas todo un pasado de lucha que fue utilizado, y seríamos malos políticos si no los supiéramos utilizar.

La característica, según Trotsky, de los filisteos teóricos, y en este caso de uno que aprendió marxismo en Norteamérica, es generalizar hechos particulares.

Quebracho tenía razón que un órgano dedicado, en los proyectos por lo menos, a la propaganda, exclusivamente, no debía llevar el nombre de Bandera Roja.

Éste llevó a la categoría absoluta de ley el caso en el cual tenía razón, asegurando que: “la revolución no está en los símbolos exteriores”, cuando justamente al contrario, debió demostrar la importancia de los símbolos que reflejan en un nombre toda una corriente, para argüir posteriormente que siendo Bandera Roja un nombre destinado a la agitación no encuadra en un órgano destinado a la propaganda.

Si el amable lector se empeñara en buscar para Quebracho una escapatoria a sus manifestaciones con respecto a los símbolos, se encontraría poco más abajo, en el mismo folleto: “lo mismo puede decirse respecto al recuerdo nostálgico que

se alega que tienen los obreros revolucionarios por la Internacional, recuerdo que también se refiere al contenido de lucha y no al título del periódico”. Haremos una acotación: el Sr. Quebracho nos hace un descubrimiento en el campo de la lógica, en estos párrafos: que las palabras expresan conceptos no símbolos (no le exigimos precisión científica en su terminología porque no deseamos ver insultados a nuestros familiares) y que éstas reflejan procesos reales y subjetivos, y objetos.

A pesar de nuestro deseo de poder decirle algo, como Dante a Virgilio:

“Maestro, tu palabra es dueña
de mi conciencia y todo lo ilumina,
toda otra voz es apagada leña”

nos vemos en la triste obligación de recordar que ésta ya fue descubierta por Aristóteles, y estudiada en todo detalle.

Los hombres, ya antes de Aristóteles, prácticamente saben que cuando dicen “me gusta el asado” no se refieren a la palabra asado sino a la carne asada. Hoy día nadie duda tampoco, a excepción de Quebracho, que cuando aseguramos que los burgueses le tenían y le tienen miedo a los auténticos bolcheviques, no nos referimos a las palabras auténticos bolcheviques, sino a la acción revolucionaria de éstos.

Nosotros, el género humano, construimos procesos mentales que se han denominado conceptos, juicios, y razonamientos, y operamos con ellos. Por estos conceptos fijamos un objeto como una imagen, como un proceso mental u objetivo. Posteriormente, para comunicarnos con nuestros semejantes por el lenguaje oral o escrito, le asignamos al concepto la o las palabras que usualmente lo individualizan; por este medio se entienden los hombres del mismo lenguaje y nadie ha dudado de esto.

El Sr. Quebracho, que pertenece a una especie distinta al homo-sapiens, a los Super-Hombres, en vez y a pesar de tener el mismo lenguaje, le extraña que digamos, en lugar de mueble con cajones y divisiones para guardar camisas, calzoncillos, enaguas, sacos, pantalones, chalecos, vestidos, plata, etc., etc., etc., ropero, y nos entendamos en forma rápida.

La clave está en que nosotros, “bípedos implumes”, a diferencia de los Super-Hombres no nos gusta perder el tiempo y dejamos a éstos con su “recuerdo que se refiere al contenido de lucha y no al título del periódico”.

Vamos a otra cosa: eso de que el título del periódico no tiene ninguna importancia, pues lo “recibirán con alborozo, cualquiera sea el nombre que lleve, siempre que ese periódico exprese, a través de su prédica, sus verdaderas inquietudes y anhelos de clase oprimida en lucha por su emancipación”.

Estamos de acuerdo con que lo principal en un órgano revolucionario no es el nombre sino lo expresado en ese órgano, pero de ahí a negar que el nombre es un factor que tiene su importancia hay gran distancia.

De acuerdo con la teoría de Quebracho sacaríamos un perfecto órgano bolchevique leninista con el nombre de “El rompehuelgas”. No le auguramos mucho éxito a un órgano con ese título.

Quebracho es consecuente para ponerse en ridículo; siguiendo su inveterada costumbre se contradice pocas líneas más allá de lo antedicho, pues asegura que “tomar el nombre de la Internacional pudo, en cierto modo, tener su eficacia en dos o tres números del periódico; continuar con él por más tiempo sería un error nefasto que no conduciría sino a llevarnos a una posición de disidentes del stalinismo, que no tiene nada que ver con nuestra posición verdadera”.

Es decir, sucintamente, que un nombre o un símbolo tienen una importancia enorme para la revolución.

Quebracho es un compendio dialéctico; encontramos sobre una misma cuestión su afirmación y a renglón seguido su negación. Los lectores del folleto no sabemos a qué atenernos. Pero si se toman la molestia de seguir hasta el fin sus disquisiciones, sacarán, no nos queda duda, una conclusión bien categórica: la de que Quebracho es un imbécil.

Nadie que no sea un imbécil puede, después de asegurar que no tiene ninguna importancia el “título del periódico, el que recibirán con alborozo, cualquiera sea el nombre que lleve, siempre que ese periódico exprese, a través de su prédica, sus verdaderas inquietudes y anhelos de clase oprimida en lucha por su emancipación”, asegurar, una página más adelante, que combinar con el nombre de la Internacional es un error nefasto y, más, que “nuestra misión” “no es posible cumplirla bajo la advocación de un nombre que...” (...).

Vemos cómo, generalizando casos concretos, Quebracho incurre en horrores. Para negar como aplicables los títulos de “Bandera Roja” y “La Internacional” en un momento dado de nuestro movimiento, el autor saca a relucir la, según él, ninguna importancia de los símbolos en el movimiento revolucionario, asegurando que lo importante es la actividad propagandística, sin comprender que esto se lleva a cabo también a través de los símbolos.

Posteriormente, se ve obligado a dar las razones concretas por las cuales no acepta los nombres ya citados, y olvidándose para su desgracia de la generalización ya hecha, cae en el error de dar tanta importancia a los títulos como para asegurar que con uno como el ya nombrado es imposible cumplir nuestra misión. Como vemos, los extremos irreconciliables se tocan en... Quebracho.

El periódico como principal y urgente tarea

Un grupo bastante numeroso de camaradas parece sostener hoy día la posición de la necesidad ineludible de un periódico bolchevique leninista. Ya nombramos a estos camaradas en el punto b); vamos ahora a analizarlos más detenidamente.

Si bien Quebracho no sostiene hoy día esta posición, la actividad del G.O.R. fue durante un tiempo la de publicar *La Internacional*, *La Nueva Internacional* y *Lucha Obrera*.

Recurrimos a las publicaciones de esta organización a pesar del tiempo transcurrido, pues nos parece la mejor de todo nuestro movimiento desde el punto de vista agitativo.

No sabemos de ningún documento que opine de la necesidad ineludible del periódico; sería interesante para poder así polemizar directamente.

Si se entiende por la necesidad de un periódico la que se deriva de la falta de un órgano revolucionario entre el proletariado, estamos de acuerdo. Por si acaso creemos oportuno hacer notar que hace muchos años se carece de esa urgente necesidad.

No tenemos más que recordar a algunos de los sostenedores de la teoría, para organizar las formas del pensamiento de acuerdo a cómo se desarrolla comúnmente. Veamos:

Apoyándose en Lenin: “Sin órgano político sería inconcebible en la Europa contemporánea un movimiento político digno de ese nombre”, sostiene que es necesario como movimiento político que se dé un órgano, que es el periódico.

Como la etapa de los grupos ya ha sido superada y los distintos agrupamientos se van a organizar a través del periódico, verdadero “organizador colectivo” pues “no vivimos acaso en un mundo de otra índole en nuestra vida de partido cuando tenemos piedras y albañiles pero nos falta precisamente la plomada visible para todos y a la cual todos pudieran atenerse”, opinan que el periódico es insistentemente reclamado por los obreros tranviarios y de Lanús, como de otros establecimientos.

Que se necesita un órgano para dar nuestras posiciones, a lo que el periódico caerá parado pues el stalinismo y el reformismo ya han mostrado completamente la hilacha ante las masas. (...) Por otra parte, si se saca un periódico se nucleará ya una potente organización.

He aquí, condensada, la posición de tantos camaradas entre los cuales descoló Quebracho, en otra época, con un periódico que fue el mejor escrito y el más repartido entre los cuartainternacionalistas.

Vayamos por parte:

1) Nosotros no sostenemos que sacar un periódico siempre cumple una fun-

ción, aun cuando propague nuestras posiciones muy mal como ha ocurrido generalmente.

Lo que negamos como función positiva y urgente es un periódico que llamándose a sí mismo bolchevique no tiene nada de lo que se involucra en ese nombre. Posteriormente podremos comprobar esto último, a través del ejemplo de “La Internacional”. Nosotros no tenemos la culpa, por otra parte, si hoy día continuamos negando el periódico porque francamente no nos sentimos capaces de sacar uno ni creemos capaces de hacerlo a los que tantas veces lo han intentado y no lo han conseguido.

Si hoy día una organización saca un periódico lo suficientemente bueno como para dar nuestra posición frente a los principales problemas de la clase obrera, le aseguramos a tal organización nuestro total apoyo intelectual y material. Mientras esto no ocurra seguiremos sosteniendo que la principal tarea, vista la imposibilidad de sacar un periódico, es la de aproximarse a la vanguardia proletaria.

Creemos que la aproximación a esta vanguardia proletaria es lo posible y lo inmediato, y nos reímos de los que, sabiendo que no hay ninguna organización más o menos potente para sacar un periódico, se empeñan en ello como justificativo de su inactividad.

Mucho más importante es la segunda argumentación: que siempre han existido grupos en nuestro movimiento es una verdad bien visible. ¿Pero, estos grupos han sido auténticos grupos proletarios, en donde por lo menos la actividad económica del proletariado quemó la mayor parte de las energías? Tenemos que contestar con una negativa rotunda, desgraciadamente, pues no ha existido ningún grupo cuartista que tomara parte activa en acciones del proletariado, aun las más primarias, como ser piquetes de huelga, repartir panfletos incitando a huelgas económicas, etc.

Desde este ángulo nosotros sostenemos la necesidad de esos grupos que no han existido, grupos que capaciten sobre una base firme a obreros en el socialismo, al mismo tiempo que intervienen en la vida fabril próxima a su zona de influencia.

Los grupos cuartistas generalmente han sido verdaderos grupos de intelectuales o de obreros alejados de su medio. La actividad de estos grupos recaía sobre uno o dos compañeros y se asignaban como misión la creación del Partido a corto plazo, es decir, la unión de todos los cuartinternacionalistas.

Nosotros, en lo que respecta a nuestro objetivo organizativo interno cuartista, somos más modestos, queremos unirnos para una labor común a las 4 ó 5 personas que activan actualmente.

El periódico es, como bien dice Lenin, la plomada, el problema es que no tenemos ni piedras ni albañiles.

¿Qué hacer? Nosotros contestamos sin titubear que si para ir a buscar a los albañiles y las piedras necesitamos perder o guardar la plomada, iremos a buscar las piedras y a los albañiles, pues la plomada se consigue fácil una vez que estén éstos, que son lo primordial.

Eso ha pasado en nuestro movimiento: se han tenido las riendas pero ha faltado el caballo.

Empecemos por ir a buscar el caballo y una vez que tengamos éste utilicemos las antiguas riendas, si las tenemos, y busquemos otras si no es así; lo que debemos evitar hacer es montar en pelo.

El proletariado como clase a través de su vanguardia ha faltado y falta empalmarse a nuestro movimiento; cumplamos esa inmediata tarea y no nos asustemos si es larga. Si existe la posibilidad, muy extraña por cierto en estos momentos, de poder sacar un buen periódico, hagámoslo, pero no olvidemos que lo inmediato es lo otro.

No creemos, y para eso no nos apoyamos más que en apariencias exteriores, en el punto 3), [sobre] que el periódico es reclamado insistentemente por obreros de Lanús y tranviarios.⁸ Sostenemos que no hay una treintena de obreros que coticen para el periódico entre Lanús y Liniers, y ojalá nos equivoquemos. Hablamos de cotizaciones pues es a través de ésta donde se ve que el periódico es o no una necesidad, junto con el vestir o el ir al cine los domingos.

[Sobre] que el stalinismo como el reformismo no guardan ya ni siquiera las formas marxistas, estamos de acuerdo.

Lo que nos parece inexacto en extremo es eso de que por este motivo nuestro periódico triunfará. Será escuchado y polarizará nuevos elementos un auténtico periódico obrero, pero de lo que se trata es justamente de eso, de la imposibilidad de sacar con nuestras fuerzas un auténtico periódico obrero.

Que hay mucha gente que conserva algo de conciencia y verán con agrado un periódico con posiciones más o menos revolucionarias no nos cabe duda, pero, esta gente, de la simpatía no pasará, escudándose en su teoría de la “tecnocracia” o en cualquier otra “ideología” parecida.

El obrero joven sin capacitación socialista (la casi totalidad) no nos prestará atención, pues no encontrará nada de su agrado, en el muy difícil caso de que llegue a su poder el periódico; la misión de éste se verá por lo tanto defraudada por culpa de una organización incapaz de sacar un periódico, que se empeña en sacarlo.

El ejemplo del primer número de *La Internacional* es bien elocuente, y vale para todas las anteriores y posteriores publicaciones cuartistas.

Lenin afirma que el periódico es una forma superior de agitación en relación a las hojas volante, etc. En el artículo: “Proyecto de declaración de la *Iskra*” dice:

“Es necesario procurar de poner en pie una forma superior de agitación por el periódico, registrando a la vez periódicamente los planteos de los obreros, las huelgas, los otros aspectos de la lucha del proletariado y todas las manifestaciones de la opresión política en toda Rusia, y extrayendo de cada una de éstas las conclusiones convenientes en cuanto a los fines del socialismo y a los objetivos políticos del proletariado ruso”.

Nosotros no pretendemos que un periódico sea como el de los bolcheviques, que reflejaba la vida económica y política del proletariado como clase, de extremo a extremo de toda Rusia, [pero] sí que por lo menos los hechos más importantes para el proletariado sean analizados “extrayendo de cada una de éstos las conclusiones convenientes en cuanto a los fines del socialismo y a los objetivos políticos”.

El primer número de *La Internacional* salió a mediados de abril del '39; no es que neguemos a Quebracho sistemáticamente, sino que las pruebas no expresaban nada más que sus deseos, bien lejanos a la realidad, por cierto, cuando aseguraba: “La aparición del primer número de nuestro periódico, el primer órgano bolchevique leninista”, pues tenemos derecho a suponer que han sido tratadas las siguientes cuestiones que tienen importancia para el proletariado bonaerense, en sumo grado.

Mes de marzo, noticias importantísimas que no comenta *La Internacional*:⁹ Salón Augusteo, asamblea de los panaderos. Reunión de los secretarios de la C.G.T. El militante del Sindicato de Panaderos, Francisco Nedujal, es notificado de su deportación del país; es arrancado de su domicilio por la policía y deportado en forma incógnita. La Comisión Directiva de Plomeros y Cloaquistas se reúne. Asamblea de los Marmolistas, en Victoria 386. El gobierno argentino celebra un tratado con Francia por el cual se compromete a enviar 200.000 toneladas de trigo, 15.000 de avena y 15.000 de cebada. Asamblea General del Sindicato del Calzado. Asamblea General del Sindicato Cigarreros y Anexos, B. Mitre 1008. Asunto Chamberlain en la Cámara de los Comunes, por el reconocimiento de Franco (1-3-39). Los Panaderos aceptan la proporción del Departamento N. Del Trabajo; en caso de no aceptar, la patronal se declara en huelga general. Reunión en Cochabamba 176, de la U.O.T. de los hilanderos de algodón de la Pcia. de Buenos Aires. La Unión Industrial Argentina, en su revista, informa que las restricciones al comercio norteamericano son una injusticia y que EE.UU. es, después de Inglaterra, nuestro principal comprador:

EE.UU.:	Años 35-37	\$ 190 millones
	Año 38	\$ 300 millones
Inglaterra:	Año 36	\$ 262 millones
	Año 37	\$ 322 millones

Asamblea General del P.S. en diferentes secciones, 12, 13 y 15. Contra los monopolios de los servicios telefónicos, campaña iniciada por *La Vanguardia*. En la Pcia. de S. Fe se reglamentan las horas extras. Los obreros del algodón decretan la huelga si no se aceptan las mejoras propuestas. La huelga de la C.A.M.E.A. en Villa Lugano; se castiga brutalmente a un obrero de apellido Fernández, colaboración de la policía con la patronal. 10-3, Asamblea General de los Marmoleros. Asamblea General y parciales de la FOV. El gobierno no deja entrar a las familias hebreas de Monte Grande y Gral. San Martín. En S. Fe hay un acto en homenaje a don Lisandro de La Torre. El dirigente stalinista, José Peter, manda una carta en donde se encomia al gobierno conservador de Mendoza. Se comienza un movimiento por reforma de la ley 10585 de trabajo a domicilio. Los obreros del calzado en oposición a la proposición de la patronal resuelven hacer un paro. Triunfo de los obreros y empleados de la Sociedad Cooperativa Israelita. Asamblea General de los obreros de la construcción en Avellaneda. Múltiples actos de la SIA. *La Vanguardia* sostiene en un artículo editorial que hay que abrir las fronteras principalmente a EE.UU. Levantamientos stalinianos y obreros contra el gobierno local. Roosevelt pondera a las democracias. Hay en Francia 35.000 refugiados. La Conferencia Balcánica. La revista de la Unión Ferroviaria echa la mayor parte de las culpas de las cargas que sufren al bando presidencial. Conflicto de los obreros gastronómicos. Nueva emisión del Crédito Argentino Interno. Huelga en Santa Fe de los obreros albañiles. Roosevelt es contrario a la ley de neutralidad. Los socialistas ponen a cubierto de una organización de la calle Maipú 62, los ómnibus inexistentes. Pedro Albizu Campos sigue detenido. Se le indica a La Pasionaria que es elemento indeseable en Francia. Celébrase el 35 aniversario de la elección del primer diputado socialista en América. Movimiento separatista en Eslovaquia. Asamblea de sastres a domicilio. Detienen al dirigente stalinista de la construcción, Íscaró, en forma arbitraria. Una delegación de metalúrgicos visita al Ministro de Hacienda para solicitar se permitan entrar automóviles. Asamblea general de los obreros cartoneros. Documentos yanquis sobre la penetración nazi. Pésima situación de la sección técnica de los tranviarios. Muerte de doce obreros en una explosión en una fábrica de artículos pirotécnicos. Paros en FFCC Argentinos. Informe del Departamento Nacional del Trabajo sobre el costo de la vida y los salarios.

Salario	Capital	Provincias
	127,26	97,21
Gastos	164,19	112,29

Reunión democrática en Montevideo. Marina Mercante Argentina. Congreso General de la Construcción Bonaerense. Descontento entre los obreros de los fri-

goríficos municipales. La crisis agraria y la solución de stalinianos y socialistas. Tratado comercial con Brasil y Alemania. Huelga de los obreros del calzado. Asunto Danzing. Conflicto de los obreros metalúrgicos. La Asamblea General de la Unión Tranviarios aprueba la labor de la Comisión Directiva.

Al no ocurrir así, y a pesar de suceder todos estos acontecimientos, con 15 días por lo menos de anticipación a la salida del periódico, debemos, muy a nuestro pesar, reconocer que el periódico no cumplió su cometido y que es, por otra parte, la negación del bolchevismo.

Feuerbach dice con razón: “La existencia se comprueba por las cualidades” y la vida del G.O.R., vida de alejamiento con el proletariado, se manifiesta a través de su periódico.

Si tomamos *La Internacional* y el grupo dirigido por Quebracho para nuestras críticas no es a causa de una elección azarosa sino, por el contrario, es debido a que éstos revelan el oportunismo, tinte inconfundible de nuestro movimiento, elevado a su décima potencia.

Los que hoy día sostienen la necesidad inmediata de un periódico que dé nuestras posiciones, analice los problemas más generales y se reparta profusamente, se olvidan del ejemplo de *La Internacional* que fue el periódico mejor escrito, que mejor planteaba nuestras posiciones generales y que más se repartió, y que más abajo también cayó como organización, no quedando actualmente del antiguo G.O.R. más que su animado Quebracho, que se ve hoy día obligado a decir “estamos en plena medianoche del movimiento revolucionario” y “conservemos las posiciones conquistadas”; la del más rotundo fracaso, única posición definitivamente conquistada.

Nos asegurarán mucho que las condiciones han cambiado, que el stalinismo no moviliza sectores combativos del proletariado, que el P.S. da lástima verlo cojeando de las dos piernas, que todos los sindicatos están vacíos, etc., etc. y que, por lo tanto, si los dirigentes stalinianos, reformistas, anarquistas y sindicalistas no son escuchados, tenemos que serlo nosotros que somos los que no tenemos ninguna posición conquistada dentro del proletariado.

Esto sí que es suplicar el principio de identidad. La razón por la cual no son escuchados los dirigentes chovinistas es la ola del reflujó revolucionario en la cual vivimos y que la masa obrera, como la futura vanguardia, duerme en las canchas de fútbol, como en el Partido Radical, como en los bailes de Cafiaspirina¹⁰, su conciencia de clase, y que, por lo tanto, menos vamos a ser escuchados nosotros, que reflejásemos en el periódico, solamente por falta de contacto obrero, los principios generales de la lucha de clases revolucionaria.

Para que éste sea escuchado en una época de reflujo se necesita más que nunca el contacto con el proletariado, única forma de poder expresar las más primarias reivindicaciones de la masa.

Por eso, camaradas del periódico, como urgente tarea no os apresuréis a llegar a las masas por el medio que no es el adecuado, porque os tendremos que decir, al cabo de un tiempo, como hoy lo hacemos con el hijo del presidente... “porque quiso mirar muy adelante y por eso hacia atrás lento camina”.

Dónde y cómo podemos actuar

Quebracho asegura con razón que los camaradas que actuaron con él tenían ansia de ir hacia la masa.

Los auténticos revolucionarios van siempre hacia la masa y es mal o buen revolucionario si sabe penetrar o comprender esa masa.

Hay, sin embargo, etapas importantes que podemos delimitar, para mayor claridad, en tres:

Cuando la vanguardia proletaria no está conquistada, el esfuerzo de los militantes conscientes debe apuntar hacia ella, pues es el sector más importante y el futuro dirigente.

Conquistada la vanguardia proletaria, se debe pugnar por atraer a los sectores menos capaces del proletariado.

Se acaudilla a todo el pueblo a través del proletariado y su vanguardia, el partido.

Estas tres condiciones no se dan con todo rigor en la forma antedicha pues la historia no es escolástica, pero sigue más o menos este turno, como lo demuestra la experiencia del partido bolchevique ruso.

Como podemos ver, lo importante siempre es aproximarse a la masa; otra cosa dice nuestro apreciado sicofante hoy día, veamos: después de anunciar la publicación de la revista *Estrategia* se dice: “Pero ahora ha surgido un problema sobre el que conviene meditar, ¿es posible y aconsejable iniciar la publicación de una revista, como la que se proyectaba, en una época de retroceso, paralización y represión, como la que estamos viviendo?”

Lo que Quebracho quiere anunciar en forma decorosa con esto es su alejamiento definitivo del movimiento revolucionario; trata de justificarse asegurando que espera el ascenso revolucionario pues “estamos en plena medianoche del movimiento revolucionario mundial”¹¹.

Nosotros nos cobijamos contestando la actual apatía de Quebracho, y de muchos otros, bajo las siguientes palabras de Lenin: “Es ridículo invocar la diversidad de circunstancias, la diferencia de los períodos. La constitución de una

organización de combate y la agitación política son obligatorias en no importa qué circunstancias (gris, pacífica), en no importa cuál período de declinación del espíritu revolucionario. Es precisamente en estas circunstancias y en este período que ellos son más necesarios, porque en el momento de la explosión de la conflagración es demasiado tarde para crear una organización, ella debe estar ya dispuesta a fin de desplegar de un golpe toda su actividad”¹².

Con sorpresa, vemos que para Quebracho lo importante no es ir hacia la vanguardia proletaria, que es una parte de la masa, pues “no se trata solamente de ir a la masa” sino de crear los cuadros de dirigentes capaces de nuclear a la vanguardia revolucionaria de esa masa y conducirla”.

Por un lado, tenemos que decir (...) con el señor Quebracho que la vanguardia revolucionaria y los cuadros dirigentes son diferentes, pues hay que “crear los cuadros dirigentes capaces de nuclear a la vanguardia revolucionaria”.

Por otro lado, como corolario lógico, la vanguardia revolucionaria no es, como podíamos haber pensado nosotros pobres mortales que no compartimos el socialismo quebrachiano, el conductor de la masa. El conductor de la masa y de su vanguardia es esa categoría absoluta de “dirigentes revolucionarios” descubierta por el hijo del presidente.

Dejemos a Quebracho que defina la diferencia existente entre cuadros dirigentes y vanguardia revolucionaria.

Imaginemos que Quebracho ha querido referirse, al decir cuadros dirigentes, a Lenin, Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Bujarin, y los pocos dirigentes principales del partido.

Estos no son los cuadros dirigentes sino los caudillos o los dirigentes de la vanguardia revolucionaria y se cuentan con los dedos y no por cuadros. Dejemos de lado que muchos de estos caudillos, llegado el momento álgido, tienen que ser acaudillados por la misma masa, ya que eso no empaña, por lo menos teóricamente, esta función necesaria.

No sabemos cómo lograr formar por lo menos dos dirigentes sin el contacto íntimo con la vanguardia proletaria. Porque, de llevarse a cabo los razonamientos quebrachianos hasta *The End* [el final], los dirigentes no se organizarán al contacto de la masa ni de su vanguardia, pues “no se trata sólo de ir hacia la masa, sino de crear los cuadros dirigentes” y cuadros dirigentes que una vez creados atraerán a la vanguardia revolucionaria y a la masa a nuestras filas, pues “los cuadros dirigentes [son] capaces de nuclear a la vanguardia revolucionaria de esa masa y conducirla”.

Lo primero es, de acuerdo con esto, encontrar a Lenin, Trotsky y Bujarin, y una vez logrado descubrir a estos dirigentes, podemos dirigirnos a la masa, que la atraeremos como así también a su vanguardia. Quebracho se nos transforma,

así, de marxista en sostenedor de la importancia decisiva de los individuos en la historia; vuelve a desenterrar la teoría de que el movimiento social lo hacen los escogidos.

Queda el problema de a qué clase recurrir para formar los dirigentes. Dejemos que Quebracho continúe el silogismo a partir de esta premisa sumamente exacta: la de que con todos los hijos de presidentes y ex presidentes del orbe es imposible dirigir la revolución mundial.

Olvidemos las preguntas hechas, pues Quebracho no las contestará ni nosotros tenemos ningún interés en desatar este nuevo nudo. Lo que es muy importante, como decía Lenin: de los jefes altamente capacitados y compenetrados de su misión para dirigir un partido.

Estos jefes no responden a su función por imperativo de su deseo –pues, de ser así, Quebracho, no dudemos, sería el Gran Bonete–, sino que ocupan su lugar cumpliéndose la ley del triunfo del más capacitado o, como dice nuestro amigo Quebracho, con razón, “cumpliéndose la ley de Darwin” de la lucha por la existencia.

(...)

¹ El camarada más vilipendiado por Quebracho planteó en el año 1927, en el movimiento chispista [fracción de militantes metalúrgicos del Partido Comunista argentino, expulsada del partido en 1925, nde.] esta posición, retirándose al no ser aceptada.

² V.I. Lenin, *Obras Completas*, E.S.I., tomo IV, pág. 9.

³ El grupo c) se ha unido al b) y sacan en la actualidad *Frente Obrero*, 30/10/44.

⁴ L.O.R.: Liga Obrera Revolucionaria, organización liderada por Liborio Justo (Quebracho).

⁵ G.O.R.: Grupo Obrero Revolucionario, agrupación antecesora de la L.O.R., también liderada por Quebracho.

⁶ L.O.S., Liga Obrera Socialista, grupo trotskista fundado en 1940 por Antonio Gallo y Pedro Milesi; L.O.R., Liga Obrera Revolucionaria, ya citada; L.O.R.S, Liga Obrera de la Revolución Socialista, surgida en 1942 de la fusión de la LOR y la LOS.

⁷ En referencia a la Unión Cívica Radical, tradicional partido burgués de la Argentina [nde].

⁸ Los que así opinaban se ven hoy día obligados a reconocer que una organización de cerca de 15 a 20 personas no pueden cotizar \$ 60 mensuales y eso que los califican de militantes. Qué lejos estamos de aquellos militantes auténticos, y no de cartón como éstos, que cotizaban 4 jornales al mes.

⁹ Confrontado con el periódico socialista *La Vanguardia* que comenta todas estas noticias.

¹⁰ En referencia a una marca de analgésicos, en cuya publicidad los personajes bailaban.

¹¹ Boletín Interno N.º 4 de la LOR, pág. 7.

¹² V. I. Lenin, *Obras Completas*, Tomo IV.

FRANCIA, 1789-1797

¿CÓMO NACIÓ EL PRIMER PARTIDO COMUNISTA DE LA HISTORIA?

Francesco Ricci

Traducción: Rodrigo Ricupero, Helena Fuenzalida, Valerio Torre

Muchos creen que el comunismo nació con Marx y que antes de Marx sólo existían pensadores utópicos que escribían libros sobre una futura sociedad socialista (los varios Fourier, Owen, Saint-Simon con sus ingenuas fantasías). Y otros tantos creen también que el partido revolucionario de vanguardia es una invención de Lenin (en efecto, habitualmente se usa la expresión “partido de tipo leninista”).

No es verdad ninguna de las dos ideas. Si es bella la imagen mitológica de Minerva, que nació ya vestida con armadura y escudo, de un dolor de cabeza de Júpiter, no coincide con la historia el nacimiento del comunismo de la cabeza de Marx. A diferencia de las divinidades de la mitología, como repetía el marxista Antonio Labriola (fue en sus libros que Trotsky estudió la concepción materialista de la historia), “las ideas no caen del cielo”. La concepción de la historia como la “historia de las ideas” sigue siendo, a pesar del desarrollo de la ciencia, uno de los pilares de la ideología impuesta por la clase dominante. En realidad, la ciencia muestra que las ideas (el pensamiento, el espíritu o la conciencia) están determinadas por la materia (el ser). Las teorías jurídicas y filosóficas son el producto de la evolución histórico-social: como dice el *Manifiesto Comunista*, la historia es la historia de la lucha de clases. También el comunismo es hijo de la lucha de clases y, en particular, es el hijo del violento choque de clases que se produjo en Francia en el siglo XVIII, con la Revolución Francesa (la primera, porque después Francia conoció otras). Para buscar los orígenes del comunismo debemos, entonces, volver a los últimos años del siglo XVIII.

¿Una revolución burguesa?

En los manuales de historia la Revolución Francesa es resumida en pocas imágenes: la toma de la Bastilla, el proceso de Luis XVI, la guillotina, el terror sangriento de los jacobinos de Robespierre y Saint Just. Es curioso cómo la burguesía ha hecho todo lo posible para borrar los hechos del nacimiento de su poder económico y político.

En realidad, los mil sans-culottes que tomaron la Bastilla y colocaron en la punta de una lanza la cabeza del marqués de Launey, jefe de la fortaleza, comenzaron un proceso histórico muy complejo, un período convulso en el cual se siguieron fases diferentes. No tenemos aquí espacio para revisarlas todas: baste decir que la historia del Club de los Jacobinos y de su evolución resume bien la evolución de la revolución.¹ El Club de los Jacobinos fue conducido inicialmente por los moderados, favorables a una monarquía constitucional, y solamente a través de un proceso de divisiones se conformó la dirección de Robespierre. Al hablar de “jacobinismo” no se hace referencia a las primeras etapas, pero sí al año II (del calendario revolucionario –período entre junio de 1793 y julio de 1794–), o sea, a la dictadura impuesta por el ala más avanzada de la burguesía revolucionaria, y sostenida por la Comuna de París (la primera Comuna, menos célebre que aquella de 1871).²

En resumen, las principales etapas de la revolución son cuatro:

1) *De junio 1789 a setiembre 1791*: en la Asamblea Nacional, más tarde “Constituyente”, se impone una mayoría favorable a una Constitución, que limitará el poder del rey, liberando la economía de las ataduras feudales. Esta asamblea votó la muy genérica *Declaración de los Derechos Humanos* (agosto de 1789) y después la *Constitución de 1791* que estableció el derecho de voto censitario (es decir, limitado a personas que están incluidas en un censo restringido). Fue en la Constituyente que nacieron las expresiones “derecha” e “izquierda”, refiriéndose a la posición ocupada por los diputados en el plenario, en relación con el presidente. Fuera de los aristócratas, la mayoría se quedó en el centro y querían una monarquía constitucional que promoviera el ascenso económico de la burguesía. En la izquierda se sentaron los representantes más radicales de la burguesía (incluso Robespierre).

2) *De octubre de 1791 a setiembre de 1792*: en la Asamblea Legislativa (que reemplazó a la Constituyente), se refleja la radicalización de la revolución y la de las masas urbanas y campesinas. La derecha estaba, entonces, compuesta por los Feuillants (una división del Club de los Jacobinos); la mayoría estaba en el centro (también llamado Pantano), y oscilaba entre la derecha y la izquierda; y la izquierda, dirigida en ese período por Brissot, incluía también a los diputados más “extremistas”, como Couthon (quien estaría después entre los principales colaboradores de Robespierre).

3) *De setiembre de 1792 a junio de 1793*: con la instalación de la Convención (que sustituyó a la Legislativa), primera asamblea republicana (Luis XVI fue derrocado definitivamente por el levantamiento del 10 de agosto de 1792), el poder es tomado por los seguidores de Brissot (llamados girondinos porque la mayoría de estos diputados provenían del Departamento de Gironda, en la región que

tiene por capital Bordeaux, tierra famosa, en nuestros tiempos, por su excelente vino), quienes representaban los intereses de la alta burguesía y defendían la propiedad privada burguesa contra los sans-culottes. El ala radical que pretendía limitar el derecho de propiedad era representada por Robespierre y Danton (ministro de Justicia), y contó con el apoyo de la Comuna que, empujada por los efectos de la crisis económica, se radicalizó.

4) *De junio de 1793 a julio de 1794*: después de los levantamientos de los sans-culottes –del 31 de mayo y del 2 de junio– la Comuna impune la expulsión de los girondinos y se instala el gobierno del Año II, dirigido por Robespierre y Saint Just. Gobierno que trató de mediar una situación de dualidad de poder entre los sans-culottes de la Comuna y los diputados burgueses de la Convención. Este gobierno sería derrocado por el Termidor.

Queriendo usar una imagen darwiniana (en este caso como broma, porque las leyes de la selección natural no pueden ser aplicadas a la historia social, si no queremos caer en un determinismo vulgar) se podría decir que en las diversas fases de la revolución prevaleció en cada momento la corriente política que mejor podía garantizar el desarrollo del contenido burgués de una revolución que fue burguesa en los resultados (la afirmación del poder económico y político de la burguesía), pero no en su fuerza motriz (representada por los sans-culottes). Las masas de los sans-culottes,³ o sea, el “proletariado” (sería mejor decir, proto-proletariado) existente en esa época pre-industrial, hicieron avanzar la revolución quebrando con sus armas la resistencia de la burguesía. En este sentido, en la Revolución Francesa se combinaron una revolución burguesa con un embrión de la revolución proletaria. Fue de este singular enredo que salieron los primeros comunistas.

¿Los jacobinos fueron los primeros comunistas?

De la división que hicimos, esquemática y en fases, parecería que el sector más radical de la Revolución Francesa fueron los jacobinos de Robespierre. El historiador francés, Mathiez,⁴ simpatizante de la Revolución de Octubre, comparaba a los jacobinos con los bolcheviques (y a los girondinos con los mencheviques). El propio Lenin hizo una comparación de este tipo, en contraste con el entonces joven Trotsky (1904), quien señalaba, por el contrario, los límites burgueses del jacobinismo. Pero esta divergencia sobre la conveniencia de una *comparación* (ni siquiera para Lenin se trataba de una *identificación*) se hace sobre una base completamente diferente del debate historiográfico alimentado en los años siguientes por el stalinismo. Desde los años treinta del siglo XX, los historiadores, especialmente los de la escuela de Georges Lefebvre,⁵ interpretaron la Revolu-

ción Francesa como la “primera etapa” burguesa que habría abierto el camino a la futura “segunda etapa” socialista de la revolución. Por las exigencias políticas del stalinismo, la escuela de Lefebvre señaló, en el supuesto bloque sin contrastes entre la burguesía jacobina y los sans-culottes de los años 1792-1794, el primer ejemplo de frente popular, es decir, de colaboración de clases (para ellos positivas y, por lo tanto, para ser imitada). De este modo impusieron a la historia de la Revolución Francesa su esquema menchevique-stalinista de la revolución por etapas, y para hacerlo recurrieron a una omisión y un anacronismo. Primero, una omisión: porque para sostener su lógica debieron ignorar el conflicto ocurrido en algunas fases de la revolución entre la burguesía de la Convención y los sans-culottes de la Comuna. Segundo, un anacronismo: porque el esquema de la revolución por etapas, que cubrió la política contrarrevolucionaria de todo el siglo xx (desde el apoyo de los mencheviques al gobierno burgués de Kerensky, en 1917, hasta el apoyo de los stalinistas a los gobiernos burgueses de los años treinta, etc.), además de ser antileninista, no tiene ningún significado lógico para una época en la cual (a diferencia de la Rusia de 1917 y de la Europa de los años treinta) las condiciones materiales mínimas para una revolución socialista estaban sólo empezando a formarse, paralelamente con el desarrollo de la Revolución Industrial (que en Francia era más retrasada que en Inglaterra).

La imposición por décadas de este esquema stalinista redujo a pocos los historiadores que investigaron la “lucha de clases” (usamos esta expresión entre comillas porque, como dijimos, las dos clases fundamentales no existían todavía en su forma más acabada) entre la burguesía más radical, dirigida por Robespierre, y los sans-culottes. El primero y más importante estudio es de Daniel Guérin, quien en 1946 causó sensación con su libro *La lutte des classes sous la première République*. Guérin (de orientación semi-anarquista, por tanto, hostil a Robespierre)⁶ analiza el conflicto entre la burguesía revolucionaria y aquellos que él definía como “bras-nus” (brazos desnudos), es decir, los proto-proletarios de la época. Y describe, evitando la reducción simplista hecha por Mathiez (y después por toda la escuela de Lefebvre), las posiciones de los diversos componentes de los sans-culottes de París que, después de un período de apoyo a Robespierre, se vieron obligados a enfrentarse con el gobierno jacobino. Otro estudio importante de este período, a pesar de las posiciones diferentes de las de Guérin, y que no se ajusta a la versión stalinista, es la tesis de Albert Soboul, de 1958.⁷

A pesar de no disponer de las fuentes de Guérin y Soboul, y apenas fundamentándose en Mathiez y en el primer trabajo de Lefebvre, Trotsky había llegado a conclusiones similares a las de Guérin sobre el inicio de los enfrentamientos de clase que se desarrollarían en la revolución. Es necesario recordar que Trotsky cultivó durante toda su vida un interés particular por la Revolución Francesa, a

pesar de no haber tenido tiempo para escribir un libro en particular. Las diversas referencias dispersas en su obra⁸ resumen así su pensamiento: la Revolución Industrial se encontraba aún en sus inicios, en Francia, cuando estalló la Revolución en 1789; la economía se basaba fundamentalmente en la agricultura y la producción artesanal, con las primeras manufactureras (en general, pequeñas, aunque algunas empleaban hasta 500 obreros). Las dos clases fundamentales, la burguesía y el proletariado, todavía no se habían definido en su forma moderna: precisamente porque nacieron del desarrollo de la propia revolución. Para Trotsky, la Revolución Francesa destruyó la propiedad feudal, derrocó el *Ancien Régime* que impedía el desarrollo de las fuerzas productivas, y sentó las bases para la formación de la propiedad burguesa de los medios de producción y de cambio. Respecto de los jacobinos, según su análisis, hicieron avanzar la revolución (que entregó el poder económico y político a la burguesía) debiendo enfrentarse contra la misma burguesía liberal (los girondinos). Es conocido que todas las principales etapas de la revolución (desde la toma de la Bastilla, en julio de 1789, hasta la insurrección del 10 de agosto de 1792) tuvieron como protagonistas a los *sans-culottes* de París, del *Fauburg Saint-Antoine* [barrio parisino], no por casualidad la zona con el mayor número de talleres artesanales; luego, de manufacturas (y, más tarde, de las primeras industrias).

Para Trotsky, la contradicción del jacobinismo estaba en su tendencia a instaurar el poder burgués apoyándose en la lucha del proto-proletariado mientras era presionado por la Comuna a caminar más allá de las demandas inmediatas de la burguesía. Esta contradicción duró sólo un año (Año II), y obligó a Robespierre a golpear tanto a la derecha como a la izquierda: contra los girondinos, representantes de la gran burguesía; contra los “indulgentes” de Danton (que buscaban un compromiso con los girondinos); después, mandando a la muerte a los principales dirigentes de la Comuna: los *enragés* (–rabiosos–, en setiembre de 1793) de Roux, Leclerc y Varlet,⁹ los *exagerés* (–exagerados–, en marzo de 1794) de Hebert,¹⁰ con la acusación (falsa) de delitos contrarrevolucionarios.

Fue precisamente golpeando las alas izquierdas (*enragés* y *exagerés*), sustenta Trotsky, que Robespierre se encontró indefenso y aislado frente a la burguesía reaccionaria y el Termidor, o sea, el golpe de Estado que, el 27 de julio de 1794, derrocó con cierta facilidad al gobierno, mandando a la guillotina a Robespierre y a Saint Just, disolviendo el Club de los Jacobinos (mientras readmitía a los girondinos en la Convención) y suprimiendo la Comuna, para abrir, con el Directorio, el camino a la estabilización moderada de la revolución, o sea, la consolidación del poder de la gran burguesía. Este momento reaccionario se materializaría en la nueva Constitución de 1795, que daba el derecho de voto solamente a los que tenían una renta (30.000 ciudadanos). Con el golpe de Estado de

18 de Brumario (9 de noviembre de 1799), el general Napoleón Bonaparte derrocaría también el Directorio y cerraría el ciclo revolucionario, proclamándose Emperador (1804). La victoria de Napoleón no significó una vuelta al *Ancien Régime*, no fue la restitución en el poder de la nobleza feudal. Por el contrario, Napoleón se enfrentó con todas las monarquías reaccionarias de Europa. Su poder representaba el triunfo de la nueva burguesía, de los banqueros, y la eliminación de los aspectos ya inútiles de la revolución (el jacobinismo y el Terror, el apoyo de los sans-culottes y la Comuna), consolidando la propiedad privada y la hegemonía de los derechos de los patrones sobre los derechos de los trabajadores (Código Napoleónico), incluso restableciendo la esclavitud en las colonias (1802), que había sido abolida por los jacobinos en febrero de 1794, después de la revuelta de los esclavos de Haití.¹¹

Podemos, entonces, responder negativamente la pregunta sobre si los jacobinos fueron los antepasados de los comunistas. No. Su Constitución de 1793, aunque muy avanzada (sustentaba el derecho de insurrección contra el Estado!), no ponía en discusión la propiedad privada sino que apoyaba la idea de una sociedad de pequeños productores para limitar las grandes propiedades, reduciendo la diferencia de riqueza. No sólo eso. Como recordará Marx (también en *El Capital*), los jacobinos llegados al poder no cancelaron ni siquiera la Ley *Le Chapelier* (de junio de 1791), que prohibía los sindicatos y las huelgas. Su poder fue la expresión de la necesidad objetiva, por parte de la burguesía, de utilizar medios excepcionales para garantizar el derecho de propiedad privada burguesa y la libertad de comercio. Los jacobinos fueron como una partera que, en caso de un parto difícil, debe usar fórceps para dar a luz al niño. Como sintetizó Marx: “El Terror jacobino fue sólo *la manera plebeya* de ajustar cuentas con los *enemigos de la burguesía*.”¹²

La propiedad privada, radicalmente, no fue puesta en discusión ni aun por los líderes revolucionarios más avanzados de la Comuna: parecía una ilusión del “amigo del pueblo”, Marat;¹³ y no fue tomada efectivamente ni por Hébert (*exagérés*) ni por Chaumette (portavoz de los sans-culottes). Incluso los propios *enragés* (Roux, Leclerc), que afirmaban que no habría igualdad posible mientras un hombre pudiera explotar a otro, defendían sólo medidas que limitaran la propiedad privada.

Por eso Marx y Engels, en la *Sagrada Familia* (1845), los indicaban sólo como “antepasados” de los comunistas, y escribían: “el movimiento revolucionario que comenzó en 1789 (...) que, más tarde, tuvo como principales representantes a Leclerc y Roux, y finalmente sucumbió temporariamente con la conspiración de Babeuf, esbozó la idea comunista que [Felipe] Buonarroti, el amigo de Babeuf, reintrodujo en Francia después de la revolución de 1830”.

Aquí están los primeros verdaderos líderes comunistas: Babeuf y Buonarroti. Es interesante destacar que Engels en los últimos años de su vida, retomando el estudio de la Revolución Francesa, confirmó un análisis muy crítico sobre el jacobinismo. Fue Engels quien sugirió algunas correcciones a una serie de artículos (*Los antagonismos de clase en 1789*) que Kautsky publicó en la *Die Neue Zeit* [El Nuevo Tiempo, ndt], en 1889,¹⁴ proponiendo desarrollar un análisis de la relación entre las dos recién nacidas clases, burguesa y proletaria. El panfleto de Kautsky-Engels fue, sin duda, una de las fuentes de la visión de Trotsky sobre la Revolución Francesa.

El primer partido comunista en la historia, según Marx

Casi todas las biografías de Marx, también aquellas que no se limitan a presentarlo como “un filósofo” o “un economista” y reconocen que fue, sobre todo, un revolucionario, pasan por alto el hecho de que el primer interés de Marx fue por la historia política,¹⁵ y que se acercó al estudio de la economía a partir del impulso de Engels, después del segundo encuentro con él, en París, en agosto de 1844.¹⁶ Sabemos, en verdad, que en el verano de 1843, poco después del matrimonio con Jenny, de vacaciones en la casa de su suegra, en Kreuznach, las lecturas de Marx (aparte de los romances de Balzac) se centraron sobre la Revolución Francesa. Marx, como era su costumbre, leía docenas de libros y escribía centenas de páginas con notas y extractos (se trata aquí de los cinco *Cuadernos de Kreuznach*). Es en este período que piensa en escribir la historia de la Convención (una de las muchas obras que lamentablemente nunca tuvo tiempo de escribir).¹⁷

Es conocida una expresión utilizada por Kautsky (y retomada por Lenin) según la cual el marxismo nació de tres fuentes: la filosofía alemana (Hegel, Feuerbach), la economía inglesa (Ricardo), y el socialismo francés.¹⁸ En realidad, como veremos, es necesario hablar de socialismo “franco-italiano” (una afirmación que no hacemos, evidentemente, por chovinismo). Es el propio Marx quien analiza una de estas tres fuentes, en un texto pequeño de 1847: “la primera aparición de un partido comunista realmente operante fue en la Revolución Francesa”.¹⁹

Es un fragmento importante y vamos a analizar cada una de las palabras: Marx insiste con que el comunismo nace “en la Revolución Francesa” (como ya había señalado en la *Sagrada Familia*), o sea, no nace en la cabeza de cualquier filósofo sino en la lucha de clases real. Y añade que el comunismo nace junto a un partido “realmente existente”, no como una abstracción teórica, sino como un programa de lucha. Marx sostiene, por lo tanto, que no existe comunismo fuera de la lucha de clases y sin un partido para organizar a los revolucionarios en la lucha de clases.

No es una simple frase: toda la vida de Marx –y de Engels– estuvo dedicada a

construir un partido protagonista de la lucha de los trabajadores. Su primer partido fue el Comité de Correspondencia Comunista (14 miembros en conjunto; en 1847 entraron en la Liga de los Justos; después, en la Liga de los Comunistas, que en la fase inicial reunió 300 militantes).

Pero volvamos al Partido Comunista que nació en la Revolución Francesa, poco después de la caída de Robespierre. Es el partido, destaca Marx en el texto que citamos, de Babeuf y Felipe Buonarroti (un italiano; he aquí la explicación de la afirmación “irónica” que hicimos sobre el socialismo “franco-italiano”). Un partido que también en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels clasificarían separadamente de los teóricos utópicos, porque era “realmente operante” en las luchas.

La “Conspiración de los Iguales” para guiar a las masas al poder

François-Noël Babeuf, cuyo “nombre de guerra” era Gracchus [o Graco], en honor a los tribunos de la plebe de Roma, era un periodista (colaboró con Marat), lector (como Robespierre) de Rousseau (aunque más tarde lo criticó por su idealismo), inicialmente admirador de los jacobinos, se colocó después mucho más a la izquierda, siendo de los primeros en defender la abolición de la propiedad privada como condición imprescindible para alcanzar una verdadera igualdad. En febrero de 1793 se trasladó a París y vivió las fases más agudas de la revolución como secretario de la Comisión de Subsistencia, de la Comuna.

Su nombre está asociado con la “Conspiración de los Iguales”, pero incluso en el movimiento revolucionario se sabe poco de este comunista y de su partido, al que Marx consideraba “el primer partido comunista”. Los estudios históricos sobre la Revolución Francesa, especialmente los desarrollados en el siglo XX bajo la influencia del stalinismo, de acuerdo con la concepción menchevique-stalinista (ya descrita), colocaron a Babeuf junto con los utópicos, inventando un carácter extremista (casi pre-blanquista) de los iguales. En efecto, si ignoramos los antagonismos de clase en la fase más aguda de la revolución, no podremos entender el origen y el significado histórico del partido de Babeuf.

El principal historiador de este acontecimiento fue un historiador ruso, trotskista, Victor Daline. Suyos y de algunos otros historiadores son los textos más importantes sobre Babeuf y Buonarroti.²⁰ No podemos aquí contar, en detalle, lo que hicieron estos primeros comunistas que actuaron en un período en el cual no existía todavía un proletariado industrial y el propio término “comunismo” aún no se había inventado, por lo que Babeuf usaba una palabra, después desaparecida: “communautisme”.

Queremos, sin embargo, retomar lo que escribimos en el inicio: el primer verdadero partido “de tipo leninista” nació... ¡ochenta años antes del nacimiento de

Lenin! Es el *Club del Panteón*, el partido de Babeuf, que se reunía en París, compuesto inicialmente por cerca de dos mil partidarios que venían del jacobinismo, del *hébertismo*, de los *enragés*, es decir, de los sectores más avanzados de la Comuna de 1793.

No era una secta “vanguardista”: fue sólo la represión del Directorio (que puso el partido fuera de la ley) la que impuso el uso de métodos de un partido clandestino. Era un partido con un programa comunista (es decir, un programa que proponía como fin una economía socializada y el poder de los trabajadores); un partido que con este programa hacía propaganda entre las masas, con un periódico usado como un “organizador colectivo” (un siglo antes de Lenin), un partido que buscaba construir la agitación política organizando las primeras huelgas en las manufactureras de París, y las luchas por el pan; un partido con una dirección centralizada, con militantes que cotizaban. Como los partidos que fundaron en los siglos posteriores Marx, Engels, Lenin y Trotsky, también el partido de Babeuf nacía del enfrentamiento con las corrientes que hoy llamaríamos “reformistas” y que en el *Club del Panteón* propusieron una colaboración de clases con el gobierno de la burguesía (el Directorio). El partido de Babeuf no sólo hacía propaganda en el ejército, sino que constituía núcleos revolucionarios necesarios para la insurrección y para establecer una dictadura revolucionaria (es aquí que nació, en su forma “prematura”, este concepto, medio siglo antes de que Marx teorizara sobre la dictadura del proletariado).

De hecho, fue la influencia de masas que estaba adquiriendo el partido de Babeuf, Buonarroti, Germain, Sylvain Maréchal (autor del “Manifiesto de los Iguales”), que asustó al Directorio, que buscó, primero, corromper a Babeuf prometiéndole un trabajo en el gobierno (corromper a los dirigentes obreros no es una novedad de nuestra época); después, logró infiltrar sus agentes en el partido y gracias a uno de esos infiltrados, Grisel, logró aprehender al grupo dirigente, en mayo de 1796. Desde la prisión, Babeuf siguió dirigiendo el partido. En el proceso, el juez acusó a los Iguales de “querer abolir la propiedad privada”, o sea, “de querer destruir la humanidad”. Babeuf utilizó el tribunal como una tribuna de propaganda contra el gobierno. El proceso concluyó con la condena a muerte de Babeuf (ejecutado el 27 de mayo) y de otros líderes. Su obra continuó con Buonarroti (quien consiguió salvarse). Fue en la experiencia de Babeuf, transmitida en el libro de Buonarroti, que se formaron, en los años treinta (del siglo XIX), los blanquistas franceses y los obreros ingleses. No por casualidad el libro fue traducido al inglés por el líder de los cartistas, Bronterre O’Brien. Y es por eso que Engels escribía que la Liga de los Comunistas era heredera de Buonarroti y de aquel “primer partido comunista realmente operante”, nacido en la Revolución Francesa.

El partido, instrumento indispensable de la revolución

El primer partido comunista de la historia nace con Babeuf, en una época en que el recién nacido proletariado daba sus primeros pasos en el escenario de la lucha de clases y ya se planteaba como primera tarea construir un partido independiente.

Buonarroti continuó aquel trabajo, a escala internacional, en la realidad concreta de la lucha de clases que crecía con el desarrollo de la clase obrera industrial.

Babeuf y Buonarroti tuvieron el mérito de ser los primeros en comprender, ace más de dos siglos atrás, que era necesario no sólo un partido comunista para poder construir “la verdadera igualdad” (o sea, el comunismo), sino que era también necesario que aquel partido fuera de militantes organizados, centralizado, independiente de la burguesía y de sus gobiernos.

Sin embargo, el partido les faltó a los obreros del París de 1848; por eso fueron engañados por los reformistas, que desarmaron las luchas colaborando con el gobierno burgués. El partido también les faltó en la primavera de 1871, aunque existía un embrión de partido que posibilitó que la nueva Comuna derrocará al gobierno de la burguesía e instaurara un embrión de dictadura del proletariado.²¹

Debemos llegar a la Rusia de 1917 para encontrar finalmente el primer partido comunista capaz de derrocar al capitalismo y construir una dictadura del proletariado. Pero, como tantas veces admitieron Lenin y Trotsky, aquel partido sólo pudo ser construido estudiando las experiencias de la Comuna de 1871, de junio de 1848, de Babeuf, de la Comuna de 1793.

Después, también aquel partido (internacional) fue destruido (por el stalinismo), dejando a los trabajadores desamparados frente a la restauración del capitalismo.

Con una visión pesimista de la historia se podría decir, entonces, que dos siglos después de los intentos de Babeuf, el problema del partido todavía está en el mismo punto de partida: como en aquel cuadro de Escher en que los monjes, después de subir un cuadrilátero de escaleras, se encuentran de nuevo al pie de la escalera. Pero no es así.

Es cierto que la historia del movimiento obrero no tiene un crecimiento lineal: hay saltos hacia adelante y hacia atrás. Sin embargo, ahora tenemos una ventaja sobre los revolucionarios de los siglos pasados: podemos estudiar sus experiencias, sus errores y sus victorias, para intentar construir el partido que, como Lenin afirmaba, es simultáneamente la *condición* y el *producto* de las luchas de los trabajadores. Aquel partido que necesitamos para que en la próxima revolución podamos vencer.

¹ Acerca de los jacobinos (así llamados porque se reunían en un antiguo convento de frailes) que a través de varias divisiones se convirtieron de partido burgués moderado en el partido burgués más radical, véase: Michel Vovelle, *I giacobini e il giacobinismo*, Editori Laterza, 1998 [Edición brasileña, *Los jacobinos y el jacobinismo*, Edusc, 2000, ndt]. Acerca de la Revolución Francesa, los mejores textos son: Albert Mathiez y Georges Lefebvre, *La Révolution Française* (de 1932, publicado en varios idiomas, el libro incompleto de Mathiez, concluido por Lefebvre); Georges Lefebvre, *La Révolution Française*, Presse Universitaires de France, 1958 [ambos trabajos fueron publicados en portugués, ndt]. Un buen resumen en: George Rudé, *Robespierre*, Editori Riuniti, 1979. Acerca del Año II, además de los textos de Guérin y Soboul (ver notas 6 y 7) es útil leer a Marc Bouloiseau, *La République jacobine, 10 août 1792-9 thermidor An II*, Editions du Seuil, 1972. Sobre las diversas tendencias historiográficas: Roberto Ceamanos, *Militancia y universidad. La construcción de la historia obrera en Francia*, Instituto de Historia Social, 2005. Preciosos también son los artículos de la revista fundada por Mathiez, los *Annales Historiques de la Révolution Française* (<http://ahrf.revues.org>).

² Sobre la primera Comuna de París, véase: Paul Deville, *La Commune de l'An II. Vie et mort d'une assemblée révolutionnaire*, Librairie Plon, 1946, y también el enorme estudio de Nicole Bossut sobre uno de los principales dirigentes de la Comuna: *Chaumette, porte-parole des sans-culotte*, Éditions du Cths, 1998.

³ Los sans-culottes (así llamados porque vestían pantalones largos en lugar de los "culottes" usados por los nobles y los ricos) eran pequeños artesanos, pequeños comerciantes, asalariados de las primeras manufacturas. Para un estudio de la clase en la revolución, véase: Eugene Tarle, *La classe operaia nella rivoluzione francese*, Editori Riuniti, 1960, y Norman Hampson, *Storia sociale della rivoluzione francese*, Il Saggiatore, 1963.

⁴ Los principales textos de Albert Mathiez se pueden encontrar en la página web de la Biblioteca Nacional de Francia: <http://gallica.bnf.fr>. Mathiez, defensor de Robespierre, tenía un juicio severo de las corrientes de Hébert y Roux, y presentaba a Babeuf como un seguidor de los jacobinos (ignorando el salto de clase entre el jacobinismo y babuvismo).

⁵ Georges Lefebvre, discípulo de Mathiez, es autor de una fundamental historia de la Revolución Francesa (ver nota 1). Era próximo al PCF, stalinista, y su interpretación resentida de su apoyo a los frentes populares.

⁶ Daniel Guérin, *La lutte des classes sous la Première République*, 1946 (segunda edición revisada 1968) [hay una edición brasileña de los años 70, ndt]. En los años treinta, próximo de la IV Internacional, se alejó de ella abrazando posiciones centristas, y teorizó sobre la necesidad de una síntesis entre el marxismo y el anarquismo ("marxismo libertario"). Acerca de la Revolución Francesa desarrolló la lectura antijacobina de los anarquistas (de Bakunin a Kropotkin), pero inspirado también en las posiciones de Marx, Engels y Kautsky (ignoradas por la historiografía stalinista), y de Trotsky. Aunque las conclusiones de su libro (que recogen la crítica anarquista al centralismo y a la dictadura del proletariado) no pueden ser compartidas, el libro sigue siendo imprescindible por su sutil análisis.

⁷ Albert Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II. Histoire politique et sociale des sections de Paris, 2 juin 1793-9 thermidor an II*. Se trata del primer estudio de Soboul (1958), recibido con frialdad por Lefebvre y por los stalinistas, porque niega, sobre la base de una amplia documentación, la existencia de un "bloque homogéneo" entre los jacobinos y los sans-culottes. Luego Soboul, convirtiéndose en el sucesor de la escuela de Lefebvre, abandonó la investigación sobre el choque entre sans-culottes y jacobinos, sólo retomándola en los textos de la vejez, textos en los cuales continuó, sin embargo, defendiendo a los jacobinos, considerándolos la única perspectiva "realista". Su libro de 1958 profundiza (con más documentación) las cuestiones ya tratadas por Guérin (ver nota 6). Sus últimas obras son las mejores que hoy pueden leerse sobre la Revolución Francesa. En particular, *La Révolution Française*, Les Editions Arthaud, 1983 [edición brasileña, *La revolución francesa*, Bertrand, 1989, ndt].

⁸ En 1904, polemizando sobre la cuestión del partido, Trotsky criticó la referencia al jacobinismo por parte de Lenin: nosotros pensamos que si sobre el partido él estaba totalmente equivocado (como él mismo reconoce), sobre la Revolución Francesa tenía razón al señalar que la comparación de Lenin (aunque relativa, como explica Jean Joubert, en *Lénine et le jacobinisme*, en el n. 30 de los *Cahiers Léon Trotsky*, junio de 1987) carecía de fundamento. En *Balance y perspectivas* (1906), Trotsky resumió su posición así: "(...) defendemos el jacobinismo contra los ataques, las calumnias, las difamaciones estúpidas del liberalismo anémico. Al mismo tiempo (...) criticamos sus teorías, denunciarnos sus límites históricos, su carácter socialmente contradictorio (...)" Otras referencias a la Revolución Francesa se encuentran en todas las obras de Trotsky, en la *Historia de la Revolución Rusa* (1932), en *La revolución traicionada* (1936), en *Stalin* (1940) y en el apéndice de este último

libro, y en tantos artículos dedicados al Termidor. La evolución de las referencias al Termidor en Trotsky es analizada en Tamara Kondratieva, *Bolcheviks et Jacobins*, Editions Payot, 1989. Pierre Broué resumió las posiciones de Trotsky sobre la Revolución Francesa, en *Trotsky et la Révolution Française*, en *Cahiers Léon Trotsky*, n. 30, junio de 1987.

⁹ Acerca de los *enragés* (rabiosos), véase: M. Dommanget, *Enragés et curés rouges en 1793*, Ed. Spartacus, 1993. Un artículo de Morris Slavin (*Les enragés et la Révolution Française*), en los *Cahiers Léon Trotsky*, n. 38, junio de 1989, resume así las opiniones de este grupo: "(...) constituyen un 'partido' de transición entre los revolucionarios burgueses y los defensores de los plebeyos de Gracchus Babeuf. A diferencia de los jacobinos, rehusaron la economía del "laissez-faire", pero diferían de los futuros babuistas [es decir, los seguidores de Babeuf, ndt] al aceptar la necesidad de la propiedad privada". Una antología de sus escritos fue publicada por Claude Guillon, *Notre patience est a bout. 1792-1793, les écrits des enragés*, Editions Imho, 2009.

¹⁰ Los *exagerés* (exagerados) militaban en el Club de los Cordeliers, fundado en abril de 1790. En el período inicial también Danton hizo parte del Club (pero no de este grupo). El Club fue después hegemonizado por Marat y, por lo tanto, por Chaumette y por Hébert, jefe de los *exagerés*. Acerca de Hébert se puede leer: Louis Jacob, *Hébert, chef des sans-culottes*, Gallimard, 1960.

¹¹ Las tropas de Napoleón fueron derrotadas por el ejército dirigido por Toussaint Louverture y (después de su captura) por Jean-Jacques Dessalines quien, el 1 de enero de 1804, proclamó la independencia de Haití. Sobre este asunto recomendamos: Yves Benot, *La Révolution française et la fin des colonies*, Editions La Découverte, 1988; Aimée Césaire, *Toussaint Louverture, Présence Africaine*, 1961; y, en especial, el libro de un dirigente trotskista negro, CLR James, *The Black Jacobins* (1938), traducido a varios idiomas [edición brasileña, Boitempo, *Los jacobinos negros*, 2010, ndt]. Respecto de la posición de Robespierre y de la Comuna sobre el tema de la esclavitud y de Haití se pueden leer los artículos de Florence Gauthier, publicados en la página web de los *Annales historiques de la Révolution française*, <http://ahrf.revues.org>.

¹² Así escribió Marx, en un artículo del 15 de diciembre de 1848, en la *Neue Rheinische Zeitung* [Nueva Revista Renana, ndt], comparando la revolución alemana de 1848 con la primera revolución francesa [este texto se encuentra en Karl Marx, *La burguesía y la contrarrevolución*, Ensaio, 1987, ndt].

¹³ Acerca de Jean Paul Marat, una de las más lindas figuras de la revolución, se puede leer: Jean Massin, *Marat*, Club français du Livre, 1960.

¹⁴ La reedición de la edición francesa de estos artículos de Kautsky se encuentran en el n. 95 de los *Cahiers du Cermtri* (Centre d'Etudes et de Recherches sur les Mouvements Trotskyste et Révolutionnaires Internationaux). Las sugerencias de Engels a Kautsky están publicadas en: www.marxists.org/archive/marx/works/1889/letters/89_02_20.htm.

¹⁵ Representa una excepción la biografía *Marx et Engels*, de Jean Bruhat, Club français du livre, 1970. Bruhat fue un importante historiador stalinista que, sin embargo, cuando no se ocupó de la historia del siglo XX, produjo excelentes textos y fue el principal estudioso de la Comuna de 1871.

¹⁶ Después de los estudios de historia y filosofía, el pasaje para la economía ocurre por influencia de la lectura de los escritos de Engels para los *Deutsch-Französische Jahrbücher* [Anales franco-alemanes, ndt]: *Esbozo de una Crítica de la Economía Política* (1843-1844) y *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1844-1845).

¹⁷ Las referencias a la Revolución Francesa en todas las obras de Marx fueron reunidas en dos antologías: *Marx et la Révolution française*, organizada por François Furet, Flammarion, 1986 (de ningún interés es la introducción de Furet, historiador reaccionario) [edición brasileña, Zahar, 1989, ndt], y *Sur la Révolution française, Ecrits de Marx et Engels*, organizado por Claude Mainfroy, Ediciones Sociales, 1985. Un análisis crítico y documentado (aunque no estamos de acuerdo con sus conclusiones) se encuentra en Claude Mazauric, *L'histoire de la Révolution française et la pensée marxiste*, Presse Universitaires de France, 2009. Una eficaz síntesis es el artículo de Jean Bruhat, *Marx et la Révolution française* (en *Annales historiques de la Révolution française*, n. 2, 1966).

¹⁸ En realidad, Kautsky retomó el concepto de un artículo en el que Marx escribió: "Hay que reconocer que el proletariado alemán es el filósofo del proletariado europeo, así como el proletariado inglés es el economista y el proletariado francés, el político" (*Vorwärts*, 1844).

¹⁹ Marx, *La crítica moralizante y la moral crítica* (1847, en *Obras*).

²⁰ El texto fundamental sobre los Iguales es el libro de 1828, de Filippo Buonarroti, *Cospirazione per l'Eguaglianza, detta di Babeuf*, Einaudi, 1971. Otros libros útiles son: Victor Daline, *Gracchus Babeuf à la veille et pendant la Révolution française*, Editions du Progrès, 1976 (Daline, discípulo de Rjazanov, en su juventud fue miembro de la Oposición trotskista y se convirtió en el principal especialista internacional sobre Babeuf); Jean Bruhat, *Gracchus Babeuf et les égaux, o "Le Premier Parti communiste agissant"*, Librairie Académique Perrin, 1978; los estudios más recientes de Jean Marc Schiappa (actualmente el mayor especialista en el tema): *Gracchus Babeuf avec les Égaux*, Les Editions Ouvrières, 1991 y *Buonarroti, l'inoxydable*, Les Editions Libertaires, 2008. Una antología de las intervenciones del Congreso de Estocolmo dedicado a Babeuf: *Babeuf et les problèmes du babouvisme*, Editions Sociales, 1963. El mejor texto sobre Buonarroti es Galante Garrone, *Buonarroti e i rivoluzionari dell'Ottocento*, Einaudi, 1951.

²¹ Acerca de la Comuna de 1871 y el embrión de partido que se formó en ella (se llamaba la Delegación de Veinte Distritos), véase: Francesco Ricci, *La Comuna de París (1871): precursor de la Comuna de Petrogrado (1917)*, en *Marxismo Vivo* n. 16, diciembre de 2007.



LA CONSTRUCCIÓN DE LA INTERNACIONAL Y LA POLÍTICA FRENTE AL CENTRISMO

Toda la experiencia de construcción de los grandes partidos revolucionarios, sean de carácter nacional o internacional, muestra que, en la mayoría de los casos, éstos sólo dan un salto en dicha construcción cuando consiguen atraer hacia sus filas a sectores del centrismo, es decir, de corrientes que provienen de las grandes organizaciones, no revolucionarias, del movimiento obrero y el pueblo.

¿Pero qué es exactamente el centrismo y cómo los revolucionarios han actuado o deben actuar frente a él?

Este es el tema del presente dossier, que tiene gran actualidad en función de la necesidad de dar respuesta a la gran tarea de este momento histórico: construir la dirección revolucionaria, en momentos en que presenciamos una profunda crisis de las organizaciones reformistas y en especial del stalinismo, a partir de la restauración del capitalismo en los ex estados obreros.

CONTENIDOS

La construcción de la Internacional y la política frente al centrismo (Flor Neves)	257
Las crisis históricas que marcan la realidad política de nuestros días	257
La crisis de la restauración del capitalismo y el vendaval oportunista (Flor Neves)	258
Las revoluciones del Este europeo y la crisis del stalinismo	259
La crisis económica mundial tiende a profundizar el proceso de reorganización	260
Recuperar las experiencias de construcción de la III y la IV Internacionales	261
La necesidad de caracterizar el centrismo	261
La batalla por la construcción de la III Internacional	261
La IV Internacional y la política frente al centrismo	263
Algunas conclusiones iniciales	263
¿Qué es el centrismo? (León Trotsky)	267
El centrismo y la IV Internacional (León Trotsky)	271
Chovinismo muerto y socialismo vivo (cómo reconstituir la Internacional) (V. I. Lenin)	273
El socialismo y la guerra (Actitud del POSDR ante la guerra) (V. I. Lenin)	275
Capítulo III: La reconstitución de la Internacional	275
El método de los socialchovinistas y del "centro"	275
El estado de cosas entre la oposición	276
El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y la III Internacional	278
El primer paso (V. I. Lenin)	281
Proposición del Comité Central del POSDR a la Segunda Conferencia Socialista (V. I. Lenin) ...	287
Borrador de proyecto de tesis para un mensaje a la Comisión Socialista Internacional y a todos los Partidos Socialistas (V. I. Lenin)	295
Las tareas del proletariado en nuestra revolución (V. I. Lenin)	299
¿Diplomacia o política revolucionaria? Carta a un camarada checoslovaco (León Trotsky)	303
Las organizaciones socialistas de izquierda y nuestras tareas (León Trotsky)	309
La Declaración de los Cuatro (León Trotsky)	313

LA CONSTRUCCIÓN DE LA INTERNACIONAL Y LA POLÍTICA FRENTE AL CENTRISMO

Flor Neves

Según Lenin, las grandes crisis históricas tendrían la ventaja de exacerbar las contradicciones más profundas y traer a la superficie las tendencias políticas ocultas, refiriéndose a la capitulación de la II Internacional a los gobiernos nacionales, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial.¹

Esas grandes crisis históricas, “al descorrer los velos” y tornar más clara la naturaleza política de varias agrupaciones políticas, estimularían, así, cambios, rupturas y reagrupamientos a nivel nacional e internacional, siendo por lo mismo particularmente propicias para el surgimiento de corrientes que usualmente llamamos centristas.

Las crisis históricas que marcan la realidad política de nuestros días

Podemos decir que la etapa histórica que vivimos está marcada, aun de formas diferentes, por dos crisis históricas de signo opuesto.

Por un lado, la crisis generada por la restauración del capitalismo en la antigua URSS y en los países del Este europeo, a manos de las burocracias de los Partidos Comunistas que dirigían esos países, así como otros estados obreros que aun burocratizados demostraban, en la práctica, que era posible derrotar a la burguesía y tomar el poder.

Por otro lado, la crisis generada por las revoluciones en el Este europeo, que derribaban las dictaduras de los Partidos Comunistas en esos países. Estas revoluciones dieron un golpe histórico e irremediable al aparato internacional de esta corriente que durante tantas décadas dirigiera la fuerza revolucionaria de la clase trabajadora hacia el campo de la conciliación de clases. Se descorría, entonces, un velo que dejaba visible la verdadera cara de aquella que era la referencia política para muchos millones de trabajadores.

La crisis de la restauración del capitalismo y el vendaval oportunista

Podemos decir que la primera crisis abre una dinámica política de signo negativo, en la medida en que conforma una importante derrota para la clase trabajadora a nivel mundial, que permitió a la burguesía retomar el control económico de extensas regiones del planeta.

Apoyándose en la restauración del capitalismo como elemento objetivo de la realidad, la burguesía mundial lanzó una ofensiva ideológica sobre la clase trabajadora, que propagaba el fin del socialismo y la superioridad del capitalismo. Las voces de la burguesía decían que las masas se insurreccionaban en el Este europeo en nombre del capitalismo, contra el socialismo.

Simultáneamente, la burguesía profundizó también una ofensiva, que ya venía de antes, sobre las direcciones sindicales y políticas de la clase obrera para, a través de privilegios materiales, cooptarlas (y comprarlas) para una política de conciliación de clases y para la defensa del sistema capitalista y la democracia burguesa.

Esta ofensiva de la burguesía tuvo consecuencias profundas y dio origen a importantes cambios en el seno de la izquierda en general, y de la izquierda revolucionaria, en particular.

Muchas corrientes de izquierda absorbieron este análisis que asociaba las revoluciones antiburocráticas –contra los aparatos stalinistas– con la restauración del capitalismo, como si las masas en lucha hubiesen, ellas mismas, restaurado el capitalismo. En verdad, la restauración del capitalismo fue anterior a estas revoluciones que expresaban la rebelión contra las dictaduras burocráticas pero también contra las consecuencias económicas que en la vida de los trabajadores provocaba la restauración, ya en curso, del capitalismo.²

La política de cooptación de las direcciones de la clase obrera también tuvo resultados, bien visibles hasta hoy. Antiguos sindicalistas, guerrilleros y “revolucionarios” se convirtieron en ministros. Otro no fueron tan lejos, pero pasaron a afirmar que era posible construir el socialismo sin acabar con el capitalismo, y a teorizar contra la necesidad de construir partidos revolucionarios de tipo bolchevique, a nivel nacional e internacional.

Podemos, por lo tanto, decir que los cambios generados por esta crisis histórica, fueron esencialmente marcados por “desplazamientos” políticos de la izquierda hacia la derecha: de posiciones revolucionarias hacia posiciones reformistas. Este tipo de “desplazamiento” político predominó durante los años ’90, a pesar de que los resultados de esos cambios son hasta hoy visibles en la de-rechización y degeneración de muchas corrientes políticas.

Tanto la ofensiva ideológica de la burguesía como el vendaval oportunista se apoyan en un elemento objetivo: a partir del momento en que se reatura el capitalismo y dejan de existir estados obreros, el socialismo, en tanto dictadura del proletariado, deja de existir como parte de la realidad objetiva.

Hasta la toma del poder en Rusia en 1917, la dictadura del proletariado como estrategia revolucionaria era vista como algo abstracto y, de cierta forma, utópico. Después de 1917 (e incluso después de la burocratización del estado obrero), la estrategia revolucionaria pasa a ser objetiva: la dictadura del proletariado era algo concreto y existía. La restauración del capitalismo aparece como el fracaso de esa estrategia socialista de toma del poder contra la burguesía.

En ese sentido, la restauración del capitalismo y la inexistencia de nuevos estados obreros tiene también consecuencias objetivas en la conciencia de las masas y de la vanguardia: el socialismo, la dictadura del proletariado, la expropiación de la burguesía, etc., dejan de ser referencias objetivas para todos los que se proponen buscar una alternativa al sistema capitalista.

Así, la contraofensiva ideológica de la burguesía y el vendaval oportunista en el seno de la izquierda se apoyaron en el elemento objetivo de la restauración del capitalismo, y profundizaron su impacto sobre la conciencia de la masas y de la vanguardia.

Las revoluciones del Este europeo y la crisis del stalinismo

No obstante, las revoluciones en el Este europeo y la derrota que significó para el aparato de los Partidos Comunistas a nivel mundial, tuvieron un signo opuesto al de la restauración capitalista, pues descorrieron el velo sobre la naturaleza verdaderamente nefasta de los Partidos Comunistas en el movimiento obrero, a nivel internacional.

Este aparato contrarrevolucionario era una traba para la lucha revolucionaria de la clase obrera e hizo que las grandes conquistas revolucionarias de la clase que expropió a la burguesía –los estados obreros– no estuviesen al servicio del avance de la revolución mundial sino del sostén y fortalecimiento del status quo de la burocracia. El derrumbe del aparato stalinista fue, por eso, na victoria histórica de la clase obrera mundial, que abrió un nuevo período de experiencias de importantes sectores de la clase cons us direcciones históricas.

Podemos decir que este proceso progresivo de ruptura con los aparatos y burocracias estuvo oculto, en un primer momento, por el impacto negativo que produjo la restauración del capitalismo en los ex estados obreros. Sin embargo, la agudización, esencialmente a partir del siglo XXI, de la lucha de clases en varias partes del mundo –véanse las revoluciones en América Latina o las luchas de

los pueblos de Medio Oriente contra la ocupación imperialista— comenzó a abrir el espacio para un nuevo proceso de rupturas y reorganización en el movimiento de masas. Ese movimiento tiene el signo opuesto al del período anterior, pues es marcado por los desplazamientos —si bien minoritarios, dispersos e incompletos— desde posiciones reformistas hacia posiciones revolucionarias o que se aproximan a éstas.

Si este proceso no es más visible hasta hoy, podemos decir que se debe, por un lado, a la restauración del capitalismo como elemento objetivo en la conciencia de las masas y de la vanguardia, que limita el espacio existente para el proyecto revolucionario. Por otro lado, a la falta de una alternativa revolucionaria, con, por lo menos, un fuerte peso en la vanguardia a nivel internacional, que pudiese ser una referencia clara y reagrupar a los miles de activistas y honestos comunistas que se desilusionaron con los Partidos Comunistas en el mundo entero.

La crisis económica mundial tiende a profundizar el proceso de reorganización

La crisis económica mundial en la cual estamos inmersos y las luchas políticas de la clase trabajadora contra la burguesía, para decidir quién va a pagar la factura de esta crisis, conforman una nueva crisis histórica.

En verdad, la profundidad de la crisis y, por lo tanto la radicalización de las respuestas que ella exige (ya sea para la burguesía como para los trabajadores) ya están recorriendo varios velos, desenmascarando las verdaderas posiciones y la naturaleza política de muchas corrientes políticas y direcciones sindicales. Es particularmente relevante que la clase trabajadora va a encarar este nuevo movimiento histórico en un contexto de gran decadencia de los aparatos stalinistas a nivel internacional.

Esta situación tiende, por eso, en nuestra opinión, a profundizar este proceso que ya venía de antes, con la ruptura con los aparatos y los desplazamientos en el sentido de posiciones revolucionarias. Todavía, éste es un proceso que está en disputa y no hay garantías de que se concrete en la construcción de nuevos partidos y en una internacional revolucionaria.

Está, por lo tanto, lanzado un desafío de grandes dimensiones para los revolucionarios de nuestros días: con qué política ganar a esos sectores que se desplazan hacia posiciones revolucionarias, para la construcción de un partido mundial de la revolución socialista.

Recuperar las experiencias de construcción de la III y la IV Internacionales

Los revolucionarios de hoy, que encaran este fenómeno de desplazamientos de sectores, organizaciones, activistas, etc., desde reformismo hacia posiciones revolucionarias, no están comenzando de cero.

El surgimiento de corrientes y organizaciones que usualmente llamamos centristas no es nueva. La construcción tanto de la Tercera como de la Cuarta Internacionales se hizo esencialmente a costa de la política que los revolucionarios tuvieron frente al centrismo. Como dice Trotsky³, nueve décimos de las organizaciones que fundaron la Tercera Internacional eran organizaciones centristas que evolucionaban hacia posiciones revolucionarias.

Por lo tanto, para encarar los desafíos de hoy nos parece fundamental retomar el estudio de la política que Lenin y Trotsky tuvieron frente al centrismo en el proceso de construcción de la Tercera y la Cuarta Internacionales, respectivamente.

La necesidad de caracterizar el centrismo

Los textos que aquí traemos pueden dividirse, esencialmente, en dos partes. En una primera parte, más breve, escogimos dos textos con el objetivo de conceptualizar el centrismo como fenómeno político y demarcar sus principales características. Por ello, reproducimos algunas partes de dos textos de León Trotsky: “¿Qué es el centrismo?” (1930) y “El centrismo y la Cuarta Internacional” (1934), que sitúan con claridad al centrismo como corriente política entre reformistas y revolucionarios, con la importancia fundamental de percibir la dinámica de su desplazamiento: desde la izquierda hacia la derecha, o desde la derecha hacia la izquierda.

La batalla por la construcción de la III Internacional

En una segunda parte reproducimos algunos textos sobre la construcción de la Internacional. Los textos escogidos tienen como objetivo central expresar lo esencial de la política de Lenin en el proceso de ruptura de la II Internacional y la construcción de la III Internacional, pero principalmente porque era ésta la referencia utilizada por Trotsky en el proceso de construcción de la IV Internacional.

Agregamos también algunos textos de Trotsky sobre el proceso de construcción de la IV, que pensamos ilustran dicha batalla.

El texto “Chovinismo muerto y socialismo vivo (cómo reconstruir la Internacional)” resume la forma cómo Lenin encara el centrismo en el proceso de construcción de la nueva Internacional: sólo son posibles de ganar para el socialismo aquellos que rompan totalmente con la política del reformismo.

En el texto “El socialismo y la guerra (la actitud del POSDR ante la guerra)”, Lenin hace toda una crítica a los centristas –como en aquel momento, Kautsky⁴– que pretendían reconstruir la Internacional uniendo a todas sus corrientes cuando acabase la Primera Gran Guerra. En este texto, Lenin elabora una dura crítica a los sectores que, en la Conferencia de Mujeres y de la Juventud, se limitaron a aceptar un programa pacifista contra la guerra, que podía ser firmado por revolucionarios y centristas pero que no sacaba hasta el final las consecuencias de la crítica a la guerra y de aquellos que dentro de la II Internacional la habían apoyado. Por eso, optamos por reproducir una parte del texto en la que Lenin opone al método de los centristas el método y la política de los revolucionarios para reconstruir la Internacional, concretada en la política de los bolcheviques frente al agrupamiento de Zimmerwald.

En el texto “Primer paso”, Lenin hace un balance de la Conferencia de Zimmerwald, y describe la importancia de los pasos dados en esa Conferencia, pero también de sus límites. El texto explica por qué, a pesar de las diferencias, los bolcheviques, en esta ocasión, optaron por votar el manifiesto común.

En “Proposición del Comité Central del POSDR a la segunda conferencia socialista”, Lenin lleva más lejos la batalla contra la política de los kautkistas y de la mayoría de los socialistas de Zimmerwald. Este es un texto que polemiza con las propuestas de discusiones para el orden del día de la segunda conferencia de los socialistas, llevando más a fondo la política de los bolcheviques ante la guerra y la construcción de la Internacional, y dejando ya clara la política de romper con la II Internacional.

Si los textos anteriores expresan aun una fase muy inicial del combate dentro de la II Internacional, los dos últimos textos que aquí presentamos se dan en un contexto político marcado por dos cambios de gran importancia. Por un lado, el hecho de que las potencias imperialistas comenzaran a hablar de la necesidad de una “paz” (imperialista), lo que anuncia el inicio del fin de la guerra. Al mismo tiempo, ese contexto está extremadamente ligado al crecimiento de los enfrentamientos a nivel de la lucha de clases como consecuencia de la guerra, de la cual Rusia –primero con la revolución de Febrero y, posteriormente, con la toma del poder por los bolcheviques en Octubre– es la máxima expresión (aunque no la única).

Es en este contexto que en el texto “Borrador del proyecto de tesis para un mensaje a la Comisión Socialista Internacional y a todos los partidos socialistas”,

vemos una profundización de la ruptura de los bolcheviques, formalizada con el abandono de Zimmerwald. Ya en el texto “Las tareas del proletariado en nuestra revolución”, elegimos en particular la parte “Bancarrota de la Internacional Zimmerwaldina. Necesidad de fundar la Tercera Internacional”, donde el subtítulo deja bien clara la política de los bolcheviques.

La IV Internacional y la política frente al centrismo

Finalmente, presentamos tres textos de Trotsky que nos parece pueden expresar la política que sostuvo frente al centrismo, en la construcción de la IV Internacional. Aquí elegimos un texto sobre la batalla contra el centrismo burocrático de los partidos comunistas y otros dos sobre la política frente al centrismo de izquierda que rompió con la socialdemocracia y la II Internacional.

En el texto “Diplomacia o política revolucionaria”, Trotsky polemiza con un camarada checoslovaco que dice distanciarse del “trotskismo” no por tener diferencias tácticas o de principios, sino porque considera que así podría dialogar mejor con los militantes del Partido Comunista, asustados por la campaña contra el “fantasma del trotskismo”. Este texto es, por lo tanto, una expresión del combate de Trotsky y de la Oposición de Izquierda a la dirección de Stalin dentro de los PCs. En esa época, Trotsky caracterizaba esta corriente como centrismo burocrático; en este texto él muestra cómo una aparente cuestión pedagógica escondía en verdad una diferencia en la forma de encarar y combatir el centrismo.

En “Las organizaciones socialistas de izquierda y nuestras tareas”, podemos ver, por otro lado, la política a seguir frente a las corrientes que rompían con la II Internacional –que Trotsky caracteriza como centrismo de izquierda–, de manera de profundizar su adhesión al programa revolucionario.

Y presentamos “La declaración de los Cuatro – Sobre la necesidad y los principios de una nueva Internacional”. Esta es una declaración presentada en la Conferencia Internacional de las Organizaciones Comunistas y Socialistas de Izquierda, realizada en París en 1933, firmada por la Oposición de Izquierda Internacional, en conjunto con otras tres organizaciones centristas, como propuesta de plataforma programática para la conformación de la IV Internacional.

Algunas conclusiones iniciales

Dos aspectos importantes emergen del análisis de los textos que aquí presentamos. Por un lado, encontramos de forma muy acentuada la necesidad de un combate frontal contra el centrismo. Ese combate contra el centrismo se expresa

esencialmente en la necesidad de no ceder en el programa revolucionario. Como consecuencia de esa política encontramos muchas veces críticas de otros camaradas tanto a Lenin como a Trotsky, por centrar sus polémicas con los centristas y no con los reformistas. A pesar de la batalla frontal por el programa revolucionario, no podemos dejar de señalar la política de diálogo fraternal y flexibilidad táctica utilizada tanto por Lenin como por Trotsky, con el objetivo de ganar al centrismo para posiciones revolucionarias.

Otro aspecto que queremos subrayar tiene que ver con el hecho de que Lenin y Trotsky aplicaron la misma política frente al centrismo, en situaciones diversas de la lucha de clases y con resultados diferentes en la construcción de la Internacional. La construcción de la III se dio en un contexto de creciente ascenso del movimiento de masas, a partir de la mitad de la Primera Guerra Mundial y pudo apoyarse en la primera revolución socialista victoriosa de la historia y, por eso, también, en el primer estado obrero. Ya la construcción de la IV Internacional se da en un contexto de reflujo, frente a dos grandes derrotas de la clase trabajadora a nivel mundial: la degeneración del Partido Bolchevique y del Estado Obrero en Rusia, por un lado, y el ascenso del fascismo, por el otro. El resultado de la misma política frente al centrismo fue, por eso, diferente: la III Internacional se fundó con base en una mayoría de organizaciones que venían del centrismo, y en el caso de la IV, las organizaciones centristas que, por ejemplo, habían firmado la Declaración de los Cuatro, acabaron por no ser parte de la fundación de la IV Internacional.

En este sentido, la experiencia llevada a cabo por Lenin y por Trotsky indica que la política de los revolucionarios frente al centrismo es independiente de la situación política más o menos favorable.

Mantener la misma política frente al centrismo, aun cuando, como entre Lenin y Trotsky, se trate de situaciones políticas opuestas, tiene que ver, en nuestra opinión, con la concepción de ambos de que sólo es posible construir una Internacional con base en el programa revolucionario (que responda a los principales problemas de un momento dado de la lucha de clases) y no con un programa centrista. Esto no impidió, sin embargo, que tanto Lenin como Trotsky hayan utilizado las más diversas tácticas para alcanzar el objetivo de ganar al centrismo para construir una Internacional con base en el programa revolucionario.

Esta conclusión nos parece particularmente relevante hoy, cuando en nombre de una situación más desfavorable de la lucha de clases que la de la época de la fundación de la III Internacional, muchas corrientes de origen trotskista abdicaron de la necesidad de construir una Internacional con base en una programa revolucionario. Las condiciones en que se construyó la IV Internacional fueron mucho más adversas que las que enfrentamos hoy y, a pesar de eso, Trotsky llevó

a cabo la misma política de mantener el programa revolucionario para fundar la nueva Internacional, aun cuando eso significase fundarla con menos corrientes. Al contrario de Trotsky, muchas corrientes hoy prefieren extender sus fronteras y sus filas cambiando el programa revolucionario (y la concepción de partido e Internacional) por un programa centrista y, en muchos casos, por un programa reformista.

Retomando las enseñanzas de Lenin y Trotsky, podemos afirmar que el reagrupamiento que hoy necesitamos sólo puede ser la reconstrucción de la IV Internacional, actualizando el programa de transición para responder a los principales desafíos de nuestros días. Tenemos por eso, la obligación de llevar a cabo el debate más amplio y fraternal para ganar para ese programa revolucionario a los sectores que de forma más o menos consciente, más o menos completa, se aproximen hoy a las posiciones revolucionarias.

■ ■ ■ ■
¹ Lenin, V. I.: “Chovinismo muerto y socialismo vivo (Cómo reconstituir la Internacional)”, Diciembre de 1914, en *Obras completas*, tomo 26, Editorial Progreso, Moscú, 1984, pp.100-108.

² Hernández, Martín, “Este Europeo: restauración y revolución”, *Marxismo Vivo* N.º 12, Editora Sundermann, San Pablo, 2005, pp. 28-52.

³ Trotsky, León, “Las organizaciones socialistas de izquierda y nuestras tareas”, 15 de junio, 1933, en *Escritos*, tomo IV (1932-33), vol. 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1979, pág. 410.

⁴ En ese momento, Lenin aún considera a Kautsky un centrista, por las posiciones de crítica pacifista frente a la Primera Guerra Mundial que éste adopta.



¿QUE ES EL CENTRISMO?¹

León Trotsky, 28 de mayo de 1930

(...) Es un error fundamental creer que el “centrismo” es una descripción geométrica o topográfica, como en un discurso. Para un marxista, los conceptos políticos no se definen por sus características formales sino por su contenido de clase, enfocado desde un punto de vista ideológico y metodológico. Las tres tendencias del movimiento obrero contemporáneo –*reformismo, comunismo y centrismo*– derivan inexorablemente de la situación objetiva del proletariado bajo el régimen imperialista de la burguesía.

El *reformismo* es la corriente surgida de los estratos superiores y privilegiados del proletariado, que refleja sus intereses. Especialmente en algunos países, la aristocracia y la burocracia obreras conforman una capa muy importante y poderosa con una mentalidad que en la mayoría de los casos es pequeño-burguesa en virtud de sus condiciones de existencia y formas de pensar; pero deben adaptarse al proletariado sobre cuyas espaldas se encaramaron. Los más elevados de estos elementos llegan al poder y bienestar supremos por los canales del parlamentarismo burgués.

(...) La etapa imperialista de la evolución, que agrava constantemente las contradicciones, frecuentemente obliga a la burguesía a transformar a los principales grupos reformistas en verdaderos activistas de sus monopolios y maniobras gubernamentales. Esta es la característica del nuevo –y mucho mayor– grado de dependencia de los reformistas respecto de la burguesía imperialista y le da un sello mucho más particular a su psicología y a su política, haciéndolos aptos para tomar directamente el timón de los asuntos del estado burgués.

A esta capa superior de “reformistas” es a quienes menos se aplica la frase “no tienen nada que perder sino sus cadenas”. Todo lo contrario: para todos estos primeros ministros, ministros, intendentes, diputados y líderes sindicales, la revolución socialista significaría la expropiación de sus posiciones privilegiadas. Estos cancerberos del capital no protegen únicamente la propiedad *en general*, sino principalmente *su* propiedad. Son los enemigos encarnizados de la revolución de liberación del proletariado.

Contra el reformismo, una *política revolucionaria y proletaria* (comunista marxista) entraña para nosotros un sistema de lucha ideológica y metodológica que apunta primero al derrocamiento revolucionario del estado burgués con el método de unir al proletariado bajo el signo de la dictadura y reorganizar, después, la sociedad, de manera socialista.

Sólo la minoría más avanzada –el sector más consciente y audaz de la clase obrera– puede tomar la iniciativa del cumplimiento de esta tarea, minoría que –basándose en un programa claramente definido y científicamente elaborado, poseedora de una gran experiencia de lucha obrera– concentre en torno a sí a una mayoría siempre creciente del proletariado con la perspectiva de hacer la revolución socialista. Mientras dure el capitalismo, que le impone ideas perniciosas al proletariado, no puede esperarse que desaparezcan las diferencias entre el partido –producto de la selección ideológica– y la clase –producto automático del proceso de producción–. Sólo después de la victoria del proletariado –caracterizada por un auténtico reanimamiento económico y cultural de las masas, es decir, por el proceso de liquidación de las clases– el partido podrá disolverse poco a poco en las masas trabajadoras hasta que, igual que el estado, desaparecerá. Sólo los charlatanes o los mandarines de sectas estériles pueden hablar de revolución proletaria y a la vez negar el papel de la vanguardia comunista.

Así, las dos corrientes *fundamentales* de la clase obrera mundial son el socialimperialismo, por un lado, y el comunismo revolucionario, por el otro. Entre estos dos polos hay una serie de corrientes y agrupaciones de *transición*, que cambian constantemente de ropaje y se encuentran siempre en estado de transformación y desplazamiento: a veces se desplazan del reformismo al comunismo, otras del comunismo al reformismo. Estas corrientes *centristas* no tienen, y su naturaleza no les permite tener, una base social bien definida. Mientras el comunismo es el abanderado de la clase obrera y el reformismo representa los intereses de la cúpula privilegiada de la misma, **el centrismo refleja el proceso transicional en el seno del proletariado, las distintas oleadas dentro de sus distintas capas, y las dificultades que estorban el avance hacia posiciones revolucionarias definitivas.** (Subrayado nuestro.)

Precisamente por eso, las organizaciones centristas de masas jamás son estables ni viables.

Es cierto que siempre habrá en la clase obrera una capa de centristas crónicos, que no quieren seguir con el reformismo hasta las últimas consecuencias pero que son orgánicamente incapaces de convertirse en revolucionarios. (...) Por su parte, las masas jamás permanecen mucho tiempo en esta etapa transicional: se unen coyunturalmente a los centristas y luego avanzan para unirse a los comunistas o vuelven a los reformistas, salvo que caigan, por un tiempo, en la indiferencia.

Así fue cómo el ala izquierda del Partido Socialista francés se convirtió en un partido comunista, abandonando a sus dirigentes centristas en el camino. El Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, en cambio, desapareció, y sus militantes fueron todos a parar al comunismo o a la socialdemocracia. De la misma manera, la Internacional “Dos y Media” desapareció de la faz de la tierra.²

Se puede observar el mismo fenómeno en el terreno del sindicalismo: la “independencia” centrista de los sindicatos británicos que se afiliaron a Amsterdam se transformó en el amsterdamismo más “amarillo” con la política traidora del momento de la huelga general.

Pero la desaparición de las organizaciones que citamos más arriba a modo de ejemplo no significa, de ningún modo, que el centrismo haya dicho su última palabra, como afirma la burocracia comunista, cuya propia ideología es muy afín a la del centrismo. Ciertas organizaciones o corrientes de masas bien definidas quedaron reducidas a la nada en la posguerra inmediata, cuando la movilización obrera europea cayó en reflujo. El agravamiento actual de la crisis mundial y la incuestionable radicalización de las masas provocaron inexorablemente el surgimiento de nuevas tendencias centristas en el seno de la socialdemocracia, los sindicatos y las masas no organizadas.

(...) En el pasado, la burocracia obrera, siempre y en todas partes, se cubría con el principio de “autonomía”, “independencia”, etcétera, para asegurar *su propia* independencia respecto de los obreros; ¿cómo podía el obrero controlar a la burocracia si ésta tomaba como consigna algún principio? Como es sabido, durante mucho tiempo los sindicatos alemanes y británicos proclamaron su independencia de todos los partidos; los sindicatos estadounidenses se siguen enorgullecendo de ello. Pero, como lo demostramos anteriormente, la evolución del reformismo, que lo ha atado definitivamente al imperialismo, impide a los reformistas emplear el rótulo de la “autonomía” con tanta facilidad como antes. Los centristas, que se aferran más que nunca a ese rótulo, probablemente aprovechan esta circunstancia. ¿Acaso su característica no es la de conservar celosamente la “autonomía” de sus vacilaciones y su hipocresía frente al reformismo y el comunismo?

Así es como la idea de la autonomía, que en la historia de los movimientos obreros del mundo ha sido principalmente atributo del reformismo, es hoy la marca del centrismo.

Pero, ¿de qué tipo de centrismo?

Ya demostramos que el centrismo siempre cambia de posición: se desplaza hacia la izquierda y el comunismo, o hacia la derecha y el reformismo.

(...) Cuando se desplaza hacia la izquierda y aleja a las masas del reformismo, el centrismo cumple una función progresiva; sobra decir que eso no nos impedirá, llegado el caso, seguir denunciando la hipocresía del centrismo (...). Cuando, por otra parte, el centrismo trata de alejar a los obreros de los objetivos comunistas para facilitar –bajo la máscara de la autonomía– su evolución hacia el reformismo, cumple una tarea que ya no es progresiva sino reaccionaria. (...)

■■■■

¹ Trotsky, León, *Escritos*, tomo I (1929-30), vol. 4, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, pp. 921-932.

² La Internacional Dos y Media (Asociación Internacional de Partidos Socialistas) fue fundada en febrero de 1921 por partidos y grupos centristas que habían roto con la Segunda Internacional bajo la presión de las masas revolucionarias. Si bien sus dirigentes criticaban a la Segunda Internacional, su política no era esencialmente distinta, y en 1923 se reunificaron.

EL CENTRISMO Y LA CUARTA INTERNACIONAL¹

León Trotsky, 22 de febrero de 1934

1. (...) La nueva internacional podrá avanzar fundamentalmente a expensas de las tendencias y organizaciones ahora predominantes. A la vez, la internacional revolucionaria no se puede formar de otro modo que a través de la lucha constante contra el centrismo. En estas condiciones, la intransigencia ideológica y una política flexible de frente único son los dos instrumentos para lograr el mismo objetivo.

(...)

3. Por difícil que sea dar una definición general del centrismo, que necesariamente será siempre de carácter “coyuntural”, podemos y debemos señalar las características y peculiaridades más destacadas de los grupos centristas que nacieron del naufragio de la Segunda y la Tercera Internacionales.

a) En el terreno de la teoría, el centrismo es amorfo y ecléctico; en lo posible elude las obligaciones teóricas y tiende (de palabra) a privilegiar la “práctica revolucionaria” sobre la teoría, sin comprender que sólo la teoría marxista puede impartir una orientación revolucionaria a la práctica.

b) En el plano de la ideología, el centrismo arrastra una existencia parasitaria. Utiliza contra los marxistas revolucionarios los viejos argumentos mencheviques (Martov, Axelrod, Plejanov), generalmente sin sospecharlo siquiera. Por otra parte, toma prestados de los marxistas, fundamentalmente de los bolcheviques leninistas, sus argumentos principales contra la derecha, pero al suavizar los aspectos más agudos de la crítica y evitar sacar conclusiones prácticas le quita toda significación a sus posiciones.

c) El centrismo está muy dispuesto a proclamar su hostilidad hacia el reformismo, pero nunca menciona al centrismo. Además, considera que la propia definición de centrismo es “poco clara”, “arbitraria”, etcétera; en otras palabras, al centrismo no le gusta que lo llamen por su nombre.

d) El centrista, siempre inseguro de su posición y sus métodos, odia el principio revolucionario que plantea *decir las cosas tal como son*. Tiende a sustituir la política principista por las maniobras personales y la diplomacia menuda entre las organizaciones.

e) El centrista siempre depende espiritualmente de los grupos de derecha y se inclina a someterse a los más moderados, a callar sus errores oportunistas y ocultar sus acciones ante los trabajadores.

f) El centrista a menudo disimula sus oscilaciones hablando del peligro del “sectarismo”, que para él no consiste en la pasividad propagandista abstracta, al estilo bordiguista, sino en el interés activo por la pureza de los principios, la claridad de las posiciones, la coherencia política y la perfección organizativa.

g) La posición del centrista entre el oportunista y el marxista es análoga, en cierto sentido, a la del pequeño-burgués entre el capitalista y el proletario: se humilla ante el primero y desprecia al segundo.

h) En el plano internacional, el centrista se caracteriza, si no por su ceguera, por lo menos por ser corto de vista. No comprende que en la época actual sólo se puede construir un partido revolucionario nacional como parte de un partido internacional. Al elegir sus aliados internacionales es menos cuidadoso todavía que en su propio país.

i) En la política de la Comintern el centrista ve solamente las desviaciones ultraizquierdistas, el aventurerismo y el putchismo, ignorando por completo los zigzags oportunistas de derecha (Kuomintang, Comité Anglo-Ruso, política exterior pacifista, bloque antifascista, etcétera).

j) El centrista está presto a adherir a la política de frente único, pero la vacía de todo contenido revolucionario, transformándola de un método táctico en un principio supremo.

k) El centrista se vale del moralismo patético para ocultar su nulidad ideológica; no comprende que la moral revolucionaria se forja únicamente con base en una doctrina y una política revolucionarias. Bajo la presión de las circunstancias, el centrista ecléctico puede llegar a aceptar las conclusiones más extremas sólo para replegarse en la práctica. Aceptada la dictadura del proletariado, dejará un amplio margen para interpretarla de manera oportunista; proclamada la necesidad de la Cuarta Internacional, trabajará por la construcción de una Internacional Dos y Media, etcétera.

(...)

¹ Trotsky, León, *Escritos*, tomo V (1933-34), vol. 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1979, pp. 352-360.

CHOVINISMO MUERTO Y SOCIALISMO VIVO (CÓMO RECONSTITUIR LA INTERNACIONAL)¹

V. I. Lenin, 12 de diciembre de 1914

(...) los decenios de la época “pacífica” no han pasado sin dejar huella: han creado de manera ineluctable el oportunismo en todos los países, asegurándole el predominio entre los “jefes” parlamentarios, sindicales, periodísticos, etc. No hay un solo país de Europa en que no se haya librado, en una forma o en otra, una lucha larga y tenaz contra el oportunismo, apoyado por toda la burguesía con infinidad de medios para corromper y debilitar al proletariado revolucionario. (...)

La guerra europea significa una grandiosa crisis histórica, el comienzo de una nueva época. Como toda crisis, la guerra ha exacerbado las contradicciones, profundamente ocultas, y las ha hecho salir a la superficie, desgarrando todos los velos hipócritas, rechazando todos los convencionalismos, demoliendo todas las autoridades podridas o tocadas por la podredumbre. (Dicho sea entre paréntesis, en esto consiste la acción bienhechora y progresista de todas las crisis, incomprendible únicamente para los obtusos admiradores de la “evolución pacífica”). La II Internacional, que en veinticinco o cuarenta y cinco años (según se cuente a partir de 1870 o de 1889) llevó a cabo una labor extraordinariamente importante y útil, de amplia difusión del socialismo y de organización previa, inicial, elemental de sus fuerzas, ha cumplido su misión histórica y ha muerto (...). La Internacional no consiste en que se sienten en torno a una mesa y escriban resoluciones hipócritas y marrulleras personas para quienes el internacionalismo auténtico equivale a que los socialistas alemanes justifiquen los llamamientos de la burguesía alemana a disparar contra los obreros franceses, y los socialistas franceses el llamamiento de la burguesía francesa a disparar contra los alemanes ¡¡¡”en nombre de la defensa de la patria”!!! La Internacional consiste en el acercamiento mutuo (primero ideológico y después, en su tiempo, orgánico) de hombres capaces de defender de verdad, en nuestros difíciles días, el internacionalismo socialista, es decir, de agrupar sus fuerzas y “disparar en respuesta” contra los gobiernos y las clases dirigentes de sus “patrias” respectivas. Es una obra difícil que requerirá no poca preparación y grandes sacrificios, y en la que serán inevitables las derrotas. Mas, **precisamente porque se trata de una obra difícil, hay que realizarla únicamente con quienes quieren hacerla, sin temor a romper por completo con los chovinistas y con los defensores del socialchovinismo.** (Subrayado nuestro.)

(...) Digamos francamente las cosas como son: la guerra *obligará* de todos modos a hacer eso, si no mañana, pasado mañana. En el socialismo internacional existen tres corrientes: 1) los chovinistas, que aplican de manera consecuente la política del oportunismo; 2) los enemigos consecuentes del oportunismo, que en todos los países empiezan ya a hacer oír su voz (los oportunistas los han derrotado por completo en su mayor parte, pero “los ejércitos derrotados aprenden bien”) y que pueden efectuar una labor revolucionaria orientada hacia la guerra civil; 3) hombres desconcertados y vacilantes, que ahora van a la zaga de los oportunistas y causan el mayor daño al proletariado, precisamente con sus tentativas hipócritas de justificar el oportunismo con argumentos casi científicos y marxistas (¡bromas aparte!). **Una parte de los que se hunden en esta tercera corriente puede ser salvada y reincorporada al socialismo, pero sólo de una manera: mediante una política de rompimiento y escisión categóricos con la primera corriente, con cuantos son capaces de justificar la votación de los créditos, “la defensa de la patria”, “la sumisión a las leyes del tiempo de guerra”, la conformidad con la legalidad y la abjuración de la guerra civil. Únicamente quienes aplican *esta* política construyen de verdad la Internacional socialista.** (...) (Subrayado nuestro.)

■ ■ ■ ■ ■
¹ Lenin, V.I., *Obras Completas*, tomo 26, Editorial Progreso, Moscú, 1984, pp. 100-108.

EL SOCIALISMO Y LA GUERRA

(ACTITUD DEL POSDR ANTE LA GUERRA)¹

Lenin, julio-agosto de 1915

CAPÍTULO III

LA RECONSTITUCIÓN DE LA INTERNACIONAL

¿Cómo reconstituir la Internacional? Antes de responder a esta pregunta, digamos unas palabras sobre cómo *no debía* reconstituirse.

EL MÉTODO DE LOS SOCIALCHOVINISTAS Y DEL “CENTRO”

¡Oh, los socialchovinistas de todos los países son grandes “internacionalistas”! Desde el principio de la guerra les abrumba la preocupación por la Internacional. De un lado, afirman que los comentarios acerca de *la bancarrota* de la Internacional son “exagerados”. En realidad, no ha ocurrido nada extraordinario. Escuchen lo que dice Kautsky: la Internacional es, simplemente, “una arma para tiempos de paz”, y es natural que, en tiempos de guerra, esta arma no haya estado a la altura de las circunstancias. De otro lado, los socialchovinistas de todos los países han encontrado un medio muy simple –y lo que es más importante, un medio internacional– para salir de la situación creada. Ese medio no es nada complicado: basta esperar el final de la guerra. Hasta entonces, los socialistas de todos los países deben defender su “patria” y apoyar a “sus” gobiernos. Y cuando la guerra haya terminado, se “amnistiarán” unos a otros, reconocerán que *todos* tenían razón, que en tiempos de paz vivimos como hermanos, pero que en tiempos de guerra, basándonos exactamente en tales o cuales resoluciones, exhortamos a los obreros alemanes a exterminar a sus hermanos franceses, y viceversa.

(...)

En una palabra, cuando la guerra haya terminado, nombren una comisión compuesta por Kautsky y Plejánov, Vandervelde y Adler, y en un abrir y cerrar de ojos redactará una resolución “unánime” y de amnistía mutua. Se echará tierra a la discusión, y todo marchará a pedir de boca. En lugar de ayudar a los obreros a comprender lo que ha pasado, se les engañará con una aparente “unidad” sobre el papel. La unión de los socialchovinistas y de los hipócritas de todos los países será denominada reconstitución de la Internacional.

No debemos ocultárnoslo: el peligro de semejante “reconstitución” es muy grande. Los socialchovinistas de todos los países están igualmente interesados en ella. Ninguno quiere que las propias masas obreras de sus países se orienten en la cuestión: socialismo o nacionalismo. Todos están interesados por igual en ocultarse mutuamente sus pecados. Ninguno de ellos puede proponer otra cosa distinta de la que propone Kautsky, el virtuoso de la hipocresía “internacional”.

Sin embargo, no se tiene en cuenta debidamente este peligro. En un año de guerra hemos presenciado varias tentativas de restablecimiento de las relaciones internacionales. No hablaremos de las conferencias de Londres y de Viena, a las que asistieron determinados chovinistas con el propósito de ayudar a los Estados Mayores Generales y a la burguesía de sus “patrias”. Nos referimos a las conferencias de Lugano y Copenhague², a la Conferencia Internacional de Mujeres y a la Conferencia Internacional de la Juventud³. Estas reuniones estuvieron animadas de los mejores deseos. Pero no vieron en absoluto el peligro señalado. No trazaron la línea de combate de los internacionalistas. No mostraron al proletariado el peligro con que le amenaza el método socialchovinista de “reconstitución” de la Internacional. En el mejor de los casos, se limitaron a repetir las antiguas resoluciones, no indicando a los obreros que, sin luchar contra los socialchovinistas, la causa del socialismo no tiene salvación. En el mejor de los casos, dichas conferencias fueron *pasos dados sin moverse del sitio*.

EL ESTADO DE COSAS ENTRE LA OPOSICIÓN

No ofrece la menor duda que el estado de cosas entre la oposición socialdemócrata alemana tiene el mayor interés para todos los internacionalistas. La socialdemocracia oficial alemana, que en la II Internacional fue el partido rector, el partido más poderoso, ha asestado el golpe más sensible a la organización internacional de los obreros. Pero, al mismo tiempo, ha resultado que es en el seno de este partido donde existe la oposición más fuerte. (...)

En el seno de la socialdemocracia alemana se ha perfilado con la mayor claridad la escisión del socialismo contemporáneo. Vemos aquí con toda nitidez tres tendencias: los oportunistas chovinistas, que en ningún país han llegado a tal grado de degradación y de apostasía como en Alemania; el “centro” kautskiano, que ha dado pruebas de incapacidad absoluta para desempeñar otro papel que no sea el de lacayo de los oportunistas, y la izquierda, que representa a los únicos socialdemócratas de Alemania.

Como es lógico, nos interesa más que nada el estado de cosas en esta izquierda alemana. En ella vemos a nuestros camaradas, la esperanza de todos los elementos internacionalistas.

¿Cuál es, pues, esta situación?

La revista *Die Internationale* tenía plena razón al afirmar que, en la izquierda alemana, todo se encuentra todavía en proceso de fermentación, que en su seno han de producirse aún grandes reagrupamientos, y que forman parte de ella elementos más decididos y menos decididos.

(...) El kautskismo lucha sólo en apariencia contra las “instancias”, con el premeditado propósito de poder velar a los obreros, después de la guerra, la discusión de principios y echar tierra al asunto con una amplia resolución –la mil y tantas–, redactada en un estilo vagamente “izquierdista”, en lo que tan duchos son los diplomáticos de la II Internacional.

Es muy comprensible que la oposición alemana deba aprovechar también en su difícil lucha contra las “instancias” esta protesta sin principios del kautskismo. Pero la piedra de toque para todo internacionalista debe seguir siendo la actitud hostil al neokautskismo. Sólo son verdaderos internacionalistas quienes luchan contra el kautskismo y comprenden que el “centro”, *aun después* del aparente viraje de sus jefes, continúa siendo, desde el punto de vista de los principios, *el aliado de los chovinistas y de los oportunistas*.

Nuestra actitud frente a los elementos vacilantes de la Internacional en general tiene inmensa importancia. Se trata, en su mayoría, de socialistas de matiz *pacifista* que existen tanto en los países neutrales como en algunos de los países beligerantes (por ejemplo, en Inglaterra, el Partido Laborista Independiente). Estos elementos pueden ser compañeros de viaje nuestros. El acercamiento a ellos contra los socialchovinistas es indispensable. **Pero no debe olvidarse que son únicamente compañeros de viaje, que en las cuestiones más importantes y fundamentales, al reconstituirse la Internacional, no estarán con nosotros, sino contra nosotros,** seguirán a Kautsky, a Scheidemann, Vandervelde y Sembat. **En las conferencias internacionales no podemos limitar nuestro programa a lo que es aceptable para estos elementos,** pues de otro modo nosotros mismos caeríamos prisioneros de esos pacifistas vacilantes. Así sucedió, por ejemplo, en la Conferencia Internacional de Mujeres de Berna, donde la delegación alemana, que sostenía el punto de vista de la camarada Clara Zetkin, desempeñó en realidad el papel de “centro”. La Conferencia de Mujeres dijo únicamente lo que podían aceptar las delegadas del partido oportunista holandés de Troelstra y las del PLI (Partido Laborista Independiente que –no lo olvidemos– votó a favor de la resolución de Vandervelde en la conferencia de chovinistas de la “Entente” celebrada en Londres. Expresamos nuestra mayor estimación al PLI por su valiente lucha contra el Gobierno inglés durante la guerra. Pero sabemos que ese partido no ha sido ni es marxista. Y consideramos **que la tarea principal de la oposición socialdemócrata en los momentos actuales consiste en alzar la bandera del**

marxismo revolucionario, en decir con firmeza y claridad a los obreros cuál es nuestro criterio de las guerras imperialistas, en lanzar la consigna de acciones revolucionarias de masas, es decir, la consigna de transformar la época de guerras imperialistas en el comienzo de una época de guerras civiles. (Subrayados nuestros.)

A pesar de todo, en muchos países hay elementos socialdemócratas revolucionarios. (...) Por de pronto, la tarea del día consiste en unir a estos elementos marxistas –por poco numerosos que sean al principio–, en recordar en su nombre las olvidadas palabras del verdadero socialismo y exhortar a los obreros de todos los países a que rompan con los chovinistas y se agrupen bajo la vieja bandera del marxismo.

Las conferencias con los llamados programas de “acción” se han limitado hasta la fecha a proclamar más o menos íntegramente el programa del simple pacifismo. El marxismo no es pacifismo. Es indispensable luchar para poner fin a la guerra cuanto antes. Pero la reivindicación de “paz” sólo adquiere sentido proletario si se llama a la lucha *revolucionaria*. Sin una serie de revoluciones, la llamada paz democrática no es más que una utopía pequeñoburguesa. **El verdadero programa de acción sería únicamente el programa *marxista***, que da a las masas una explicación clara y precisa de cuanto ha pasado, que les aclara qué es el imperialismo y cómo se debe luchar contra él, que declara abiertamente que el oportunismo ha sido la causa de la bancarrota de la II Internacional, que llama abiertamente a organizar una Internacional marxista, sin oportunistas y *contra* ellos. Sólo un programa así, capaz de demostrar que tenemos fe en nosotros mismos, que tenemos fe en el marxismo y que declaramos al oportunismo una guerra a vida o muerte, sólo un programa así podría, tarde o temprano, asegurarnos las simpatías de las verdaderas masas proletarias. (Subrayado nuestro.)

EL PARTIDO OBRERO SOCIALDEMÓCRATA DE RUSIA Y LA III INTERNACIONAL

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se ha separado de sus oportunistas hace mucho tiempo. Ahora, los oportunistas rusos se han vuelto, además, chovinistas. Esto no hace más que reafirmarnos en nuestra opinión de que la escisión con ellos es indispensable en beneficio del socialismo.

(...) la unidad actual es ventajosa para los oportunistas y para la burguesía, pues obliga a los elementos de izquierda a someterse a los chovinistas e impide a los obreros orientarse en las disputas y crear su propio partido verdaderamente obrero, verdaderamente socialista. Estamos profundamente persuadidos de que, en las presentes condiciones, el deber primordial de todo revolucionario consiste

en romper con los oportunistas y los chovinistas, de la misma manera que fue indispensable romper con los amarillos, los antisemitas, los sindicatos obreros liberales, etc., en aras de la más rápida educación de los obreros atrasados y de su incorporación a las filas del Partido Socialdemócrata.

A nuestro juicio, la III Internacional debería erigirse precisamente sobre estos cimientos revolucionarios. Para nuestro Partido no existe el problema de la conveniencia o inconveniencia de romper con los socialchovinistas. Para él se ha resuelto ya de manera irrevocable. El que tiene planteado ahora es el de la viabilidad de esa ruptura a escala internacional en el futuro más inmediato.

No ofrece la menor duda de que para crear una organización marxista *internacional* es indispensable que en los *distintos* países haya fuerzas dispuestas a formar partidos marxistas independientes. En este sentido, Alemania, el país de movimiento obrero más antiguo y vigoroso, reviste una importancia decisiva. El futuro próximo nos dirá si han madurado ya las condiciones para constituir una nueva Internacional marxista. Si han madurado, nuestro Partido ingresará con alegría en esa III Internacional, depurada de oportunismo y chovinismo. Si no han madurado, quedará claro que para semejante depuración aún es precisa una evolución más o menos larga. Y entonces, nuestro Partido será la oposición extrema en el seno de la antigua Internacional, hasta el momento en que maduren en distintos países las condiciones necesarias para constituir una asociación internacional obrera que se base en el marxismo revolucionario. (...).

■ ■ ■ ■
¹ Lenin, V.I., *Obras Completas*, tomo 26, Editorial Progreso, Moscú, 1984, pp. 325-373.

² Conferencia de Copenhague: realizada por los socialistas de los países neutrales, los días 17 y 18 de enero de 1915, a la que asistieron delegados de los partidos socialistas de Suecia, Dinamarca, Noruega y Holanda. Aprobó una resolución en la que se proponía a los parlamentarios socialdemócratas de los países neutrales que incitasen a sus gobiernos a hacer de intermediarios entre los países beligerantes y acelerar el restablecimiento de la paz. Ídem, 358.

³ La Conferencia Internacional de la Juventud Socialista se celebró del 4 al 6 de abril de 1915, en Berna. Asistieron delegados de las organizaciones juveniles de 10 países: Alemania, Bulgaria, Dinamarca, Holanda, Italia, Noruega, Polonia, Rusia, Suecia y Suiza. El punto principal del orden del día era *La guerra y las tareas de las organizaciones juveniles socialistas*. Tanto la organización como la preparación de la conferencia transcurrieron bajo el influjo del centrista Grimm, lo que predeterminó los resultados de sus labores. Con vistas a aprovechar la conferencia para cohesionar a los elementos internacionalistas de la juventud, el CC del POSDR envió sus delegados. Éstos presentaron un proyecto de resolución que contenía las tesis principales del Partido Bolchevique sobre la cuestión de la guerra y que se basaba en el escrito de Lenin para la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas. Pero la conferencia aprobó una resolución de índole centrista. (...). Ídem, 358.



EL PRIMER PASO¹

V.I. Lenin, 11 de octubre de 1915

El desarrollo del movimiento socialista internacional avanza con lentitud en la época de crisis, increíblemente grave, suscitada por la guerra. Pero, de todos modos, avanza hacia el rompimiento con el oportunismo y el socialchovinismo. Así lo ha mostrado con claridad la Conferencia Socialista Internacional celebrada en Zimmerwald (Suiza) del 5 al 8 de septiembre de 1915.

Durante todo un año se ha observado entre los socialistas de los países beligerantes y neutrales un proceso de vacilaciones y expectativas: temían confesarse a sí mismos la profundidad de la crisis, no querían mirar cara a cara a la realidad, daban largar por miles de medios a la ruptura inevitable con los oportunistas y los kautskianos, predominantes en los partidos oficiales de Europa Occidental.

Sin embargo, la apreciación de los acontecimientos que hicimos un año atrás en el Manifiesto del Comité Central (núm. 33 de *Sotsial-Demokrat*²) ha resultado exacta; los acontecimientos han demostrado su justeza; los acontecimientos *han seguido* precisamente tal camino que en la primera Conferencia Socialista Internacional han estado representados los elementos protestantes de la minoría (de Alemania, Francia, Suecia y Noruega), que actúan *en contra* de los acuerdos de los partidos oficiales, es decir, de hecho, como disidentes.

Como resultado de esta Conferencia han sido aprobados un manifiesto y una resolución de simpatía con los encarcelados y perseguidos. (...) La Conferencia rechazó, por 19 votos contra 12, la propuesta de que pasara a la comisión el proyecto de resolución presentado por nosotros y por otros marxistas revolucionarios, (...). (...) el Manifiesto aprobado muestra claramente que se consiguió hacer triunfar una serie de ideas fundamentales del marxismo revolucionario.

El Manifiesto aprobado representa, de hecho, un paso hacia el rompimiento ideológico y práctico con el oportunismo y el socialchovinismo. Mas, al mismo tiempo, este Manifiesto padece, como demostrará su análisis, de inconsecuencia y falta de precisión.

El Manifiesto declara que la guerra es imperialista, destacando dos rasgos de este concepto: el afán de los capitalistas de *cada* nación de obtener beneficios, de explotar, y la aspiración de las grandes potencias a repartirse el mundo y “sojuzgar” a las naciones débiles. Se repite aquí lo más esencial de lo que debe decirse del carácter imperialista de la guerra y de lo que se dice en nuestra resolución. El Manifiesto se limita, en esta parte, a *popularizar* nuestra resolución. La popularización es una cosa útil, indiscutiblemente. Ahora bien, si queremos conseguir

claridad de pensamiento en la clase obrera, si concedemos importancia a la propaganda sistemática y tenaz, habrá que determinar con exactitud y plenitud los principios que deben ser popularizados. Sin hacer esto, corremos el riesgo de repetir precisamente el error, el pecado de la II Internacional, origen de su bancarrota, a saber: dejamos lugar para los equívocos y las falsas interpretaciones. Por ejemplo, ¿se puede negar que tiene importancia esencial la idea, expresada en la resolución, de que han madurado las premisas objetivas del socialismo? En la exposición “popular” del Manifiesto ha sido omitida; ha fracasado el intento de unir en un todo único la resolución, clara y precisa desde el punto de vista de los principios, y el Manifiesto.

“Los capitalistas de todos los países... afirman que la guerra sirve a la defensa de la patria... Mienten...” Así sigue el Manifiesto. Una vez más se declara abiertamente que la idea principal del oportunismo en esta guerra, la idea de la “defensa de la patria”, es “una mentira”; con ello se repite la idea más esencial de la resolución de los marxistas revolucionarios. Y una vez más resulta una lamentable **falta de precisión, una prueba de timidez, de temor a decir toda la verdad.** (Subrayado nuestro.) ¿Quién ignora ahora, después de un año de guerra, que ha sido una verdadera desgracia para el socialismo *la repetición y el apoyo de la mentira* de los capitalistas no sólo por la prensa capitalista (para eso es precisamente capitalista, para repetir la mentira de los capitalistas), sino por la mayor parte de la prensa socialista? ¿Quién ignora que no es “la mentira de los capitalistas” la que ha suscitado la grandísima crisis del socialismo europeo, sino *la mentira* de Guesde, de Hyndman, de Vandervelde, de Plejánov y de *Kautsky*? ¿Quién ignora que *la mentira* precisamente de tales jefes ha revelado súbitamente toda la fuerza del oportunismo, que los ha arrastrado tras de sí en el momento decisivo?

Véase lo que resulta. Para popularizar, se dice a las grandes masas que la idea de la defensa de la patria en esta guerra es una mentira de los capitalistas. Pero las masas de Europa no son analfabetas, y casi todos los que leen el Manifiesto han oído y oyen *precisamente esta mentira* de centenares de periódicos, revistas y folletos socialistas, que la repiten haciendo coro a Plejánov, Hyndman, Kautsky y Cía. ¿Qué pensarán, pues, los lectores del Manifiesto? ¿Qué ideas acudirán a su mente al ver esta palmaria demostración de timidez de sus autores? No prestéis oído a la mentira capitalista de la defensa de la patria, enseña el Manifiesto a los obreros. Bien. Casi todos responderán o pensarán para sí: la mentira de *los capitalistas* ha dejado de turbarnos hace ya mucho, pero la mentira de los Kautsky y Cía...

El Manifiesto repite más adelante otro pensamiento esencial de nuestra resolución al decir que los partidos socialistas y las organizaciones obreras de distintos países “han pisoteado las obligaciones que se desprenden de las resoluciones de

los congresos de Stuttgart, Copenhague³ y Basilea”, que *tampoco ha cumplido con su deber* el Buró Socialista Internacional⁴, que este incumplimiento del deber ha consistido en votar los créditos, en participar en el ministerio, en reconocer “la paz cívica” (el Manifiesto califica de *servil* el sometimiento a ella, es decir, acusa a Guesde, Plejánov, Kautsky y Cía. de sustituir la prédica del socialismo con la prédica de ideas *serviles*).

Y yo pregunto si es consecuente hablar en un manifiesto “popular” de incumplimiento del deber por una serie de partidos –es del dominio público que se trata de los más fuertes partidos y organizaciones obreras de todos los países más avanzados, de Inglaterra, Francia y Alemania– y no explicar este hecho sorprendente, inaudito e inusitado. ¡Incumplimiento del deber por la mayoría de los partidos socialistas y por el propio Buró Socialista Internacional! ¿Qué es esto? ¿Casualidad y bancarrota de algunas personas? ¿O un viraje de toda una época? Si es lo primero, si *nosotros* admitimos en las masas semejante idea, equivaldrá a *nuestra* abjuración de las bases de la doctrina socialista. Si es lo segundo, ¿cómo es posible no hablar de ello claramente? Nos hallamos en un momento de importancia histórica universal, ante la bancarrota de toda la Internacional, ante un viraje de toda una época, y *tememos* decir a las masas que es preciso buscar y rebuscar toda la verdad, que es necesario llevar hasta el fin nuestros pensamientos, que es absurdo y ridículo admitir la suposición de la bancarrota del Buró Socialista Internacional y de una serie de partidos *sin* relacionar este fenómeno con la larga historia del surgimiento, desarrollo, maduración y *sobremaduración* de la corriente oportunista de toda Europa, que tiene profundas raíces económicas: profundas en el sentido de su ligazón con cierto sector de la sociedad, y no en el sentido de ligazón indisoluble con las masas.

Pasando a “la lucha por la paz”, el Manifiesto declara: “Esta lucha es una lucha por la libertad, por la fraternidad de los pueblos, por el socialismo”, y más adelante aclara que los obreros hacen sacrificios en la guerra “al servicio de las clases dominantes”, pero que hay que saber hacer sacrificios “*por la causa propia*” (subrayado dos veces en el Manifiesto), “por los fines sagrados del socialismo”. Y en la resolución de simpatía con los luchadores encarcelados y perseguidos se dice que “la Conferencia se compromete solemnemente a honrar a estos luchadores vivos y muertos *imitando* su ejemplo”, y que se señala la tarea de “despertar el espíritu revolucionario en el proletariado internacional”.

Todas estas ideas son una repetición de la idea esencial de nuestra resolución: la idea de que la lucha por la paz *sin* la lucha revolucionaria es una frase huera, falaz, de que el único camino para desembarazarse de los horrores de la guerra es la lucha revolucionaria por el socialismo. Y de nuevo falta de precisión, inconsecuencia, timidez: llamar a las masas a *imitar* a los luchadores revoluciona-

rios, declarar que los cinco miembros del grupo parlamentario socialdemócrata obrero de Rusia confinados a Siberia han continuado “las gloriosas tradiciones revolucionarias de Rusia”, proclamar la necesidad de “despertar el espíritu revolucionario” y... *¡no hablar franca, abierta y concretamente de los medios revolucionarios de lucha!*

¿Debía nuestro Comité Central haber firmado un manifiesto que adolece de inconsecuencia y timidez? Creemos que sí. De nuestro desacuerdo –del desacuerdo no sólo del Comité Central, sino de toda la parte izquierdista, *internacional, marxista-revolucionaria* de la Conferencia– se ha hablado francamente tanto en la resolución especial como en el proyecto especial de manifiesto y en la declaración especial con motivo de la votación en pro de un manifiesto de transacción⁵. **No hemos ocultado ni un ápice de nuestras opiniones, consignas y táctica.** En la Conferencia se repartió la edición alemana del folleto *El socialismo y la guerra*⁶. Hemos divulgado, divulgamos y divulgaremos nuestras opiniones no menos de lo que se divulgará el Manifiesto. Es un hecho que este Manifiesto da *un paso adelante* hacia la lucha auténtica contra el oportunismo, hacia el rompimiento con él y la separación de él. Sería sectarismo negarse a dar este paso adelante *junto* con la minoría de los alemanes, franceses, suecos, noruegos y suizos cuando conservamos la plena libertad y la plena posibilidad de criticar la inconsecuencia y conseguir más⁷. Sería una mala táctica militar negarse a marchar junto con el creciente movimiento internacional de protesta contra el socialchovinismo por el hecho de que este movimiento sea lento, de que dé “únicamente” un paso adelante, de que esté dispuesto y desee dar mañana un paso atrás y reconciliarse con el viejo Buró Socialista Internacional. **La disposición a hacer las paces con los oportunistas es por ahora sólo un deseo, nada más.** ¿Aceptarán los oportunistas la paz? ¿Es posible *objetivamente* la paz entre *las corrientes*, que divergen cada día más profundamente, del socialchovinismo, el kautskismo y el marxismo internacionalista revolucionario? Creemos que no, y seguiremos aplicando nuestra línea, alentados por su *éxito* en la Conferencia del 5 al 8 de septiembre. (Subrayados nuestros.)

Porque el éxito de nuestra línea es indudable. Comparen los hechos. En septiembre de 1914, el Manifiesto de nuestro Comité Central parece estar solo. En marzo de 1915 la Conferencia Internacional de Mujeres⁸ aprueba una pobre resolución pacifista, que sigue ciegamente el Comité de Organización. En septiembre de 1915 nos unimos estrechamente en el grupo de la izquierda internacional, exponemos nuestra táctica, conseguimos que toda una serie de ideas fundamentales nuestras sean recogidas en un manifiesto común, participamos en la formación de la I.S.K. (Comisión Socialista Internacional), es decir, **de hecho, en la organización de un nuevo Buró Socialista Internacional, en con-**

tra de la voluntad del viejo Buró y sobre la base de un manifiesto que condena abiertamente su táctica. (Subrayado nuestro.)

Los obreros de Rusia, que en su inmensa mayoría seguían a nuestro Partido y a su Comité Central ya en 1912-1914, verán ahora, tomando como base la experiencia del movimiento socialista internacional, que nuestra táctica se ve confirmada en una palestra más amplia todavía, que nuestras ideas fundamentales son compartidas por la parte mejor y cada día más numerosa de la Internacional proletaria.

¹ Lenin, V. I., *Obras Completas*, tomo 27, Editorial Progreso, Moscú, 1985, pp. 39-45.

² “*Sotsial-Demokrat*”: periódico ilegal, órgano central del POSDR, que apareció desde febrero de 1908 hasta enero de 1917. (...). Desde diciembre de 1911, *Sotsial-Demokrat* fue dirigido por Lenin. (...) Durante la Primera Guerra Mundial, *Sotsial-Demokrat* desempeñó un papel descollante en la lucha contra el oportunismo internacional, el nacionalismo y el chovinismo, en la divulgación de las consignas bolcheviques, en despertar a la clase obrera y a todas las masas trabajadoras para la lucha contra la guerra imperialista y sus inspiradores, contra la autocracia y el capitalismo. (...) Ídem, 39.

³ *El Congreso Socialista Internacional de Copenhague* (VIII Congreso de la II Internacional) se celebró del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1910. En su resolución *Los arbitrajes y el desarme* convalidó la resolución del Congreso de Stuttgart (1907) *Militarismo y los conflictos internacionales*, que exigía a los socialistas de todos los países que aprovecharan la crisis económica y política provocada por la guerra para derrocar a la burguesía. La resolución del Congreso de Copenhague obligaba también a los partidos socialistas y a sus representantes en los parlamentos a exigir a sus gobiernos que redujesen los armamentos y dirimiesen los conflictos entre los estados por medio de tribunales de arbitraje y exhortaba a los obreros de todos los países a organizar actos de protesta contra el peligro de la guerra. Ídem, 42.

⁴ *Buró Socialista Internacional* (BSI): órgano permanente informativo y ejecutivo de la II Internacional. (...) Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el BSI se convirtió en un instrumento sumiso de los socialchovinistas. Ídem, 42.

⁵ En la Conferencia de Zimmerwald se dio lectura a las siguientes declaraciones de la izquierda de Zimmerwald:

“Los abajo firmantes declaramos:

“El Manifiesto aprobado por la Conferencia no nos satisface plenamente, no contiene una caracterización ni del oportunismo franco ni del que se encubre con frases radicales y que no sólo es el principal culpable de la bancarrota de la Internacional, sino que quiere perpetuar esa bancarrota. El Manifiesto no contiene una clara definición de los métodos de lucha contra la guerra.

“Seguiremos defendiendo, como hasta ahora, en la prensa socialista, en las reuniones de la Internacional, la posición marxista consecuente respecto de las tareas planteadas al proletariado por la época del imperialismo.

“Votamos a favor del Manifiesto porque lo consideramos un llamamiento a la lucha, y en esa lucha queremos ir mano a mano con las demás secciones de la Internacional.

“Pedimos que esta declaración sea agregada al informe oficial”. (...).

⁶ Véase: Lenin, V. I., *Obras Completas*, tomo 26, Editorial Progreso, Moscú, 1985, pp. 325-373.

⁷ Y no nos asusta que el “Comité de Organización” y los socialistas revolucionarios hayan firmado el Manifiesto, como diplomáticos, conservando todos sus vínculos –y todas sus ataduras– con *Nasha Zariá*, Rubanóvich y la Conferencia de julio (1915) de socialistas populares y socialistas revolucionarios en Rusia [esta conferencia, celebrada en Petrogrado, aprobó una resolución que exhortaba a las masas a participar activamente en la “defensa de la patria” en la guerra imperialista]. Disponemos de posibilidades suficientes para luchar contra la diplomacia podrida y arrancarle la careta. Ella misma se desenmascara cada vez más. *Nasha Zariá* y la fracción de Chjeidze nos ayudan a desenmascarar a Axelrod y Cía. (Nota del autor, *Obras Completas*, tomo 27, Editorial Progreso, Moscú, 1985, pág. 44).

⁸ (...) Lenin calificó la Conferencia de tentativa de restablecer los vínculos internacionales y procuró aprovecharla para cohesionar a los elementos internacionalistas en posiciones revolucionarias. Pero, como él mismo señaló más tarde, esta y otras conferencias internacionales que se celebraron en ese período, animadas con los mejores deseos, “no trazaron la línea de combate de los internacionalistas”, “se limitaron a repetir las antiguas resoluciones” y “en el mejor de los casos... fueron pasos dados sin moverse del sitio”. *Obras Completas*, tomo 26, pág. 358). Ídem 44, Ed. 1985, tomo 27, Editorial Progreso, Moscú, nota 38, pág. 518.



PROPOSICIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DEL POSDR A LA SEGUNDA CONFERENCIA SOCIALISTA¹

V. I. Lenin, febrero/marzo de 1916

(Tesis sobre los puntos 5, 6, 7a, 7b y 8 del orden del día: la lucha por el cese de la guerra; la actitud hacia los problemas de la paz, la actividad parlamentaria y las luchas de masas, y la convocatoria del Buró Socialista internacional.)

(La I.S.K., en la notificación en la que convoca a la Segunda Conferencia, invitó a las organizaciones a discutir los problemas mencionados y a enviar sus proposiciones. La respuesta de nuestro Partido a esa invitación son las siguientes tesis.)

1. Como toda guerra es sólo la continuación por medios violentos de la política aplicada por los Estados beligerantes y sus clases dominantes durante largos años, a veces durante decenios, antes del estallido de la guerra, también la paz que pone fin a cualquier guerra sólo puede ser un resumen y un registro de los cambios reales de fuerzas producidos en el curso de la guerra y como resultado de ésta.
2. Mientras las bases de las relaciones sociales actuales, es decir, burguesas, permanezcan intactas, una guerra imperialista puede conducir únicamente a una paz imperialista, es decir, consolidar, extender e intensificar la opresión de las naciones y países débiles por el capital financiero, que creció en proporciones gigantescas no sólo antes de esta guerra, sino también durante su transcurso. El contenido objetivo de la política seguida por la burguesía y los gobiernos de *ambos* grupos de grandes potencias antes de la guerra y durante la guerra lleva a la intensificación de la opresión económica, del sojuzgamiento nacional y la reacción política. Por eso, si se mantiene el régimen social burgués, la paz que siga a esta guerra, sea cual fuere su resultado, sólo podrá consagrar ese empeoramiento de la situación económica y política de las masas.

Admitir que una paz democrática pueda surgir de una guerra imperialista es, en teoría, sustituir por una frase vulgar el estudio histórico de la política realizada antes y durante esta guerra; en la práctica, es engañar a las masas populares, oscureciendo su conciencia política, encubriendo y embelleciendo la verdadera política que aplican las clases dominantes para preparar las bases de la futura paz, y ocultando a las masas lo principal, o sea, que una paz democrática es imposible sin una serie de revoluciones.

3. Los socialistas no rehúsan luchar por reformas. Por ejemplo, en los parlamentos deben votar, incluso ahora, por todas mejoras, aunque sea pequeñas, en la situación de las masas, por mayor socorro a los habitantes de las regiones devastadas, por la disminución de la opresión nacional, etc. Pero es sencillamente un engaño burgués preconizar las reformas como una solución de problemas para los cuales la historia y la situación política real exigen un enfoque revolucionario. Este es precisamente el tipo de problemas que la guerra ha puesto en primer plano. Son los problemas fundamentales del imperialismo, es decir, de la propia existencia de la sociedad capitalista, los problemas del aplazamiento de la bancarrota del capitalismo mediante un nuevo reparto del mundo acorde con la nueva relación de fuerzas entre las “grandes” potencias, que en las últimas décadas no sólo se han desarrollado con fantástica rapidez, sino también –y esto es particularmente importante– con extrema desigualdad. Una actividad política efectiva, que modifique la correlación de las fuerzas sociales y que deje de engañar a las masas con palabras, es posible ahora sólo en una de estas dos formas: ayudar a la “propia” burguesía nacional a despojar a otros países (y llamar a esto “defensa de la patria” o “salvación del país”), o ayudar a la revolución socialista del proletariado, apoyando y fomentando la efervescencia que se inicia entre las masas de todos los países beligerantes, soportando las incipientes huelgas y manifestaciones, etc., extendiendo y agudizando estas aún débiles expresiones de la lucha revolucionaria de masas para transformarlas en un asalto general del proletariado con vistas al derrocamiento de la burguesía.

Como todos los socialchovinistas engañan ahora al pueblo encubriendo la verdadera política, es decir, la política imperialista, que los capitalistas prosiguen en esta guerra, con frases hipócritas sobre agresión “deshonesta” y defensa “honesta” de uno u otro grupo de capitalistas rapaces, también las frases sobre una “paz democrática” sirven exclusivamente para engañar al pueblo, como si la paz futura, que preparan ya los capitalistas y diplomáticos, pudiera “simplemente” eliminar la agresión “deshonesta” y restablecer relaciones “honestas”, en lugar de ser una continuación, un desarrollo y una consolidación de la misma política imperialista, es decir, de una política de despojo financiero, bandidaje colonial, opresión nacional, reacción política e intensificación en todas sus formas de la explotación capitalista. Lo que los capitalistas y sus diplomáticos necesitan ahora son sirvientes “socialistas” de la burguesía para aturdir, embaucar y adormecer al pueblo con charlas sobre una “paz democrática”, con las que disimulen la verdadera política de la burguesía, impidiendo a las masas descubrir la esencia de esta política y apartándolas de la lucha revolucionaria.

4. El programa de paz “democrática”, a cuya preparación se dedican ahora los más significados representantes de la II Internacional, es precisamente un en-

gaño y una hipocresía burgueses. Por ejemplo, Huysmans en el Congreso de Arnheim² y Kautsky en *Neue Zeit*, los más prestigiosos representantes oficiales y “teóricos” de esta Internacional, formularon este programa como renuncia a la lucha revolucionaria hasta que los gobiernos imperialistas hayan concertado la paz; mientras tanto, repudio verbal a las anexiones y contribuciones de guerra, el derecho de las naciones a la autodeterminación, la democratización de la política exterior, los tribunales de arbitraje para juzgar los conflictos internacionales entre los Estados, el desarme, los Estados Unidos de Europa³, etc., etc.

Kautsky reveló con particular claridad el verdadero sentido político de este “programa de paz” cuando, para probar la “unanimidad” de la Internacional en este problema, citó que las conferencias de Londres (II.1915) y Viena (IV.1915) aprobaron unánimemente el punto principal de este programa, o sea, “la autonomía de las naciones”. De este modo, rectificó abiertamente ante todo el mundo el deliberado engaño al pueblo perpetrado por los socialchovinistas, quienes combinan un reconocimiento verbal e hipócrita, que a nada obliga y a nada conduce, de la “autonomía” o autodeterminación de las naciones, con el apoyo a los gobiernos “propios” en la guerra imperialista, aun cuando esta guerra se libra, por *ambas* partes, *con* sistemática violación de la “autonomía” de las naciones débiles y *con el fin* de consolidar y ampliar su opresión.

Objetivamente, este “programa de paz” más difundido refuerza la subordinación de la clase obrera a la burguesía, “conciliando” a los obreros, que comienzan a desarrollar una lucha revolucionaria, con sus líderes chovinistas, disimulando la profundidad de la crisis del socialismo para volver a la situación existente antes de la guerra en los partidos socialistas. que originó el paso de la mayoría de los líderes al campo de la burguesía. El peligro de esta política “kautskista” para el proletariado es tanto mayor por cuanto ella se reviste de una fraseología plausible y no se practica sólo en Alemania, sino en todos los países. (...) (Subrayados nuestros.)

5. El más importante de los “problemas de la paz” en la actualidad es el de las anexiones. Y justamente es en este problema donde aparecen con la máxima claridad tanto la hipocresía socialista, que predomina hoy, como las tareas de la propaganda y agitación realmente socialistas.

Es necesario explicar qué es una anexión, y por qué y cómo deben luchar los socialistas contra las anexiones. No se debe considerar como anexión *toda* incorporación de territorio “ajeno”, porque, en general, los socialistas están en favor de la eliminación de fronteras entre las naciones y de la formación de Estados más grandes; ni toda violación del statu quo puede considerarse como

una anexión, pues sería archirreaccionario y una burla de los conceptos básicos de la ciencia histórica; ni puede llamarse anexión a cualquier incorporación de territorio por medios militares, pues los socialistas no pueden repudiar la violencia y las guerras en beneficio de la mayoría de la población. Se debe considerar anexión sólo la incorporación de un territorio *contra la voluntad* de su población; en otras palabras, el concepto de anexión está indisolublemente vinculado al concepto de autodeterminación de las naciones.

Pero en el terreno de la actual guerra –precisamente porque es imperialista por parte de *ambos* grupos de potencias beligerantes– debía surgir y surgió el fenómeno de que la burguesía y los socialchovinistas “luchan” vehementemente contra las anexiones cuando son hechas por un país enemigo. (...). Para evitar que la lucha contra las anexiones sea una hipocresía o una fraseología vacua, para que eduque verdaderamente a las masas en el espíritu del internacionalismo, es necesario plantear este problema de tal modo que abra los ojos de las masas al fraude que reina hoy en materia de anexiones, en lugar de encubrirlo. No basta con que los socialistas de cada nación reconozcan de palabra la igualdad de las naciones, o que declamen y juren por todo lo humano y lo divino que están contra las anexiones. Es necesario que los socialistas de cada nación exijan inmediata e incondicionalmente *la libertad de separación* para las colonias y naciones oprimidas por *su propia* “patria”.

Sin esta condición, el reconocimiento de la autodeterminación de las naciones y de los principios del internacionalismo, incluso en el Manifiesto de Zimmerwald, será, en el mejor de los casos, letra muerta.

6. El “programa de paz” de los socialistas, así como su programa de “lucha por el cese de la guerra”, deben tener por punto de partida el desenmascaramiento de la mentira de la “paz democrática”, de las intenciones pacíficas de los beligerantes, etc., difundida hoy entre el pueblo por ministros demagogos, burgueses pacifistas, socialchovinistas y kautskistas en todos los países. Cualquier “programa de paz” es engaño al pueblo e hipocresía, si no se basa, en primer lugar, en la explicación a las masas de la necesidad de una revolución, y en el apoyo, la ayuda y el desarrollo de la lucha revolucionaria de masas que se inicia en todas partes (efervescencia, protestas, confraternización en las trincheras, huelgas, manifestaciones, cartas desde el frente a los familiares –por ejemplo, en Francia– exigiéndoles que no suscriban empréstitos de guerra, etc., etc.).

Es el deber de los socialistas apoyar, ampliar y profundizar todo movimiento popular por el cese de la guerra. Pero, en realidad, sólo cumplen ese deber los socialistas que, como Liebknecht, en sus discursos parlamentarios exhortan a los soldados a deponer las armas y predicán la revolución y la transformación de la guerra imperialista en guerra civil por el socialismo.

La consigna positiva que se debe plantear para incorporar a las masas a la lucha revolucionaria y para explicar la necesidad de medidas revolucionarias que hagan posible una paz “democrática”, es la negativa a pagar las deudas contraídas por los Estados.

No basta con aludir a la revolución, como lo hace el Manifiesto de Zimmerwald, diciendo que los obreros deben hacer sacrificios por su propia causa y no por una causa ajena. Es necesario indicar a las masas clara y exactamente su camino. Es necesario que las masas sepan adonde ir y para qué. Es evidente que las acciones revolucionarias de masas durante la guerra, en caso de desarrollarse con éxito, sólo pueden desembocar en la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil por el socialismo, y es dañino ocultar esto a las masas. Por el contrario, este objetivo debe ser claramente señalado, por difícil que parezca alcanzarlo, cuando estamos sólo al comienzo del camino. No basta con decir, como dice el Manifiesto de Zimmerwald, que “los capitalistas mienten cuando hablan de defensa de la patria” en esta guerra, y que los obreros en su lucha revolucionaria no deben tener en cuenta la situación militar de su país; es necesario decir con claridad lo que aquí simplemente se insinúa, o sea, que no sólo los capitalistas, sino también los socialchovinistas y los kautskistas mienten cuando aceptan que el concepto de defensa de la patria se aplique en esta guerra, una guerra imperialista; que las acciones revolucionarias durante la guerra no son posibles si el Gobierno “propio” no está amenazado de derrota, y que cada derrota del Gobierno en una guerra reaccionaria facilita la revolución, la única capaz de traer una paz sólida y democrática. **Finalmente, es necesario decir a las masas que si ellas mismas no crean organizaciones ilegales y una prensa libre de la censura militar, o sea, ilegal, será totalmente inconcebible prestar un apoyo serio a la incipiente lucha revolucionaria, desarrollarla, criticar algunos de sus pasos, corregir sus errores, ampliarla y agudizarla sistemáticamente.** (Subrayado nuestro.)

7. En lo que se refiere a la acción (*Aktion*) parlamentaria de los socialistas, es necesario tener en cuenta que la resolución de Zimmerwald no sólo expresa simpatía por los cinco diputados socialdemócratas a la Duma de Estado, miembros de nuestro Partido, y que fueron condenados al destierro en Siberia, sino que también se solidariza con su táctica. Es imposible aceptar la lucha revolucionaria de las masas y conformarse a la vez con la actividad exclusivamente legal de los socialistas en el Parlamento. Eso sólo puede provocar un legítimo descontento entre los obreros, hacer que abandonen la socialdemocracia para entregarse al anarquismo antiparlamentario o al sindicalismo. Es necesario decir con claridad y públicamente que los parlamentarios socialdemócratas deben utilizar su posición no sólo para pronunciar discursos en los parlamentos, sino también

para prestar ayuda en todos los aspectos, fuera del Parlamento, a la organización ilegal y a la lucha revolucionaria de los obreros, y que las propias masas deben controlar estas actividades de sus líderes por intermedio de su organización ilegal.

8. La cuestión de la convocatoria del Buró Socialista Internacional se reduce al problema básico y esencial de si es o no factible la unidad de los viejos partidos y la II Internacional. Cada paso adelante del movimiento obrero internacional por el camino señalado en Zimmerwald demuestra con más claridad la inconsecuencia de la posición adoptada por la mayoría de Zimmerwald: por una parte identifica la política de los viejos partidos y de la II Internacional con la política *burguesa* en el movimiento obrero, con una política que sirve a los intereses de la burguesía y no a los del proletariado (a eso se refieren, por ejemplo, el Manifiesto de Zimmerwald, cuando dice que “los capitalistas” mienten cuando hablan de “defensa de la patria” en la actual guerra, y también una serie de planteamientos aún más terminantes contenidos en la circular de la *Internationale Sozialistische Kommission*, del 10.02. 1916⁴); por otra parte, la *Internationale Sozialistische Kommission* teme una ruptura con el Buró Socialista Internacional⁵ y ha prometido oficialmente disolverse cuando dicho Buró se reúna de nuevo.

Hacemos constar que tal promesa no sólo no se votó, sino que ni siquiera fue discutida en Zimmerwald.

El medio año transcurrido desde Zimmerwald demostró que, *de hecho*, un trabajo en el espíritu de Zimmerwald –no palabras huecas, sino únicamente trabajo– está vinculado en todo el mundo con la profundización y ampliación de la escisión. En Alemania, los volantes ilegales contra la guerra se publican a pesar de las decisiones del partido, es decir, en forma divisionista. Cuando el diputado Otto Rühle, el camarada más allegado a K. Liebknecht, declaró abiertamente que en la práctica existen ya dos partidos: uno que ayuda a la burguesía y otro que la combate, muchos, entre ellos los kautskistas, lo censuraron, pero nadie pudo refutarlo. (...).

En realidad, la escisión existe ya en todo el mundo; han cristalizado dos políticas de la clase obrera respecto a la guerra, absolutamente irreconciliables. No debemos cerrar los ojos ante este hecho; eso sólo conduciría a confundir a las masas obreras, a oscurecer su conciencia, a dificultar la lucha revolucionaria de masas con la que todos los de Zimmerwald simpatizan oficialmente, y a reforzar la influencia sobre las masas de esos líderes a quienes la circular de la *Internationale Sozialistische Kommission* del 10.02.1916 acusa abiertamente de “inducir en error” a las masas y de preparar un “complot” (“*Pakt*”) *contra* el socialismo.

Los socialchovinistas y kautskistas de todos los países son los que se dedicarán a reconstruir el fracasado Buró Socialista Internacional. La tarea de los socialistas es explicar a las masas la inevitabilidad de una ruptura con quienes aplican la política de la burguesía bajo la bandera del socialismo. (Subrayado nuestro.)

■ ■ ■ ■ ■
¹ La *Proposición del Comité Central del POSDR a la Segunda Conferencia Socialista* fue redactada en respuesta al llamamiento de la Comisión Socialista Internacional *A todos los partidos y grupos adheridos*, y publicada en el número 3 del *Boletín* de la Comisión, del 29 de febrero de 1916. Al finalizar la redacción de las tesis de *Proposición*, Lenin organizó su traducción al alemán y al francés. Las tesis fueron enviadas a las secciones bolcheviques en el extranjero y a los internacionalistas de izquierda de varios países (Francia, Suecia, Gran Bretaña y otros). La proposición se discutió en reuniones de la izquierda durante la conferencia de Kiental. (...)

² Se trata del informe presentado por el Secretario del Buró Socialista Internacional, C. Huysmans, al Congreso Extraordinario del Partido Socialdemócrata de Holanda, en Arnhem, el 9 de enero de 1916. Para demostrar que la II Internacional “no había muerto”, Huysmans planteó un programa reformista de una “paz democrática”. En *Obras Completas*, tomo 27, p. 299, Editorial Progreso, Moscú, 1985, nota 133, pág. 539.

³ La consigna de “los Estados Unidos de Europa”, formulada reiteradamente en diversas formas antes de la primera conflagración mundial, tuvo amplia difusión sobre todo durante la guerra. (...). En el Manifiesto político del CC del POSDR *La guerra y la socialdemocracia de Rusia*, publicado el 1 de noviembre de 1914 en *Sotsial-Demokrat*, se subrayaba que la consigna de “los Estados Unidos de Europa” era absurda y falsa “...si no se derrocan por vía revolucionaria las monarquías alemana, austriaca y rusa”. En *Obras Completas*, tomo 26, Editorial Progreso, Moscú, 1984, pág. 21. En tomo 27, Ed. 1985, nota 134, pág. 539.

⁴ *Circular de la Comisión Socialista Internacional: llamamiento de la I.S.K. A todos los partidos y grupos adheridos*, que fue aprobado por unanimidad en la reunión de la Comisión ampliada en Berna (5-9 de febrero de 1916). La delegación del CC del POSDR, encabezada por Lenin, declaró en esa reunión que consideraba el llamamiento un paso adelante en comparación con las resoluciones de la Primera Conferencia Socialista Internacional, la Conferencia de Zimmerwald, pero que no lo encontraba satisfactorio en todos sus puntos. El llamamiento fue publicado en el número 3 del *Boletín* de la I.S.K., del 29 de febrero de 1916 y en el número 52 de *Sotsial-Demokrat*, del 25 de marzo de 1916. Ídem, 305. *Obras Completas*, tomo 27, nota 136, pág. 539.

⁵ Lenin se refiere a la declaración oficial de la Comisión Socialista Internacional, del 29 de septiembre de 1915, publicada en el número 2 del *Boletín* de la I.S.K., del 27 de noviembre de 1915. La I.S.K. comunicaba, contrariamente a las resoluciones de la Primera Conferencia Socialista Internacional, que se consideraría disuelta cuando el Buró Socialista Internacional en La Haya reanudara su labor. De este modo, la I.S.K. empezó a coadyuvar al restablecimiento de la II Internacional. Ídem, 305. *Obras Completas*, tomo 27, nota 137, pág. 540.



BORRADOR DEL PROYECTO DE TESIS PARA UN MENSAJE A LA COMISIÓN SOCIALISTA INTERNACIONAL Y A TODOS LOS PARTIDOS SOCIALISTAS¹

V. I. Lenin, diciembre de 1916/enero de 1917

1. El viraje en la política mundial, de la guerra imperialista a los llamamientos abiertos por parte de varios gobiernos burgueses en favor de una paz imperialista, coincide ahora con un viraje en el desarrollo del socialismo mundial. (Subrayado nuestro.)
2. El primer viraje provoca un cúmulo de frases, ofertas y promesas pacifistas, piadosas y sentimentales, con los cuales la burguesía imperialista y los gobiernos imperialistas tratan de engañar a los pueblos y disponerlos “pacíficamente” a que soporten obedientes todo el costo de la guerra de rapiña; de desarmar pacíficamente a los millones de proletarios y ocultar, con concesiones mezquinas, los preparativos para negociar el reparto de las colonias y el estrangulamiento financiero (y también político de ser posible) de las naciones débiles. Estas transacciones son la esencia de la proyectada paz imperialista y son la continuación directa de los rapaces tratados secretos existentes, en particular los concluidos durante la guerra entre *todas* las potencias de *ambas* coaliciones imperialistas en guerra.
3. El segundo viraje consiste en una “reconciliación” entre los socialchovinistas, como tendencia –que traicionaron al socialismo y se pasaron al nacionalismo burgués o imperialismo–, y *el ala derecha de los zimmerwaldianos*, representada por Kautsky y Cía. en Alemania, por Turati y Cía. en Italia, por Longuet-Pressemane-Merrheim en Francia, etc. Al unirse sobre la base de frases pacifistas vacías, sin sentido y que a nada obligan, que, en la práctica, *sirven para disfrazar* la política imperialista y la paz imperialista, y *embellecerlas* en lugar de desenmascararlas, estas dos tendencias dan un paso decisivo hacia el más grande engaño a los obreros, hacia la consolidación en el movimiento obrero del dominio de una política obrera burguesa, encubierta con fraseología socialista, la política de los dirigentes y sectores privilegiados de la clase obrera que ayudaron a los gobiernos y a la burguesía a librar esta rapaz guerra imperialista con el pretexto de “defender la patria”. (Subrayado nuestro.)
4. La política socialpacifista o la política de la fraseología socialpacifista, que hoy predomina en los partidos socialistas de los principales países europeos (...), *cualesquiera que sean* las condiciones de paz que se preparan ahora entre los gobiernos actuales, es decir, *burgueses*, de *ambas* coaliciones imperialistas, esta política significa la transformación de las organizaciones socialistas y sindi-

- calistas (Jouhaux y Merrheim) en *instrumento* de las intrigas gubernamentales y de la diplomacia imperialista secreta.
5. Las posibles condiciones de paz que preparan actualmente los gobiernos burgueses de ambas coaliciones imperialistas vienen en realidad determinadas por *los cambios* en el equilibrio de *las fuerzas* que ya ha causado la guerra y que aún puede causar. (...).

(...)

10. Proponemos, por lo tanto, **convocar una conferencia de zimmerwaldianos y sugerimos los siguientes problemas a discutir:**

1) **Rechazar en forma decidida e incondicional, como reformismo burgués** (sobre la base de las citadas tesis), **el pacifismo socialista de una determinada tendencia:** Longuet-Merrheim, Kautsky, Turati, etc., ya rechazado por principio en Kiental, y su defensa concreta por parte de esos representantes de *las tendencias* antes mencionadas.

2) Proclamar en forma igualmente decidida **la ruptura con el socialchovinismo también en el aspecto organizativo.**

3) **Explicar a la clase obrera cuáles son sus tareas revolucionarias inmediatas e impostergables,** precisamente en relación con el hecho de que la guerra y las mentirosas y dulzarronas frases pacifistas de la burguesía han agotado la paciencia de las masas.

4) Reconocer abiertamente como una ruptura total con todo el espíritu y todas las resoluciones de Zimmerwald y Kiental, y condenar como tal, la política del Partido Socialista Italiano, que ha adoptado precisamente el camino pacifista, al igual que la política del Partido Socialdemócrata Suizo, que el 4. XI. 1916, en Zurich, votó la autorización de los impuestos indirectos, y el 7. I. 1917, mediante una alianza entre el "centrista" R. Grimm y los socialpatriotas Greulich, G. Müller y Cía., logró que fuera postergado por tiempo indefinido el congreso extraordinario del partido, convocado para el 11.II.1917 a fin de discutir el problema de la guerra, y que ahora acepta mansamente el ultimátum directo de los mismos dirigentes socialpatriotas, quienes amenazan abiertamente con renunciar a su escaño parlamentario si el partido rechaza la defensa de la patria.

La triste experiencia de la II Internacional ha demostrado claramente el inmenso daño que causa, *en la práctica*, la combinación de las resoluciones revolucionarias "generales", formuladas con frases generales, con acciones reformistas, cuando las declaraciones de internacionalismo son acompañadas por la negativa a discutir *colectivamente*, de una manera realmente internacionalista, los problemas cardinales de la táctica de cada uno de los partidos, como parte componente de la unión internacional.

Ya antes de la Conferencia de Zimmerwald, y en la misma Conferencia, nuestro Partido consideró su obligación hacer conocer a los camaradas nuestra condena irrevocable del pacifismo y de la prédica abstracta de la paz, como un engaño burgués (...). *La Izquierda de Zimmerwald*, en cuya organización participamos, se formó como grupo separado en la Conferencia, con el propósito deliberado de demostrar que apoyamos el grupo de Zimmerwald *en tanto* éste lucha contra el socialchovinismo.

Estamos profundamente convencidos de que ahora se ha puesto en evidencia, en forma definitiva, que la mayoría de Zimmerwald, o derecha de Zimmerwald, ha dado un viraje *completo* no hacia la lucha contra el socialchovinismo, sino hacia su total sometimiento a él, hacia la fusión con él, sobre la base de una plataforma de frases pacifistas meras. Consideramos, pues, nuestro deber declarar abiertamente que, en estas circunstancias, mantener ilusiones respecto de la unidad de Zimmerwald y de la lucha zimmerwaldista por la III Internacional causaría el mayor daño al movimiento obrero. **Declaramos, no como “amenaza” ni como “últimátum”, sino como una notificación pública de nuestra decisión, que, a menos que se modifique esta situación, nosotros no seguiremos siendo miembros del grupo zimmerwaldiano.** (Subrayados nuestros.)

■■■■
¹ El Borrador del proyecto de tesis para un mensaje a la Comisión Socialista Internacional y a todos los partidos socialistas fue escrito en los primeros días de enero de 1917. En el manuscrito, bajo el título hay una inscripción de Lenin: “(para enviar a la I.S.K. y para publicar). (...) luego, acordó diferir su publicación e hizo la acotación: “Escrito antes del 7.1.1917 y, por ello, ya no tiene actualidad”. Luego, partiendo de este proyecto, Lenin escribió el mensaje “A los obreros que apoyan la lucha contra la guerra y contra los socialistas que se han puesto del lado de sus gobiernos. Ídem, 280. Obras Completas, tomo 30, nota 124, pág. 449.



LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN NUESTRA REVOLUCIÓN

V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo 31, págs. 178-190

BANCARROTA DE LA INTERNACIONAL ZIMMERWALDIANA. NECESIDAD DE FUNDAR LA TERCERA INTERNACIONAL

17. La Internacional Zimmerwaldiana adoptó desde el primer momento una actitud vacilante, “kautskiana”, “centrista”, lo que obligó a la *Izquierda de Zimmerwald* a separarse, a independizarse y lanzar inmediatamente un manifiesto propio (manifiesto publicado en Suiza, en ruso, alemán y francés).

El principal defecto de la Internacional Zimmerwaldiana –causa de su *bancarrota* (pues está ya en bancarrota, tanto en el terreno ideológico como en el político–) son sus vacilaciones, su indecisión en el problema más importante de todos y el que prácticamente *condiciona todo lo demás*: el problema de la completa ruptura con el socialchovinismo y con la vieja Internacional socialchovinista, acaudillada en La Haya (Holanda) por Vandervelde, Huysmans y algunos más. (Subrayado nuestro.)

En nuestro país se ignora todavía que la mayoría de Zimmerwald está formada precisamente por *kautskianos*. Y éste es un hecho fundamental, que es necesario tener en cuenta y que ya es generalmente conocido en los países de Europa Occidental. (...)

A fines de 1916 y a principios de 1917 se confirmó definitivamente este hecho. Aunque en el Manifiesto de Kiental¹ se condena el socialpacifismo, *toda la derecha zimmerwaldiana, toda la mayoría zimmerwaldiana, se ha deslizado al campo socialpacifista* (...). (Subrayado nuestro.)

El presidente de las conferencias de Zimmerwald y Kiental, Robert Grimm, estableció, en enero de 1917, una alianza con los socialchovinistas de *su propio* partido (...) *contra* los internacionalistas efectivos.

En dos reuniones de *zimmerwaldianos* de distintos países, celebradas en enero y febrero de 1917, esa ambigüedad e hipocresía de la mayoría zimmerwaldiana fue estigmatizada formalmente por los internacionalistas de izquierda de varios países: por Münzenberg, secretario de la Organización Internacional de la Juventud y director del magnífico periódico internacionalista titulado *La Internacional de la Juventud*²; Zinóviev, representante del Comité Central de nuestro Partido; K. Rádek, por el Partido Socialdemócrata Polaco (“Dirección Territorial”), y Hartstein, socialdemócrata alemán, afiliado al grupo Espartaco.

(...)

No puede tolerarse por más tiempo la charca zimmerwaldiana. No podemos permitir que por culpa de los “kautskianos” de Zimmerwald sigamos aliados a medias con la Internacional chovinista de los Plejánov y los Scheidemann. **Hay que romper inmediatamente con esta Internacional, continuando en Zimmerwald sólo con fines de información.**

Estamos obligados, nosotros precisamente, y ahora mismo, sin pérdida de tiempo, a fundar una *nueva* Internacional, revolucionaria, proletaria; mejor dicho, debemos reconocer sin temor, abiertamente, que esa Internacional *ya ha sido fundada* y actúa.

Esa Internacional es la que forman los “internacionalistas de hecho” (...). Ellos, y sólo ellos, son los representantes de las masas revolucionarias internacionalistas y no sus corruptores.

Si son pocos *tales* socialistas, que los obreros rusos se pregunten si había en Rusia muchos revolucionarios conscientes en *vísperas* de la revolución de febrero-marzo de 1917.

Lo importante no es el número, sino que expresen de un modo justo las ideas y la política del proletariado verdaderamente revolucionario. Lo esencial no es que “proclamen” el internacionalismo, sino que sepan ser, incluso en los momentos más difíciles, internacionalistas de hecho.

No nos hagamos ninguna ilusión en cuanto a los acuerdos y los congresos internacionales. Mientras dure la guerra imperialista, pesará sobre las relaciones internacionales el puño férreo de la dictadura militar imperialista burguesa. (...)

No nos hagamos ilusiones. Nada de engañarnos a nosotros mismos.

“Esperar” congresos y conferencias internacionales sería *traicionar* al internacionalismo, estando probado, como lo está, que incluso de Estocolmo no dejan salir para Rusia a ningún socialista de cuantos se han mantenido fieles al internacionalismo, *ni siquiera sus cartas*, a pesar de todas las posibilidades, y de toda la ferocidad de la censura militar.

No “esperar”, sino proceder inmediatamente a fundar la III Internacional: tal es la misión de nuestro Partido. Cientos de socialistas, reclusos en cárceles alemanas e inglesas, respirarán con alivio; miles y miles de obreros alemanes que hoy se lanzan a la huelga y organizan manifestaciones con gran horror de Guillermo II, ese canalla y bandolero, se enterarán por las proclamas *clandestinas* de nuestra decisión, de nuestra confianza fraternal en Karl Liebknecht y sólo en él, de *nuestra* resolución de luchar también *ahora* contra el “defensismo revolucionario”. Y esto reforzará en ellos el espíritu del internacionalismo revolucionario. (Subrayados nuestros.)

A quien mucho se le ha dado, mucho se le exige. No hay en el mundo país en que reine, *actualmente*, la libertad que reina en Rusia. Aprovechemos esta libertad no para predicar el apoyo a la burguesía o al “defensismo revolucionario” burgués, sino para dar un paso valiente y honrado, proletario, digno de Liebknecht, *fundando la III Internacional*, una Internacional que se alce resueltamente y de un modo irreconciliable no sólo contra los traidores, contra los socialchovinistas, sino también contra los personajes vacilantes del “centro”.

(...)

Quien quiera *ayudar* a los vacilantes, debe comenzar por dejar de serlo él mismo.

■ ■ ■ ■
¹ *Manifiesto de Kiental*, Llamamiento ¡A los pueblos condenados a la ruina y a la muerte!, aprobado en la II Conferencia Socialista Internacional, celebrada en Kiental del 24 al 30 de abril de 1916. En *Obras Completas*, tomo 31, p.186. Editorial Progreso, Moscú, 1985).

² *Jugend-Internationale* (La Internacional de la Juventud), órgano de la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas de la Juventud, adherida a la Izquierda de Zimmerwald. Se editó en Zurich desde septiembre de 1915 hasta mayo de 1918. Ídem, p. 187.

¿DIPLOMACIA O POLÍTICA REVOLUCIONARIA?¹

Carta a un camarada checoslovaco

León Trotsky, 1 de julio de 1929

Si su carta tratara principal o exclusivamente problemas específicos de Checoslovaquia, posiblemente me habría resultado difícil responder, ya que, desgraciadamente, estoy menos familiarizado con la situación checoslovaca que con la de otros países europeos. Pero su carta plantea una serie de problemas de importancia general para la Oposición comunista en su conjunto, que ya es una corriente ideológica internacional y se está convirtiendo en una fracción internacional.

¿Cuál es el origen de nuestras diferencias? Noté que con su declaración usted se distanció formalmente del “trotskismo”. Desde luego, si considera que las posiciones sustentadas por la Oposición son contrarias al leninismo o están equivocadas, nuestra separación es políticamente obligatoria y no necesita justificación.

Pero la situación, tal como yo la veo, no es ésa. Usted considera que lo que se llama “trotskismo” es, en realidad, una aplicación de los métodos de Marx y Lenin al período contemporáneo. Según dice, si usted se distancia del trotskismo ello no se debe a consideraciones principistas sino tácticas. Para emplear sus propios términos: los militantes del partido están tan confundidos por el fantasma del “trotskismo” que se hace necesario que, por el momento, presentemos nuestras posiciones de manera encubierta, sin declarar abiertamente que son las posiciones de la Oposición de Izquierda comunista.

No puedo estar de acuerdo con usted. **Ese método contradice toda mi experiencia política. Más aún: contradice toda la historia del bolchevismo.**

Se puede suponer, en efecto, que el aparato centrista combate encarnizadamente nuestro nombre, no nuestras ideas. Pero eso es subestimar el adversario. Ese enfoque ignora lisa y llanamente el contenido político del centrismo dominante, y reemplaza la política por una pedagogía barata dirigida a niños retardados.

Durante los últimos seis años, la política de la Internacional Comunista viró a la derecha o a la izquierda del marxismo. No conozco una sola resolución importante respecto de problemas de principios o cuestiones políticas del momento que sea correcta. Si no me equivoco, usted está de acuerdo con este juicio. En todos los casos, casi sin excepción, opusimos a la política de la Internacional Comunista una línea marxista. En cada ocasión, se la repudió poniéndole el rótulo del “trotskismo”. Así viene sucediendo desde hace seis años. De manera que el

“trotskismo” dejó de ser un rótulo indiferente, impregna la vida de la Internacional de los últimos seis años. No se puede criticar los errores actuales y proponer una solución acertada sin exponer las posiciones repudiadas oficialmente por “trotskistas”. Y si por razones pedagógicas, usted se distancia verbalmente del trotskismo, queda aun el problema político de su relación con una tendencia internacional específica: la Oposición de Izquierda. Corre el riesgo de caer víctima de las contradicciones de su posición. Una de dos: o aclara en cada caso cuál es su diferencia con la Oposición de Izquierda y la combate fraccionalmente, o se verá obligado a sacarse la máscara y reconocer que sólo fingía ser “antitrotskista” para defender las ideas de la Oposición de Izquierda comunista. No sé cuál de las dos variantes es la peor.

No, en política es ilícito jugar al escondite. Ya cité en varias ocasiones y por distintas razones las palabras de un escritor francés: “Si uno oculta su alma a los demás, al final ni uno mismo podrá encontrarla.” **La experiencia me lleva a sugerir que usted no se guía únicamente por consideraciones pedagógicas las que, ya lo dije, no justifican los disfraces. En realidad, lo arrastra su poca disposición para oponerse a la opinión burocráticamente obtusa del partido. En la mayoría de los casos, esta escasa disposición es fruto de una comprensión insuficiente de la magnitud de las diferencias y de la grandeza de la causa que nuestra tendencia está destinada a cumplir.** (Subrayados nuestros.)

Es posible que los zigzags del centrismo stalinista inspiren a algunos la idea de que la dirección oficial no es, después de todo, tan mala; que si se evita fastidiarla demasiado con una exposición demasiado tajante de tal o cual problema se podrá penetrar gradualmente en la conciencia de amplios círculos partidarios, crearse una “base” propia y por fin desplegar nuestras banderas.

Esta concepción es totalmente errónea y muy peligrosa. **Carecemos de una base central organizada. Sólo podremos crearla paso a paso, mediante nuestra influencia ideológica. Cuanto más enraizada esté la persecución al marxismo y más sofocante sea el terror antitrotskista, más necesitaremos desplegar una propaganda firme, intransigente y audaz.** El militante acorralado y asustado, pero honesto, sólo se volcará a nuestro bando si comprende que se trata de una cuestión de vida o muerte para el partido proletario. Esto supone la obligación de plantear francamente todos los problemas sin temor al “aislamiento” y a un fortalecimiento inicial del terror del aparato. **Toda reserva, toda imprecisión, todo disimulo, favorecerán al centrismo, que se alimenta precisamente de reservas, imprecisiones y disimulos.** (Subrayados nuestros.)

(...)

Nos acercamos a un problema que, me dicen, interesa profundamente a muchos camaradas de Checoslovaquia: el problema general de nuestra relación con

los centristas y la derecha. Dicen que en Praga hay un filósofo que se dedica especialmente a los problemas de estrategia y táctica marxista; si bien está alejado de la escena política, no se priva de la diversión de trastienda de dirigir reproches a la Oposición, la que, según él, es demasiado dura con los centristas y demasiado blanda con la derecha.

¿Es posible formular el problema de manera más pedante, inerte y risible? Si alguien hubiera dicho que, en el fragor de la lucha contra la derecha, es decir contra los centristas y la Oposición de Derecha, descuidamos la crítica a la ultrazquierda, lo habría comprendido. Esa forma de plantear el problema, independientemente de si es correcta o no en un momento dado, tiene una base principista. En la lucha contra la derecha estamos en un frente común con la ultrazquierda, y por eso no nos debemos olvidar de que tenemos que diferenciar-nos ideológicamente de la misma.

Pero los centristas, igual que la derecha, están a nuestra derecha. Al combatir al centrismo, libramos un doble combate contra la derecha, porque el centrismo no es sino una forma modificada, disfrazada, más engañosa del oportunismo. (Subrayado nuestro.)

Si nuestro único objetivo fuera la democracia partidaria, podríamos integrar un bloque con la derecha para combatir al centrismo burocrático. Pero este peligro no nos acecha a nosotros sino precisamente a los que ocultan las diferencias, suavizan las contradicciones y elevan la voz en un cálido susurro para exigir tan sólo algunas "mejoras" en el régimen partidario.

Es cierto que la derecha checa no se opone a coquetear con el "trotskismo". Vea usted, ellos, partidarios de la "democracia en el partido", se oponen al arresto y exilio de la Oposición rusa. Pero esta es una posición endeble, que no podrán seguir sustentando. La lucha de clases, sobre todo en una época revolucionaria, es inconcebible sin arrestos, exilios y represión en general. Pero en cada ocasión hay que hacerse cargo de *quién* practica los arrestos, *a quién* se arresta y *por qué*.

La clave del problema está en la línea política. Los bolcheviques leninistas necesitamos democracia para la vanguardia proletaria, como arma en la lucha contra el oportunismo y para preparar la revolución.

De hecho, las derrotas del proletariado, en todos los países del mundo, culminaron en los últimos años con nuevos golpes contra la Oposición de Izquierda. La reacción burguesa y socialdemócrata presiona a la república soviética, debilita al Partido Comunista en todo el mundo y, por intermedio del aparato stalinista, golpea a los llamados "trotskistas". La Oposición es uno de los nudos primarios de la situación política en su conjunto. En la lucha contra el "trotskismo" Stalin integra un frente único con la burguesía y la socialdemocracia de todos los países. Las miserables calumnias de Iaroslavski se contradicen con el

hecho vivo e incontrovertible de la política mundial. No hay forma de soslayarlo. La Oposición es una pequeña minoría, pero representa una acumulación de la experiencia revolucionaria del proletariado y un fermento para un futuro revolucionario.

Una mayoría revolucionaria sólo será ganada por la tendencia que, en los momentos más difíciles, es capaz de permanecer fiel a sí misma. El ala reformista-pacifista europea actual (el crecimiento de la socialdemocracia, el laborismo inglés) será destruida, por más ayuda que le brinde el comunismo oficial a la socialdemocracia con su política. La demanda de cuadros con educación ideológica y temple revolucionario, crecerá constantemente. Las masas no necesitan a los que flaquean, vacilan y se disfrazan, supuestamente en nombre suyo; los rechazarán apenas se vean frente a los problemas fundamentales de la revolución. (Subrayado nuestro.)

Los plumíferos de salón quieren acusarnos de atacar en exceso a los centristas y ser blandos con la derecha. Actitud bufonesca, ¿no es cierto? **Justamente atacamos al centrismo porque toda su política de zigzags sin principios alimenta y fortalece a las tendencias derechistas, no sólo en el seno y en la periferia del partido sino también en el conjunto de la clase obrera.** (Subrayado nuestro.)

(...) El fortalecimiento en el comunismo de la fracción derechista es sólo el reflejo de un proceso más profundo, de desplazamiento de fuerzas en favor de la reacción capitalista. Este proceso se expresa en muchos fenómenos, como el incremento de elementos y actitudes termidorianas en la república soviética, el crecimiento de los partidos de la Segunda Internacional, la disminución de la influencia del comunismo y el aplastamiento del ala revolucionaria, vale decir, de la Oposición comunista.

Por supuesto, ni el Comité Central del Partido Comunista soviético ni el presidium de la Internacional Comunista determinan el rumbo de la historia mundial. Existen otros factores. Pero en la medida en que las causas de las terribles derrotas sufridas en casi todos los países del mundo obedecen sin excepción a los errores de la dirección, la culpa recae sobre el centrismo. (...) Por eso nuestro ataque fundamental va dirigido contra el centrismo que es el principal enemigo dentro del partido, porque es el que obstaculiza precisamente la solución de los problemas fundamentales de la revolución. En la URSS, la política vacilante del centrismo impide el desarrollo económico, enfurece al campesinado y debilita al proletariado. En Alemania, el centrismo es el secuaz más fiel de la socialdemocracia. Así, **la lucha contra los centristas obedece a las necesidades de nuestro objetivo fundamental en la clase obrera: derrocar a las organizaciones oportunistas y reunir a la inmensa mayoría de los obreros en torno a la bandera comunista.** (Subrayado nuestro.)

Precisamente los centristas, para desviar la atención del partido de los problemas básicos, de sus errores y omisiones fundamentales, reducen, de palabra, la vida partidaria a la lucha contra el enemigo “derechista”, contra los grupos de la derecha dentro del partido. (...) No, nosotros planteamos el problema de otra manera. **El principal enemigo en el país es la burguesía imperialista. El principal enemigo en la clase obrera es la socialdemocracia. ¡Y el principal enemigo en el partido es el centrismo!** (Subrayado nuestro.)

Usted dice que, utilizando métodos indirectos, “cuidadosos”, el Partido Comunista de Checoslovaquia se convirtió en un partido de masas. Creo que se equivoca. La esencia del asunto está en la gran insurrección revolucionaria de los obreros checos, provocada por la situación de posguerra y la desilusión con la república nacional independiente. Pero aun si reconocemos que la diplomacia de la dirección permitió atraer al partido a masas que de otra manera no se hubieran acercado, tenemos que preguntarnos si se trata de una ganancia o de una pérdida. Se dice que este año abandonaron el partido cerca de treinta mil obreros. **Lo que se gana fácilmente, se pierde con la misma facilidad. No se construye una vanguardia revolucionaria con malentendidos y verdades a medias.** (Subrayado nuestro.)

(...)

El propio Lenin fue acusado de olvidarse de la derecha y de ayudarla al combatir a los centristas de izquierda. Yo mismo lo hice más de una vez. Este, y no la revolución permanente, fue el error fundamental del “trotskismo histórico”. Para llegar en serio al bolchevismo, no con un pasaporte stalinista, **es necesario comprender plenamente el significado y la importancia de la actitud intransigente de Lenin hacia el centrismo; sin ello no se puede llegar a la revolución proletaria.** (Subrayado nuestro.)

(...)

¿Creceremos rápida o lentamente? No lo sé. No depende únicamente de nosotros. Pero creceremos inexorablemente... con una política correcta. (...)

■■■■
¹ Trotsky, León, *Escritos*, Tomo I (1929-30), vol. 1, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, pp. 247-257.

LAS ORGANIZACIONES SOCIALISTAS DE IZQUIERDA Y NUESTRAS TAREAS¹

León Trotsky, 15 de junio de 1933

En todas partes la socialdemocracia atraviesa una situación de aguda crisis. En una serie de países se separaron de los partidos socialdemócratas sectores de izquierda más o menos importantes. Este proceso es producto de toda la situación. Si todavía no adquirió gran desarrollo, se debe a los errores de la burocracia stalinista, que frena la diferenciación en las filas reformistas y cierra las puertas del comunismo a los sectores revolucionarios. El surgimiento de partidos socialistas independientes y organizaciones autónomas es un voto de directa y merecida desconfianza dirigido contra la Comintern.

La burocracia stalinista califica a las organizaciones socialistas independientes como “social-fascistas de izquierda”, las más peligrosas de todas las organizaciones. (...)

La Oposición de Izquierda Internacional tiene una nueva tarea por delante: acelerar el proceso de evolución de las organizaciones socialistas de izquierda hacia el comunismo; para ello debe introducir en ese proceso sus ideas y su experiencia. No hay tiempo que perder. **Si las organizaciones socialistas independientes permanecen un largo período en su estado amorfo actual, se desintegrarán.** Las tareas políticas de nuestra época son tan apremiantes, la presión de las clases enemigas es tan poderosa –a ello hay que agregar las intrigas de la burocracia reformista y de la stalinista– que **sólo un poderoso vínculo ideológico sobre bases marxistas firmes puede proporcionarle a la organización revolucionaria la capacidad de defenderse de las corrientes hostiles y de conducir a la vanguardia proletaria a una nueva situación revolucionaria.** (Subrayados nuestros.)

Esta situación, por las oportunidades que brinda, le plantea nuevas tareas a la Oposición de Izquierda. Hasta ahora hemos captado militantes principalmente en base a la selección individual. En la medida en que la burocracia centrista conservadora impedía que nuestras ideas ejercieran una influencia directa e inmediata sobre los partidos comunistas, esta etapa fue absolutamente inevitable. Sería un error pensar que ya hemos extraído todo lo posible de los partidos oficiales. Por el contrario, el reclutamiento de grupos y organizaciones locales para la Oposición de Izquierda aun nos aguarda. Pero nuestra influencia sobre las organizaciones obreras de masas no puede lograrse por medio de un orden preconcebido. Con mirada vigilante debemos seguir los procesos vivos de todas las organiza-

ciones obreras para, en el momento oportuno, concentrar nuestra atención en el campo que prometa mayores éxitos.

Las organizaciones socialistas independientes y las fracciones opositoristas de izquierda al interior de la socialdemocracia son organizaciones abiertamente centristas o conservan dentro de sus filas fuertes tendencias centristas, o remanentes de ellas. Su aspecto positivo es que bajo la presión de los golpes históricos que han recibido se desarrollan en dirección revolucionaria. **El acercamiento a estas organizaciones sobre una base clara de principios significará para nosotros un nuevo capítulo del desarrollo de la Oposición de Izquierda, y por lo tanto del reanimamiento del marxismo revolucionario en el movimiento obrero mundial.** Una gran organización revolucionaria internacional inspirada en las ideas de la Oposición Internacional, se convertiría en el centro de atracción de los elementos proletarios de los partidos comunistas oficiales. (Subrayado nuestro.)

(...) Al mismo tiempo, las secciones de la Oposición de Izquierda tienen que mostrar mayor iniciativa en el trabajo no sólo dentro de los partidos oficiales sino en el conjunto del movimiento obrero.

Jamás se cumplió la transición de una etapa de lucha a otra más elevada sin roces internos. Algunos camaradas, que sienten nostalgias por las organizaciones de masas, se muestran deseosos de recoger frutos todavía inmaduros. Otros, preocupados por la pureza de los principios de la Oposición de Izquierda, desconfían de todo intento de acercarse a las grandes organizaciones de masas. (...) Ese planteo puramente formal del problema es erróneo. Estos camaradas están muy prisionados por el sectarismo propagandista.

Las nueve décimas partes de los elementos que captó inicialmente la Tercera Internacional eran elementos centristas que evolucionaban hacia la izquierda. No sólo individuos y grupos sino también partidos con sus viejas direcciones o parte de las mismas se ubicaron bajo la bandera del bolchevismo. Era inevitable que así sucediera. Su evolución posterior iba a depender de la política de la Comintern, de su régimen interno, etcétera. Actualmente, en el movimiento obrero, si se excluyen a las organizaciones fascistas, nacionalistas y religiosas, se observa un predominio de las organizaciones reformistas y centristas; entre estas últimas incluimos, con toda razón, a la Comintern oficial. Es obvio que el renacimiento del movimiento obrero revolucionario se producirá a costa del centrismo. Nuevamente, no sólo individuos y grupos sino también organizaciones enteras se ubicarán bajo la bandera comunista. El proceso posterior de reeducación dependerá de la política general, del régimen interno y, por último, de la marcha de los acontecimientos históricos. (Subrayado nuestro.)

Muchas veces hemos hablado en nuestros artículos sobre el carácter heterogéneo del centrismo; comprende todos los matices de transición entre el refor-

mismo y el marxismo o –que no es lo mismo– entre el marxismo y el reformismo. Es imposible comprender al movimiento centrista *únicamente* a través de sus declaraciones y documentos actuales. Debemos estudiar la historia de su desarrollo y vigilar la dirección de su evolución.

(...)

El centrismo de origen socialdemócrata se caracteriza por su evolución de derecha a izquierda, en medio de una situación que dificulta el mantenimiento de posiciones ambiguas. A los militantes de la mayoría de las organizaciones socialistas independientes les falta esa impronta revolucionaria que en mayor o menor medida atraía a los militantes hacia los partidos comunistas. Por otra parte, los socialistas independientes, no corrompidos por el fetichismo de la burocracia soviética, libres de todo conservadurismo, pasan por una crisis interna, buscan responder honestamente a los problemas planteados por nuestra época, evolucionan hacia el comunismo. Todo indica que son mucho más permeables que los stalinistas a las ideas del bolchevismo auténtico.

Tal es la extraña combinación de circunstancias históricas, en cierta manera “imprevista”, que les abre a los bolcheviques leninistas nuevas oportunidades de actividad y progreso. Debemos utilizarlas hasta el fin.

■■■■
¹ Trotsky, León, *Escritos*, Tomo IV (1932-33), vol 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1979, pp. 410-415.



LA DECLARACIÓN DE LOS CUATRO¹

Sobre la necesidad y los principios de una nueva Internacional

León Trotsky, 26 de agosto de 1933

Con plena conciencia de la gran responsabilidad histórica que recae sobre ellas, las organizaciones abajo firmantes decidieron unánimemente unir sus fuerzas para trabajar en común por la regeneración del movimiento proletario revolucionario a escala internacional. Como base de su actividad, establecen los siguientes principios:

1. La crisis mortal del capitalismo imperialista, que le quitó todos sus puntos de apoyo al reformismo (la socialdemocracia, la Segunda Internacional, la burocracia de la Federación Sindical Internacional²), plantea imperativamente la ruptura con la política reformista y la lucha revolucionaria por la conquista del poder y la implantación de la dictadura proletaria como único medio de transformar la sociedad capitalista en sociedad socialista.

2. El problema de la revolución proletaria adquiere, por su propia naturaleza, carácter internacional. El proletariado únicamente podrá construir una sociedad socialista total en base a la división mundial del trabajo y a la cooperación mundial. En consecuencia, los abajo firmantes rechazan categóricamente la teoría del “socialismo en un solo país”, que socava los fundamentos mismos del internacionalismo proletario.

3. No menos enérgicamente hay que rechazar la teoría de los austro-marxistas³, centristas y reformistas de izquierda que, con el pretexto del carácter internacional de la revolución socialista, plantean una pasividad expectante respecto a sus propios países entregando así al proletariado en manos del fascismo. En las actuales condiciones históricas un partido proletario que elude la toma del poder comete la peor de las traiciones. El proletariado triunfante de un país debe fortalecer su dictadura nacional con la construcción socialista, que necesariamente será incompleta y contradictoria hasta que la clase obrera tome el poder político, como mínimo, en unos cuantos países avanzados. Simultáneamente, la clase obrera victoriosa de un país debe dirigir todos sus esfuerzos a la expansión de la revolución socialista a otras naciones. Sólo una decidida actividad revolucionaria podrá resolver la contradicción entre el carácter nacional de la toma del poder y el carácter internacional de la revolución socialista.

4. La Tercera Internacional –que surgió de la Revolución de Octubre, sentó los principios de la política proletaria en la época del imperialismo y dio al proletariado las primeras lecciones de la lucha revolucionaria por el poder– cayó víctima de una sucesión de contradicciones históricas. El rol traidor que jugó la socialdemocracia y la inmadurez e inexperiencia de los partidos comunistas llevaron al fracaso de los movimientos revolucionarios de posguerra en Oriente y Occidente. El aislamiento de la dictadura proletaria en un país atrasado confirmó un extraordinario poder a la burocracia soviética, cada vez más conservadora y nacionalmente limitada. La dependencia servil de las secciones de la Comintern respecto a la dirección soviética condujo, a su vez, a una nueva serie de graves derrotas, a la degeneración burocrática de la teoría y la práctica de los partidos comunistas y a su debilitamiento organizativo. Además, la Comintern no sólo se demostró incapaz de cumplir su rol histórico; cada vez en mayor medida se constituyó en un obstáculo en el camino del movimiento revolucionario.

5. El avance del fascismo en Alemania sometió a las organizaciones obreras a una prueba decisiva. La socialdemocracia confirmó una vez más lo que ya había señalado Rosa Luxemburgo⁴ y reveló nuevamente no ser más que “un cadáver maloliente”. La superación de las organizaciones, ideas y métodos del reformismo es el prerequisite necesario para el triunfo de la clase obrera sobre el capitalismo.

6. Los acontecimientos de Alemania revelaron con no menos fuerza el colapso de la Tercera Internacional. Pese a sus catorce años de existencia, a la experiencia lograda en gigantescas batallas, al apoyo moral del estado soviético y a los poderosos medios de que dispone para su propaganda, el Partido Comunista Alemán, bajo las condiciones de una grave crisis económica, social y política –condiciones excepcionalmente favorables para un partido revolucionario–, reveló una incapacidad revolucionaria absoluta. En consecuencia, demostró de manera definitiva que, pese al heroísmo de muchos de sus militantes, se había vuelto totalmente incapaz de cumplir con su rol histórico.

7. La situación del capitalismo mundial, la tremenda crisis que hundió a las masas trabajadoras en una miseria sin precedentes, el movimiento revolucionario de las masas coloniales oprimidas, el peligro mundial del fascismo, la perspectiva de un nuevo ciclo de guerras que amenaza con destruir la cultura de la humanidad: tales son las condiciones que exigen imperativamente la fusión de la vanguardia proletaria en una *nueva (Cuarta) internacional*. Los abajo firmantes se comprometen a dirigir todos sus esfuerzos a la formación de esta nueva internacional en el lapso más breve posible, sobre la base firme de los principios teóricos y estratégicos sentados por Marx y Lenin.

8. Aunque dispuestos a cooperar con todas las organizaciones, grupos y fracciones que realmente evolucionan desde el reformismo o el centrismo burocrá-

tico (stalinismo) hacia la política del marxismo revolucionario, los abajo firmantes declaran al mismo tiempo que la nueva internacional no podrá tolerar ninguna conciliación con el reformismo o el centrismo. La necesaria unidad del movimiento obrero no se logrará mezclando las concepciones reformistas con las revolucionarias ni adaptándose a la política stalinista, sino combatiendo la política de ambas internacionales en bancarrota. Para ser digna de este objetivo, la nueva internacional no debe permitir ninguna desviación de los principios revolucionarios en los problemas que hacen a la insurrección, la dictadura proletaria, la forma soviética del estado, etcétera.

9. Por su base de clase, por sus fundamentos sociales, por las formas de propiedad que indiscutiblemente predominan, la URSS sigue siendo hoy un estado obrero, es decir, un instrumento para la construcción de la sociedad socialista. La nueva internacional inscribirá en su estandarte, considerándolo uno de sus objetivos más importantes, la defensa del estado soviético frente al imperialismo y la contrarrevolución interna. Precisamente la defensa revolucionaria de la URSS es lo que nos exige liberar a las fuerzas revolucionarias de todo el mundo de la influencia corruptora de la Comintern stalinista y construir una nueva internacional. La defensa de la Unión Soviética sólo tendrá éxito si se logra la total independencia de las organizaciones proletarias internacionales respecto a la burocracia soviética y se desenmascara incansablemente ante las masas trabajadoras los falsos métodos que aquélla utiliza.

10. La *democracia partidaria* es un prerrequisito necesario para el sano desarrollo de los partidos proletarios revolucionarios tanto a escala nacional como internacional. No hay partido verdaderamente revolucionario sin libertad de crítica, sin la elección de los funcionarios desde abajo hacia arriba, sin el control del aparato por la base.

La necesidad de mantener el secreto *bajo condiciones de ilegalidad* cambia completamente la forma de funcionamiento de la vida interna de un partido revolucionario y hace difíciles, si no totalmente imposibles, la discusión amplia y las elecciones. Pero aun en las condiciones y circunstancias más difíciles mantienen toda su vigencia los requisitos básicos de un régimen partidario sano: información honesta sobre el partido, libertad de crítica y una real unidad interna entre la dirección y la mayoría partidaria. Al suprimir y aplastar la voluntad de los obreros revolucionarios, la burocracia reformista transformó a la socialdemocracia y a los sindicatos en organismos impotentes, pese a que sus afiliados se contaban por millones. Al liquidar la democracia interna, la burocracia stalinista liquidó también la Comintern. La nueva internacional y los partidos que adhieran a ella deberán basar toda su vida interna en el *centralismo democrático*.

11. Los abajo firmantes crearon una comisión permanente de delegados representantes, asignándole las siguientes tareas:

- a) Elaborar un manifiesto programático que sea la base principista de la nueva internacional.
- b) Preparar un análisis crítico de las organizaciones y tendencias del movimiento obrero actual (comentario teórico al manifiesto).
- c) Elaborar tesis sobre todas las cuestiones fundamentales que hacen a la estrategia revolucionaria del proletariado.
- d) Representar en todo el mundo a las organizaciones abajo firmantes.

Firman:

E. Bauer: Oposición de Izquierda Internacional (bolchevique leninista)

J. Schwab: SAP (Partido Socialista Obrero de Alemania)

P. J. Schmidt:⁵ OSP (Partido Socialista Independiente de Holanda)

H. Sneevliet:⁶ RSP (Partido Socialista Revolucionario de Holanda)

¹ Trotsky, León, *Escritos*, Tomo V (1933-34), vol 1, Editorial Pluma, Bogotá, 1979, pp. 72-77.

² *La Federación Sindical Internacional* (a veces llamada Internacional de Amsterdam o Internacional "amarilla") era la principal organización sindical internacional y estaba controlada por los reformistas. Su rival, dirigida por los stalinistas, era la Internacional Sindical Roja, también conocida como Profintern.

³ *Austro-marxismo* era el tipo de reformismo practicado por el Partido Socialista de Austria, sección de la Segunda Internacional.

⁴ *Rosa Luxemburgo* (1871-1919), destacada dirigente del movimiento marxista y adversaria del revisionismo y del oportunismo antes de la Primera Guerra Mundial. Encarcelada en 1915, ayudó a fundar la Liga Espartaco y el Partido Comunista Alemán. Ella y Karl Liebknecht fueron asesinados en enero de 1919 por orden de Gustav Noske, ministro de guerra socialdemócrata en el gobierno Ebert-Scheidemann.

⁵ *Peter J. Schmidt*, dirigente del Partido Socialista Independiente (OSP) de Holanda, que más tarde se unificó con el Partido Socialista Revolucionario pasando a ser la sección holandesa de la Liga Comunista Internacional.

⁶ *Henricus Sneevliet* (1883-1942), uno de los fundadores del movimiento marxista de Indonesia y del Partido Comunista de Holanda. En 1933, mientras estaba preso por haber defendido a los marineros "amotinados", fue electo para el Parlamento holandés. Firmó ese año la Declaración de los Cuatro, después de lo cual su partido, el RSP, adhirió a la ICL. En 1938 abandonó el movimiento cuartista y fue ejecutado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

EL PARTIDO Y LA REVOLUCIÓN

La publicación teórica de la LIT-CI, *Marxismo Vivo - Nueva Época* presenta la obra de Nahuel Moreno, del año 1973, *El Partido y la Revolución*.

Esta es, posiblemente, la obra más importante de Moreno, como mínimo la más difundida, a través de varias ediciones en español y en portugués sobre la polémica con Ernest Mandel y la corriente internacional trotskista de la que ambos hacían parte en esos años, el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional.

El Partido y la Revolución es conocido también como “Un documento escandaloso”, y conforma una respuesta al documento elaborado por Mandel, “En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional”, previos al Décimo Congreso Mundial del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, realizado en enero de 1974.

Este trabajo, que desarrolla aspectos esenciales sobre la teoría, el programa y la política, se convirtió prácticamente en un manual para la construcción de partidos trotskistas enraizados en la clase obrera, en decenas de países, y su impacto en las filas del trotskismo mundial, sobre todo en el latinoamericano, fue de tal magnitud que también se lo conoce familiarmente como “El Morenazo”.

Para que el lector tenga una mejor localización de este trabajo hemos incluido en esta edición la presentación que en el año 1989 hicieron los editores argentinos, y también hemos incluido un prólogo escrito por el propio autor para una edición del año 1985 que es, de hecho, un agregado al libro, ya que en él Moreno hace una reseña histórica de la corriente que encabezó por más de cuarenta años.

CONTENIDOS

Prólogo de <i>El Partido y la Revolución</i> (Nahuel Moreno)	319
Nuestros orígenes	319
La Cuarta Internacional en la posguerra	320
La discusión sobre los nuevos estados obreros	321
El impresionismo de Mandel	322
El “pablismo”	323
La traición a la Revolución Boliviana de 1952	324
El Comité Internacional	325
La reunificación de 1963	326
La desviación guerrillera de Mandel	327
La capitulación a la vanguardia juvenil ultraizquierdista	328
Nuestra ruptura con el SWP norteamericano	329
Mandel capitula al eurocomunismo	331
La Revolución Nicaragüense divide al SU	332

PRÓLOGO DE “EL PARTIDO Y LA REVOLUCIÓN”

Nahuel Moreno

Buenos Aires, mayo de 1985

Esta será la primera edición completa, disponible para todo el público lector, de mi trabajo “Un documento escandaloso”. Esta extensa polémica contra Mandel y la corriente internacional trotskista que él encabeza fue elaborada en 1973 como un documento interno, para ser debatido en el Décimo Congreso Mundial del Secretario Unificado (SU) de la Cuarta Internacional, en el que a la sazón ambos militábamos.

Doce años han transcurrido desde esa fecha, y en su transcurso se sucedieron nuevos grandes hechos de la lucha de clases y emergieron nuevas y más profundas diferencias, que culminaron con nuestra ruptura con el SU, en 1979. Ello hace necesario este prólogo algo extenso, para ubicar histórica y políticamente este trabajo en el desarrollo de una batalla política y una polémica ideológica que se viene desarrollando desde hace treinta y cinco años entre lo que se sigue conociendo como SU y nuestra corriente, hoy organizada en la Liga Internacional de los Trabajadores - Cuarta Internacional (LIT-CI).

Nuestros orígenes

La corriente que hoy se denomina LIT-CI existe como tendencia, con diferentes nombres, aproximadamente desde el año 1953. Es, por lo tanto, una de las más viejas tendencias del movimiento trotskista mundial. Creemos no exagerar si decimos que el SU y la LIT-CI son las dos corrientes más importantes del trotskismo, movimiento mundial dentro del cual también hay que contar otra corriente –aunque muy débil– que es el lambertismo.

Es necesario aclarar que nosotros no nacimos como una tendencia internacional. Aparecimos en el año 1944 como un pequeñísimo grupo, esencialmente obrero, en el panorama del trotskismo argentino. Lo que caracterizó inicialmente a nuestro grupo, tanto desde el punto de vista programático como en cuanto a la práctica, fue un obrerismo rabioso, llamémoslo así. Durante muchos años no se aceptó el ingreso de estudiantes ni se permitió militar en el movimiento estudiantil. Los estudiantes que por casualidad se captaban tenían que ir a militar al movimiento obrero. Tenían que entrar a fábrica y hacer un trabajo sindical y en la base de los organismos obreros. Esta tendencia obrerista, sectaria, ultra, en-

frentaba y trataba de superar el carácter bohemio e intelectual, *declassé*, del movimiento trotskista argentino en su conjunto. Carácter del que se eximían sólo algunos compañeros, cinco o seis dirigentes sindicales, por otra parte muy inteligentes y capaces, que venían de romper individualmente con el stalinismo.

Nuestra organización argentina nació, entonces, centrando toda su estrategia en trabajar sobre el movimiento obrero, como la única salida que tenía el trotskismo argentino para dejar de ser un pantano bohemio.

Esta organización no sólo tenía la virtud-defecto del obrerismo, sino también una gran deficiencia en el terreno internacional, ya que durante nuestros primeros años de vida, entre 1944 y 1948, nos declarábamos trotskistas pero no vivíamos pendientes de la lucha y de la vida de la Internacional.

Teníamos una desviación nacional-trotskista: la de creer que podía haber solución a los problemas del movimiento trotskista en el país, con una visión nacional. No comprendíamos que sólo con una visión internacionalista se podían comenzar a solucionar los problemas del trotskismo argentino.

No fue sino hasta el año 1948 que comenzamos a intervenir en la vida de la Cuarta Internacional, participando en su Segundo Congreso. Consideramos éste el paso teórico político más importante dado por la organización argentina.

La Cuarta Internacional en la posguerra

Otra cuestión es cómo era la Internacional en aquel entonces. El sectarismo era su rasgo dominante. En el Segundo Congreso de la Internacional, la incompreensión sobre la nueva realidad del proceso revolucionario mundial nos llevó a no dar ninguna importancia a los profundos cambios que se estaban produciendo en Europa del Este.

Mientras se celebraba el Congreso, estaban en pleno desarrollo los fenómenos de Checoslovaquia¹, donde se había separado a los ministros burgueses del gobierno y comenzado el camino de la expropiación total de la burguesía. También estaba candente la cuestión de Yugoslavia² donde, desde el año 1947, aproximadamente, había también un proceso de nacionalizaciones y de expropiación a los burgueses.

El proceso se generalizaba en todo el este de Europa, a la vez que estaba en pleno desarrollo la Revolución China. Es decir, abarcaba países cuyas poblaciones sumadas representaban la tercera parte de la humanidad.

El Segundo Congreso ni tocó el tema; navegó por encima de semejante proceso revolucionario. El gran centro de la discusión allí fue el debate que se había dado en 1939 y 1940, en el *Socialist Workers Party* (SWP) de Estados Unidos, cuando Trotsky aún estaba con vida, acerca de si la URSS seguía siendo o no un

estado obrero y si había o no que defenderla, aunque nos opusiéramos a la burocracia. La polémica en el SWP había terminado en 1940 con la ruptura de los dirigentes “antidefensistas”, Schachtman y Burnham³, pero la Internacional seguía la discusión todavía en 1948.

La discusión sobre los nuevos estados obreros

No fue hasta un año después del Segundo Congreso, en 1949, que se abrió la primera discusión, nueva e importante en las filas de nuestra Internacional. Surgió entonces una clara diferencia en relación con el análisis de los problemas originados por la expropiación de la burguesía o la tendencia a la expropiación de la burguesía en los países del este europeo y en China.

Alrededor de esta polémica, que se llevó en un tono fraternal, dando un alto ejemplo de centralismo democrático, se originaron de hecho dos tendencias. O dos matices, digámoslo así, por la relación fraternal y no fraccionalista que existía entre estas dos corrientes.

Una tendencia, cuyo vocero más importante era el compañero Mandel y que tenía el apoyo del norteamericano Cannon⁴, sostenía que los países del oriente de Europa seguían siendo países capitalistas. La otra tendencia, encabezada por el compañero Pablo⁵ y apoyada –pero con razonamientos distintos– por Hansen⁶, de Estados Unidos, y por el autor de este libro, sostenía que habían nacido nuevos estados obreros.

En cierta medida fuimos los iniciadores de esta polémica. Fuimos los primeros en plantear, en un documento escrito, que en el Este de Europa se habían producido acontecimientos históricos de trascendental importancia, como era la expropiación de la burguesía y el surgimiento de estados obreros deformados o burocráticos.

Querría destacar que discrepamos con el método que utilizó Pablo para llegar a la misma conclusión que nosotros. Definimos el método de Pablo como empírico-apriorístico. Para nosotros, Pablo trabajaba con una premisa, un a priori: que todo país donde se expropiaba a la mayor parte de la burguesía era un estado obrero. Y entonces, apoyado en las estadísticas, estudiaba si la mayor parte de las empresas había pasado al Estado. La conclusión era que, cuando la mayor parte de las empresas de un país habían sido estatizadas, éste era un estado obrero. Así, con la comprobación empírica sobre la base de estadísticas llegaba Pablo a sus conclusiones.

Para nosotros era necesaria una explicación genética, de tipo histórico. Es decir, definir qué fuerzas sociales y a través de qué medios y organizaciones éstas se enfrentaban para que se diera una revolución social deformada.

Hay que reconocer que desde el punto de vista metodológico, el compañero Mandel tenía razón. Él le exigía a Pablo que demostrara a través de qué proceso se habían transformado los países del este europeo en estados obreros. Si mal no recuerdo –no tengo mi biblioteca ni mi archivo a mano, debido a que hace poco me mudé de país– Mandel refutaba a Pablo con el ejemplo de la república fascista de Mussolini que, poco antes de su fin, expropió a la burguesía italiana porque ésta se pasó al bando aliado. Y no porque Mussolini hubiera hecho eso, íbamos a llamar estado obrero al estado fascista.

Esta polémica se solucionó en un plazo relativamente corto, ya que Cannon y Mandel reconocieron que se había producido un verdadero proceso revolucionario en el este de Europa, y que habían surgido nuevos estados obreros deformados.

Este éxito político acrecentó enormemente el prestigio de Pablo dentro de las filas de nuestra Internacional –a pesar de sus errores metodológicos–, y así se llegó al Tercer Congreso.

El impresionismo de Mandel

Hagamos un breve paréntesis aquí para decir que ya entonces Mandel hacía gala de un extraordinario impresionismo, que lo llevaba a producir análisis y pronósticos completamente equivocados.

Por ejemplo, después de terminada la Segunda Guerra Mundial, entre 1946 y 1948, Mandel escribió dos caracterizaciones claves sobre la economía europea en general, y en particular sobre la de Alemania. En una resolución adoptada por una Conferencia Internacional, en abril de 1946, Mandel afirmó que: “el resurgimiento de la actividad económica de los países capitalistas afectados por la guerra, sobre todo los países de Europa continental, estará caracterizado por un ritmo particularmente lento, que la mantendrá por largo tiempo en niveles cercanos a **la estagnación y el marasmo** (citado de *Quatrième Internationale*, abril-mayo de 1946, pp. 14-15, subrayado N. M.). Dos años después, en su trabajo “La ruina de la economía alemana”, Mandel afirmó que la política del imperialismo yanqui y sus aliados era: “la transformación del pueblo alemán en un ‘pueblo de pastores’, y la eliminación definitiva de su potencial industrial” (*Quatrième Internationale*, enero de 1948, p. 31). Más adelante, en el mismo trabajo, decía que: “la economía alemana no podrá reanimarse sensiblemente, a pesar de las inyecciones de oxígeno que le da el imperialismo norteamericano” (ídem, p. 39). Vinieron veinte años de *boom* económico europeo y el llamado “milagro alemán”..

Adelantándonos un poco a la historia, digamos aquí que veinte años más tarde, con base en el mismo método impresionista, Mandel cometió un error de análi-

sis y caracterización de las mismas dimensiones, aunque curiosamente con una desviación directamente contrapuesta a la de la posguerra.

En 1969, en su libro *La teoría leninista de la organización*, Mandel aseguraba que: “el neocapitalismo busca una nueva venia para prolongar su vida **al elevar el nivel de consumo de la clase obrera (...)**” (Ed. del Siglo, pág. 60, subrayado N. M.). Y en su trabajo, “El debate sobre el control obrero”, sostenía que: “(...) el capitalismo no está más definitivamente caracterizado por los bajos salarios y tampoco por un gran número de obreros desocupados” (*International Socialist Review*, mayo de 1969, pág. 5).

Dos o tres años antes se había iniciado una crisis crónica que dura hasta hoy, y con perspectivas de agravarse; proceso “definitivamente caracterizado” por treinta millones de desocupados nada más que en los países imperialistas, acompañado de una fuerte caída de los salarios... Como veremos, ese método impresionista de Mandel lo ha llevado a cometer errores de este mismo calibre a lo largo de casi cuatro décadas y con consecuencias nefastas.

El “pablismo”

En el año 1951, cuando fue convocado el Tercer Congreso Mundial, se estaba en plena guerra fría y todos los comentaristas más importantes del periodismo internacional sostenían que era inevitable el choque armado entre los Estados Unidos y la URSS. Para esa época comenzó la guerra de Corea, que parecía ser el Sarajevo⁷ de una Tercera Guerra Mundial.

Pablo y Mandel, siguiendo al periodismo burgués, sacaron una conclusión que fue funesta para la historia de la Cuarta Internacional: en la Tercera Guerra Mundial, que era inevitable y no tardaría en iniciarse, los partidos comunistas y las corrientes de izquierda de los movimientos nacionalistas burgueses o de los partidos socialdemócratas, se iban a lanzar a guerrillas, a luchas revolucionarias que los llevarían a tomar el poder. Esto debía suceder principalmente con los partidos comunistas que, en su afán de defender a Rusia, llegarían a la guerra de guerrillas o a métodos violentos, físicos, revolucionarios, para oponerse al imperialismo.

Basados en este análisis, propusieron una orientación que se denominó *entrismo sui generis*. No se trataba de la táctica preconizada por Trotsky en los años '30, que consistía en entrar por un corto período a los partidos socialistas para ganar a la izquierda de esas organizaciones y luego romper. El entrismo “sui generis” propuesto por Pablo y por Mandel consistía en ingresar en las organizaciones stalinistas, socialdemócratas o pequeño-burguesas nacionalistas y permanecer en ellas todo el tiempo que les llevara tomar el poder y consolidarlo. El entrismo debía hacerse esencialmente en los partidos comunistas. Y sólo des-

pués de que los hubiéramos acompañado a hacer la revolución, tendríamos que empezar a diferenciarnos de ellos.

Esta posición llevó a Pablo y a Mandel a un enfrentamiento con la mayoría del trotskismo internacional –empezando por la mayoría de la sección francesa– que rechazó categóricamente el pronóstico de que el stalinismo, las corrientes de izquierda de los movimientos nacionalistas burgueses y los partidos socialdemócratas iban a hacer la revolución. Tampoco creíamos que nuestro rol fuera el de entrar en esos partidos y movimientos y permanecer en ellos hasta que tomaran el poder y se consolidaran, para recién entonces empezar a diferenciarnos.

De acuerdo con el análisis de Pablo y de Mandel, las corrientes stalinistas, socialdemócratas y nacionalistas burguesas dejaban de ser contrarrevolucionarias. Nosotros, igual que la mayoría de la Internacional, opinábamos que eso era revisar uno de los puntos esenciales del programa trotskista, que parte de la definición de que la humanidad está en crisis por la crisis de dirección del movimiento de masas. O, dicho de otro modo, que el principal obstáculo para el avance de la humanidad hacia el socialismo es que las masas están dirigidas por conducciones que están en contra de la revolución, como el stalinismo, la socialdemocracia y el nacionalismo burgués. Y que nuestra tarea es construir una nueva dirección internacional revolucionaria para superar este *impasse* histórico.

Pablo y Mandel, con esa característica metodológica que les es propia, el impresionismo, se hacían eco, en forma un poco tardía, del hecho de que la burocracia, obligada por las circunstancias, había expropiado a la burguesía en países del este de Europa. Y trasladaban ese fenómeno, sin crítica y sin ninguna perspectiva revolucionaria, debido a la supuesta inevitabilidad de la guerra mundial, al mundo entero. Veían un proceso revolucionario irreversible, encabezado por las direcciones burocráticas y pequeño-burguesas del movimiento de masas y no se planteaban la construcción de nuevas direcciones que derrotaran en el movimiento de masas a las conducciones tradicionales, lo que es la verdadera razón de ser de la Cuarta Internacional.

Este entrismo “*sui generis*” duró prácticamente dieciocho años y convirtió al trotskismo europeo en pequeños grupúsculos cada vez más débiles. Sólo se desarrollaron algunas organizaciones por fuera del Secretariado Internacional, es decir, algunos partidos que no estuvieron bajo la dirección de Pablo y Mandel.

La traición a la Revolución Boliviana de 1952

La consecuencia más nefasta de esta claudicación a las direcciones contrarrevolucionarias se dio en Bolivia. En 1949 hubo elecciones en las que triunfó Víctor Paz Estenssoro, del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

Paz Estenssoro gobierna actualmente en Bolivia como agente directo de Estados Unidos, pero en aquel entonces aparecía ante las masas como un líder antioligárquico y antiimperialista. Por eso los militares se negaron a entregarle el poder.

La respuesta de las masas se dio en 1952: una insurrección popular encabezada por la clase obrera en la ciudad de La Paz. La insurrección destruyó completamente el ejército; todas las armas existentes pasaron a las milicias obreras y campesinas y, aunque Paz Estenssoro asumió la presidencia, las masas tenían en jaque a su gobierno. Era el momento de luchar con toda la fuerza posible para que el poder fuese a manos de las milicias obreras y campesinas dirigidas por la Central Obrera Boliviana (COB). El trotskismo boliviano, que se había convertido en un movimiento de masas, podía influir decisivamente en este sentido. Pablo y Mandel, en cambio, sacaron la conclusión de que había que apoyar críticamente el gobierno de Paz Estenssoro.

Hicieron lo opuesto que los bolcheviques en la Revolución Rusa de 1917. Contra el gobierno frentepopulista que engañaba a las masas, Lenin y Trotsky levantaron la consigna del poder para los soviets y señalaron la necesidad de que la clase obrera hiciera una revolución contra ese gobierno burgués disfrazado de “popular”.

En Bolivia estaban absolutamente todas las armas en manos de los obreros y campesinos, y el Secretariado Internacional (SI) y su sección boliviana jamás les dijeron a las masas que tenían que volver esas armas contra el gobierno burgués y tomar el poder.

Esta fue una de las traiciones más espectaculares del siglo xx. Resultó trágica para el movimiento de masas que, debido a la falta de una orientación revolucionaria, fue paulatinamente desmovilizado y desarmado. Y, finalmente, sufrió una grave derrota.

También, como consecuencia de la política de Pablo y de Mandel frente a la revolución de 1952, comenzó un deterioro del trotskismo boliviano, que se dividió, transformándose de una corriente masiva en un grupito de sectas.

El Comité Internacional

Repudiando la línea del *entrismo sui generis* y la traición a la revolución boliviana, la mayoría de los trotskistas ingleses y franceses, el SWP y también los trotskistas sudamericanos rompimos con el Secretariado Internacional y, en 1953, creamos lo que se llamó el Comité Internacional (CI).

El trotskismo sudamericano comenzó a hacer un análisis de clase de la división de la Cuarta Internacional. Sostuvimos que en la Internacional pasaba algo

parecido a lo que había sucedido en el movimiento trotskista argentino. Es decir, que estaba en manos de una dirección no proletaria. Era una corriente parecida a la de Schachtman y Burnham, con su base social en la intelectualidad europea, y con todos los vicios de las corrientes pequeño-burguesas. Por eso Pablo y su sucesor, Mandel, tenían un método impresionista y no mantenían una línea consecuente de construcción de la Internacional en el seno de la clase obrera; de defensa de la independencia política del movimiento obrero frente a los aparatos burocráticos; y de intervención, desde esta perspectiva, en todas las movilizaciones progresivas de las masas, para impulsar la lucha y construir partido. Sacamos también la conclusión de que era necesario que el Comité Internacional se postulara como una organización, no del tipo federativo y declarativo, sino centralizada y actuante. Ésa era la única manera de derrotar a Pablo y a Mandel.

Los otros sectores del Comité Internacional no estuvieron de acuerdo con poner el acento en el problema de clase de la dirección de Pablo y Mandel ni en funcionar centralizadamente. Éstos y otros problemas originaron polémicas con nuestra tendencia, que a partir de 1957 se organizó en el Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo (SLATO), aunque siempre en el marco del Comité Internacional (CI).

La división de la Internacional se había producido en medio de un serio retroceso del movimiento obrero en Europa occidental. En cambio, había un gran ascenso en Europa oriental, donde se produjo el levantamiento de los trabajadores de Berlín, en 1953. Cuando estalló este movimiento, Pablo y Mandel apoyaron a la burocracia contra las masas. Su argumento era que la movilización de Berlín Este atacaba a una dirección que pronto iba a cumplir un papel muy progresivo dirigiendo la guerra y la revolución mundial contra el imperialismo.

La reunificación de 1963

Luego vendría el movimiento húngaro de 1956 y la acción revolucionaria de las masas polacas en la misma época. La fuerza que tomó la insurrección húngara conmovió a sectores importantes del stalinismo mundial y obligó al Secretariado Internacional a pegar un importante viraje, acercándose a nuestras posiciones.

A finales de la década de 1950 hubo una nueva e importante coincidencia con Mandel, que fue el reconocimiento y el apoyo a la revolución cubana liderada por Fidel Castro. Ésta fue la base para una reunificación, en 1963. Entonces nació el Secretariado Unificado (al que se incorporaron todas las organizaciones y corrientes del trotskismo que reconocían que en Cuba había surgido un nuevo estado obrero) encabezado por Mandel y el SWP. Por fuera quedaron los trotskistas ingleses, franceses y de otros países, que no reconocían ese hecho.

Nosotros tardamos en ingresar al SU porque, a pesar del acuerdo en relación con Cuba, manteníamos nuestras diferencias políticas y de método con la dirección que había traicionado la Revolución Boliviana. De todos modos, ingresamos un año más tarde, convencidos de que, más allá de las diferencias, era positiva una reunificación en torno al apoyo a una revolución obrera.

En el momento de la reunificación, el Secretariado Internacional estaba dirigido por Mandel. Para entonces, Pablo había sido separado por razones morales y de tipo organizativo. Mandel, sin embargo, siguió con una metodología muy parecida a la de Pablo. No por nada habían estado juntos durante tanto tiempo –más de una década– y escribiendo documentos en común.

A diferencia de Pablo, Mandel siempre había sido de una gran honestidad; en el terreno organizativo y moral siempre fue un extraordinario compañero. Pero desde el punto de vista de la política y de la metodología siguió con los mismos errores de siempre: capitular a las direcciones stalinistas o pequeño-burguesas que dirigían procesos revolucionarios o movilizaciones de masas. Y aunque su apoyo a la Revolución Cubana fue un hecho muy positivo, Mandel enseguida llevó ese apoyo a un extremo negativo.

La desviación guerrillerista de Mandel

Así como había capitulado al stalinismo a partir de 1951, al titoísmo y al maoísmo en distintas épocas, siguiendo esa tradición impresionista que lo llevó a apoyar al MNR en Bolivia, Mandel en este caso comenzó a capitular al castriismo y principalmente al guevarismo, al aceptar toda la concepción guerrillerista. Esto culminó en el Noveno Congreso de la Internacional, en el año 1969, originando una tajante división alrededor del problema del guevarismo y de la guerrilla en Latinoamérica. Mandel, con una amplia mayoría de la Internacional reunificada, planteaba que en América Latina nosotros teníamos que hacer guerrillas junto con los guevaristas. Y si era necesario, solos. La línea era hacer focos guerrilleros, es decir, el mismo planteo del Che Guevara.

Este planteo era tan capitulador al guevarismo que se llegó al extremo de escribir trabajos teóricos sosteniendo que también estaba planteada la guerrilla rural, o una variante parecida, en Francia. Esto fue escrito por uno de los grandes dirigentes de la corriente mandelista, el compañero Jebraq⁸.

El SWP, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) argentino –antecesor del actual Movimiento al Socialismo (MAS)– y algunos compañeros sudamericanos lideramos una corriente que se opuso a ese análisis y esa orientación del foco guerrillero. Señalamos que, en principio, no estábamos en contra de la guerrilla, siempre que estuviera apoyada en el movimiento de masas, pero que la teoría del

foco era justamente lo opuesto. Era una línea elitista. Insistimos en que el foco guerrillero era la línea del movimiento estudiantil y no la orientación del movimiento de masas latinoamericano, que en esos momentos estaba entrando en un gran ascenso urbano. Dijimos que por ser una orientación divorciada del movimiento de masas llevaría al fracaso a todas las guerrillas guevaristas, y que la Internacional perdería muchos compañeros muy valiosos.

Desgraciadamente, los hechos nos dieron la razón. Desapareció toda un ala del trotskismo argentino, que fue la que más desarrolló la línea de Mandel. Esta línea también significó una tragedia para otros partidos. Por el contrario, hoy día, el mandelismo mexicano es fuerte, porque a pesar de haber apoyado la orientación foquista, en los hechos se negó a aplicar la línea que había votado, es decir, no tiró ni un solo tiro.

La capitulación a la vanguardia juvenil ultraizquierdista

Hubo tres factores decisivos que obligaron al SU a abandonar finalmente la orientación del Noveno Congreso, de adaptación al guevarismo: el primero y fundamental fue el gran ascenso urbano latinoamericano; el segundo fue la derrota de la guerrilla foquista en toda América y en particular la destrucción de partidos liderados por el SU o que siguieron su orientación, como el PRT (El Combatiente)-ERP en la Argentina; en tercer lugar, el crecimiento del PST argentino, que se transformó en el partido más grande de la Internacional –lo que fue reconocido por todo el trotskismo mundial– debido a su inserción en las movilizaciones obreras y populares, y al aprovechamiento de los procesos electorales y las libertades democráticas, es decir, siguiendo un camino opuesto al indicado por Mandel.

Comenzó, entonces, una nueva polémica, siempre alrededor del impresionismo de la corriente mandelista y de su adecuación y claudicación a las tendencias de la vanguardia o a las direcciones coyunturales del movimiento de masas.

En 1968 se había iniciado un ascenso europeo detonado por el Mayo francés y las movilizaciones en Checoslovaquia. Apareció entonces una vanguardia muy numerosa sobre la que tenían fuerte influencia el maoísmo y las corrientes ultraizquierdistas.

El mandelismo planteó entonces que: “La tarea central para los marxistas revolucionarios en la etapa abierta en 1967-1968 consiste en conquistar la hegemonía en el seno de la nueva vanguardia con carácter de masas, a fin de construir organizaciones revolucionarias cualitativamente más poderosas que las de la precedente etapa”. (“La construcción de los partidos revolucionarios en la Europa

capitalista”, E. Mandel, *Boletín de Discusión Internacional* del PST [A], N.º II, pág. 15). La mayoría del SU afirmó que el objetivo prioritario era lograr: “la transformación de las organizaciones trotskistas de grupos de propaganda en organizaciones capaces ya de aquellas **iniciativas políticas a un nivel de la vanguardia de masas** que son requeridas por la dinámica de la lucha de clases misma”. (Germain, “En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional”, *Boletín de Informaciones Internacionales* del PST [A], pág. 102).

Esto significaba abandonar una posición fundamental del marxismo revolucionario: el programa del partido se elabora sobre la base de las necesidades históricas de las masas, en particular de la clase obrera; de allí se derivan consignas adecuadas al nivel de conciencia de las masas, y que las lleven a movilizarse, acercándose a esos objetivos históricos que define el programa.

Este trabajo polémico contra Mandel gira esencialmente en torno a su desviación guerrillera y su posterior capitulación vanguardista al maoísmo y a la ultraizquierda en general, ya que eran los resultados de estas líneas los que debían ser balanceados en el Décimo Congreso Mundial. Después del Congreso, en el cual se consagró nuevamente la posición de Mandel, los problemas se siguieron agravando.

La claudicación de Mandel a la vanguardia juvenil europea tuvo graves consecuencias en la Revolución Portuguesa de 1974-1975. El activismo y las tendencias ultras y maoístas apoyaban al Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), una corriente pequeño-burguesa proimperialista, integrada por oficiales que habían derrocado la dictadura de Salazar y que se decían de “izquierda”. El MFA era, en verdad, el pilar que sostenía al estado burgués frente a la revolución.

La sección oficial del Secretariado Unificado, la Liga Comunista Internacionalista, para ganar la “hegemonía” en la “vanguardia”, siguiendo los consejos de Mandel hizo suyas las posiciones de los maoístas y los ultraizquierdistas, incluyendo el apoyo al principal enemigo de la revolución en esos momentos, el Movimiento de las Fuerzas Armadas, que gobernaba o cogobernaba el imperio portugués.

Nuestra ruptura con el SWP norteamericano

En 1973, el SWP norteamericano, el PST argentino y otros partidos habían formado la Fracción Leninista Trotskista (FLT) para enfrentar las desviaciones mandelistas. La FLT explotó entre 1975 y 1976, dividiéndose en dos corrientes: una, liderada por el SWP, y otra, por el PST. La ruptura se produjo por diferencias en torno a la Revolución Portuguesa y la Guerra de Angola.

Nosotros opinábamos que en Portugal había que levantar la línea de desarrollar los comités de obreros y campesinos, las ocupaciones de fábricas y de tierras, e impulsar los comités de inquilinos. Que había que desarrollar los comités de soldados para dar vuelta el ejército en favor de una insurrección. Es decir, que había que orientarse hacia la toma del poder por el movimiento de masas.

El Socialist Workers Party estaba en contra, y planteaba que sólo había que levantar consignas democráticas. Nada que llevara a la toma del poder por el proletariado, porque no estaban maduras las condiciones. Y, además, como no había condiciones para que nuestro partido interviniera con consignas que impulsaran la acción de las masas, su gran tarea debía ser... editar las obras de Trotsky. El rompimiento se concretó por las diferencias, aún más graves, sobre Angola.

El Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA), una organización guerrillera, acababa de tomar el poder luego de la derrota y el retiro de las tropas del ejército imperialista portugués. Angola se convirtió, así, de colonia en país independiente. El imperialismo se apoyó entonces en el ejército sudafricano y una guerrilla pagada por la CIA: el UNITA⁹. El ejército de Sudáfrica y el Unita invadieron en forma conjunta el territorio angoleño.

El SWP sostuvo que el Unita y el MPLA eran dos guerrillas progresivas, en lucha por cuestiones internas al movimiento anticolonialista y que, por lo tanto, no había que apoyar a uno contra otro. Eso era una claudicación a la política imperialista en África.

Nosotros sostuvimos, por el contrario, que había que dar apoyo militar al MPLA en contra de la invasión proimperialista del Unita y el ejército sudafricano.

Una mayoría de las organizaciones y militantes se retiró entonces de la FLT. Importantes partidos de Colombia, Brasil, Perú, México, Italia y España, entre otros, además de la organización argentina, formaron entonces una tendencia que, en pocos años, habría de romper con el SU y, sumando el aporte de dirigentes y organizaciones provenientes de otras corrientes, se convertiría en lo que es hoy la LIT-CI. Por su parte, la dirección del partido norteamericano y sus seguidores disolvieron su fracción en 1976 y se fusionaron una vez más con el mandelismo, afirmando que habían desaparecido las diferencias.

Nuestra corriente denunció que la fusión del SWP con el mandelismo, sin resolver ni aclarar las diferencias, significaba un bloque sin principios. Desgraciadamente, eso se vería confirmado al poco tiempo, cuando las diferencias entre Mandel y el Socialist Workers Party se agrandaron nuevamente.

Mandel capitula al eurocomunismo

A finales de los años '70, algunos partidos comunistas europeos, fundamentalmente el italiano y el español –capiteado este último por Santiago Carrillo– comenzaron a apartarse de Moscú. Tal fenómeno, que se denominó “eurocomunismo”, también impresionó a Mandel, quien le atribuyó un carácter o un posible carácter progresivo.

Nosotros sostuvimos, por el contrario, que la dinámica que tomaban los partidos eurocomunistas los hacía parecerse cada vez más a los partidos socialdemócratas. Y eso, por profundas razones económicas y sociales. A medida que los partidos comunistas crecían, se integraban más y más en las instituciones de la democracia burguesa, a nivel parlamentario y municipal. De esta forma llegaban a tener una dependencia de todo tipo, incluso económica, con la burguesía de su propio país, que debilitaba su tradicional dependencia absoluta en relación con Moscú.

Para nosotros esto era positivo sólo en el sentido de que profundizaba aún más la putrefacción del stalinismo como aparato mundial. Pero lo determinante era que transformaba a esos partidos, como dijimos en la *Declaración de la Fracción Bolchevique*: “de sirvientes del Kremlin en sirvientes de su burguesía imperialista”. Y, por esa razón, no podían originar ninguna tendencia progresiva ni mucho menos revolucionaria.

No obstante, no sosteníamos que hubiera que apoyar al stalinismo clásico, de sumisión a Moscú, frente al eurocomunismo. Para nosotros, ambos eran expresiones reaccionarias de un proceso muy progresivo: la crisis mundial del stalinismo.

En su proceso de adaptación a la democracia burguesa, el eurocomunismo renegó de la expresión “dictadura del proletariado” (como política, ya no luchaba por la dictadura del proletariado desde hacía décadas). Mandel salió en defensa de la expresión “dictadura del proletariado” con un documento titulado “Democracia Socialista y Dictadura del Proletariado”, que luego fue aprobado por el SU y, más tarde, por su Congreso Mundial. En ese trabajo, su capitulación al eurocomunismo lo llevaba a adaptarse a las peores presiones democrático-burguesas del eurocomunismo y la socialdemocracia.

Así, sostenía que la dictadura del proletariado se regiría por la “norma programática y de principio” de dar “libertad política ilimitada” a todas las corrientes políticas, incluso las contrarrevolucionarias (“Democracia Socialista y Dictadura del Proletariado”, *Boletín de Polémica Internacional del Bloque Socialista Colombiano*, N.º 11, pág. 7). Y, si esas corrientes se levantaban en armas contra el gobierno de los trabajadores, la política propuesta por Mandel era so-

meter a los culpables, individualmente, a un juicio con todas las formalidades y garantías de un código penal ultraliberal.

Nosotros combatimos esta concepción de Mandel, ya que ignoraba el hecho de que la revolución europea y mundial pasaría inevitablemente por un proceso de violentísimas guerras civiles y exteriores contra el imperialismo, las burguesías y la burocracia contrarrevolucionaria. Y ello impediría la vigencia de esas normas jurídicas y de esa democracia prácticamente absoluta para todo el mundo, que Mandel preconizaba.

Hoy, uno de los tantos ejemplos que nos da la realidad es Haití, donde las masas encolerizadas matan a los “Ton-tons macoutes”, es decir, a los asesinos y torturadores a sueldo de Duvalier¹⁰, apenas los atrapan. Según la lógica de Mandel, los trotskistas deberíamos luchar en contra de estas ejecuciones sumarias y exigir que las masas esperen a que se puedan hacer juicios con todas las formalidades procesales.

Nosotros, en cambio, defendemos la justicia revolucionaria del pueblo haitiano, porque somos, por principio, ardientes partidarios de que las masas que se movilizan haciendo una revolución tomen todas las iniciativas que ellas democráticamente decidan tomar, antes o después de instaurada la dictadura del proletariado.

Nosotros sostuvimos, siguiendo la tradición de Lenin y Trotsky, que el proletariado en el poder debe otorgar, inmediatamente, libertades democráticas mucho más amplias que cualquier régimen burgués. Pero que esta política está objetivamente subordinada a la ley suprema que es la lucha de clases. Por eso decíamos que la política de Mandel, de la libertad más pura para todos, era para la época en que el proletariado, prácticamente, ya hubiera logrado derrotar al imperialismo a escala mundial, y no para aplicar al día siguiente de que los trabajadores tomaran el poder en algún país, ya que los próximos lustros y décadas estarían signados por una lucha feroz entre la revolución socialista y la contrarrevolución burguesa imperialista, que intentaría aniquilar, por todos los medios, toda dictadura proletaria que se impusiera en cualquier país del mundo.

La revolución nicaragüense divide al SU

Las diferencias con el SU adquirieron un carácter político-moral de enorme gravedad en la revolución nicaragüense. Nosotros habíamos llamado a constituir una brigada internacionalista –la *Brigada Simón Bolívar*¹¹– para ir a combatir en Nicaragua al lado del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)¹². Algo parecido a lo que se hizo en España en los años ’30, cuando la guerra civil.

La *Brigada Simón Bolívar* se cubrió de gloria al liberar Bluefields, el puerto más importante de Nicaragua en el Atlántico, en julio de 1979. Fue entonces recono-

cida por la propia dirección sandinista, y los brigadistas se quedaron, en su mayoría, a vivir en Nicaragua. Ya con el FSLN en el poder, la Brigada alentó y participó en la fundación de decenas de sindicatos. Pero ese proceso amenazó con generar una movilización de la clase obrera por fuera del control del sandinismo. Debido a esto, la dirección del FSLN detuvo a los brigadistas y los expulsó del país. Nuestros compañeros fueron entregados a la policía panameña, que los torturó antes de dejarlos partir.

Pedimos entonces que la Internacional hiciera una campaña de defensa de los brigadistas. El SU no sólo se negó a hacer esa campaña, sino que la expulsión fue apoyada por caracterizados dirigentes de la corriente mandelista y del SWP.

Eso nos llevó a romper con el SU, considerando que había de por medio cuestiones de principios, morales, como era la negativa de repudiar la tortura burguesa y la política de un gobierno que expulsa a revolucionarios de su país.

La capitulación del SU al sandinismo ha adquirido, últimamente, características escandalosas. En una gira por el Brasil, Mandel ha llegado a decir que los sandinistas son nuestros hermanos y que tenemos que aprender de ellos.

Nosotros nos encontramos con un grave problema para seguir ese consejo en la Argentina: el FSLN ha dado su apoyo al gobierno de Alfonsín. En 1984 hubo un plebiscito sobre un acuerdo fronterizo con Chile. El sandinismo envió un representante al principal acto político del partido de gobierno, la Unión Cívica Radical (del cual era miembro el presidente Raúl Alfonsín), que es muy parecido al partido de la Thatcher o al de Reagan. El acto, realizado para defender la política gubernamental de pactar con Pinochet (por entonces, presidente de Chile), legitimándolo, se hizo en un estadio de fútbol. Y en el palco, ocupando un sitio de honor, estaba Ernesto Cardenal, el ministro de Cultura del gobierno sandinista. Si siguiéramos el consejo de Mandel, nosotros tendríamos que estar junto al FSLN en el palco del Partido Radical, sosteniendo la política de hambre del gobierno argentino.

Para terminar, me permito señalar que el documento de Mandel y del SU sobre la “democracia socialista” fracasó en menos de un año, ante la prueba de fuego de la revolución nicaragüense. Allí nos encontramos con que nosotros defendíamos el derecho de los compañeros de la *Brigada Simón Bolívar* de permanecer en Nicaragua, estábamos en contra de que fueran detenidos y expulsados sin juicio previo y, mucho más, de que fueran torturados. En cambio, el SU, esos paladines de la democracia, que habían votado un documento asegurando las mayores

garantías de libertad y justicia a los contrarrevolucionarios, frente a la quemante realidad de tener que pronunciarse contra las torturas y la cárcel sufridas por compañeros trotskistas a manos de gobiernos burgueses, terminaron apoyando a los autores de semejantes infamias.

Al cortísimo plazo de unos meses después de escribir y aprobar su documento, el propio SU tiraba a la basura en forma vergonzosa cualquier aspecto progresivo que pudiera tener su tesis. Todo un récord del mandelismo: dos claudicaciones contradictorias entre sí. Una, al eurocomunismo, dando libertades absolutas a los contrarrevolucionarios; otra, al sandinismo, negándoles los más mínimos derechos a los trotskistas en Nicaragua. Y todo esto para capitular, una vez más, a una dirección no proletaria (en este caso pequeño-burguesa) del movimiento de masas: el sandinismo nicaragüense.



¹ A partir de 1993, Checoslovaquia se escindió en dos países: República Checa y Eslovaquia.

² Yugoslavia. Tras el triunfo de los partisanos encabezados por Josef Broz "Tito" durante la Segunda Guerra Mundial, en contra de la Alemania nazi, el estado obrero se constituyó con las repúblicas de Serbia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina, Croacia, Montenegro y Macedonia. En las décadas de 1990 y 2000, sucesivas guerras condujeron a la independencia de las repúblicas y el fin de la Federación Yugoslava.

³ Schachtman, Max y Burnham, James fueron dirigentes del SWP, partido trotskista de los Estados Unidos, con el que rompieron en 1940 debido a las divergencias sobre el carácter de clase del estado soviético y la necesidad de defender a la URSS frente a la agresión imperialista.

⁴ Cannon, James fue fundador y principal dirigente del SWP.

⁵ Pablo, seudónimo de Michel Raptis, militante trotskista de origen griego. Encabezó la dirección que reconstituyó la IV Internacional en la posguerra y lideró una corriente, que lleva su nombre (pablismo), que capituló al stalinismo.

⁶ Hansen, Joseph fue secretario de Trotsky durante el exilio de éste en México, y uno de los principales dirigentes del SWP.

⁷ Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina. En 1914 se produjo allí el atentado contra el archiduque Francisco Fernando, heredero de la Corona austro-húngara, hecho éste que desencadenó la Primera Guerra Mundial.

⁸ Seudónimo de Daniel Bensaid (1946-2010), quien junto a Alain Krivine participó del Mayo francés. Fue el principal dirigente de la *Liga Comunista Revolucionaria* (LCR) de Francia y miembro de la IV Internacional.

⁹ La Unita (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola) fue constituida en 1966 por una guerrilla de derecha que a partir de la década de 1970 se transformó en el brazo armado del imperialismo estadounidense.

¹⁰ Duvalier, François, conocido como *Papa Doc*, dictador de Haití entre 1957 y 1971, responsable por la muerte de más de 30.000 personas. Fue el creador de una milicia de corte fascista denominada Voluntarios de la Seguridad Nacional (VSN), cuyos miembros eran llamados *Ton-tons macoutes*.

¹¹ La Brigada Simón Bolívar fue organizada por la Fracción Bolchevique (ruptura de la Fracción Leninista-Trotskista) a partir de su sección en Colombia (el PST), para combatir en Nicaragua contra el gobierno de Somoza. Luego de la victoria que derrocó al somozismo, los trotskistas-morenistas que componían la brigada se diferenciaron de la dirección sandinista al lanzarse a organizar a los trabajadores en sindicatos, hecho por el que fueron expulsados de Nicaragua, y el SU apoyó esa decisión.

¹² El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) fue creado en 1960 y tomó su nombre en homenaje a César Augusto Sandino, quien en 1933 había logrado expulsar de Nicaragua a las fuerzas militares estadounidenses, junto a los mineros organizados por él, con la consigna central de "reforma agraria". Sandino fue asesinado en 1934 por Anastasio Somoza, entonces jefe de la Guardia Nacional y proclive a Estados Unidos.

*Impreso en
Graphium Gráfica e Editora
Rua José dos Reis, 84
CEP: 03139-040,
Vila Prudente, São Paulo, SP, Brasil*

ISSN: 2185-2281

1.400 ejemplares

Noviembre de 2010